



40

**PUNTOS
DE
ENCUENTRO**

de prisión a libertad

En este libro personas de distintas edades y circunstancias comparten cómo sus vidas fueron transformadas por el amor.

Es en la adolescencia y juventud donde se trazan las sendas, se marcan huellas, estigmas y estilos para bien o para mal, donde se toman decisiones vitales como la elección de la pareja que nos acompañará para formar nuestro hogar, determinaciones en el ámbito de estudio, trabajo, u oficio a desempeñar.

Hay épocas muy importantes donde tomamos certeras opciones trascendentales y a veces muy equivocadas.

Podrán conocer muchas almas antes y después del *punto de encuentro*

*intersección de dos líneas
vertical una
horizontal otra*

*donde
lo infinito
intercepta
lo finito*

Personas que han conocido mucho dolor, como sucede en la realidad de este mundo, y que gracias a Cristo, en lugar de caer en la desesperación o llenarse de amargura, han nacido de nuevo, siendo de gran bendición para sus familias y nuestra sociedad.

PUNTOS DE ENCUENTRO

de prisión a libertad

40 PUNTOS DE ENCUENTRO
de prisión a libertad

Francisco Javier Rivera Mardones

© Inscripción N° **xxx.xxx**
ISBN 978-956-401-312-1
Noviembre 2019

Ediciones Firme Fe
fjrivera@firmefe.cl

Portada: Tinta y acuarela. Emilio Hernández Saavedra
Diagramación: Esteban Hernández

Diseño e Impresión:
Andros Impresores
www.androsimpresores.cl

40
PUNTOS DE ENCUENTRO

de prisión a libertad



FRANCISCO JAVIER RIVERA MARDONES

almas angustiadas

corazones afligidos

mentes nubladas

hallarán en estos

40

puntos de encuentro

intersección de dos líneas

vertical una

horizontal otra

centro del círculo

punto de inicio

donde

lo finito

intercepta

lo infinito

un camino

que transforma

dolores

construyendo

esperanza



Índice

PRÓLOGO para tus hijos y nietos	13
INTRODUCCIÓN entre ciudades y montes	15
1. quinceañera con hijo.....	23
2. ya no podía retroceder el tiempo.....	33
3. me quise casar para irme de la casa	41
4. abusaron de ella	45
5. debajo de la armadura llevaba muchas heridas.....	53
6. me fui alejando de las cosas de Dios	59
7. encontrándome una vez más con el dolor	65
8. yo no sabía.....	75
9. en contra de la voluntad de mis padres	83
10. lo que ocurre en nuestro planeta.....	89
11. pasado de moda y obsoleto	97

12. tenía autorización para pegarnos.....	103
13. sentada en la última fila.....	109
14. aversión al modelo de familia.....	115
15. ¿qué hago aquí?.....	123
16. momentos de gracia.....	129
17. ni contigo ni sin ti.....	131
18. los cánones de belleza.....	137
19. tu proyecto de vida se derrumba.....	145
20. hubo algo sobrenatural.....	153
21. en el interior de un viejo ropero.....	157
22. por qué lloraba tanto.....	167
23. mi formación en torno al tema fue nula.....	171
24. me consideraba una persona atea.....	183
25. salvado por la oración.....	189
26. una paraplejia producida.....	193
27. nadie me reclutaría.....	197
28. mi deprimido presupuesto.....	199
29. una nueva identidad.....	201
30. necesidad de entregar mi vida en sus manos.....	205
31. liberación de la droga.....	207
32. <i>put your head on my shoulder</i>	211

33. la botella o yo	219
34. mirando el techo desde mi nueva cama	227
35. una verdad irrefutable	231
36. mis creencias y mi crianza agonizaban	235
37. había algo que me hacía mucha falta	237
38. matrimonio corrompido por el pecado	239
39. fiat 600 lo desvergonzado de mis peticiones	241
40. el día más largo	243
EPÍLOGO caminando por Corniche El Nil	251





Prólogo

*para que cuentes a tus hijos y a tus nietos las cosas que yo hice
las señales que yo hice entre vosotros*

Éxodo 10:1,2

El propósito de este libro es compartir cómo nuestras vidas fueron transformadas por el amor.

Encontraremos testimonios de todas las edades. Algunos resumen cómo el Señor irrumpió en ellos cambiándoles para siempre. Otros nos hablarán de experiencias inolvidables, donde Dios se manifestó providencialmente en circunstancias difíciles que a cada cual le toca vivir, y la forma en que nos sorprende incluso más allá de nuestro entendimiento.

Podrán conocer muchas almas antes y después del *punto de encuentro* con Dios. Personas que han conocido mucho dolor, como sucede en la realidad de este mundo, y que gracias a Cristo, en lugar de caer en la desesperación o llenarse de amargura, han nacido de nuevo, siendo de gran bendición para sus familias y nuestra sociedad.



Introducción

entre ciudades y montes

Hace tres décadas el Señor puso en nuestras manos el ministerio *Encuentro Matrimonial* por medio del cual y por haber conocido en lo personal las crisis conyugales pudimos junto a mi esposa ayudar a muchas familias a resolver sus profundos conflictos y salir adelante.

A los siete años de casados teníamos ya nuestro hogar destruido. Habíamos sido formados, como muchos de ustedes, sobre las bases de esta sociedad occidental latina en un ambiente católico, asistiendo a un colegio de sacerdotes y nuestros padres comprometidos con su fe, lo que valoro y apreciaré siempre.

Es en la adolescencia y juventud donde se trazan las sendas, se marcan las huellas, estigmas y estilos para bien o para mal, donde se toman decisiones vitales como la elección de la pareja que nos acompañará para formar nuestro hogar, determinaciones en el ámbito de estudio, trabajo, u oficio a desempeñar. Una época muy importante donde tomamos opciones trascendentales y a veces muy equivocadas.

Soy de aquellos jóvenes que opté por una importante y acertada decisión como fue casarme muy enamorado bajo el lema *contigo pan y cebolla* a días de cumplir los 20 años y, otra, la peor de mi vida, darle la espalda a Dios y dejar de lado todo vestigio de fe.

Fui atraído por el mundo del arte, la literatura, el estudio de filosofías y religiones leyendo multitud de libros que fueron cautivando mi pensamiento maravillado por los escritos chinos, griegos, atraído por movimientos como

el surrealismo de Andre Breton y su implicancia en todas las artes, la impactante ideología existencialista, el despertar del nihilismo, donde poetas y escritores como Jean Paul Sastre, Simone de Beauvoir, Albert Camus, Kafka, trastornaron el pensamiento generando una poderosa influencia en la cultura y particularmente en la juventud.

Aplaudí el inspirador lema de la Revolución de Mayo del 68 en Paris, *la imaginacion al poder* y la osadía de Daniel Cohn Bendit, su líder, quien motivó a toda una generación.

Desencantados y yo diría *shockeados* por las dos guerras mundiales muy seguidas que sembraron dolores y heridas profundas en las naciones europeas, la sociedad más “desarrollada” del planeta en esos años, surgiendo una completa generación de personas que liderados por intelectuales cuestionaron los fundamentos clásicos de la sociedad como la familia, el Estado, la religión, en otras palabras, el *establishment* en su conjunto no fue capaz de responder a las necesidades y desafíos demandantes de una sobrepoblada humanidad.

Por el contrario, el manifiesto fracaso de una paradójica cultura y generación que gastaba el porcentaje más alto de recursos mundiales en armamentos, es decir, en cómo matar humanos con mayor eficacia y en segundo lugar en fármacos y hospitales para restaurar y mantener con vida a los atravesados por sables y balas expresado este absurdo en las bombas de napalm que caían desde el cielo en los arrozales de Vietnam en una larga guerra de guerrillas destruyendo y quemando personas, niños, mujeres y civiles, chozas, poblados, sembríos y ciudades, comprometiendo y traumando al mundo.

Entonces vino a mi corazón una rebeldía muy profunda y abandoné mi prometedor carrera de ingeniería. Las trances vocacionales de juventud no son fáciles de atravesar, yo padecí una verdadera crisis al no saber hacia dónde dirigir mi vida y dejé de lado la ruta lógica y me cambié desde la Facultad de Matemáticas en la U. de Chile a la Facultad de Artes y al mundo de la literatura, el teatro, la música, museos y conciertos me fueron fascinando y abriendo camino a las esferas de la imaginación cuestionando todos los valores en los que había sido criado.

En todo caso lo principal que rescato de ese período de vida es que me enamoré de una compañera de curso, profesora de inglés, ya que su padre le había exigido tener una profesión clásica antes de estudiar teatro que era

la carrera que le gustaba, donde nos conocimos. Ha sido lo más bendito que me ha ocurrido.

En esos años fui becado por la Pontificia Universidad Católica para participar en el Taller de Escritores, lo que me permitió no solo dedicarme de lleno un año a escribir sino también me aportaban una considerable suma para gastos de alimentación y sostenimiento, teniendo de compañeros a algunos escritores que llegaron a ser Premios Nacionales de Literatura en Chile y otros nominados a reconocidos galardones. Nuestros profesores que comentaban y corregían nuestros escritos y tareas, sean prosa, poesía, ensayo, eran Enrique Lihn, que dirigía el Taller, Nicanor Parra, entre otros.

En una Antología editada por *El Mercurio* en 1972, aparecieron algunos poemas míos y de la *Tribu No*, grupo literario de amigos de la época, como ejemplo de las nuevas generaciones de poetas, junto con Pablo Neruda, Gabriela Mistral y otros grandes próceres de la literatura chilena como Vicente Huidobro y Pablo de Rocka.

Teníamos en nuestra casa una colección de libros muy completa y numerosa, había leído desde los albores de la literatura incluso aquella poética oriental que no es muy conocida recopilados, en una versión española, de los libros de Lin Yutang, *Sabiduría Hindú* y *Sabiduría China*, entre los cuales destacan el Rigveda, los Upanishads en el primero y el Tao Te King de Lao Tse, las máximas de Confucio, Chuangtse y otros en el segundo. Asimismo en la cultura grecorromana la griega Safo de Lesbos, siglo VI a.C., primera poetisa femenina de alcance universal.

Sin embargo la influencia de estos libros en general sustentaron un fuerte relativismo y liberalidad de valores ocasionando que a los siete años de matrimonio nuestro hogar estuviese destruido, los adquiridos conceptos de “libertad” rechazaban categóricamente por ejemplo vivir toda mi vida con una sola mujer, a pesar que la amaba entrañablemente, ese solo pensamiento me parecía absurdo, restrictivo, insostenible y admiraba cómo Jean Paul Sastre y Simone de Beauvoir, conforme relataban en sus libros, tenían una relación que era de amor distante, independiente, “no restrictivo”, así empezó a consolidarse ese extraño tipo de “amor permisivo” pero con una libertad que yo buscaba.

El hombre es lo que piensa en su corazón
(Proverbios 23:7).

Eso llevó torpemente a que no respetara el pacto conyugal derivando en ruptura y fracaso. En esa desolación después de haber sufrido mucho, reaccioné recapacitando lo desastroso que es ir contra los principios de Dios. Aunque toda transgresión tenga atractivos y efímeros instantes finalmente como dice el Proverbio:

*Sabroso es al hombre el pan de mentira;
Pero después su boca será llena de cascajo (piedrecillas)
Proverbios 20:17.*

Si la seducción a quebrantar los principios divinos no tuviese placeres nadie lo haría, sin embargo terminan en una desolación del alma, en una tristeza profunda dejando huellas y estigmas que muchas veces permanecen por el resto de la vida.

En esos días de angustia, dolor y desencanto con mi hogar destruido, encontrándonos viajando para recorrer el mundo, sin destino fijo, con mi futuro incierto, en la casa de unos amigos que visitaba había un Biblia sobre el piano media abandonada, empecé a hojearla y leerla quedando cautivado con la poesía de los Salmos.

Al hojear sus páginas mi corazón exclamaba ¡Cómo se pueden decir verdades tan profundas de manera tan sencilla y en tan pocas palabras! Así comenzó a atraerme y a cautivarme la Palabra de Dios. Lo mismo me ocurrió con Apocalipsis, un libro difícil pero cuando leí en sus primeros versos *escribe las cosas que has visto y las que son y las que han de suceder después de estas...* (Apocalipsis 1:19).

Para mí era de suma importancia construir una sociedad mejor, entonces todo lo que ayudara a distinguir y prepararse para el futuro me parecía interesante pero este libro aunque complejo se adentraba en **lo que sucederá**; todo esto despertó nuestra hambre y sed de escudriñar las Escrituras en las que me sumergí acompañado de mi esposa.

Llevábamos ya seis meses viajando cuando caminando por la Avenida Larco en Miraflores, Lima, nos enteramos por la radio de un vendedor ambulante del golpe de Estado que estaba ocurriendo en Chile. Nuestro hijo de cuatro años había quedado con mi suegra y al escuchar los acontecimientos mi esposa partió a los pocos días a Santiago a buscarlo mientras yo esperaba en Lima.

En medio de profunda angustia, incertidumbre y tensa espera subí en un camión, medio común de transporte en la sierra, a Marcahuasi, un particular lugar en la montaña al interior de Santa Eulalia, a cuatro mil metros de altura donde parecía que en las noches estirando la mano al cielo podría descolgar estrellas, allí en la soledad de la cordillera donde solo se escuchaba el sonido del viento o el batir de las alas de un cóndor que con sus alas extendidas casi sin movimiento surcaba el aire buscando su presa, caí de rodillas bañado en lágrimas volviendo a conversar con Dios suplicándole que por favor me devolviera a mi esposa y a mi hijo, ya que no puedo vivir sin ella y sin él.

Doy muchas gracias a Dios porque escuchó mi plegaria, atendió mi clamor sin haber mérito alguno sino por pura gracia tuvo misericordia de un corazón afligido y espíritu quebrantado. A las pocas semanas tocó el timbre del departamento de unos amigos donde nos alojamos en Lima mi esposa e hijo y allí recomenzó nuestra vida. Nos trasladamos con otra familia al valle de Urubamba en el caserío de Rumichaka entre Cuzco y Machi Pichu donde vivimos un año completo trabajando en las labores agrícolas ayudando a las comunidades indígenas de la zona, amaneciendo cada día a vivir por fe leyendo las Escrituras, aprendiendo de ellas, componiendo canciones de alabanza, ordenando nuestros pensamientos y pasos y compartiendo del Señor por la tarde a los serranos, *sentados donde ellos estaban sentados*, conociendo el sabor de la chicha de Jora y de los gigantes granos de maíz fermentado entre los cuales sembrábamos la Palabra de Dios.

Una mañana de abril, bajo la sombra de un eucalipto mientras leía la Biblia encontré el pasaje cuando Jesús andando a orillas del mar de Galilea encontró a los hermanos Simón y Andrés que echaban las redes y les dijo *Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres*.

Las sentí como propias, tuve la certeza que Dios me llamaba al ministerio pastoral.

Han pasado los años y ya cumplimos nuestras bodas de oro, 50 años de matrimonio para gloria del Señor, tenemos hoy tres hijos y nueve nietos. Hemos recorrido muchos países dictando Seminarios y dando charlas para matrimonios traspasando los *Encuentros* junto al liderazgo de la Iglesia, donde hemos testificado mil veces y lo hacemos nuevamente hoy en las páginas de este libro, que sin la intervención oportuna de Jesucristo en nuestra vida no seríamos familia.

Desde el inicio de nuestro ministerio pastoral nos dimos cuenta lo importante del **testimonio personal** para persuadir a los seres humanos a conocer al Dios invisible. Leyendo las Escrituras avalaba esta afirmación al estudiar la vida de san Pablo, cómo su testimonio aparece relatado por él mismo varias veces y de manera descarnada reconociendo que a pesar de su religiosidad él perseguía a los cristianos para llevarlos presos y en lo posible sean condenados a muerte. Testificando y reconociendo la dureza de su corazón, su ceguera espiritual tanto en las comunidades e iglesias que fundaba en sus viajes misioneros como a altas autoridades del imperio romano en las tierras de Palestina como en el centro y cuna de la cultura en varias ciudades de Grecia y Roma.

Hay muchos otros ejemplos que certifican la eficacia del testimonio personal como el descarnado relato de David, cuando el profeta Natán le encara su adulterio, y testifica por medio de un desgarrador poema reconociendo su culpa y clamando por la piedad de Dios. Salmos 51.

Los más eficaces ministerios que hemos desarrollado en la Iglesia en estas más de cuatro décadas de pastorado tanto para niños, jóvenes, mujeres, varones, matrimonios, han estado impregnados de testimonios y han sido estos decisivos puentes de gracia por el cual han cruzado muchos y que en general hemos llamado *ministerios encuentros*.

Por eso hemos querido dejar ante sus ojos este libro que testifica ese **punto de encuentro** entre el cielo y la tierra, entre lo visible y lo invisible, entre el presente y lo trascendente, que abre las puertas **de la prisión a libertad**.

Estos cuarenta testimonios son absolutamente reales, personas de carne y hueso, con nombre y apellidos que generosamente han abierto su corazón ante ustedes, amados lectores, sintetizando a las multitudes incontables de personas que con los siglos han demostrado, algunos a costa del martirio, lo que es el poder transformador de Jesucristo y la luz de su Palabra que ilumina a través de las edades el caminar en las oscuridades de este mundo.

Cuenta ahora las estrellas si las puedes contar como la arena a la orilla del mar será tu descendencia.

He querido como pastor dar ejemplo también testificando de la gracia de Dios entre nosotros.

Felicito a los 40 que se atrevieron abrir sus vidas y corazones para bendecir al lector y a los que lo hacen en las distintas actividades de la iglesia o a modo personal para exaltar y dar a conocer a Cristo.

Agradecemos asimismo a nuestra querida escritora Coca Roccatagliata que desde los días de Rumichaka ha permanecido fiel andando en el *angosto y estrecho camino que lleva a la vida*, que ha tenido la paciencia y perseverancia en corregir los testimonios que a continuación ustedes leerán y de muchos otros que han sido preparados para ser compartidos en los ministerios de encuentro y otras actividades de la Iglesia.



1. *quincañera con hijo*

Me llamo María Angélica; de pequeña salí del hogar paterno para ser criada y educada por mi madrina, y siempre se me dijo que fue porque mi madre estaba delicada de salud. Felizmente mi madrina me llevaba bien seguido a la casa de mis padres para que compartiera con mis hermanos, y yo añoraba esos días, pero desgraciadamente se terminaron con la partida de mi mamá, y ya no era lo mismo.

Gracias a Dios, mi madrina fue para mí como una verdadera madre. Y como ella no tenía hijos, yo fui para ella su hija. Siempre sentí su cariño y protección. Y desde entonces la llamé mamá. Así fui creciendo, protegida, bien cuidada, y pronto llegué la época de ingresar al colegio.

Mi tío, el marido de mi madrina, era alemán, refugiado de la Primera Guerra Mundial, así es que de acuerdo a sus raíces y costumbres, quiso que yo ingresara al Colegio Alemán Carlos Andwanter, del que tengo vivos recuerdos que me marcaron mucho, como cuando cursaba tercera preparatoria de esos años, y un compañero que se sentaba detrás de mí en la sala de clases, como también al hacer la fila para salir al recreo, siempre me molestaba tirándome las trenzas como si fueran las riendas de un caballo, hasta que un día llegué llorando a casa y, al contarle a mi mamá, ella después de consolarme, me dio unos consejos de cómo debía defenderme; es decir, si me molestaban o lastimaban, por ningún motivo debía permitirlo una segunda vez.

Al día siguiente en el colegio, mientras bajábamos las escaleras para ir al recreo, una vez más mis trenzas eran las riendas de este niño molesto, pero aquella vez, en cuanto sentí que me tiraban el pelo, me di vuelta y lo

empujé escaleras abajo, así fue que nunca me volvió a molestar. El consejo de mi madrina lo puse en práctica muchas veces en la vida; se hizo parte de mí, si me molestaban o herían, yo hacía cualquier cosa para herir a la otra persona, buscando la forma de vengarme.

Durante mi niñez, pasaba las vacaciones en el fundo de mis tíos, y fueron inolvidables, como cuando aprendí a andar a caballo, que a pesar de los porrazos seguía intentándolo, haciéndole caso a mi mamá que decía que no podía rendirme, hasta que lo logré. El caballo no me la podía ganar. Estas lecciones ya me estaban enseñando a no dejarme vencer fácilmente, lo que tuvo su lado positivo, porque me hizo ser una mujer trabajadora y perseverante, pero en ese entonces creo que me convertí en una niña un poco orgullosa y altanera.

Al llegar a mi adolescencia aparecieron las inquietudes propias de esa edad, y a los 14 años conocí a un joven 5 años mayor que yo, de quien me enamoré. Nos veíamos a escondidas, ya que tenía prohibición de mi mamá de meterme en esos líos siendo tan chica, pero no hice caso y así comenzaron mis primeras mentiras. Me sentía tan feliz que no dimensionaba lo que vendría después, cuando mi pololo me pide la tan conocida prueba de amor, que especialmente en esos años era algo terrible, pero tanto era mi enamoramiento que accedí a su petición. Al pasar los días no me atrevía a mirar a mi madre a sus ojos; sentía vergüenza y mucha pena por haber traicionado la confianza que en mí tenía. Me angustiaba de solo imaginar lo que me diría al saber que estaba embarazada.

Fue así que a los 15 años ya estaba casada y con un hijo, viviendo en la ciudad de Traiguén en casa de mis suegros. Entre tanto, mi esposo se trasladó por dos años a Santiago, para estudiar en el Ejército, así es que nos veíamos para sus permisos, y quedé nuevamente embarazada de mi segunda hija. Pasaron los dos años, y nos fuimos con mi esposo a vivir a Valdivia, mi ciudad natal. Yo estaba feliz, volviendo al lado de mi mamá, donde me sentía protegida, si apenas tenía 18 años, con dos hijos, y nuevamente embarazada. Pero a los seis meses y medio tuve un parto prematuro. Nace una bebida que fallece a las 48 horas. Este fue el primer gran dolor que experimentaba en mi vida, porque cuando murió mi mamá yo era chica, inocente, pero ahora descubría el sufrimiento de otra manera. Y a los veinte años quedo esperando otro hijo, con muchas complicaciones y síntomas de pérdida, estando tres veces hospitalizada y con reposo absoluto por dos meses hasta el parto.

Eso trajo como consecuencia algo que cambiaría nuestras vidas, ya que debido a mi estado de salud no podía atender a mis dos hijos. Y mi madre tampoco podía hacerse cargo, pues ya había sufrido un infarto, así que mi marido acudió a una tía, quien al no poder quedarse en nuestra casa por su esposo, se llevó a nuestra hija con el acuerdo de que una vez que naciera nuestro tercer hijo ella me la traería inmediatamente. Pero no fue así; pasaron largos meses mientras yo le preguntaba insistentemente a mi esposo que cuándo llegaría nuestra niña, cosa que a él le molestaba y siempre respondía que ella estaba bien con los tíos.

Pero siguió pasando el tiempo, exactamente catorce meses sin ver a mi hija, cuando un día 23 de diciembre llama la tía para avisar que la niña estaba con alta temperatura. Inmediatamente mi corazón de madre supo que esto era más que una fiebre alta, y aún en contra de la voluntad de mi esposo viajé a Santiago a verla. Cuando por fin pude estar junto a ella en su cama, no podía creer que esa chiquita era mi hija ¡qué dolor tan grande! tenía medio cuerpo paralizado y sus ojitos habían sufrido estrabismo. Entonces me explicaron que le había dado una encefalitis fulminante, y además una poliomeilitis. Yo no entendía nada, no encontraba respuesta para tanto sufrimiento. Fueron momentos de mucho dolor... y naturalmente que culpaba a mi tía y a mi esposo por esta situación. La tía pedía perdón, y yo amenazaba con no perdonarla jamás, pues lo que había hecho con mi hija no merecía perdón.

Tuve una tremenda batalla en mi corazón, debiendo además aceptar que nuestra hija se quedara en Santiago. Sentía que la vida se estaba volviendo contra mí.

En esos años, después de todo lo que me había pasado con mi hijita, mi relación con mi esposo fue cambiando. Empecé a tenerle rencor y me revelaba; de la esposa sumisa que había sido, pasé a ser totalmente diferente, y discutíamos mucho. Un día decidí que no tendría más hijos y que me operaría, claro que siendo aún tan joven era muy difícil encontrar un médico que quisiera operarme, pero al fin lo encontré y a los 21 años ya estaba operada.

Cuando me dieron de alta, mi esposo me dejó en la casa, y viajó a Traiguén a casa de sus padres. Esos días que pasé convaleciente se me hicieron largos y tristes, me sentía muy sola y abandonada; entonces pensé en cómo vengarme y pagarle con la misma moneda. En cuanto pude levantarme, lo primero que hice fue tomar todos sus ternos y venderlos en donde compraban ropa

usada; los vendí todos. En otra oportunidad hice lo mismo con todos sus libros, ¡y eso sí que le dolió! pues siempre fue un gran lector. Otro recuerdo que viene a mi mente es cuando mi marido se iba de viernes a domingo a pescar, y al regreso me pedía que limpiara los salmones para que el día lunes se los regalara a sus colegas. ¡Ah, no! ya estaba cansada de limpiarle sus pescados, para que se luciera con los amigos, pero esta vez sería diferente, así que silenciosamente tome los pescaditos, los dejé en el patio y muy pronto llegaron los gatos del vecindario. A la mañana siguiente no quedaba ninguno.

Estaba tan sumergida en el dolor por la enfermedad de mi hija, y por la incomprensión de él, que un sentimiento de rabia más hondo empezó a encubarse en mí: el odio. Comencé a odiar a mi tía, y además de seguir culpándola por lo de mi niña, la culpaba por nuestras continuas peleas con mi esposo. Ese odio comenzó a dañarme el alma y el cuerpo; las sienes me saltaban, me dolía terriblemente la cabeza, y el pecho me latía como que si mi corazón fuera a estallar. No tenía control sobre mis emociones. Muchas veces sentía tanto asco, que tenía que correr al baño a vomitar. Todo ese tormento lo llevaba escondido, sin que los demás se dieran cuenta. Lo único raro era mi frialdad y poca comunicación con la tía. La verdad es que yo era un caos y no veía ninguna salida.

Un día estando sola pensé que lo mejor sería separarme, a pesar que yo amaba a mi marido, pero sentía que no podía más con esta situación, y en esos pensamientos me encontraba, cuando hice un viaje a Temuco donde estaban viviendo los tíos con nuestra hija, y allí una prima de mi esposo me invitó a ver una película que daban en una Iglesia Evangélica, y bueno, acepté la invitación más que nada por cortesía... pero ¡Cómo expresar con palabras lo sucedido esa noche! Por primera vez en mi vida me vi tal como era; una mujer orgullosa, rencorosa, vengativa y llevada por mis ideas. Le pedí a Dios que me perdonara, le dije que no podía más con mi vida, le entregué todos mis dolores, angustias, conflictos, mis cargas, mi rencor, mi rabia, mi frustración y mi desconfianza en los demás... todo lo que me impedía amarlos.

Esa noche tuve un cambio radical en mi vida; por fin sentía paz en mi interior, descubrí que sí había un camino, y quise que Dios me moldeara en sus manos como un alfarero. Mi oración desesperada fue escuchada, y el Señor comenzó a moldearme como le había suplicado. La evidencia se mostró cuando pude perdonar a la tía, y más que eso, pude amarla, llegando a tener una relación plena, como madre e hija. Al liberarme de mi odio, recuperé mi seguridad, la confianza en los demás y en el futuro, que aunque

seguía teniendo grandes dificultades, ya no las enfrentaba con miedo, sino que podía descansar en el Señor, en su fuerza, no en la mía.

Y corrió el tiempo con tantas cosas que lleva la vida, y entre esas cosas, noté cambios en mi marido. Este nuevo dolor que estaba descubriendo ocurrió hace ya sus cuantos años, y también es parte de mi vida. Él se había puesto muy irritable; todo le parecía mal, crítico hasta de las comidas, y comenzó a rodearse de amistades más jóvenes y hasta vestirse como ellos. Recuerdo que muchas veces me dejaba en ridículo ante nuestras amistades, sin entender por qué se comportaba así. Luego me di cuenta que sentía un rechazo hacia mí, tan grande, que yo ni siquiera podía tocarlo, porque se separaba rápidamente. Llegué a tenerle temor, por su manera agresiva de tratarme, aunque nunca me golpeó, pero creo que lo hubiese preferido, a escuchar las palabras con las que me ofendía. Esta dolorosa situación duró alrededor de 6 años. Hubo muchos cambios en esa etapa de nuestro matrimonio; los hijos ya se habían casado y estaban haciendo sus vidas. Nosotros éramos los que estábamos en problemas.

Durante ese tiempo mi esposo me enviaba a Santiago con cualquier pretexto, ya que en ese tiempo vivíamos en provincia; estos viajes los hacía por tierra, sola, manejando mi auto de Calama a Santiago y viceversa, pues él así lo quería e incluso compró un negocio aquí en Santiago, y había que venir cada 15 días para controlar su buen funcionamiento. Yo comencé a hacerme preguntas, pero cuando buscaba respuestas, él se disculpaba con el exceso de trabajo. Jamás pensé que él me estuviera engañando con otra mujer, pues creí que todos los años de matrimonio y todo lo vivido juntos nos tenía unidos. Sin embargo, un día supe que él me engañaba con una persona que yo estimaba mucho, y en quien confiaba.

Mi marido había mantenido esta vida doble por 6 años, y como fruto de esa relación había nacido una criatura. Confieso que fue el golpe bajo más fuerte que he recibido... y de personas que yo amaba. Lloré angustiada, sin entender cómo ellos me traicionaban. ¡Qué decepción! Sentí mi orgullo herido en lo más profundo y hay que ver ¡cómo duele! Tan solo lo comprenderán aquellas mujeres que han pasado por esta experiencia.

Pensé en esos momentos que mi vida se terminaba, que todo se había perdido; 28 años de matrimonio por la borda, y pensé que nunca más podría creerle, porque todo en él era mentira. Me sentía despreciada, como algo que no vale nada, insignificante, sin ningún atractivo, vieja y fea y que por esa razón había fijado sus ojos en otra mujer más joven que yo. Sentí, y no

debo negarlo, deseos de morir y desaparecer para siempre. Fueron muchos los pensamientos que pasaban por mi mente; acudían recuerdos y los asociaba, los iba amarrando a mi vida actual... descubriendo cada vez más el tremendo engaño, comprendiendo que aquella pequeñita que tantas veces tuve en mis brazos, acariciándola y mimándola, regalándole sus primeros aritos de oro, era el fruto del engaño... solo Dios sabe el dolor que me agobiaba, sentía una amargura y desesperación incontenible al recordar que muchas veces le había contado a esta mujer de los cambios que mi esposo tenía conmigo. ¡Cómo se reirían de esta pobre tonta! Comprendí el porqué de los viajes y pensé que él tendría la esperanza que yo hubiese podido morir en alguno de ellos. Comprendí también su rechazo a nuestras relaciones íntimas... y fue como quitarme una venda de mis ojos.

Y de mi pena y autocompasión, pasé a sentimientos de rabia, descargando en él todas mis culpas, pues estaba segura que él no más las tenía. Así pasó un mes larguísimo en el cual muy poco nos dijimos, hasta que una tarde se acercó para pedirme que lo acompañara a comprarle unos regalos a su hijita, pues estaría de cumpleaños. ¡No podía creerlo! ¿cómo se atrevía a pedirme algo así? Pensé, “este hombre no tiene vergüenza”, y aunque parezca una locura, a pesar de mi indignación, no sé por qué le contesté que lo iba a pensar. Más tarde, en mis momentos de silencio y oración, sentía que Dios me alentaba a hacerlo, y también una persona muy querida por mí, me lo confirmó. Al día siguiente lo acompañé, comprendiendo además, que esa niña era inocente, y que aunque doliera, seguiría siendo hija de mi esposo.

Fue en Santiago, que una noche él buscó reconciliarse conmigo; al comienzo con vergüenza, me dijo que me amaba, y que olvidáramos todo lo sucedido, que comenzáramos de nuevo. En ese instante no podía entender ese amor que destruye, que dejaba tanto dolor en mi alma, y no soportaba escucharlo. Recuerdo que después, con el corazón desgarrado de tristeza, doblé mis rodillas y elevé una oración a Dios, pidiéndole desde lo más profundo de mi alma que me ayudara a superar lo que estaba viviendo; que me diera paz, y por sobre todo que pudiera olvidar, si esto era posible, para amarlo nuevamente. Clamé a mi Señor tal vez como nunca lo había hecho, y yo sé que Él escuchó mis ruegos, y además puso pensamientos en mi mente, como si me estuviera hablando, haciéndome ver que en todo lo que me estaba sucediendo, yo también tenía mi parte de responsabilidad en nuestro quiebre como pareja.

Y una de las razones había sido que al casarse nuestros hijos, yo vivía pendiente de ellos, y para qué decir de cuando comenzaron a llegar los nietos,

en que simplemente me deshacía por ellos. Y así fui descuidando mi relación con mi esposo y como él nunca se quejó de lo abandonado que lo tenía, yo no tomé conciencia de la situación, y no supe guardar un equilibrio.

Otra de mis faltas fue que con la partida de mis hijos de nuestro hogar, yo me sumí en muchas nostalgias, porque los extrañaba y me dolía su ausencia. Entonces me preocupé más de mi dolor de madre, que de lo que tal vez mi esposo también estaba sintiendo en su corazón. Estos errores cometí, y le pedí perdón a Dios por ellos. Entonces me vi a mí misma muy mal, descubriendo tantas emociones y hábitos que a veces nos dominan y nos dañan a nosotros y a los demás. Aquella vez pensé... y si yo estoy así, ¿cómo estará mi marido? Él nunca se había acercado a Dios; no tenía a quién pedirle esa ayuda que solo Dios puede dar para los dolores del alma. Y además, otra pregunta surgió en mi mente, ¿Qué podría yo esperar de un hombre así, que tal vez podría engañarme otra vez, porque se regía por su propia moral? En fin, mil cosas rondaban mi corazón.

Lo que sí tenía claro, era mi compromiso con el Señor, a quien ya conocía, porque se había manifestado de muchas maneras en mi vida. Y ¿qué estaba haciendo yo?, ¿cómo mostraba mi fe en hechos reales y concretos? Me di cuenta que no se trataba de olvidar el daño recibido, sino de aún teniéndolo presente, perdonar. En mi mente resonaba una y otra vez la palabra PERDÓN. Ahí estaba la respuesta: debía perdonar, pero ¿cómo? Si mi esposo en ningún momento me lo había pedido. ¿Por qué debía perdonarlo? Entonces comprendí que si Dios me había perdonado a mí en todos mis errores ¿Por qué yo no podía también perdonar?

En ese momento ocurrió algo sobrenatural; fui liberada de ese gran peso, esa amargura que antes me agobiaba, y realmente recibí paz, cuando por fin pude perdonar de todo corazón a mi esposo. Fue un proceso de meses, donde el Señor fue trabajando en mí, dándome la capacidad para perdonar, aunque mi marido no me lo pidiera. Dios me daba libertad personal. Así me fui sanando de las heridas del alma, y el Señor cicatrizó y restauró mi matrimonio en todas las áreas.

Fue solo después de 6 años de acontecido esto, que mi marido me pidió perdón por primera vez, reconociendo su transgresión, la que nos había causado tanto dolor. Fue algo muy hermoso poder escucharlo. Ya han pasado 30 años de estas vivencias, que hoy comparto con ustedes, mujeres de distintas edades, y cada una con su vida de alegrías y tristezas. La finalidad de dar

testimonio, es alentar a quienes estén pasando por situaciones parecidas, y decirles que todo puede ser sanado, por la gracia de Dios.

Han pasado los meses, los años y la vida continúa. Ahora tengo tres lindos bisnetos. Nunca me imaginé que llegaría a ser bisabuela. Algo hermoso que quiero compartir también con ustedes, es lo que ocurrió hace tres años, cuando un día, mi esposo, muy serio, dijo que necesitaba decirme algo. Pensé ¿qué se le estará ocurriendo ahora? No me imaginaba qué podía ser, porque estaba realmente serio. Entonces me dice que me tiene una noticia, pero le contesté “si es mala, guárdatela, no me la digas”. En ese momento lo noté nervioso, como emocionado, y me dice: sabes, tus ruegos fueron escuchados, porque me he dado cuenta de que necesito acercarme más a Dios, y quisiera que tú me ayudes. Ese día, ambos lloramos unidos, y ha sido la primera vez que lo vi como un niño. Por fin veríamos la vida con la misma fe, de manera trascendente, con la certeza de que no estamos solos en nuestros problemas. Ese día yo andaba como flotando en el aire. Ahora sí que teníamos comunión en todas las áreas.

Y gracias a la decisión de incluir a Dios en todos nuestros planes, es que hemos podido atravesar esos valles de sombras que a todos los humanos nos toca pasar. En la actualidad mi esposo sufre de Parkinson, y hasta hace un tiempo estaba muy avanzado, tanto que tenía que ayudarlo a llevarse la comida a la boca y a vestirse, porque no podía hacerlo solo, pero de pronto hubo un Gran Cambio. Después de entregar completamente su vida al Señor, sus temblores fueron desapareciendo, y hoy ya no necesita ayuda. Para mí, nuestra familia y a todos quienes lo conocen, nos tiene maravillados, y solo podemos decir ¡es un milagro!

Tengo mucha gratitud a Dios, pues me confirma una vez más que en Él todas las cosas son posibles, que junto con sanar las heridas más profundas del alma, nos ayuda a amar a quienes nos hirieron. Hoy me siento amada por toda mi familia; estoy feliz con mi esposo, y me siento plena, a pesar de que hace tres años me diagnosticaron cáncer, leucemia y artrosis, pero estas enfermedades no me asustan; estoy tranquila y confiando en la voluntad de Dios. Él tiene nuestro tiempo en sus manos.

Cuando miro hacia esos años de tanto dolor, veo también que aprendimos a conocernos tal como somos con mi esposo, cada uno con sus debilidades, dependientes del amor y perdón de Dios, que nunca se acaba y que nos abraza cada vez que lo necesitamos.

Hace unos días cumplimos 60 años de matrimonio, y fue una fiesta preciosa, de unidad, de cariño, de esperanza. Y como dijo el pastor Francisco ese día, Dios *reservó el mejor vino de comunión (Juan 2:10)* para nuestros años dorados. Así que solo puedo agradecer a nuestro Señor por mi familia; mis hijos amados, mis nietos, y mi compañero de toda una vida.

El perdón fue la llave para sanar nuestras heridas.



2. ya no podía retroceder el tiempo

Me llamo Claudia, y soy la mayor de tres hermanas. Crecí en una familia con padres presentes y con un matrimonio sólido. Junto con mis hermanas hacíamos muchas travesuras y éramos bien unidas. En medio de una crisis económica nos fuimos a vivir a la casa de mi abuela, donde vivimos la mayor parte de nuestra infancia. Yo estudié en una escuela de niñas toda la básica. Era muy tímida, y por eso me gustaba participar en representaciones teatrales porque ahí me transformaba y desaparecía mi timidez y mis temores.

Cursando 7° y 8° básico sufrí mucho con las matemáticas y con mi profesor, quien disfrutaba sacándome a realizar los ejercicios que nunca podía hacer, llamándome “González a la pizarra”, y yo quedaba paralizada, sintiendo que todas se daban cuenta que no entendía nada. Felizmente tenía buenas compañeras que me salvaban, compadeciéndose al verme en ese estado, que ni siquiera podía contestarle algo al profesor. Y fue él mismo quien le pidió a mi mamá que me llevara a un psicólogo, para ver mi timidez. Así comenzaron mis visitas al psicólogo, para desarrollar mi personalidad; y mi timidez comenzó a ser menor, hasta que en algún momento logré contestarle al profesor y hacerle saber cómo me sentía cuando era llamada al pizarrón.

A mis catorce años, cuando comenzaba la enseñanza media, a mis padres les entregaron su casa en Maipú, y nuestra alegría era inmensa, ya que estaríamos en nuestro propio hogar. En estos barrios comenzó a transcurrir mi adolescencia junto con mis hermanas, donde nos rodeamos de amistades, con quienes compartíamos junto a mis padres en esas tardes jugando al toambo o vóleibol. De mi timidez ya ni me acordaba; ahora era bastante amistosa, y tenía buena llegada con el sexo opuesto. Era muy risueña y creo que también coqueta; me gustaba sentirme observada. Tenía una sola amiga

mujer, menor que yo. En una de esas tardes conocí a mi primer pololo, cuando tenía quince años. Se me hacía un nudo en el estómago al pensar en cómo pedirle permiso a mis papás.

Comenzamos un pololeo que duró cuatro años. Yo me imaginaba que nos casaríamos, ya que planificábamos nuestro futuro juntos. Con él tuve mi primera relación sexual, y recuerdo que ese día al pensar en mis padres, me sentí muy triste. Ellos que me cuidaban tanto para que todo fuera a su tiempo, y ahora además tenía susto de estar embarazada, y tan joven... pero... fui superándolo, convenciéndome que no importaba, porque me casaría. Hasta que todo terminó, porque él ya no vivía en el barrio, y un día llegó a decirme que no podíamos seguir así, viéndonos poco y peleando mucho. Yo quería morirme; ¿qué haría? Ya no iba a casarme con el hombre que había tenido mi primera relación sexual; no habría matrimonio. No sabía qué hacer... y ya no podía retroceder el tiempo de todo lo vivido con él.

Comencé a sufrir una depresión mientras estudiaba en la enseñanza superior la carrera de Publicidad, faltando mucho a clases, y pasando la mayor parte del tiempo en pijama y llorando. Mis padres tomaron la decisión de enviarme a la casa de mi tía en Brasil, donde estuve tres meses. Conocí bastantes amistades y lugares, y también extrañé mucho a mis padres y a mi país, queriendo regresar pronto. Al regresar a Chile, retomé mis estudios de la carrera de Publicidad y Marketing, comenzando de nuevo, aunque mi dolor aún estaba latente. Sentía una mezcla de pena y desilusión, y más aún al enterarme que mi ex estaba pololeando.

Pero debía continuar con mi vida, y comencé a salir bastante con amigas y amigos para olvidar. Así conocí a uno, que siempre estaba insistiéndome en ser más que amigos. Durante un año estuvimos saliendo. Para mí, él se convirtió en un refugio para mi soledad y mi angustia, para no sentirme sola, para convencerme de que le importaba a un hombre; para que mis amistades no sintieran lástima de mí, por todo lo que había pasado, y especialmente para que mi ex no supiera de mi dolor por él. A mis padres también les ocultaba lo que estaba sintiendo, para que no pensarán que el viaje no había servido para recuperarme.

Ya me estaba acostumbrando a usar máscaras...

Un día, Carlos me advirtió que si no lo aceptaba como pololo, sería nuestra última salida. Sentí miedo de quedar una vez más sola, y acepté. Él iba a dejarme y a buscarme donde yo estudiaba, pero mis padres no estaban enterados. Mi relación la mantenía oculta, mintiendo que saldría con una amiga

o que tenía una fiesta. Nos juntábamos en algún lugar, para que nadie nos viera. Para mis padres él no era de su agrado, pues tenía una diferencia de edad de seis años, y él había vivido de todo. Era muy irresponsable; vivía el día a día. No tenía estabilidad económica, porque estaba muy cómodo viviendo junto a su padre. Y el dinero era para gastarlo en divertirse. Yo me adapté, sin exigir nada a cambio.

Pero con el tiempo comencé a pedirle algo de estabilidad, alguna proyección para planificar nuestro futuro, cosa que nunca le interesó y desde entonces nuestra relación fue cada vez más complicada. Y también vinieron los engaños, que siempre negó. Yo no quería ver, que desde el principio, nuestras vidas eran muy diferentes en lo familiar y emocional. Muchas veces terminamos, pero siempre volvíamos, porque a mí, el miedo a la soledad me aterraba... y no sentirme querida... no lo podía aceptar... aunque fuera una mala relación.

Recién en el segundo año de pololeo acepté tener relaciones sexuales con él, a causa de los malos recuerdos de mi primer pololo. Una de las razones por las que una vez más dije que sí, fue por miedo a que se fuera de mi lado. Después de tres años de una relación tortuosa, quedé embarazada. No tomé precauciones como se debía. Fue como un balde de agua fría. Estaba realmente desesperada, porque no veía ningún futuro estable como para criar un hijo. ¿Qué sería de mi vida? Estábamos asustados. Mi corazón sentía angustia por defraudar a mis padres; todo lo que había soñado se derrumbaba... casarme como correspondía se había desvanecido. Traté que nadie se diera cuenta de lo que estaba ocurriéndome, y continuaba con mi vida como si todo estuviera normal.

Decidimos casarnos para que nadie hablara que habíamos hecho las cosas mal. Comunicamos a mis padres nuestra decisión, no íbamos a darle la razón real. Quedaron sorprendidos pero no se opusieron. Con cinco meses de embarazo contraí matrimonio por el civil. Estaba muy nerviosa y angustiada, tratando de que no se me notara mi embarazo, para que nadie murmurara a mis espaldas. Después nos fuimos a vivir solos, y un día mis hermanas fueron las primeras de enterarse que estaba embarazada, porque a una de ellas, al prestarle un libro, no vi que adentro iban las ecografías. Llegaron una tarde a casa diciéndome que querían hablar conmigo... ya sabemos que seremos tías, estaban muy contentas. Después vino la parte más difícil; contarle a mis padres y ver su preocupación por no haberles contado a su debido tiempo. Pero afortunadamente cuando se enteraron de la noticia, estaban muy felices y preocupados de que todo fuera bien. Tuve un embarazo muy bueno, donde Carlos se preocupó bastante por mí, al igual que mis padres.

Mi hija Ignacia nació ¡cómo no recordar esos momentos de felicidad al tenerla en mis brazos por primera vez! Pero pronto vinieron tiempos duros. Ignacia aún no cumplía su primer año de vida, cuando fue nuestra primera crisis. Teníamos problemas económicos, ya que habían despedido a Carlos de la empresa. Nos tuvimos que ir a la casa de la bisabuela de la Ignacia a vivir. Fue muy difícil, ya que no era nuestra casa, y él la mayor parte del tiempo lo pasaba en casa de sus padres.

En el primer cumpleaños de mi hijita; yo estaba sola en casa preparando todo para que fuera perfecto. Él llegó casi un par de horas antes de comenzar el cumpleaños; tuvimos una discusión y me empujó violentamente contra una muralla de la cocina donde estaba haciendo los últimos arreglos. Recuerdo su cara de ira contra mí porque yo estaba reclamando que no había estado en casa para ayudarme. Fui al dormitorio a buscar a nuestra hija y comenzar hacer los bolsos... me iba de la casa, no podía aguantar lo que había sucedido. Fue a buscarme y pedirme perdón por su actuar... lloramos y lo perdoné. Y comenzamos a recibir a los invitados como si “acá no ha pasado nada”.

Recordé que en la etapa de mi pololeo había tenido reacciones violentas, cuando discutíamos me sacaba del auto, comenzando por gritarme hasta el punto muchas veces de bajarme a tirones. También sufrí con la violencia psicológica, que me hacía sentir que no valía como mujer. Y lo peor es que pensaba que esa era la relación que yo me merecía.

Así transcurrió nuestra vida, de mal en peor. Pasábamos solas con mi hija, esperando que llegara la noche para que Carlos estuviera junto a nosotras. Cuando Ignacia cumplió dos años nos separamos, y regresé a la casa de mis padres. Tuve que comenzar a levantarme nuevamente. Estaba muy dolida; la tristeza me embargaba... sentía que estaba abandonada, no quería ser una madre sola, comencé a despreocuparme de mi hija, solo quería que él volviera conmigo. Muchas veces lo busqué, y volvía a caer en el mismo círculo vicioso. Así estuvimos dos años, hasta que lo intentamos nuevamente. Yo estaba en un buen trabajo y decidimos irnos a vivir juntos, arrendando una casa al lado de sus papás... porque él y su familia habían decidido que era la mejor opción, y lo acepté porque mi suegra cuidaría de nuestra hija. Fue una mala decisión, que tuvo muchas consecuencias. Estaba toda la familia involucrada en nuestra relación, discutíamos y se iba a la casa de sus papás, muchas veces dejándome sola porque se llevaba a Ignacia.

Entonces me dediqué completamente a trabajar donde cumplía al cien por ciento, y llegar después a la casa, era como un campo de batalla. Tratábamos

en lo posible de no vernos, para no discutir. Nuevamente problemas económicos y conflictos por su irresponsabilidad conmigo y la Ignacia, su familia. Él quería que nosotras fuéramos parte de su familia de origen, lo que yo no aceptaba. Sus ataques psicológicos se centraban en decirme que yo estaba loca por exigirle que asumiera su rol de jefe de hogar, el que siempre yo estaba cumpliendo, además de criar a la niña.

Y tan enfocada estaba en mi trabajo, que no me daba cuenta que él estaba saliendo con otra mujer, involucrando a nuestra hija en sus salidas. Un día al llegar a casa de mi suegra con mi hija, vi que en el dormitorio de Carlos ya no estaba su ropa ni sus cosas personales. Mi suegra no supo qué decir. Llamé a mis padres, y ellos con su amor incondicional, ahí estaban para consolarme y apoyarme. Yo estaba destruida. Después apareció Carlos, y vino el dolor más grande, al escuchar que me decía “ya no te quiero, no puedo seguir contigo”. Nuevamente no supe qué hacer, estaba embargada de dolor. Comencé a caer en una depresión, tenía miedo a quedarme sola, y pensaba que mi vida no tenía sentido. ¿Alguien querría estar con una mujer abandonada y con una hija?

Un día en vísperas de Año Nuevo, después de una discusión con él, comencé a caminar sin rumbo, llegando a una pasarela por donde pasaban muchos vehículos... y me embargó un sentimiento de angustia y deseos de acabar con todo... porque estaba cansada de luchar. En un instante vino a mi mente la imagen de mi hija y comencé a llorar y a pensar que había alguien que necesitaba de mí. Al caminar rumbo a casa, encontré a mi papá quien comenzó a llamarme. Subí al auto y recuerdo sus palabras “te quiero hija”... Mi padre no era un hombre muy expresivo; como que no sabía demostrar su cariño, pero ese día, sentí claramente su amor y preocupación por mí.

Y comencé una nueva etapa, tratando de superar todo, ordenando mi vida, trabajando, y dedicándome a mi hija, para que no le faltara nada. Así transcurrieron tres años. Yo necesitaba mostrar hacia el exterior, a mi familia y amigos que yo era fuerte y que me las arreglaba bien. No necesitaba ayuda. Entonces me puse la máscara de autosuficiente y feliz.

Así que frente a los demás, yo era alegre y divertida; no demostraba mi soledad... para que no sintieran lástima de mí, y por esos mismos motivos, tuve otra relación. Pero fue solo un tiempo de diversión, quedando más vacía. Y una vez más apareció Carlos en mi vida, buscándome para darnos otra oportunidad. Sentía que había un cambio en él, y me arriesgué. Decidimos irnos a Chillán, lejos de todos, para que esta vez resultara. Pero

desgraciadamente no fue así. Nuestra relación se deterioró más, y esta vez los insultos eran en presencia de nuestra hija.

Y una noche en que Carlos llegó tarde, pasado a trago y muy agresivo, en medio de los gritos agarré a la Ignacia y nos subimos al auto para arrancar definitivamente de esta pesadilla. Lo más sorprendente es que cuando estábamos instaladas para partir, se me ocurre decir ¿y... para dónde vamos...? y mi hija me contestó con mucha claridad “vamos a la iglesia”. Me dejó perpleja; nunca me hubiese imaginado una respuesta así. Pero lo que pasaba es que la niña había estado asistiendo con mi mamá a una iglesia, donde los niños tenían sus clases y actividades, donde cantaban y hacían oraciones por la familia. Y en mi desesperación le hice caso a la Ignacia.

Llegué a la iglesia muy mal... no podía dejar de llorar. Recuerdo que el pastor nos recibió con mucho cariño, y mientras la Ignacia jugaba en una salita, comenzó a hablarme. Entre mis lágrimas yo escuchaba que me decía... Claudia, Dios te ama y jamás te ha abandonado, está a tu lado, solo quiere que tú le aceptes en tu vida... Entonces él oró por mí, y yo comencé a sentir una paz en mi corazón que no había sentido en mucho tiempo. Entendí que había Alguien Superior que se preocupaba por mí y que me amaba, que no me pedía nada a cambio... solo que pusiera mi confianza en Él.

Volví a mi casa con mucha paz y tranquilidad. Las plumas volaban igual, pero yo estaba distinta, y definitivamente nos separamos con Carlos. La Ignacia y yo nos quedamos en Chillán para que terminara su año escolar.

Regresamos a Santiago, y a empezar de nuevo con mi hija junto a mis padres. Y sin darme cuenta me puse la máscara de mujer fuerte. Comencé a trabajar y a salir bastante con mis compañeros de trabajo, retomando la vida nocturna. Trabajar y pasarlo bien era la meta, y la receta para olvidar y evadirme de lo que realmente estaba sintiendo. Exteriormente era una mujer súper divertida y alegre, nadie pensaba que tenía un inmenso dolor y un corazón destruido. Y naturalmente que tuve otra pareja, que tampoco resultó, y aparecieron mis antiguos temores ¿qué había de malo en mí?, ¿por qué no me resultaba tener un buen compañero?, ¿o no eran las personas adecuadas?

Y siguió la vida diaria. Mi hija continuaba participando en la iglesia junto con mis padres, y para mí era estupendo, porque sabía que le hacía bien, y que tenía otro colchoncito emocional además del de los abuelos. Yo a veces iba, para acompañarlos y para sentir de vez en cuando esa paz que necesitaba. Fue así como un día recibí la invitación a un “Encuentro de

Mujeres”. Y acepté vivir esta experiencia. Ese día, para mí... fue inexplicable... sentí tanto cariño... y sentí que Dios nuevamente estaba llenando mi corazón de “Amor” verdadero, ese que es suficiente para sentirse plena y en paz. Y reconocí que necesitaba caminar junto a Dios. Podía ver más allá de esta realidad.

Fue un tiempo en que además tenía logros en lo laboral, siendo ascendida en mi trabajo, con nuevos desafíos, y doble esfuerzo para cumplir las exigencias de la empresa. Y eso me daba estabilidad económica para cumplir las metas que tenía en mi vida personal. Es decir, estaba más que ocupada, entre la pega y la crianza, pero cuando se es joven, siempre hay un tiempo para las hormonas, y una cae fácilmente, sobre todo cuando aparece el primer amor de la adolescencia, que por supuesto ya estaba casado, separado y con dos hijos. Y después de un bonito reencuentro, recordando cosas pasadas y la situación que estaba pasando, lo animé a recuperar su familia. En vista que eso no ocurrió, continuamos nuestra relación que había quedado trunca hacía años. Incluso las familias y la Ignacia estaban de acuerdo. Pero esa palabra que lo cambia todo, ese pero que tanto usamos... significaba que la separación estaba en proceso, que aún no se sanaba del quiebre con su esposa, en fin, lo de siempre. Nuevamente me dañaba la misma persona de quien había estado enamorada en mi adolescencia. Y mi trabajo volvió a ser mi refugio.

Un domingo en la tarde, estando en la casa, Ignacia tenía fuertes dolores en el estómago, y pasó mal la noche, con fiebre. En la mañana la llevé muy temprano a urgencia, y le diagnosticaron apendicitis aguda. Había que operarla ya, antes de que se transformara en peritonitis, que es muy grave. Como a toda mamá, me dolía el alma verla entrar a pabellón para ser operada. En ese momento me vinieron mil cosas a la cabeza y me preguntaba ¿por qué le estaba ocurriendo esto a mi hija? Aunque sabía de qué se trataba, y que nos pasa a todos, distintas enfermedades. Pero... tenía muchas emociones y preguntas.

La cosa es que llamé a mi jefa para contarle dónde estaba y por qué. Y no podía creer su frialdad al decirme: “Arregla tu problema y te vienes a la oficina”. Solo le respondí: mi hija no es un problema, es mi responsabilidad. Yo quería estar con ella en cada instante, no separarme hasta verla bien. Gracias a Dios, los médicos, y a las oraciones y preocupación de mis padres y otras personas, todo salió muy bien. Sentí que el propósito, la razón por la que Dios permitió todo esto, era porque mi hija necesitaba de mí, y que el trabajo no era mi vida.

Continué con mis responsabilidades y con esfuerzo para tener mi propio hogar con la Ignacia, pues mis padres tenían su proyecto de vida en Talca. Fue increíble cómo se fueron dando las cosas, hasta que en agosto del 2016 recibí mi departamento con una felicidad inmensa. Pero... también con tristeza de separarnos de mis papás que partían lejos, y que siempre nos habían acogido y apoyado con su amor incondicional. Ese amor que cada día reconozco y valoro más. Teníamos casi una vida con ellos, protegiéndonos y ayudándome en la crianza de Ignacia, para quien fue bien difícil, porque tuvo que empezar a acostumbrarse a pasar sola gran parte del día, mientras yo estaba en el trabajo. Felizmente ya nos habíamos preparado, y lo estábamos logrando.

Todo iba bien en nuestra nueva vida; la Ignacia en el colegio y yo trabajando, hasta que en abril se produjo una crisis en mi trabajo. Habría cambios de horario, y mucha presión para lograr las metas. Era agotador; llegaba a mi casa a las 9 de la noche. Hacía mi máximo esfuerzo, pero aún así, fui llamada un día a la oficina de mi jefatura, donde me comunicaron que estaba despedida. Me costaba creerlo, si llevaba 7 años trabajando en esa empresa, dando tanto de mí... no estaba preparada para este golpe. Y además me había encariñado con mis compañeros y compañeras de trabajo. Pero... en ese mundo tan materialista... generalmente no hay pero que valga.

Ahora estoy tranquila a pesar de estar sin trabajo. Confío en que Dios me abrirá alguna puerta, insospechada para mí. Mi corazón de mujer todavía joven, también está tranquilo, aunque no puedo dejar de reconocer que muchas veces siento soledad... pero cuando me vienen esos sentimientos, entonces pienso en el inmenso amor que Dios tiene por mí, y todas las cosas lindas y buenas que tengo en mi vida.

Me he dado cuenta que las mujeres somos verdaderas guerreras, y como tal sigo luchando para estar en pie y mantenerme firme, no es fácil y más aún cuando uno está sola. Pero sé que Dios tiene un propósito para mi vida y eso me da fuerzas de día en día para cumplir Su voluntad, no la mía... que ya hartos dolores me dio, y que por su amor, pude sanar.

Hoy me alegra mucho ver que Ignacia ha ido creciendo y madurando. Ya está en cuarto medio y preparándose para la educación superior. También ha logrado tener una buena relación con su padre. Y nosotras viviendo en nuestro hogar como la familia que formamos, y sostenidas en Dios.

Ahora sé quién soy, y no necesito máscaras.



3. me quise casar para irme de la casa

Antes de conocer y tener una conversión o verdadera relación con el Señor, mi vida era:

Viví una adolescencia difícil, con un padre muy autoritario, tipo militar, así que su palabra era ley y no discutible por nadie. También en el país se vivían difíciles momentos. En varias etapas de mi juventud me fui de casa, a causa del maltrato físico y verbal por parte de mi papá, incluso llegando a tener que ir al hospital por lesiones ocasionadas por los golpes recibidos.

En todo caso, aún así buscaba de Dios. Creía en Él en forma muy verdadera, lo necesitaba con urgencia, producto de toda mi vida maltratada, y me aferraba a Él, pero con todos los antiguos rituales católicos que significaba esto. Y no lo encontraba...

Debido a todas estas circunstancias en mi vida, entré a trabajar y estudiar a la edad de 17 años a la Universidad, y me fui independizando rápidamente. Asimismo me quise casar para irme de la casa paterna, y a los 24 años me casé con el pololo que llevaba más de 5 años ya.

A los 2 años de matrimonio comenzaron los problemas, y serios, como adulterios de parte de él, sumado a exceso de alcohol, lo que desencadenaba insultos, faltas de respeto y golpes muchas veces, llegando a tener que declarar en Tribunales por maltrato familiar, y una vez más... terminando en el hospital como en mi adolescencia, pero ahora, acreditando lesiones por parte de Carabineros.

Era como volver a empezar esto de nuevo, como en la juventud, y yo no estaba dispuesta a revivir ese dolor, a aguantar más abusos. Entonces tomé la decisión de abandonar a mi esposo.

Pero como yo tenía unos padres tremendamente autoritarios, y que pasara lo que pasara (aunque ellos no sabían toda la realidad de las cosas que yo vivía dentro de mi casa) tenía que cumplir lo que la ley dice, que si uno se casa, es para toda la vida.

Por lo tanto yo tenía que seguir soportando esta anormal convivencia, y esperar nuevos episodios violentos, que desgraciadamente sucedieron. Ya teníamos 4 años de casados viviendo de esta manera, y quedé embarazada por segunda vez. Y ocurrió que después del postnatal, no volví a mi trabajo, por reiterados escándalos de celos, y eso fue terrible para mí, porque al menos con mi trabajo tenía independencia económica y era un lugar donde debía dejar afuera mis problemas personales, y además me distraía. Esta vez me vi acorralada y desesperada, presa en un ambiente realmente crítico.

Esperé que naciera mi segunda hija, ya que durante el embarazo había sido muy golpeada por mi esposo, temiendo lo peor de este nacimiento, dando como resultado justamente que la niña nació con daños y dificultad en sus piernas, estando hasta los dos años con correas y tratamientos médicos.

Fue en esa situación de angustia, cuando clamaba allí en el patio de mi casa, llorando con desesperación cada día, gritándole y preguntándole a Dios ¿¿dónde estaba?! Y si existía ¿dónde buscarlo, cómo sentirlo? ¿Qué hacer para tenerlo cerca de mí, para poder resistir esta situación?... o salir de ella.

Y esta crisis me llevó a sentir una gran decepción de la vida, a no querer vivir más, aún teniendo a mis hijas de 5 y de 1 año, pero no tenía fuerzas para luchar, no quería comer, o mejor dicho ya no soportaba nada en mi organismo más que agua y té. Así estuve más de un año, y entre tanto, me reincorporé al medio laboral por medio de una prima que era gerente de una empresa, comenzando a trabajar nuevamente, aún con todo lo que implicaba remar contra la corriente, pero necesitaba salir de ese estado. Pero no ocurrió lo que yo esperaba, pues cada día que pasaba me sentía más sola, agotada, desamparada, triste y enferma, porque en realidad yo estaba muy enferma, tanto, que el diagnóstico fue una “grave anorexia y bulimia”. Recuerdo que desde la oficina me llevaban a la clínica a ponerme suero, para poder resistir mantenerme en pie, ya que la baja de peso había sido

considerablemente mayor, llegando a pesar más menos 34 kilos, y fumando 2 cajetillas diarias de cigarros.

En estas lamentables circunstancias, me encontré en la oficina con un ex compañero de colegio y amigo del barrio, de mi hermano, a quien yo no estimaba mucho, o mejor dicho, me caía medio mal, pero justamente él, con mucha paciencia y perseverancia se acercó a mí, comprendiendo mi sufrimiento, esperando mi sanidad. Incluso le tocó llevarme a casa después de venir de aplicarme suero, pues no podía manejar en ese estado. Sin el suero no podía resistir un día más de vida, aunque el médico les había dicho a mis colegas que ya no podía hacer nada por mí, pues yo no quería vivir y me estaba consumiendo de a poco.

Pero el amigo de mi hermano no perdía las esperanzas en mí, con una paciencia increíble, a pesar de que hasta me burlé de una cruz que llevaba en la solapa de su chaqueta... pero luego sentí que debía pedirle disculpas por ello.

Él, al ver mi estado de salud, y después de varios días de interrelacionarnos y conversar de mis hijas, trabajo, situación familiar, etc., me hizo una invitación a su iglesia, a una reunión. Es allí donde mi vida cambió bruscamente, pues al escuchar la prédica y asistir a esa reunión, fue tanto lo que lloré y lloré por varios días, hasta que mi alma encontró lo que buscaba durante tantos años, que era recibir al Señor en mi corazón y reconocer que Él era mi Padre, amigo, Señor de la creación, que me había perdonado todos mis pecados, mis malas intenciones, mi vida pasada y que me estaba llamando desde el vientre de mi madre para que lo buscara, y que podía tener una nueva vida con Él.

Sentí que se me renovaban las fuerzas y ganas de seguir viviendo y que la vida era muy hermosa, para querer destruirse en la forma que lo estaba haciendo yo.

Debo reconocer que todo cambió, incluso nunca más volví a fumar, ese fue el último día que lo hice, ya que la cajetilla nunca la terminé, pues no pude volver a fumar, me producía un asco no imaginable.

Mi vida se transformó, volví a vivir, y fue realmente como volver a nacer. Y aún más, tan grande es la misericordia del Señor, que ese mismo hombre que me llevó a descubrir la vida con Dios, a sanar mis heridas, a tener esperanzas, es hoy el amado de mi vida, el padre de mis hijos, todos, y de

esto hace ya 28 años, desde que el Señor me rescató, dándome una nueva oportunidad de Amar y ser amada, de una familia sana, fundamentada en los principios cristianos y hábitos de verdad. Y lo más importante, poder Servir al Señor, como lo hacemos junto a toda mi familia, tratando de que en toda mi vida, jamás se me olvide de dónde me rescató el Señor.

Que esto sirva a alguien que piensa que lo que le está pasando es tan terrible que no tiene cómo salir, pues yo le digo: que para el Señor nada es imposible.

Él nos rescata de la muerte a la vida, nos da nuevas esperanzas de una vida abundante y privilegiada con Él.

Hoy puedo decir que el Señor vino a mi vida y llenó ese vacío que existía en mi corazón y que jamás nadie llenaría, pues le pertenecía solo a Él.

Él me ha mantenido y ha estado a mi lado en todos estos años de caminar en conjunto, no es fácil seguir al Señor, pero no hay carga pesada que no se pueda llevar junto con Él.

Espero que este testimonio aliente a quien esté como yo hace más de 29 años y le permita confiar fervientemente en Dios, pues con él, nada, nada es imposible.



4. *abusaron de ella*

Hoy les voy a contar parte de mi vida, cuyo único propósito es compartir experiencias que pueden ocurrirnos a muchas de nosotras, y de cómo el Señor nos ayuda a sanar y encontrar la paz y el gozo de vivir.

Soy Hellen, la mayor de tres mujeres, y mis primeros diez años de vida los pasé en el campo, en las afueras de la bella ciudad de Puerto Varas. En ese tiempo mi papá se dedicaba a trabajar ese campo, que requería de mucho esfuerzo y perseverancia, y mi mamá hacía múltiples tareas, así es que estaba siempre ocupada. Es decir, mis padres trabajaron duro para criarnos y darnos educación, y eso se los agradezco de corazón, pero a mí me hizo falta ese cariño más de piel, de consejo íntimo, con el que hubiese comprendido más de las cosas que me tocó sufrir siendo una niña, aunque también tengo los más preciosos recuerdos en esa parte del sur de Chile, especialmente esas navidades sencillas con cositas ricas hechas en casa, típico de las familias alemanas; o cuando nos íbamos a bañar al riachuelo de aguas heladas, a recoger frutillas silvestres, a rodar por las colinas con mis primas, a columpiarnos hasta no dar más y sentir las sábanas lavadas y secándose al sol en la cara... era algo exquisito, así como cantar mirando las estrellas, o comer cerezas del árbol antes de que llegaran los loros ¡todo un desafío! Y dar de comer a los chanchitos, o sacar huevos debajo de las gallinas, y por supuesto andar a caballo.

Entonces, ¿cómo llegar a tener miedo y odio rodeada de cosas tan buenas y lindas? Aquí es donde aparecen dos situaciones que marcaron mi carácter por muchos años. La primera fue cuando llegó a vivir con nosotros un hermano de mi papá con su señora y dos hijas. Como la casa era grande,

típica casona de campo antigua, la compartíamos con ellos, así es que nosotros vivíamos en una mitad y los parientes en la otra. Ahí comenzaron mis problemas, porque la señora de mi tío era una persona muy extraña, tanto que a mí me daba miedo estar cerca de ella; no me gustaba que me hablara ni que se me acercara, aunque no recuerdo exactamente lo que me decía porque al parecer lo bloqueé, pero era muy perturbadora su presencia y sus palabras. Además, cuando entraba a esa parte de la casa, sentía que todo estaba desordenado, feo, con mal olor.

Todo eso me infundía temor; y ese sentimiento me quedó grabado por largo tiempo en mi vida: el miedo a los demás. Después supe que esta tía sufría de problemas mentales, pero nadie me contó nada. Qué importante la comunicación, el decir las cosas y llamarlas por su nombre, pero quizás en ese tiempo todo era más tabú, y además había mucho trabajo en el día a día, sobre todo mi mamá que no paraba. Yo diría que era hiperactiva. Nos demostraba su cariño haciéndonos ropa y dándonos todo lo que necesitábamos, con mucha dedicación. También nos disciplinaba con harta dureza, como si nos preparara para la guerra. No había tiempo para caricias ni arrumacos, ni de comunicar nuestros sentimientos, así es que nunca expresé mis temores.

Ahora pienso que no era normal que esta tía me causara tanto miedo y me pusiera tan nerviosa, si de solo verla, me dolía la guata. Con el tiempo me di cuenta del maltrato y daño psicológico que ejerció en mi vida, aunque tal vez ella no tenía conciencia. Lo malo fue que se anidó en mí un sentimiento de rabia y odio hacia esta tía, y a mis padres por no protegerme de ella. Así que por muchos años justifiqué mi mal carácter como consecuencia de esta relación insana, llegando a convencerme que por su culpa, yo había aprendido a sentir rabia y odio. Entonces, me transformé en una niña mandona, intolerante, soberbia, y de mucha dureza, incluso con mis hermanas... Cuántas veces sentí que no las soportaba... me acuerdo que cuando se dormían en el auto y se apoyaban en mí, ya que eran más pequeñas, yo las empujaba para que se corrieran o se despertaran.

Como vivíamos en el campo, a los cinco años me mandaron al internado de lunes a viernes en el Colegio Alemán de Puerto Varas, y naturalmente que extrañaba a mis padres y la protección que se siente cuando uno vive con ellos, aunque no fuera perfecta. Esta separación fue otro ingrediente más para crecer con una sensación de inseguridad, de sentirme desprotegida en este mundo. Y así transcurría mi vida, entre el internado de lunes a viernes, y los fines de semana en mi hogar, donde la sombra que oscurecía esos días en el campo, era la presencia de la tía.

En el internado me hice amiga de una niña nueva, y al parecer todo era normal y entretenido, sobre todo cuando ya nos íbamos a dormir y podíamos conversar y revolverla un rato todas juntas. Dormíamos en piezas para cuatro o cinco niñas, y una noche, jugando, me pasé a la cama de mi amiguita, lo que estaba prohibido; fue así como entre juego y juego me dijo que me iba hacer algo y después yo debía hacérselo a ella. Comenzó a besar todo mi cuerpo, y yo no sabía qué hacer. Entendía de alguna manera que eso no estaba bien y por ningún motivo yo lo iba a repetir con ella; hasta que de repente me dieron unas ganas espantosas de vomitar. Me levanté y comencé a vomitar por todos lados; la cama, el pasillo, el piso, las paredes... ¡Fue horrible, nunca en mi vida vomité como esa vez!

Más de treinta años después, supe que un tío de esta niña era buscado, acusado por pedofilia. Ahí recién entendí de dónde mi amiguita de 6 años había aprendido a hacer esas cosas. Probablemente su tío había abusado de ella. En todo caso, nunca más volvió a ocurrir. Y ahora de adulta puedo decir que lo más grave no fue lo que hizo mi amiga, quien era una niña, sino el no contarle a los demás, el callar lo que había pasado. Porque éramos niñas chicas, aún inocentes, pero yo me sentía avergonzada, sucia, poco valiosa. Entonces esa experiencia la guardé en mi cuarto oscuro, como un hoyo negro en mi mente que yo tenía que tapar para que nadie se diera cuenta.

Después de estas cosas que pasaron en mi infancia, ocurrió que mientras crecía, no dejaba que nadie se me acercara demasiado para que no pudieran ver lo sucio que había en mí, y cerraba mi corazón, poniendo una barrera de agresividad y mal humor, que hacía que todos salieran corriendo. Tenía miedo de que alguien me agrediera físicamente, o de que me violaran. No me gustaba andar sola en la calle, y detestaba que los hombres me miraran, por lo que les devolvía miradas con odio y agresividad. Así, la vergüenza de lo que me había pasado se convirtió en inseguridad y desconfianza, dando cabida al rencor y al odio en mi corazón.

Y pasaron esos diez años en Puerto Varas y hubo otros cambios, como cuando salí del colegio, y como les decía, me vine a estudiar a Santiago a la Universidad. Felizmente parte del pasado iba quedando atrás y comenzaba una nueva vida. Entonces conocí a un chiquillo, y nos pusimos a pololear. Además, para mí que venía del sur, necesitaba alguien en quien confiar y que me protegiera en la gran ciudad. Para empezar, que me enseñara a tomar una micro. Y resultó todo relativamente bien, me sirvió bastante mi bastón o mejor dicho mi pololo, hasta que me pidió el regalo más preciado, mi virginidad, algo que años atrás me habría parecido completamente

imposible por todos mis temores, y finalmente acepté, no muy convencida, pero total, algún día nos casaríamos... aunque eso no llegó a ocurrir. Después de cuatro años, ya el bastón no me servía y la fuente de protección tampoco. Eliminado.

Salí con otras personas, amigas nuevas, fiestas, carretes, y en general lo pasaba bien, pero tenía un vacío, había algo en mi interior que no me dejaba tranquila. Yo iba a misa pero tampoco me llenaba del todo, pero había una frase que se repetía en la misa "*Una palabra tuya bastará para sanarme*" y yo me aferré con fuerzas a esas palabras. Fue en ese tiempo que una amiga me invitó a unas reuniones con un pastor. ¿Qué era un pastor? Bueno, algo sabía, porque mi mamá era luterana y ellos en vez de un cura tienen un pastor. Por otra parte, siempre supe que tenía que saber más de Dios que lo que yo conocía... ya que nada me llenaba ni apagaba la pena que llevaba por dentro. Fui a esa reunión y quedé maravillada con el Cristo que me estaban mostrando, comencé a aprender cosas de la Biblia que yo no conocía, ¡fue un mundo nuevo! esto era lo que yo buscaba y necesitaba. Había encontrado un tesoro. Lo malo es que quedaba súper lejos de mi casa, y para ser franca, era hartito feo el lugar, sobre todo para mí, viniendo de la belleza y frescura de Puerto Varas, pero no me importó nada porque lo que estaba aprendiendo era ¡maravilloso! Así es que me uní rápidamente a la familia del pastor y su comunidad... sin imaginar lo que me ocurriría, sin saber que había lobos vestidos de ovejas, como este líder espiritual, que nos convocaba individualmente para conversar asuntos personales con cada uno de nosotros, que para ese entonces éramos todos jóvenes.

Así fue como comencé a contarle de mis problemas con mi mamá, de mi terrible mal genio, del rencor que acumulaba, de que me deprimía con mucha facilidad, y también... saqué a luz mi gran secreto de infancia. Y realmente no sé cómo sucedió... pero él comenzó a ungir mi cuerpo, y eso significaba que tocaba mis pechos y mis partes íntimas... sin que yo pudiera evitarlo, aunque ya no era una niña, sino una joven universitaria, pero esta situación aberrante continuaba, convirtiéndose en un calvario que duraría varios años. ¿Cómo es posible que alguien domine así nuestra vida?

Desgraciadamente, a través de la historia de la humanidad hemos visto los horrores más grandes, cuando líderes se apoderan de las mentes de otras personas. Y en mi caso, era fácil dominarme, porque era muy insegura. Por supuesto que esto jamás se lo podría contar a nadie, porque además ¿quién iba a entender que me ungían para sacarme demonios que estaban dentro

de mí, que no me dejaban ser libre y feliz? Pasaba el tiempo, y esto se repetía constantemente... y era como una prisión de la que no podía huir. Entre tanto, yo anhelaba una vida normal, que Dios me bendijera con un hombre íntegro, que quisiera casarse conmigo, y así fue que conocí a mi actual marido, quien era parte de la congregación. Pololeamos un tiempo y nos casamos. Fin, felices para siempre. Así terminan muchos cuentos de princesas, donde el príncipe azul te ama te abraza y cuida por siempre.

Pero la vida real es otra cosa... y a los meses de casados, conocí el lado "B" de mi marido. Recuerdo mi impresión al verlo indignado por algo sin ninguna importancia; me gritó y tiró una silla con tal fuerza, que se rompió, además se cayó una olla a presión con la comida, y todo lo que encontró a su paso. Quedé horrorizada, no lo podía creer, si yo nunca había visto algo así. Mi papá jamás nos levantó la voz, ni tuvo esas conductas. Una vez más... no sabía qué hacer. Y en medio de todo este espectáculo, aparece mi suegra y me aconseja que me separe. Seguramente ella conocía bien a su hijo. Pero le dije que no, porque Dios me había dado este marido así que Dios me tenía que dar una solución.

Pasaba el tiempo, y estos episodios de ira y de gritos se repetían, y aunque no me pegaba, eran muy intimidantes, así que fui guardando un terror muy grande, tanto, que pensaba que de un día para otro me iba tener que separar, aunque ya tenía tres hijos, y ellos necesitaban a su papá; eso por un lado, y por el otro, tenía la certeza de que Dios iba hacer algo... Él tenía el poder... ¿Cómo lo haría? Todavía no imaginaba de qué manera cambiaría mi vida y la de mis hijos.

En el verano de 2009 fuimos de vacaciones al norte, alojándonos en Copiapó, y al otro día mi marido amaneció molesto por algo, y al salir del estacionamiento chocó un poco la camioneta en la que andábamos, y después de un intercambio de palabras me pegó un combo en la mandíbula y en el pecho. Todo esto delante de mis hijos. Pero aún así, no tenía el valor de irme. Mi tristeza y cansancio eran inmensos. ¿Por qué me tocaba a mí sufrir tanto? Si además de todo este maltrato de mi marido, yo seguía escondiendo el abuso de quien se suponía era nuestro pastor. Y como si no bastara todo este caos, una tarde mi hija me dice que quiere hablar conmigo en privado.

¿Para qué será... querrá permiso? Pensé yo. Y lo que nunca hubiese querido escuchar de ella, fue lo que me contó. Ahora a sus doce años, recién se atrevía a contarme que cuando tenía seis, también había sido víctima de manoseos, donde nadie debía tocarla.

¡¿Cómo?! ¡¿qué?! ¡¡¡No puede ser verdad lo que escucho!!! ¡Eso me pasó a mí, no a ella! No puedo creer que la historia se está repitiendo, debe ser una broma... ¿dónde estaba Dios? Si justo yo le pedía que las cosas mejoraran, que nos bendijera con un cambio, y todo iba de mal en peor. Lo sucedido a mi hija se lo tenía que contar a mi marido, aunque temiendo una reacción muy violenta. Sin embargo, para mi sorpresa, se comportó como un adulto, con mucho dolor, pero controlando toda la situación emocional. En un principio encontré madura su actitud pero había algo que no podía comprender en él, porque días después iba yo manejando su famosa camioneta, y sin querer le hice un rasguño, cosa que lo volvió loco de nuevo, gritando, pateando; o sea un tremendo escándalo por algo material... y sin embargo, cuando supo del abuso de su propia hija, conservó la calma. Esta vez me vi sobrepasada, simplemente no podía aceptarlo. La rabia se apoderó de mí.

Y, aunque parezca algo absolutamente extraño, continuábamos en la misma iglesia y con el mismo pastor sinvergüenza, quien siempre justificaba las reacciones de mi marido, pero esta vez pedí una reunión con el pastor, su esposa y varios hermanos más antiguos de la iglesia, contándoles lo que había pasado con mi hija, y de la violencia y agresividad de mi esposo, pero que de ahora en adelante no permitiría más que volviera a gritarme a mí ni a mis hijos. Y creo que esta fue la primera vez en que sentí total seguridad de mis decisiones, y aparte de poner límites en mi esposo, decidí que debíamos irnos de esta iglesia dirigida por un loco pervertido. Comencé por fin a poner orden en mi vida, y a liberarme de esas prisiones que me agobiaban.

Y naturalmente que comencé a buscar una iglesia cercana y saludable para congregarnos, porque tenía claro que mi fe cristiana no se iba a extinguir por culpa de ese loco. Fue así como llegamos a una congregación muy agradable, normal, y acogedora, donde poco a poco fuimos sumándonos a distintas actividades, como Encuentros Matrimoniales, que marcó un antes y un después en nuestra relación de pareja y con nuestros hijos. Pero tendríamos que pasar por muchas emociones, trabajando nuestros problemas con toda sinceridad. Ese fin de semana fue tremendo en cuanto a reconocer nuestros errores, a sacarnos las máscaras, a decirnos la verdad... y ahí yo tenía ese secreto que pensaba llevarme a la tumba, porque total, a ese pastor no lo vería más, y no se hable más del tema. Pero el último día del Encuentro, yo sentía que el Espíritu Santo me urgía a contarle todo a mi marido, y yo insistía en callar, luchando con esa voz que me decía cada vez más fuerte que era necesario. Pero ¿cómo hacerlo a esas alturas del Encuentro? cuando por fin empezábamos a solucionar nuestros conflictos, las diferencias, y cuando

brotaba de nuevo nuestro amor. Pensaba que si le contaba en ese momento, seguramente se rompía todo... y pensaba en mi vergüenza... pero la voz no me dejaba tranquila. Entonces decidí conversar con la Sonia, nuestra amada amiga, hermana y pastora, y aunque yo esperaba que me dijera que no era necesario, que para qué abrir heridas pasadas... me aconsejó que le contara la verdad, y que nos pusiéramos a orar, para que Dios me guiara. Ok, le dije, me tiro a la piscina con todo. Si muero, muero.

Entonces llegó ese momento tan temido. Mi esposo me escuchó en silencio. Estaba inundado de dolor, como si le hubiesen enterrado un cuchillo en su corazón, pero no me gritó ni amenazó ni nada. No sé mucho lo que pasó. Pero nos pusimos a orar. Al rato llamaron a almorzar y partimos. Lo vi hablando con Francisco, nuestro actual pastor, un hombre íntegro y serio. Mi marido no comió nada; solo guardaba silencio. De regreso a nuestra habitación, sentimos paz, mientras nos perdonábamos mutuamente y recibíamos el perdón que Dios nos ofrecía. Fue un fin de semana de sanidad, del que salimos renovados, como recién casados; con mucho amor y dispuestos a empezar una nueva vida, a luchar entendiendo que el Señor nos daba otra oportunidad, que había que mirar hacia adelante, porque en el pasado nos habíamos equivocado demasiado. Y así partimos, casi destruidos, pero limpios, con esperanza. Incluso nos fuimos de luna de miel.

Y ahí, recién, hermanas queridas, comencé a salir a flote. Pero había que revisar partes de nuestras vidas, y decidimos además ir a una psicóloga cristiana que nos asesoró con mucho amor. Yo debía comenzar a perdonarme a mí misma, a sanar esas heridas de mi niñez en que culpaba a esa “niña tonta” que era yo... ¿por qué no arranqué de esas situaciones? ¿por qué no se las conté a nadie? También debía tocar la relación con mi mamá, incluido el perdón. O sea, estaba empezando a desenredar la madeja de mi vida.

Durante esta terapia comencé a tener otra relación con mi hija hermosa, que si no hubiera sido por ella, que sí contó la verdad, yo seguiría empantanada en ese lugar oscuro y triste. Y quizás suene fuerte para quienes dudan de los propósitos de Dios, pero yo sí creo en esa promesa que dice: “A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”. Y así ha ocurrido con nuestras vidas. En mi caso, necesitaba moldear mi carácter, para ser valiente, para creer firmemente en Dios, para confiar, para nacer de nuevo. Fue un verdadero parto, muy doloroso. Diecisiete años que me pesaron mucho, pero hoy puedo decir que valió la pena. En todas las dificultades que pasé, yo esperaba que el Señor hiciera milagros, y realmente los hizo. Claro que tuve que estar en la primera línea de fuego, pero Él me dio la resistencia.

Después de las batallas, se me abrió la mente, cambió mi carácter y cada día de vida que pasa, es de crecimiento y gratitud.

Otra de las cosas que tuve que aprender, fue a ser feliz, a tener contentamiento, ya que mi tendencia a la depresión era algo que siempre me llevaba a la infelicidad y tristeza; no sabía ser feliz, tenía miedo a la felicidad, y no hablo de estar riéndose todo el día, porque hay mucho dolor en este mundo, pero sí tener una vida plena que agrade a los demás, que sirva para transmitir esperanza. Así fui dejando los temores y ganando libertad. Y lo más importante, es que ahora podemos transmitirle a nuestros cuatro amados hijos todo lo bueno que aprendimos en este caminar. Debo decirles que el tema del perdón es muy potente, porque no se trata solo de perdonar cuando nos ofenden y nos piden perdón en el momento; es muuucho más que eso, es no guardar rencor, es que cuando recordemos a esa persona que nos hirió, y que llegamos a odiar, ya esté realmente perdonada. También pude entender lo que me ocurría con esa tía, que me la volví a encontrar de adulta, y comprendí que no era odio lo que yo le tenía, sino miedo. Y además perdoné a ese hombre que se hacía llamar pastor. Un día él me llamó, y me pidió perdón, y pude dárselo, porque yo estaba sana. El tema es que debemos orar por todos, para que se puedan arrepentir de sus delitos, y tener una nueva oportunidad. Y espero de todo corazón que así sea. Solo Dios es juez justo.

Termino este testimonio del perdón, contándoles que como familia seguimos corriendo en nuestros quehaceres, de colegio, universidad, trabajo y mil cosas que son parte de esta vida, así como nuestra labor en la iglesia, donde todos participamos en diferentes ministerios. A mí me encanta mi trabajo con los niños en la Escuela Dominical, donde puedo sacar toda mi creatividad para enseñarles a los chiquitos de forma lúdica y artística sus lecciones de la Biblia.

Y como a todos se nos presentan problemas y diversas dificultades en el diario vivir, pero ahora las enfrentamos con la libertad que nos da Jesús, quien para nosotros es el Camino, la Verdad y la Vida.

Gracias Señor.



5. debajo de la armadura llevaba muchas heridas

Nací en un hogar cristiano evangélico, mis abuelos, ambos fallecidos fueron pastores. Yo soy la primera nieta de una de sus hijas, también soy hermana mayor de dos hermanos. Contraje matrimonio a la edad de 20 años, fui madre de dos lindos hijos.

Me crié rodeada de mis primos y tíos dentro de un gran patio, como era niña me parecía un lugar gigante, con árboles frutales, patos, gallinas, pollitos y un perro, “El Pirincho”. Mi casa era diminuta, solo tenía dos piezas: la cocina comedor y el dormitorio. Quedaba al fondo del sitio, donde estaban ubicados dos grandes gallineros. Recuerdo que éramos muy pobres pero nada impedía que soñara de pequeña con ser una princesa y, solo cuando nadie me miraba, imaginaba un gran vestido vaporoso y que pronto vendría mi príncipe a buscarme... Una princesa sin reino, sin posesión, nada de lujos ni una gran comodidad. A todo esto me acompañaba un deseo enorme de cantar... ¿cuándo iba a cantar? Y sentir que me volvía uno con el aire; esta ilusión llenaba todo mi pequeño ser.

En esos años había mucha actividad de iglesia; campañas y viajes misioneros, donde se compartía con hermanos de otras iglesias así fueran o no de la misma misión; esos fueron momentos llenos de felicidad para mí, cuando se anunciaba el viaje al ¡campo! Qué alegría, era toda una aventura, alistar bolsos con ropa, comida, instrumentos musicales, tocar en el banjo los únicos dos himnos que me sabía, llevar mi pandero y mis castañuelas... Por supuesto cantaba en el coro y disfrutaba de la presencia de Dios. Tenía corta edad, 5 o 6 años, y aún me acuerdo cómo se estremecía mi corazón con los himnos y cantos pentecostales.

La casa de mis abuelos que es donde vivíamos siempre pasaba llena de gente, hermanos de iglesia, necesitados de las cosas de Dios, así que se recibía de forma inmediata a aquel que llegaba con algún problema o petición de oración. Me pasaba horas mirando la forma en que los hermanos oraban, cómo lloraban sintiendo a Dios en el corazón, recibiendo bendición, restauración, liberación en largos tiempos de ayuno, eran tiempos de guerra espiritual, instancias en que no había tregua, había que pelear la buena batalla. Cada campaña evangelista, cada viaje misionero tenía su propia estrategia... Eran tiempos en que se avanzaba quitándole el terreno al enemigo, sin duda un tiempo agotador y yo sabía de qué se trataba todo eso, la cantidad de tiempo invertido solo en buscar a Dios para que sanará el corazón angustiado... y Dios obraba... pero en medio de tanta bendición yo experimentaba una gran soledad, un vacío que únicamente se llenaba en el templo buscando el rostro de Jehová... Y tenía la edad de 6 años... aunque parezca increíble así pasaron los años vacíos de mi niñez.

Viví hasta los 38 años la carrera de mi vida, con tristezas, sin saber que las tenía. Todo era parecido a bultos, carga envuelta en trapos viejos y roñosos, llenos de polvo, como cuando dejas en el olvido una madeja de lana y se llena de nudos, y que yo guardaba de forma inconsciente en la carreta de mis memorias, y le llamo carreta porque me acompañó durante un largo recorrido.

Cuando me casé creí que iba a ser un cuento de hadas, mi príncipe había llegado, pero el sueño duró hasta pocos meses después de haberme casado. El cielo que era color rosa púrpura se volvió gris de un instante para otro.

Llegaron mis hijos en un ambiente tenso, desolado, sin amor, desconsiderado. El anhelo más grande desde pequeña era ser madre de muchos hijos. Yo logré tener dos de ellos, y mientras eran pequeños no los supe aprovechar, porque había tanta carga en mi corazón, tanta decepción del príncipe aquel que me haría muy feliz... que no fui capaz de separar mi maternidad de mi vida marital.

Después de muchas cosas dolorosas, yo, acostumbrada a seguir firme pasara lo que pasara, dando la pelea sin importar la contradicción... tendría que asumir algo que jamás me habría imaginado: llegó la separación, terminando a los pocos años en un divorcio.

Pensamientos como: ¿qué haré ahora? Llenaban mi mente... solo pude confiar en Dios, y los días comenzaron a pasar; estos días se convirtieron

en años que seguían pasando. Adquirí responsabilidades laborales en las cuales me desenvolví bien con la ayuda de Dios, y sin tener un título. Mi titulación llegó después. Recuerdo lo duro que fue estudiar después de haber salido del liceo en 1997. Aparecieron mis clases de canto lírico, anhelo que siempre tuve y que no pude concretar en mi juventud por falta de decisión, más bien por no creer en mí misma. Un día, en medio de mucha angustia por mi hijo menor, las cosas comenzaron a tomar otro rumbo.

Mientras tanto, sin yo saberlo, Dios comenzó su obra en mí... me encontré con unos amigos que no veía hace mucho tiempo, desde mi adolescencia para ser exacta. Marcela Arce y Rodrigo Espinoza, quienes me invitaron a una charla para padres, y la verdad que con mis hijos ya crecidos había más de un par de puntos que solucionar y sentía que estaba a tiempo, aún había esperanza.

Poco a poco me fui acercando, me fui quedando, asistí a un Encuentro de Mujeres, posteriormente fui a talleres femeninos que tenían por nombre Restauración de las Vasijas con Hilos de Oro, y el otro era un taller de tejido donde se aplicó el contenido en un abrigo color palo rosa para mí y que aún no puedo terminar pues lo tuve que desarmar, y yo creo que es parte del proceso en el que he estado viviendo... “volver a comenzar”.

Maravillosamente me dejé encantar por el amor en comunión de los hermanos de la iglesia Encuentro con Dios; la profunda simpleza de la palabra que los pastores Sonia y Francisco enseñan, fueron el plan perfecto para mí, Dios cautivó mi atención, me sentí atrapada “...*con cuerdas de amor*”, *Oseas 11:4*. Acostumbrada a la brutalidad de la guerra espiritual, ahora todo lo que me sucedía era relacionado al amor. Qué sensación más extraña para mí, esto del amor, o más bien gestos de amor, acciones diferentes, un estilo de vida que no estaba acostumbrada, incluso desconocido, al principio lo sentía cursi, muy poético para mi gusto, porque no era un lenguaje propio de un guerrero espiritual. Confieso que en ocasiones quería correr, pero cuando el Señor puso su mano sobre mí... Ya no me sonó cursi, se volvió más bien una necesidad. ¡¡Quién lo iba a decir!! Tremendo cambio.

Juntamente con asistir a mi nueva iglesia me vi en la necesidad de buscar de forma paralela ayuda psicológica, en ese momento tenía un trasfondo legal respecto de mis hijos, pero lo que yo no sabía es que Dios utilizaría esta instancia para tratar conmigo, y profundamente. Esta terapia me ha hecho volver a los años vacíos de esa niñez, mi triste y solitaria adolescencia, a

los años tortuosos de colegio hasta mi fracaso matrimonial “...*Todas las cosas nos ayudan a bien a los que aman a Dios...*”, Romanos 8:28.

Esto de volver atrás y arreglar las cosas del pasado, poner todo en su lugar... “*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron he aquí todas son hechas nuevas*”, 2 Corintios 5:17, aceptar lo sucedido, dejar ir el dolor y finalmente perdonar, qué difícil entender lo que significa perdonar cuando te hirieron tanto “...Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, *¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete...*”, Mateo 18:22.

Hubiera querido que esta copa pasara de mí, pero me fue imposible ignorar tales hechos de injusticia a la que fui sometida desde mis primeros años, dolorosos momentos fueron los que tuve que recordar, días sombríos para mí en los que hace pocos meses, de lo profundo de mi corazón, nacieron estas palabras: quiero ser un árbol, quiero ser cerro, quiero ser tierra... Me quería convertir en parte de la naturaleza y dormir porque no quería sentir más dolor, en otras palabras, yo quería morir.

Es difícil entender cómo un guerrero de tantas batallas llevaba debajo de su armadura tantas heridas, después de saber y conocer un Dios tan grande, después de haber escuchado tantas veces las enseñanzas de mis abuelos y mis padres que el Dios de Israel era el que abría mares y hacía grandes proezas y milagros, pues ese mismo Dios es el que está transformando mi vida, es ese mismo que abrió el mar rojo en dos, es el que está abriendo camino y sacando escombros por escombros, sanando cada herida en lo más profundo de mi corazón, es ese Dios quien me da vida ahora:

... “*Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.*

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para

mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas...”.

Efesios 2: 1-10.

Dolorosamente he llevado cada sesión de mi terapia a los pies de Jesús, he tenido que ser muy valiente tanto que me sorprende, no estoy sola con esto, el apoyo de mi nueva iglesia que con cada detalle me levantan el espíritu, la sabiduría de Dios a través de los pastores, los mensajes dominicales atravesaron mi corazón... *“Tu vara y tu cayado me infundirán aliento...”*, Salmos 23:4. ¡Dios está obrando en mí!... agradezco y alabo a Dios por poner a mi lado a la pastora Sonia que en momentos muy oscuros de tristeza, y una rebeldía ante mi proceso, Dios le dio la sabiduría para entender mis disputas internas y me supo aconsejar. Ha sido para mí un pilar donde apoyarme y seguir, un oasis en medio del desierto.

Me sucedió algo realmente abrumador, en el proceso de psicoterapia más fuerte, me di cuenta que mis clases de canto no me estaban ayudando, y fue un tremendo golpe para mí; sufrí una decepción muy grande, lloré mucho por esta causa. Pero como siempre el Señor hizo su entrada triunfal. Me dio esperanzas para seguir, ya que después de alrededor de 7 meses sin cantar, encontré un profesor que ha sido una gran bendición en esta área de mi vida.

Nuevamente Dios me estaba poniendo en pie a pesar que estaba casi en la recta final de mi terapia en una etapa de rebeldía porque no entendía por qué tenía que perdonar si yo había sufrido injustamente, pero ¡qué cosas hace Dios que nos conoce tanto!... *“¡He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros...”* a través de algo tan simple, el deseo en mi corazón de cantar, el deseo de una niña que con los años se concretaba, el Creador y consumidor de la vida me estaba levantando, era como si Dios me dijera “debes seguir porque queda trecho por delante”.

No estoy en la meta pero creo estar muy cerca, hay una voz interna que me dice casi a diario: no te rindas, pon los ojos en lo que viene.

Hay tanto que quisiera compartir en este relato pero por ahora me conformo en decir que estoy agradecida de Dios por haberme guiado en la decisión

de llegar a Encuentro con Dios, ya que mediante los testimonios de vida de cada uno de mis hermanos he aprendido a pararme nuevamente y vivir una nueva vida conforme a la simpleza del evangelio.

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca”.
1 Pedro 5:10.



6. *me fui alejando de las cosas de Dios*

Soy la hija mayor del segundo matrimonio de mis padres y en el orden correlativo la tercera de mis hermanas, ya que mi mamá tuvo en su primer matrimonio dos hijas, mis hermanas Antonia y Aurora, y después de mí, nació mi hermano menor Fernando.

Mi padre siempre me ha contado que supo de inmediato el momento de mi concepción, ya que se lo dijo a mi madre, quien lo negaba rotundamente, pues no estaban aún casados, ya que a ella no le daban la nulidad en su primer matrimonio. Pero fueron pasando los días y mi mamá tuvo que reconocer que estaba embarazada y allí comenzaron a caminar juntos. Se casaron y han logrado tener más de 25 años de matrimonio, con un hogar donde mis hermanos y yo, nos sentimos acogidos y cuidados por ellos.

Mi relación con mis hermanas era complicada, especialmente con Antonia que era la mayor y me hacía sufrir mucho, porque nos mandaba todo el día a hacer las cosas que mi mamá dejaba dispuestas. Ella se creía la dueña de casa, y típico que quería que todos ayudaran. Solo que era muy mandona. Al final entendí que también era su forma de demostrar cariño y protección hacia nosotros, los menores. Con Aurora, mi otra hermana, éramos muy peleadoras; todo lo discutíamos y muy rara vez opinábamos igual, aunque nos queríamos mucho, pero nuestra relación era compleja. Gracias a Dios, en la actualidad ha cambiado totalmente.

Con mi hermano menor Fernando fue diferente; él era y es para mí muy importante en mi vida. Desde pequeña y con cuatro años de diferencia, yo lo cuidaba y protegía; era muy regalón conmigo y estaba preocupada siempre de él, apoyándolo en sus tareas, dándole de comer y también lo trataba como

si fuera mi muñeco, y lo llamaba “mi rey”. Con estos recuerdos, se me hace más claro que esas circunstancias que viví, me han hecho SER MATERNAL y SENSIBLE a las necesidades de los que son más débiles. Y también que aprendí que SOY RESPONSABLE y COMPROMETIDA con lo que me toca vivir.

En otras áreas, mi padre siempre me inculcó que no debía temerle a nada ni a nadie, y a ser consecuente con mis valores y principios, sin transar por nada ni con nadie. Y probablemente esa es una de las razones por las que SOY una mujer de CARÁCTER FUERTE y he podido defenderme en la vida en distintas situaciones, aun cuando en lo profundo de mi ser muchas veces me siento tímida y muy sensible. También ha sido relevante la presencia de mis abuelas. Yo era muy regalona de mis abuelas paterna y materna y tuve el privilegio de recibir tanto amor de parte de ellas, que me hicieron sentir una niña especial, importante en sus vidas, y naturalmente que esa protección emocional le fue dando SEGURIDAD a mi carácter.

Al hablar de mi papá, puedo decir que es cariñoso, además muy preocupado y atento. Miro hacia nuestra infancia, y veo que desde pequeños y hasta bien grandecitos, siempre nos llevó la leche a la cama y antes de dormir no podía faltar el cuento de la noche. Mi conexión y relación con mi papá ha sido muy linda y buena, desde chica hasta hoy, contando siempre con su apoyo incondicional en cada situación de mi vida.

Con mi mamá hubo una mayor distancia, como muchas veces ocurre con las madres, porque tienen que estar en todas, y pasan a ser las malas de la película, en su afán de que todo funcione correctamente. Además ella ha sido la de carácter dominante y la que mandaba en la casa. Y por supuesto era como una generala o madre superiora corrigiéndonos y dictando muchas normas, también para protegernos y para que anduviéramos derechitos. Al escribir, voy reconociendo tantas cosas... y entre esas... parece que heredé bastante de su carácter después de todo. Y tengo claro que a pesar de su forma tan estricta, tal vez un poco rígida, podía sentir su inmenso amor y compromiso por cada uno de nosotros, tanto que yo deseaba estar siempre a su lado; y de chica le decía que jamás me iría de la casa, que me quedaría con ella por siempre.

Por esa razón, cuando yo iba en primero medio y mi mamá tuvo que viajar a EE.UU. por trabajo, quedándose allá 6 meses, lo asumí mal. En ese tiempo vivíamos en la casa solo mi papá, mi hermano y yo, pues mis hermanas ya estaban estudiando en la Universidad fuera de Puerto Montt, así que era yo la única mujer; y ahí uno se da cuenta de la importancia de las madres en la casa. Me sentía sola, como abandonada, sin ese calorcito hogareño de las mujeres, aunque en realidad mi papá es todo eso también, pero la extrañaba mucho.

Sentía que la necesitaba, y ella no estaba, aunque entendía que era necesario que ella fuera a trabajar.

Así fueron pasando los años, con una vida bastante tranquila, gracias a mis padres, quienes con su sacrificio y esfuerzo diario hacían una labor increíble, cosa que para mí era normal porque ellos tenían que hacerlo; era su deber preocuparse y ocuparse de nosotros. Después comprendí que en ese tiempo yo seguía sin valorar y sin entender aún la realidad, comportándome de una manera muy exigente con ellos, y debo reconocer que en la actualidad, sigo siéndolo; SOY EXIGENTE con las personas que me rodean y conmigo misma, aunque de otra manera porque he madurado, pero sin duda, es una de mis características.

De las etapas inolvidables y lindas de mi vida, fue el tiempo en que vivimos en Puerto Montt. Diez años muy especiales donde podíamos compartir como familia y conocer muchos paisajes del sur. Íbamos de *camping* a Puerto Varas frente a la playa y a otros lugares preciosos, mientras comíamos ese añorado choclo con mantequilla junto a nuestras carpas; o en otras oportunidades, cuando nos invitaban a su campo nuestros amigos, y estábamos con los animales, sacando unas ricas moras. Esas cosas sencillas y maravillosas, son de gran importancia para mí.

Sin embargo, hubo cambios en nuestras vidas muy bruscos y dolorosos que nos hicieron volver a Santiago. Una de ellas fue la muerte de nuestro abuelo materno, mi tata, quien murió de la noche a la mañana en un incendio después de salvarle la vida a muchas personas, porque él era bombero, un hombre abnegado al servicio de los demás. Quedó como Mártir Nacional del cuerpo bomberil. La otra razón es que además mis abuelas estaban delicadas de salud, por lo que mis padres tomaron la difícil decisión de regresar. Se dedicaron casi un año para restablecer la salud de ellas, sacrificando sus vidas en todo el tema laboral y económico, pero tenían la esperanza de que podíamos empezar nuevamente, aunque de cero en Santiago. Lo primero era ayudar a las abuelas que nos necesitaban. No puedo negar que el hecho de volver me alegraba, pues teníamos gran parte de nuestra familia por estos lados, y eso significaba estar más cerca de ellos.

Llegué a Santiago en tercero medio, a un colegio mixto, lo que me entusiasmó bastante, ya que todos mis años anteriores estuve en colegios solo de mujeres, y siempre he pensado que puras mujeres tanto tiempo juntas es muy complicado. Ese mismo año comenzamos a ir a una iglesia cristiana evangélica, que se llama Iglesia Cordillera. Para mí era normal, porque mis padres desde pequeños nos habían llevado a la iglesia, aunque muchas veces íbamos obligados. Pero esta

vez fue diferente... por primera vez sentí la motivación de ir por mi propia voluntad, quería aprender más, conocer más de Dios.

Y en medio de todas estas nuevas experiencias llegó el tan esperado último año del colegio, ese cuarto medio que por tanto tiempo se te hace tan lejano, hasta que llega el momento en que hay que tomar las decisiones para el futuro y saber qué quieres hacer.

Ese año fue cuando tuve mi primer pololeo, con un compañero de curso, y todo era maravilloso, tal como cuentan sobre el primer amor en donde literalmente tienes mariposas en la guata todo el tiempo, y como si te salieran corazones por los ojos; o sea, el amor se irradia por todos lados. Pero naturalmente no todo era perfecto, y luego comenzó a notarse nuestras diferencias en cuanto a los principios y valores que cada uno tenía en su hogar. Mis papás no estaban de acuerdo con esta relación porque intuían que no iba a ser buena para mí. Pero a mis 18 años creía que me las sabía todas, y lo más importante era mi pololo; así que incluso me fui alejando de las cosas de Dios, hasta que se desvanecieron.

Toda esta rebeldía de mi parte fue el inicio de muchos problemas y discusiones con mis padres, porque ellos me querían imponer su forma de hacer las cosas, pero yo insistía en hacer mi voluntad. Y por supuesto que, como muchos jóvenes, sentía que no me comprendían ni apoyaban en mis sueños. ¿Por qué no se daban cuenta de mi felicidad? Me daba pena y rabia que no me entendieran. Pero así seguían las cosas, y ya llevábamos mucho tiempo en esta situación, en que las discusiones comenzaban en el desayuno de cada mañana, y las faltas de respeto habían llegado al límite. La única salida que quise ver, fue escapar. Agarré mis cuatro pilchas que tenía y me fui de la casa dejando una carta de despedida. Pensaba que mi dolor sería cada vez más grande si me quedaba allí. Necesitaba tranquilidad y estar a solas conmigo. Claramente a mis 18 años era un caos de emociones, y eso nos hacía mal a todos, y terminábamos hiriéndonos gratuitamente.

Felizmente puedo decir que nunca le hice el quite al trabajo, y que desde chica me las arreglaba para hacer algo y ganar mi plata. Es decir, otra de mis características es que SOY AUTOSUFICIENTE, y en ese tiempo tenía la soberbia de pensar que podía confiar solo en mis fuerzas y deseos; y ese pensamiento fue el que me impulsó a ir a vivir con mi pololo sin ningún temor. Ya fuera del hogar, mi relación siguió muy bien, así que pensaba que había encontrado al hombre de mi vida. Y otra cosa buena, es que a los meses después, incluso la relación con mis papás había mejorado algo, ya que ellos por amor a mí, tuvieron que aceptar y transar. Volvimos a hablarnos y a visitarnos. Yo vivía en

Viña en un departamento muy lindo frente al mar; tenía mi trabajo, un amor, en fin, me sentía completa. A mis 22 años pensaba que era tiempo de formar mi familia, y que todo sería como yo lo anhelaba.

En octubre del 2013 me enteré que estaba embarazada, y para mí fue una buena noticia; estaba feliz porque siempre había querido ser mamá joven, así que un hijo para mí era la mayor bendición que me podía pasar; me sentía preparada y lista para esa nueva aventura que comenzaríamos los tres, pero no fue así, porque para mi pareja fue el fin del mundo, la peor noticia que le podían dar; me decía que le había arruinado su vida... y en un segundo... se desmoronó la mía. Yo no sabía que se podía sentir tanta felicidad por un hijo, y a la vez tanto dolor y pena por la situación que estaba viviendo. Él me pidió solucionar este “problema” como le decía a nuestro hijo, o sea, que abortara. Pero yo sentía que esta guaguüta nada de culpa tenía y estaba siendo castigada por el terrible egoísmo de su propio padre. Por primera vez en mi vida vi en primera persona la frialdad y la maldad de un ser humano. Gracias a Dios, ni por un segundo dudé en tener a mi hijita, ni se me pasó por la mente abandonarla, y jamás sentí que yo podría tener la autoridad de quitar lo más sagrado, que es la vida.

Fue entonces que descubrí que él en su trabajo tenía una relación con otra persona, y por ese motivo no quería compromisos de tal magnitud, como ser padre. Y con todo lo que estaba pasando, la relación iba de mal en peor; comenzamos a tratarnos con grandes faltas de respeto, e incluso tuvo que intervenir mi hermana mayor con Carabineros, por las graves intenciones de agresión. No podía creerlo, me parecía estar viviendo una pesadilla, como esas noticias en la televisión sobre los golpes y los femicidios. Fue tanto mi temor, que después de echarlo de mi casa, cambié inclusive la chapa, temiendo que en cualquier momento pudiera entrar y agredirme. Es muy difícil hablar de esos momentos, porque fueron los más amargos de mi vida. Tanto era mi dolor, que si no hubiese tenido a mi hija en mi vientre, probablemente no podría haber resistido ese tiempo de tristeza y decepción. Incluso podría haber llegado a pensar en terminar con mi vida.

Ya con dos meses de embarazo me quedé sola en el departamento, viendo cómo todo había desaparecido... esos años de un supuesto amor se habían esfumado; todas las ilusiones de formar familia con él, ya no existían. Él salió de nuestras vidas por completo, hasta hoy, para seguir con la suya. El dolor que sentía por el abandono, era insoportable. Todo lo que yo había anhelado, ya no se cumpliría. Sentí que me tiraban a un hoyo sin luz, sin solución alguna; y aunque estaba teniendo una bendición tan grande como un hijo, me era muy difícil ver el lado bueno de las cosas.

Mi padres, viendo la situación, decidieron ir a buscarme y traerme de regreso a mi casa, mi hogar, mi familia, esa que me daría todo el apoyo y amor incondicional que necesitaba; quienes me ayudarían a llenar todo el vacío y decepción que sentía de la vida. Rebobinando en el tiempo, me doy cuenta que desde mi primer día en este mundo, Dios estuvo junto a mí, comenzando por mi nombre que como les dije es “Ana”. Mis padres me explicaron que mi nombre fue inspirado porque la gracia de Dios nos daba la vida, y esa gracia permitió que comenzara a vivir dentro de mi madre. Ahora yo experimentaba lo mismo, y esa misma gracia hacía que yo, sin ninguna duda, optara por la vida de mi hija.

Comenzaba una nueva etapa, protegida por mi familia; y aunque de todas maneras seguía teniendo dificultades propias de la vida y de mi situación de mujer sin el padre para su hija, sentía nuevamente el abrazo amoroso de Dios. Supe que Él había estado junto a mí en cada momento, que nunca me había soltado, sino que la que se alejó fui yo; me había soltado un centenar de veces, sin tomarlo en cuenta en mis decisiones, y aún así, me levantaba una vez más. Entonces le entregué por completo mi confianza a Dios, rogándole que me diera las fuerzas que necesitaba para luchar por mi hija, y sentí que si las dos estábamos aferradas a Él, estaríamos bien, saldríamos adelante en nuestras vidas.

Cerré un ciclo en Viña del Mar, y volví nuevamente a la casa de mis padres, que me brindaron su apoyo como siempre. Su amor y preocupación constante me fortalecieron y ya no tenía miedo. El sentir las pataditas de mi hija diciéndome “mami estoy aquí” me hicieron entender que la vida es así, que hay que tener paciencia, que nada sería fácil, de hecho, que tendríamos muchas complicaciones, como suele ocurrir en este mundo, pero juntas podríamos hacerlo. Hoy mi hija tiene casi tres años, y es el gran amor de mi vida que Dios tenía preparado para mí, es mi mayor bendición, mi alegría, y podría seguir diciendo tantas cosas porque mi pequeña Alba para mí es lo mejor que me ha pasado. Podrán venir turbulencias, preocupaciones y tristezas, porque son parte de la vida, pero doy fe que Dios no nos dará más cargas de las que podamos soportar.

Y también digo que jamás me arrepentiré de la decisión tomada en mi vida por la vida, aun teniendo que sacrificar el gran amor que yo pensaba que tenía. Con el tiempo fui madurando y aprendiendo; entendí que nuestra desobediencia y distanciamiento de Dios nos hace andar perdidos, y sufrimos más. Esto no significa que no vayamos a pasar por más dolor, pero Él estará a nuestro lado, como un Padre celestial, guiándonos con su amor infinito y su Misericordia, que es nueva cada día, todos los días de nuestra vida.



7. encontrándome una vez más con el dolor

Mi nombre es Lidia, fui la cuarta de cinco hermanos y hoy soy la tercera de cuatro, ya que una de mis hermanas falleció trágicamente el 21 de diciembre del 2007. Su inesperada e injusta muerte significó para mí una de las más grandes pérdidas en mi vida, encontrándome una vez más de frente con el dolor, el horror y la soledad.

Mis padres se casaron enamorados y muy jóvenes, teniendo un hijo cada dos años; trabajadores, emprendedores, a veces con poca paciencia, y en muchos momentos superados por el devenir del día a día. También con problemas económicos tratando de sostener a la familia, por un lado con mano dura, rígida e intransigente por parte de mi padre como ingeniero, y con una mamá cariñosa, buena dueña de casa, concertista en piano, y que cocinaba rico; todos esos dones y talentos tenía ella, aunque a veces era insegura, manipuladora, egoísta, y no siempre sabía escuchar... por eso, muchas discusiones o diferencias terminaban con un “no quiero hablar del tema” o “se hace lo que yo digo y punto”.

A los seis o siete años yo era la más inquieta de mis hermanos, peleadora, y a veces la más “traviesa”; yo quería saberlo todo, preguntaba mucho y también luchaba por lo que encontraba que merecía o me correspondía, por lo tanto pasé bastantes horas de castigos, terminando en el rincón con orejas de burro, o con una profesora persiguiéndome por el patio del colegio después de haberle pegado a una compañera en la cara con una paleta de ping pong, porque me había quitado la pelota; y no era raro verme en la oficina de la madre superiora, previo llamado a mi apoderado.

Ya entre los ocho y diez años, prefería jugar con mis amigos hombres (eran menos complicados) a las bolitas, al trompo, andar en bicicleta, subir a los árboles y panderetas, o jugar y correr tras una pelota olvidando que existía la hora de regresar a mi casa, y cuando lo hacía, los retos y correazos no se hacían esperar. También tenía amigas, pero era diferente jugar con ellas, como a las tacitas o las muñecas donde casi siempre terminábamos peleando y llorando. Pero también lo pasábamos fantástico saltando el cordel y riéndonos con el “sube la leche”, un juego en que sorprendías a tu amiga subiéndole el vestido y gritando ¡sube la leche! y salías corriendo. Viene a mi memoria un día de verano en que el papá llegaba a la casa y nos vio felices jugando este inocente juego para nosotras. En ese mismo instante me hizo un gesto que me acercara a él y que subiera al segundo piso de la casa, donde me metió en su pieza y sin decir una palabra empezó a pegarme con una correa, como un loco descontrolado, haciéndome el gesto de que no llorara, no gritara, y cuando se cansó de pegarme, con una mirada me decía que ya me podía ir.

Mis brazos y piernas quedaron con los correazos marcados, lo que no era nuevo, porque otras veces los había sufrido, pero nunca como aquel día. Fue terrible, y no lo podía entender... pero acepté el castigo tratando de no llorar para no enojarlo aún más. Me sentía morir, me temblaban las piernas de miedo, estaba atónita, y qué vergüenza si mis amigas se daban cuenta de lo sucedido, quizás ya no querrían jugar más conmigo. Odié a mi papá por lo que me hacía, pero rápidamente me puse un chaleco, me cambié el vestido por unos pantalones y bajé a encontrarme con mis amigas. No podía creer que mi propio papá fuera un abusador y cobarde... porque me había pegado con tanta rabia y descontrol, y yo era apenas una niña. Así transcurría mi niñez, a saltos y sobresaltos. Y cuando acusaba al papá, contándole a la mamá lo sucedido, ella solo se subía de hombros en muda expresión, como diciendo “el papá sabe”...

Ahora pienso, que la violencia no conoce de justas medidas, y si no es el cuerpo dañado, será el alma, aunque sus heridas sean invisibles. Con los años, los golpes ya ni siquiera importan tanto porque uno termina acostumbrándose a todo.

Como fui la tercera de las mujeres, recibí siempre herencias de mis hermanas mayores, heredé todo tipo de ropa, juguetes, bolsones, textos escolares, etc. En una oportunidad, convencí a la mamá que me comprara un par de zapatos de charol negros, y así mis piernas lucirían mejor que con mis eternos bototos. La mamá aceptó y partimos de compras. No se

pueden imaginar mi felicidad cuando el vendedor me probaba uno y otro modelo, tan lindos, tan brillantes, con olorcito a cuero nuevo... hasta que entró en la tienda una amiga de mi mamá y le pregunta en qué andábamos: “Comprándole zapatos a Lidia”, dice mi mamá, y empieza mi tía sin que nadie le pida su opinión: ¡pero, cómo se te ocurre, los va a usar tan poco tiempo, vas a botar la plata, no hagas tal! Por supuesto que mi mamá, sin pensarlo mucho, aceptó su consejo, y en un segundo cambió de opinión, y no me compró los preciosos zapatos. ¡Yo no lo podía creer!

Terminé con un par de bototos nuevos y con un dolor en mi corazón que no comprendía. Naturalmente me ofrecieron un helado de recompensa, siempre y cuando dejara de llorar. Ellas no entendían que con un helado no se me pasaba mi tristeza y frustración... si mi deseo más largamente soñado... se había esfumado. Odiaba al par de viejas, y en mi interior les deseaba todo tipo de males, incluso que se murieran.

Cuando tenía 12 años, a raíz de un accidente terrible en auto, mi mamá quedó con su cara casi destrozada, y por esta razón ella prácticamente no salía de la casa. Mi papá, con la idea de que ella se recuperara, le compró una lavandería muy cerca de donde vivíamos para que la atendiera y saliéramos adelante. Como no había plata para pagar sueldo a empleados, lo más conveniente era que los hijos se turnaran, lo que hicieron los mayores al principio, pero no duraron mucho, porque entre sus estudios y otros intereses no tenían tiempo, así que las menores asumimos la responsabilidad, de tal manera que desde los 12 años ya era experta en atención de público, cierres de caja, inventarios, etc. Estoy segura que fue entonces cuando empezó mi vida laboral hasta hoy. **No me quedó otra opción de crecer rápido. ¡Demasiado rápido!**

¡Tantas decepciones desde chica, que se me hizo difícil sonreírle mucho a la vida! Yo sentía que era una persona a la que no se le respetaba y de la que se podía abusar y usar... o yo tenía algo “MALO”, peligroso, que detonaba malas conductas. Digo esto porque fui víctima de abuso sexual. No recuerdo bien de qué manera ni cuándo comenzó todo, porque yo aún era una niña, demasiado carente de conceptos para darle un significado a lo vivido, demasiado inocente para comprender. Fui abusada por un ser en quien yo tenía puesta mi confianza y amor; él, justamente la persona destinada a cuidarme... nunca entendí. Por años viví llena de inseguridades y miedos, desconfiando de todos, sintiéndome despreciada, enferma, sucia y, protegiéndome siempre, ya que la vida avanzaba demasiado rápido y pasaban muchas cosas.

En los años previos al 73, siendo una adolescente, nuestro país era un caos. Se escuchaba con frecuencia expresiones como “cáncer marxista”, intervención militar, refundación nacional, desabastecimiento, etc. Esos eran los titulares de revistas, periódicos y noticieros de televisión. La polarización del país, el tono de rabia y de amenaza era tal, que había que salir a las calles en medio de paro de estudiantes, huelgas, etc., y yo que estaba decepcionada de la vida, sin tener nada que perder, sin un ápice de miedo me lancé a las calles a marchar, a gritar mis frustraciones internas, mi rebeldía, sin importar las consecuencias, total... yo era una persona marcada para el resto de mi vida, y no solo yo, sino toda la familia cuando SE SUPO del abuso hacia mí. Recuerdo que vivía preocupada de ellos, de cómo me miraban, o de qué pensarían... mientras lo que quedaba de familia seguía viviendo como si nada pasara, aparentando ser completamente normal, con una vida común y corriente, perfectamente ordenada, cuando la realidad era otra.

Durante años mis sentimientos hacia mis padres se mueven entre confusos opuestos de añoranzas y temor, de cariño y desapego, dependencia y desconfianza. Mi corazón se divide entre quererlos y necesitarlos u odiarlos y huir, porque habría sido mejor estar sola, lejos o muerta, pero la vida me tenía preparado algo bueno. Conocí a un amigo de mi hermano, muy amoroso, inteligente, entretenido y profesional, y, enamorada hasta las patas, me casé esperando guagua a los 18 años (confieso que una parte de mí quería irse de la casa a como diera lugar, quería huir de esas paredes que me habían aprisionado por tanto tiempo). Era la oportunidad para demostrar que ahora yo llevaría las riendas de mi familia junto con mi esposo, quien ya tenía un matrimonio a su haber. Yo cuidaría y protegería a mis hijas, los dos en armonía con mi marido, lejos de la doctrina dictatorial paterna, que por supuesto, dicho sea de paso, no estaban para nada de acuerdo.

Pero yo no tenía idea de la magnitud del compromiso que estaba asumiendo, encontrándome a los 21 años, siendo mamá de dos hijas preciosas y maravillosas por supuesto, pero con una responsabilidad tremenda, y con un marido mayor que yo 13 años, con el que teníamos grandes diferencias en nuestros intereses y la forma de enfrentar la vida, que eran diametralmente opuestas. Pero aún así nos queríamos mucho, y seguíamos como matrimonio. Con el tiempo me di cuenta que yo también cometía muchos errores, tratando de ser siempre la mujer perfecta, tener todo impecable, y lo mínimo que esperaba era un “qué bien lo hiciste” y como no me lo decía, me frustraba por la falta de reconocimiento a todo mi esfuerzo y agotamiento por la crianza y todo lo que significaba llevar bien una casa.

También ocurría que él viajaba mucho por su trabajo, y cuando regresaba yo lo esperaba con ganas de salir a pasear o divertirnos, pero generalmente estaba cansado o no le alcanzaba la plata, aun cuando yo siempre estaba apoyándolo. En ocasiones llegué a tener hasta dos y tres trabajos en forma simultánea, pero lamentablemente surgían más problemas económicos y de comunicación.

Después de tantas ilusiones que me forjé, a los 12 años de matrimonio, él se fue de la casa. Mis hijas estaban pequeñas y no entendían lo sucedido, pero al año de estar separados nos dimos cuenta de lo mucho que nos queríamos, así es que volvimos a compartir la vida y llegó nuestra tercera hija, llenándonos de felicidad, sin imaginar el dolor que se avecinaba, porque al mes de nacida, murió de muerte súbita. Fue algo tan terrible, de una tristeza tan profunda.

No sentía mis brazos ni mis piernas... el dolor y el sufrimiento no cabían dentro de mí, me sobrepasaba. Intentamos con mi marido sostenernos el uno al otro, pero vivíamos cada quien en su tristeza, distantes, y yo por mi parte tratando de seguir siendo capaz de resolver todo, manejando las circunstancias, segura de mí, o por lo menos eso es lo que aparentaba porque no quería que las niñas me vieran sufrir, además la casa debía funcionar como siempre para ellas. Incluso me preocupaba de lucir bien, a pesar de lo destrozada que estaba interiormente. Mi marido, después de unos meses me pidió que tuviéramos otro hijo, pero yo no quería, me parecía imposible volver a sufrir, pero el amor a mi marido pudo más, y tuvimos una niña maravillosa, un regalo de Dios.

Cuando la menor de mis hijas tenía un año, un día mi marido me dijo que necesitaba conversar conmigo en forma seria, que por favor me sentara, y tomándome las manos me comunicó que se iba de la casa, porque por fin había encontrado el amor de su vida. Yo no podía creer lo me estaba diciendo, me imaginaba que era una broma, no sabía qué pensar, mezclándose sentimientos de amor y odio hacia él. ¡Cuántas emociones contradictorias!

Sea como sea, duele, aunque al final ya ni el dolor se siente. Solo me embargaba una sensación de total anestesia, agotamiento y humillación, mientras veía caer la tarde y a mi marido saliendo con su maleta.

Me dejaba sola a cargo de tres niñas que tenían uno, siete y nueve años. Pensé que me iba a volver loca, que se me derrumbaba el mundo, si el hombre del que me había enamorado en mi juventud, a quien yo admiraba

y amaba, con el que habíamos compartido tantas alegrías y sufrimientos, ya no era parte de mi vida y la de nuestras hijas. Naturalmente caí en una fuerte depresión. No tenía ganas de nada, me sentía triste, sola... muy sola, desamparada, y comencé a llenarme la vida trabajando mucho, saliendo con amigos y amigas, tomando y fumando en exceso, tanto, que a veces ni siquiera sabía cómo había llegado a mi cama o a mi casa, ¡qué horror! Vivía en un mundo de confusión y caos, y mi carácter era de una irritabilidad que ni yo me soportaba. Era tanta mi impotencia, que mi mente divagaba con cosas atroces, como querer matar a mi exmarido o desquitarme del daño que me había hecho, chocando mi auto, sola o con las niñas, total él había arruinado nuestras vidas. Pero, a pesar de todo, de lo destrozada que estaba, había un hálito de esperanza para seguir adelante, o ¡por inercia o como fuera! Mis hijas llenaban mi vida, yo las amaba y ellas me necesitaban, y no tenían la culpa de lo sucedido. Yo anhelaba darles lo mejor. Busqué trabajé en una compañía de seguros, y trabajé incansablemente esperando que con el paso de los años sanaran mis heridas, o se suavizaran, como tantas veces escuché decir a los mayores, que el tiempo todo lo cura... o casi todo.

Por fin mi vida iba tomando sentido, sentía que podía criar a mis hijas, controlar las finanzas, pero lo que no podía controlar eran mis emociones, y mi fea y egocéntrica naturaleza... ya que en mi interior dejaba anidar sentimientos de odio, resentimiento y rencor. Me sentía muy sola, sin pareja, cuando casi todo el mundo te dice búscate una pareja, y los matrimonios con los cuales te juntaste durante años ya no te invitan con la frecuencia de antes, porque eres una amenaza para el resto de las mujeres, quienes te miran con desconfianza y los hombres con la suspicacia y coquetería de querer conquistar la presa fácil.

Es difícil salir adelante para cualquier mujer que lucha sola, y que por querer cariño y compañía comete tantos errores en busca del supuesto príncipe azul, que al comienzo te muestra afecto, puede decir que te ama, y no es verdad, muchas veces solo se aman a sí mismos. Y como estaba sola y vulnerable, caía una y otra vez. Mis emociones eran de altibajos, y yo no presentaba resistencia alguna a los sentimientos negativos que me invadían, y como resultado, vivía una vida inestable y sin sentido.

Así me encontraba yo, cansada de una vida vacía, y en mi interior buscaba paz, poder calmar la tiranía de los recuerdos del pasado que me tenían prisionera, ansiando cada día más ser liberada de resentimientos, y con la esperanza de un futuro mejor, pero no sabía cómo hacerlo, hasta que ¡un bendito y maravilloso día, por medio de unas bellas personas, tuve un

encuentro real con Jesús, ese Dios vivo que necesitaba mi alma! Ese día marcó un antes y un después de conocer al Señor en mi vida. Supe que ya no lucharía sola, que se acabarían muchos miedos. Que tendría paz.

Así comenzó el cambio en mi vida, no de la noche a la mañana, sino que ha sido un proceso lento que aún no tiene fecha de término en ciertas batallas, pero lo que sí sé es que ahora todo tiene otra dimensión. Por ejemplo en el área de mis emociones, tan pronto empiezan a surgir en mi corazón sentimientos negativos como falta de perdón o autocompasión, ya no permito que me dominen ni que me dicten cómo debo sentirme, arruinando mi vida; y los problemas que antes se me venían como montañas encima, con el Señor tengo otra forma de enfrentarlos.

El año 90 tuve un accidente automovilístico tan grave, que llegué en coma por anemia aguda al hospital de Coquimbo, con fracturas en mis piernas, policontusa y TEC cerrado. Y en todo eso, la mano de Dios estuvo protegiéndome. Hoy, las huellas que tengo son un par de cicatrices. Con certeza puedo decir, después de mi largo caminar con el Señor, que solo Él pudo sostenerme y prepararme para algo que jamás pude imaginar que nos ocurriría como familia, ya que uno de los primeros en llegar al hospital fue mi exmarido, y al mirarlo media moribunda, sentía que todo el daño que él me había hecho había quedado en el pasado, que lo podía mirar y ver en él al padre de mis hijas, al hombre que un día yo había elegido; Dios me había perdonado la vida, me estaba dando una nueva oportunidad para volver a empezar, y así fue como le pude tomar la mano y agradecer su gesto. Después de varios años, hemos vuelto a reunirnos con las hijas, compartiendo muchos instantes con nuestros nietos y familia. El perdón que Dios puso en mi corazón, sanó heridas y trajo paz.

Hace más de 30 años que estoy caminado junto a mis hijas de la mano con Dios, y mientras me mantuve a su lado nada fue superior a mis fuerzas, ya que, en todo tiempo, cualquiera fuera la circunstancia siempre supe que saldríamos adelante. Tengo tres hijas muy lindas como personas, que han sido una tremenda motivación, y agradezco a Dios su protección por cada día vivido. Ellas también pudieron superar los traumas de la separación, tener vidas de jóvenes sanas, libres, con valores cristianos. Hoy, son madres que están formando a sus hijos en el amor de Dios, y de yapa tengo 4 nietos que me llenan de alegría.

En el 2004 conocí a Pablo, quien logró que me volviera a enamorar. Nuevamente un hombre mayor que yo, esta vez 18 años. Separado de su mujer hacía tiempo, y que según él nunca más podría volver a estar con

ella. En ese tiempo yo trabajaba como ejecutiva en una excelente empresa, con buen sueldo, y debo decir que yo nunca fui a la universidad, pero mis experiencias laborales y mis búsquedas por necesidad, me llevaron a ser autodidacta en todo lo que emprendí; también agradezco el tiempo en que ayudé a mi mamá en su lavandería. Bueno, en ese estupendo trabajo estaba, cuando Pablo me propuso que nos fuéramos a vivir al norte y que él me regalaba un negocio. Como era tan atractiva su oferta y estaba enamorada, no lo pensé dos veces ni tampoco hice caso del consejo de mis hermanos espirituales y me lancé a la aventura. Él tenía una situación bastante holgada, lo que significaba que me daría estabilidad emocional, económica, y tendría un hombre a mi lado, un esposo que me iba a cuidar y a proteger, algo que por tanto tiempo anhelaba mi corazón.

Así fue que de un día para otro desarmé mi casa, regalando todo: colchones, veladores, diferentes muebles, adornos y todo cuanto existe en un hogar que funciona diariamente y que había sido el esfuerzo de muchos años de trabajo. Como se dice, quemé las naves... total, era para siempre. Nos instalamos en Iquique, con nuestro negocio que para mí significaba el regalo de matrimonio que él me hacía. Pero grande fue mi sorpresa cuando Pablo me dice un día que tiene que conversar conmigo, y me pregunta cómo le iba a pagar los \$ 90.000.000 que él me había prestado para instalar dicho negocio. ¡No lo podía creer! Esto no me podía estar pasando. Sentí que la tierra se abría y me tragaba... ¡Jamás imaginé algo así! Pero era real, y tuve que pagarle durante años su regalo, hasta la última cuota. ¡Qué gran lección!

Pero seguimos juntos, y sin dejar de quererlo, sin concebir la vida sin él, tenía sentimientos encontrados. Yo le hablaba continuamente de Dios, de la familia, y del perdón, hasta que un día sin haber una causa o problema entre nosotros, decidió volver con su señora. Fue un duro golpe, lloré mucho, me sentí nuevamente abandonada y traicionada. Y una vez más recurrí a mi buen Dios, quien me levantó y sostuvo en mi dolor.

Después de esta experiencia traumática, tuvimos que enfrentar uno de los dolores más terribles dentro de mi familia paterna. Recibimos la trágica noticia de la muerte de una de mis hermanas, quien había sido secuestrada y asesinada. ¿Cómo puedes perdonar al asesino de un ser amado?

Y aunque llevaba años practicando el ejercicio de perdonar a las personas que me habían herido en el pasado, esta vez mi corazón estallaba de dolor, un dolor desgarrador, preguntándome **¿por qué, para qué?! ¡Qué injusto!** No podía comprenderlo. No encontraba respuestas... pero aún en medio

del sufrimiento, sentía que Dios estaba conmigo, que me daba paz en mi corazón y la certeza de que el alma de mi hermana querida estaba con Él, ya que ella era una persona que buscaba a Dios con un corazón limpio, Y el Señor promete que los de limpio corazón verán a Dios.

Pasaron unos años, y un 17 de julio partió la mamá, unos días después el papá. Tuve una extraña mezcla de emociones, con buenos recuerdos de nuestra existencia junto a los papás. Nuestra niñez, la severidad del papá, la ternura de la mamá, nuestras maravillosas vacaciones en Tongoy, los traslados a las distintas destinaciones del papá. Y ya de adultos, comenzando a tomar nuestras propias decisiones, algunas desafortunadas, pero siempre encontrando refugio en nuestro hogar paterno. ¡Cómo no recordar nuestras reuniones familiares que terminaban con la mamá tocando piano y nosotros y nuestros hijos acompañando en el canto! Son momentos inolvidables que llenan el corazón.

También algo precioso fue cuando mis padres hicieron Encuentro Matrimonial y descubrieron que la vida con Dios era posible, que había lugar para el perdón, descubriendo que con la ayuda del Señor podían perdonarse mutuamente. Y así fueron capaces de soltar las cadenas, sanando sus heridas y manteniendo a su familia unida hasta el último día de sus vidas.

En cuanto a mí, también experimenté el amor y perdón de Dios en todas mis equivocaciones, faltas, transgresiones, pecados; distintas maneras de nombrar aquellas conductas que ofenden a Dios y nos hacen tanto daño a nosotros y a nuestro prójimo. Y qué bendición cuando el Señor nos libera, como lo hizo conmigo, quitando resentimientos, amarguras, rencores, rabias, y por sobre todo, me sanó de mis ansias de venganza a quienes me habían hecho tanto daño.

Si cada día rezo el Padre Nuestro y digo PADRE PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS Y DIOS LEVANTA MI CASTIGO Y QUITA EL CARGO QUE HAY EN MI CONTRA... y a continuación digo, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES... comprendo la profundidad del mandato divino: ¿Quién soy yo para no perdonar al que me ha hecho mal? Entonces, en espíritu de perdón y en verdadera penitencia PERDONO a quienes me han hecho mal. Incluso cuando veo con lupa y con una visión exagerada los pecados de los otros, el Señor me inspira a vivir una vida de amor y de perdón.

Hoy construyo la casa de mi vida, sobre sus palabras, en obediencia y amor a Jesucristo nuestro Salvador, nuestro Príncipe de Paz.



8. *yo no sabía*

*La exposición de Tus Palabras alumbra, hace entender a los simples
Mi boca abrí y suspiré, porque deseaba Tus mandamientos
Salmo 119:130-131*

*Porque te tomé de los confines de la tierra, y de tierras lejanas
te llamé, y te dije:
Mi siervo(a) eres tú; te escogí, y no te deseché.
No temas, porque Yo estoy contigo; no desmayes,
porque Yo soy tu Dios que te esfuerzo;
siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.
Isaías 41:9-10*

QUIERO LEER PARÁBOLAS DE JESÚS

Yo no sabía que habíamos sido predestinados para ser hijos de Dios antes de la fundación del mundo. Yo no sabía que aquel grito de agonía que se oyó en la cruz, clamando por el mundo, todavía se escucha en el correr de los tiempos: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34).

Cuando una inquietud sobre la existencia de nuestro Señor Jesucristo y de Su doctrina salvadora se anida en nuestro corazón, no debemos desecharla. Busquemos una respuesta que nos satisfaga completamente y que nos guíe a la Verdad, y la Verdad se puede encontrar solo en Él. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida...” (Jn. 14:6).

Un libro con Parábolas de Jesús llegó a mis manos. Comencé a leerlas como simples historias, muy lindas, pero completamente ajenas a mi vida y a mi época. No debemos olvidar que una parábola es una historia corta, ficticia, que se narra empleando elementos simbólicos que encierran una verdad. Se usa para ilustrar un principio religioso o moral cuyo significado no es fácil de entender. Cuando los discípulos de Jesús le preguntaron por qué hablaba en parábolas, Él les contestó: “*A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de Dios; pero a los demás, en parábolas...*” (Lc. 8:10). Es decir, el entendimiento es dado a aquellos que han creído y han reconocido que Jesucristo es el Señor de sus vidas.

Mi espíritu estaba aún dormido, y quién puede entender con la mente a Dios que es Espíritu. “*el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente*” (1Co. 2:14).

Pero cuando el Señor vio que mi corazón lo buscaba de verdad y sin cuestionarlo, empezó Su trabajo en mí, como dice el Apóstol Pablo: “*el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo*” (Fil. 1:6).

MI PRIMERA REVELACIÓN

No hubo palabras audibles, no hubo enseñanzas, no hubo previa preparación. Fue de Espíritu a espíritu, como una madre alimenta a su hijo el primer día de nacer.

Su Palabra, semilla santa, había sido plantada en mi corazón:

*“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie viene al Padre,
sino por Mí” (Jn. 14.6).*

Por primera vez entendía que el único camino para llegar al Reino de Dios había sido trazado hacía 2.000 años. Era un camino de perdón y de salvación: nuestro Señor Jesucristo.

Mi corazón atesoró esta Palabra en un momento crítico de mi vida: el día en que mi padre partía para reunirse con el Señor. Fue en ese tiempo cuando nuestro Señor Jesucristo produjo en mi corazón una sed insaciable por Él, que nada ni nadie ha podido extinguir.

En ese entonces el Señor de los Cielos puso siervos suyos en mi vida que fueron vasos de oro en mis primeros pasos de mi vida cristiana.

- i) Rex Humbar, evangelista norteamericano, que junto con su familia han llevado la Palabra de Dios por el mundo por muchos años. Él fue la primera persona a quien oí hablar del Señor de una manera tan ungida y tan diferente que impactó mi corazón;
- ii) María Elena Cownley, compañera de trabajo, de nacionalidad peruana, quien abrió un estudio bíblico en una sala de conferencias de una organización internacional en la que ambas trabajábamos; y
- iii) Tom Gibson, actualmente pastor en Virginia, USA, y que en ese entonces guiaba un estudio bíblico en una oficina del gobierno de Estados Unidos, donde él tenía un trabajo secular. Fue allí cuando respondí a un llamado que él hizo para que yo reconociera públicamente que Jesús es el Señor.

UN PROGRAMA DE TELEVISIÓN

Aquel domingo estábamos invitados a almorzar en casa de una de mis hermanas. Yo me adelanté en la visita y fui la primera en llegar. Me senté a conversar con mi cuñado. Él me hizo notar un programa norteamericano evangélico que tenía en ese momento en la televisión. Me habló de él en forma despreocupada, mientras sacaba un solitario. Nuestra conversación acerca de otros temas siguió adelante, hasta que toda la familia se reunió. El programa siguió su curso, aparentemente sin ninguna trascendencia. Ni siquiera yo lo había notado. Al domingo siguiente recordé el programa y lo puse. Lamentablemente era en domingo, a la hora del almuerzo, momento que según nuestra costumbre latinoamericana la familia se sienta tranquilamente a compartir un rato alrededor de la mesa. Es una bendición que nunca debiera de dejarse. Pero eso no impedía que yo encendiera mi televisión que estaba en mi habitación, y entre plato y plato que se servía, corría a mi dormitorio para ver lo que esta familia de evangelistas hacía. Mi concepción de los caminos de Dios era demasiado rígida, en silencio, de observación de rituales y poca participación del congregante. Sin embargo, Rex Humbar presentaba a nuestro Señor Jesucristo en una forma diferente. Todos ellos eran tan bellos, se desplazaban por jardines preciosos cantando y alabando a Dios; y Rex hablaba cosas tan lindas, que cuando lo hacía, mis ojos se llenaban de lágrimas de gozo.

¿Qué era esto? Lo ignoraba. Mi primera pregunta fue: ¿Qué religión es esta? La respuesta a mi carta fue: No es una religión, sino una relación personal con nuestro Señor Jesucristo.

Mis interrogantes continuaron. ¿Una relación personal? ¿Cómo? Recibí unos libritos que me ayudarían a entender la fe que ellos proclamaban, es decir, la doctrina de nuestro Señor Jesucristo.

En la última página había una oración de entrega a nuestro Señor. Al final había una línea para que el nuevo creyente firmara aquella oración para sellar un compromiso con nuestro Señor Jesucristo.

Confieso que no lo hice. Desconfiaba de mí. Cómo podía hacer un compromiso tan grande con alguien tan divino como es el Dios Altísimo, siendo yo tan vulnerable. Pero ese temor era causado por mi ignorancia acerca de la misericordia y de la gracia de nuestro Dios y Señor. No recibimos la salvación por obras sino por Su divina gracia.

*“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe;
y esto no de vosotros, pues es don de Dios,
no por obras, para que nadie se gloríe”.*
(Ef. 2:8-9).

UN PAÍS DONDE FLUYE LA LECHE Y LA MIEL

En una época de cambios radicales en la vida política de mi amado país, el Señor me impulsó a venir a Estados Unidos. Digo que el Señor lo hizo, ya que fue un paso demasiado grande el que di. Llegué a un país que no conocía y donde no conocía a nadie. En el aeropuerto me esperaba una chilena a quien había sido presentada por teléfono. Fue muy dulce y de buena voluntad. Me había hecho reservaciones en un hotel de mujeres cristianas. Me guió en mis primeros días en Washington, DC, y enseguida empezó el Señor a abrirme puertas. En una semana estaba ubicada en un colegio de inglés para extranjeros que me otorgó visa de estudiante por un año, pero en tres meses comenzaba mi vida laboral respaldada por una organización internacional a la que llegué sin conocer a nadie y donde solicité trabajo. Mis credenciales fueron solo mis exámenes y entrevistas del momento tanto en inglés como en español. Pero delante de todo esto estaba la mano del Señor, que abre puertas que el hombre no puede cerrar. Esos fueron mis primeros pasos en el mundo laboral en Estados Unidos. Desde ese entonces

nunca me ha faltado el trabajo ni la libertad para salir y entrar del país en el momento que lo he necesitado. ¡Alabado sea Su Nombre por siempre!

He hablado de este país como de una tierra donde fluye la leche y la miel porque ha tenido una bendición especial de Dios por muchos años. Es un país donde ha sobreabundado la predicación de la Palabra de Dios, donde se encuentran las enseñanzas más profundas que he escuchado, donde existen Universidades e Institutos Bíblicos maravillosos; programas cristianos de TV en abundancia, canciones de alabanza, casetes de enseñanzas y hombres de Dios que están dedicados a llevar la Palabra a todo el mundo en obediencia a un mandato del Señor Jesús.

*“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.
Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos
en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;
enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí
Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén”
(Mt. 28:18-20).*

EL SEÑOR ES MI PASTOR

Viviendo con una americana que no hablaba ni una palabra de español, me preguntó un día si era mío un librito que había encontrado en el living de su departamento. Cuando lo miré, vi que era totalmente desconocido y le di mi negativa. Pero ella insistió en que era mío, ya que estaba escrito en español y me lo regaló, sin saber qué era lo que tenía en sus manos. Ya en mi habitación, lo abrí y lo primero que encontré fueron aquellos hermosos versículos del Salmo 23. Cuando lo terminé de leer, no me podía convencer de haber encontrado un tesoro de tanto amor y belleza, que hubiera querido compartirlo en ese mismo instante con todo el mundo. Este salmo que fue escrito por el rey David, durante su reinado, causaba un tremendo impacto en mi corazón y en mi espíritu. Esa es la Palabra de Dios, que nunca pasa, siempre tiene la frescura de Su unción, y realiza la acción para la cual ha sido enviada. “...así será Mi palabra que sale de Mi boca; no volverá a Mí vacía, sino que hará lo que Yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (*Isaías 55:11*).

Ignoraba que esas palabras tan profundas eran parte de la Biblia. Ignoraba que las tenía conmigo, en una Biblia que uno de mis cuñados me había regalado antes de venir a USA.

El Señor quería identificarse conmigo. Él conocía también mi ignorancia. Pero para Él no hay imposibles y me hizo llegar una Palabra tan inspirada a través de este folleto que me llegó en forma tan extraña de manos de esta americana.

*Jehová es mi pastor; nada me faltará.
En lugares de delicados pastos me hará descansar;
Junto a aguas de reposo me pastoreará.
Confortará mi alma;
Me guiará por sendas de justicia por amor de Su Nombre.
Aunque ande en valle de sombra de muerte,
No temeré mal alguno, porque Tú estarás conmigo;
Tu vara y tu cayado me infundirán aliento.
Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores;
Unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando.
Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días
de mi vida,
Y en la casa de Jehová moraré por largos días
(Salmo 23).*

MI ENCUENTRO CON EL SEÑOR Y LA LLEGADA DEL ESPÍRITU SANTO

Estaba asistiendo a un estudio bíblico en una oficina de gobierno de Estados Unidos. Mi conocimiento de las Escrituras era el mínimo y mi entendimiento limitado. Después de uno de estos estudios, una amiga me explicó que debíamos confesar y reconocer públicamente que Jesucristo es el Señor.

*“si confesares con tu boca que Jesús es el Señor,
y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.
Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa
para salvación”
(Ro. 10:9-10).*

Fue un día jueves 30 de septiembre de 1980, a la hora del almuerzo. Se hizo una invitación para abrirle el corazón a Jesús. Me sentí intimidada y nerviosa, ya que no conocía a nadie. Entre alabanzas, cánticos, y la insistencia del líder del grupo, sentí una fuerza interior que me hizo levantar de mi silla. Fue en ese mismo instante cuando el Espíritu Santo llegó en forma espectacular a mi vida.

“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”
(Jn. 3:8).*

*Nota: La palabra “viento” en el texto original del griego significa Espíritu.

Como digo al principio, no fue con palabras, sino de Espíritu a espíritu. La comunicación que experimenté en ese momento con el Señor fue tan real que lo veía en el espíritu de pie junto a mí. Era tan grande que si hubiera intentado buscar Su rostro, hubiera tenido que retroceder y echarme hacia atrás. Pero era imposible, yo era demasiado pequeña a Su lado. La emoción que sentí en mi corazón me hizo estallar en llanto, un llanto dulce y lleno de felicidad. Por primera vez vi lo frágil que era yo frente a Él. Desde ese momento entendí que nunca más volvería a ser igual que antes. Había sido adoptada como Su hija.

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (Ef. 1:3-6).

Desde ese día al llegar a mi departamento, abrí mi Biblia, y nunca más la he vuelto a cerrar. Ella es la fuente de mi vida y “mi pan de cada día”.

AMEN



9. *en contra de la voluntad de mis padres*

Vengo de una familia compuesta de padre, madre y 3 hijos, siendo yo la del medio.

Mi papi, Oficial de Ejército, mi mami dueña de Casa. Nuestra vida, o mejor dicho desde cuando uno tiene más recuerdos, comienza en Antofagasta.

Llegamos allá siendo yo de 8 años. Estudiamos en el colegio inglés San José; de monjas y curas canadienses, donde en el inicio y término de cada jornada se rezaba, y los días viernes se cerraba la semana escolar con una misa de todo el colegio.

Además de vivir al lado del colegio, la iglesia de este quedaba a media cuadra y pasábamos mucho tiempo en ella. Los días domingos era infaltable arreglarse para ir a la misa de 11 con mis padres y hermanos. Yo me sentía feliz, ya que estaba acompañada de mis hermanos y papás.

Al año siguiente de llegar a Antofagasta, yo me empecé a integrar a los cursos de natación, tenis y voleibol del colegio, porque me gustaba mucho todo lo que eran los deportes. Ahí mis papás se dieron cuenta que yo era buena para la natación y tenis, por lo que pusieron todo su esfuerzo en llevarme a la piscina del estadio de la ciudad y a las canchas de tenis. Después de 1 año de entrenamiento, empecé a participar en las competencias por la ciudad y después por la región, llevándome a la edad de 11 años a ser vicecampeona nacional de natación.

Todo esto era un gran sacrificio tanto para mis papás como para mí, que debía pasar todos los días de la semana entrenando, y mi papá siempre

diciéndome: “hijita, tú puedes más”, lo que hizo que más adelante me pusiera siempre la meta de obtener lo que deseaba.

Cuando mi papá salió destinado a Santiago, todo esto se vino abajo, ya que las distancias eran muy grandes y él llegaba tarde de la pega, por lo que la natación y el tenis quedaron ahí no más. Pasados unos años, y recién llegados de vivir en Estados Unidos, mi papá fue trasladado a Punta Arenas; en ese tiempo yo tenía 18 años, por lo que hice mi último año de colegio allá, y empezó el drama de la Universidad.

Yo quería venir a Santiago a estudiar educación parvularia, lo que mi papá no aceptó porque estábamos en el tiempo de la UP. La única opción que me dio fue estudiar en Punta Arenas, y allá solo existía la Universidad Técnica del Estado y, de las carreras que había, ninguna me llamaba la atención. En definitiva estudié Petroquímica. Al cabo de 2 años y ya estaba por llegar a septiembre del 73 y tenía claro que no quería seguir en la “u” porque no tenía nada que ver con lo que yo deseaba hacer en el futuro. Además que no tenía ni un apego a lo que hacía porque me sentía haciendo algo lejano a mis intereses, pero como mis papás dirigían mi vida, lo hice.

Con un amigo que tenía un negocio en Río Gallegos, Argentina, maquinamos todo para que con su papá que era muy amigo del mío, me dieran permiso para ir a trabajar allá y dejar la Universidad. Y como la cosa estaba complicada, mi papá accedió y me fui a trabajar con este amigo, cosa que hice por 2 años. Por supuesto cuando volví no tenía ninguna intención de volver a estudiar.

Durante mi estadía en Río Gallegos conocí a mi primer marido y padre de mi hijo mayor. Fue un matrimonio en contra de la voluntad de mis padres, ya que ellos me decían que no era para mí, pero como ya me sentía independiente, me casé. El matrimonio duró menos de 1 año y duró ese tiempo porque cuando supe que estaba embarazada pensé que las cosas se arreglarían, pero no fue así y tuve que agachar el moño y pedirle a mi papá que me fuera a buscar. Sentía que le estaba fallando a mi papá porque él fue la persona más importante para mí. Como militar, y debido a la relación que habíamos hecho con el tiempo, dirigiendo nuestras vidas (pienso yo que pudo haber sido una forma de protegernos), ya que cuando me llevaba a mis entrenamientos siempre me decía que debía ser una persona de bien, con carácter fuerte y pilar para mis hijos cuando los tuviera más adelante.

El día que mi hijo cumplió 1 año ingresé a trabajar a Importadora Wal, empresa representante de Chevrolet para la zona franca de Punta Arenas.

Algunos meses después entró a la misma empresa Diego, el que sería mi segundo esposo después de pololear por 1 año 1/2. Tampoco él era el indicado para mí, según mis papás, pero igual me casé, total ya era bastante mayorcita para que ellos decidieran por mí, como había sido hasta ahora.

Después de un tiempo nacieron mis otros 2 hijos y formamos una linda familia. Con mi hijo mayor nunca hubo ninguna diferencia; siempre Diego lo trató como si fuera propio. En el año 1985 decidimos venirnos a Santiago. Desgraciadamente, con el tiempo, empezamos a tener con Diego muchos problemas, así que estuvimos separados 6 meses intentando ver qué pasaba con nuestros sentimientos, y al final volvimos a intentarlo.

El año 90 fue para mí un año con muchas pruebas; primero mi mami se operó de vesícula y en su postoperación tuvo muchos problemas con un virus que estaba en el Hospital Militar al momento de su operación. Esto la llevó a estar a punto de morir en tres oportunidades. Paralelo a esto, mi papi entró en una depresión profunda, lo que lo hacía ignorar lo que mamá estaba pasando y tuve que hacerme cargo de sus visitas, y conversaciones con los médicos para que me explicaran qué pasaba. Y así estuvo tres meses postrada en el hospital. Salió de alta el 10 de agosto con muchas dificultades para movilizarse, y con su cabeza bastante mala.

Cuatro días después de su alta, me llama a mi casa muy temprano para decirme que mi papá, al parecer, estaba muerto a su lado, y como ella no estaba bien de su cabeza, pensé que podía estar en un error, y llamé a mi hermana que vivía más cerca de ellos para que fuera a verlos. Mientras tanto, yo levanté a mis niños para dejar todo preparado por si debía partir. Al cabo de 1 hora me llama mi hermana para confirmar que mi papi sí estaba muerto. Ahí se me vino el mundo abajo. Se había ido mi sostén, mi ídolo, mi todo. Fue un golpe muy duro todo ese proceso y me di cuenta que para esto él me había preparado diciéndome que fuera fuerte.

Tuve que hacerme cargo de los trámites posteriores para que mi mami viviera tranquila. Se fue a vivir el primer año con nosotros y de ahí ya se había recuperado un poco y quiso seguir viviendo sola, pero nunca pude dejar de estar pendiente de ella.

Por otro lado, nuestra vida con Diego y mis hijos seguía en nuestro hogar, como también con amigos con quienes habíamos hecho un grupo, y nos juntábamos todos los fines de semana en alguna de las casas, a tocar guitarra,

bailar, a compartir mucha vida social, y lo pasábamos muy bien, aunque nosotros como pareja, seguíamos con problemas.

En cierta ocasión, uno de estos matrimonios amigos, fue invitado por un primo a vivir un Encuentro Matrimonial. Al fin de semana siguiente, cuando nos volvimos a juntar, ya eran otros; escuchaban música cristiana, y en su casa ya no se tomaba ni fumaba. En definitiva, no se hacía nada de lo que estábamos acostumbrados. Y para colmo, en las reuniones posteriores en su hogar, era para ¡estudiar la Biblia! Y eso, ya fue mucho para todos; además sería una lata.

Pasaron unos meses, y como ellos sabían que nosotros no estábamos bien con Diego, nos invitaron a participar de este encuentro, a lo que yo dije: ¡por ningún motivo, no quiero volverme como mis amigos! Nos invitaron tres veces seguidas, y como dicen, la tercera es la vencida, así es que acepté ir.

Fue una experiencia que no sabría describir, por un lado yo luchaba contra todo lo que era religión desconocida para mí, ya que era católica “según yo” y no quería convertirme en lo que mis grandes amigos eran. Después de unas horas me pasaban cosas que yo no podía explicarme, hasta que la mañana del domingo, después de una reunión en que cada uno debía escribir lo que sentía, y a pesar de que yo casi no podía escribir, porque desde hace unos años que tenía un temblor en mi brazo derecho, escribí y escribí, en total fueron como 15 páginas de cuaderno; también durante este ejercicio sentía en mi cuerpo un calor que no sabía a qué se debía, y que después en mis clases de crecimiento supe que era la presencia del Espíritu Santo llegando a mí.

Esto cambió mi vida, y me propuse en ese momento cambiar mi carácter que era lo que a Diego le molestaba, por ser muy autoritaria, como me decía él, muy llevada de mis ideas y de carácter muy fuerte. Lloré mucho, y cuando nos encontramos después de los ejercicios con Diego, nos abrazamos y prometimos poner todo de nuestra parte para estar juntos.

Participamos todos los fines de semana en las reuniones de crecimiento. Durante todo ese año Cecilia y Enrique (nuestros monitores), con mucha sabiduría fueron sembrando en mí la necesidad de conocer a Dios. Me pidieron que leyera todas las mañanas los Salmos 51, 91 y 121, cosa que hice mientras tomaba desayuno y antes de partir a mi trabajo, y con la Palabra en mi corazón iniciaba mi jornada laboral con otros ojos.

Yo antes era muy directa para decir las cosas y eso muchas veces molestaba a las personas, llegando en algunas oportunidades a herir con quien estaba hablando. Me fui dando cuenta que las personas eran muy amables conmigo y que también yo tenía otra actitud, porque ahora era más tolerante, y antes de decir alguna cosa la pensaba mucho. Por ejemplo en mi trabajo pude llegar a personas que antes me habían sido negadas, como gerentes de empresas de turismo para vender mi producto. Me sentía con una paz y seguridad que solo el Señor me la podía dar.

Pasó un poco más de 1 año y decidí que ya era hora de bautizarme y dar testimonio a mis hermanos de los cambios que el Señor había hecho en mí. Estuvimos con el mismo grupo de crecimiento estudiando la vida de Jesús a través del Evangelio de Mateo. Nos convertimos en un grupo de amigos que nos juntábamos a estudiar y conocernos más. Cuando esto terminó, seguí estudiando los días martes en la Academia Bíblica, porque tenía la necesidad de saber más de Dios.

También seguimos con Diego sirviendo en el Ministerio de *Encuentro Matrimonial* por varios años, pero llegó un momento, casi 3 años después, que me alejé de la iglesia, nada más porque como mi marido no quería seguir asistiendo a los cultos, organizaba reuniones los sábados en la noche, acostándonos casi siempre pasadas las 4 de la mañana, lo que me hacía imposible levantarme a las 9.30 para asistir al culto; ahí nos alejamos ambos del Señor.

Pasó algún tiempo y con Diego volvimos a tener muchos problemas y esto fue una lucha enorme por ver qué hacer. Decidí volver a la iglesia. y ahí encontré el respaldo que necesitaba. Volvimos a servir en Alma, y eso para nosotros era como volver a empezar cada vez que participábamos en un Encuentro Matrimonial. Toda la gente era tan amable con nosotros, y yo pensaba que esto iba a cambiar mi manera de sentir y pensar respecto de mi esposo.

Pasaron un par de años más, y en definitiva, después de vivir juntos 33 años, nos separamos. No fue algo fácil, pero yo estaba muy decidida, aunque igual en mi interior tenía mucho temor de vivir sola debido a que nuestros 3 hijos ya se habían ido de la casa hace algunos años.

Volví a sentirme fracasada. Esta vez ya no era solo con mi papá, quien ya había fallecido, sino que era ante el Señor, ya que sabía que para Él, el matrimonio es para toda la vida. Pero la relación ya no daba para más. Lo

intentamos muchas veces, prometiendo ambos cambiar pero nunca fue así; volvíamos a tener los mismos problemas y cada vez era más la violencia verbal, lo que me hacía sentir humillada, hasta que tomé la decisión de pedirle que se fuera de la casa.

Antes de conocer al Señor, yo era una mujer muy llevada de mis ideas y perfeccionista, como he contado, y siempre estaba preocupada que todas las cosas se hicieran perfectas. Por ejemplo, en lo laboral, me molestaba mucho tener que estar siempre corrigiendo el trabajo que hacía el personal, lo que me llevaba a hacerlo yo mejor y no perder el tiempo. No tenía paciencia. Después de conocer al Señor, me di cuenta que las cosas se podían hacer igual sin tanta presión, y dejé que las chicas de mi oficina actuaran. Todo fluyó mucho mejor y así tuvimos una excelente relación laboral, incluso en una oportunidad una de ellas me dijo: señora Patricia, qué bien que le hace pertenecer a la iglesia, su carácter ha cambiado y ahora tiene más paciencia y estamos todas mucho mejor, cosa que nos alegra.

Estos últimos 4 años, y de la mano de nuestro Señor, los he dedicado completamente a servirle en los distintos ministerios de la iglesia lo que me hace ser muy feliz porque de esta manera creo estar siguiendo su camino.

Hasta hace poco seguía con mi trabajo de 30 años, y desde el año pasado cuidando nietos de lunes a viernes, lo que me hace sentir muy contenta porque me permite seguir participando en mi iglesia y también compartiendo con mis hijos y nietos.

Doy gracias al Señor por todos estos cambios realizados en mí desde que lo conocí.



10. *lo que ocurre en nuestro planeta*

Hola, un saludo cordial a todas ustedes, mujeres motivadas por descubrir nuevas travesías, que a estas alturas del Encuentro ya se habrán dado cuenta, que, como dice un poeta, somos sanadoras heridas, y esta sanidad la necesitamos a diario, en nuestras luchas por ser mejores, por cumplir con el mandato de Cristo, amar en el más profundo sentido de la palabra.

Bueno, creo que todas escuchamos y vemos lo que ocurre en nuestro planeta, que no es nada nuevo, porque desde que perdimos el paraíso, hay guerras, dolor, enfermedades y muerte; la diferencia es que ahora el hombre tiene más poder de destrucción. Y nuestra querida y maravillosa tierra se manifiesta cada vez con más terremotos, aluviones, volcanes despertando violentamente, mares y ríos contaminados... y nosotros sus moradores tendremos que dar cuenta por la soberbia de creer que podemos dominarlo todo. Después de estos avisitos, me presento.

Me llamo Rosa, pero me dicen Coca, la menor de tres hermanos de padre y madre, y mi hermano mayor no podía decirme chicoca, y así quedé, aunque casi no quedo, porque siendo mayorcita mi mamá, era un parto complicado, por lo que tenían pedida la hora para un aborto. Providencialmente la noche anterior, ella y mi papá decidieron arriesgarse. Y aquí estoy, otoñal como la estación, pasando por los distintos tonos de ocre, sienas y dorados hasta volver como semilla al cafecito de la tierra, esperando la vida eterna.

Mi niñez parte en Ñuñoa, donde cada mañana, mientras subía por las escaleras el aroma a café café, nos poníamos con mi hermana los uniformes con cuellos blancos almidonados, y boinas, esperando la gran micro azul

que se iba llenando de más seres azules, hasta llegar a la Divina Pastora, colegio antiguo de monjas españolas que venían de la guerra civil, así que nos enseñaban austeridad y sacrificio, también a bordar, tejer y aprender de las vidas ejemplares de los santos, que a mí me fascinaban, así como la capilla perfumada de nardos para el mes de María. También me encantaban los corredores misteriosos donde jugábamos al luche y a la payaya mientras veíamos y sentíamos caer la lluvia. En esos mismos corredores juntábamos los cuadrados tejidos en punto correteado para hacer frazadas para los damnificados, que nunca han faltado en nuestra loca geografía.

Los domingos, mientras los niños estábamos en la casa de Dios, en la nuestra se preparaba la escenografía para recibir a la parentela. Mi madre Beatriz, vestida de negro, con hileras de perlas blancas y tacos aguja, daba los últimos toques a los floreros con sus rosas de Buin, supervisando que la mesa estuviera correctamente puesta, y la salsa para los raviolos hechos en casa, en su punto. Su familia materna era de Guanajuato, con mi abuelita bordadora de encajes fantásticos, y la paterna de Oñate, con abuelo diplomático; así que México lindo, querido y sabroso por un lado, y el orgullo vasco, también sabroso, por el otro. Mi padre venía de la Liguria, italiano por todos lados, dedicados al comercio. Él preparaba los aperitivos al compás de Doménico Modugno, Nat King Cole, o la Sarita Montiel, satisfecho y feliz de reunir las tribus. Mientras tanto, la Inés, una joven venida de Lota, ayuda fundamental en nuestro hogar, también de negro pero con pechera blanca, le abría la puerta a las visitas.

En ese entorno crecimos los tres hermanos, sin señas de dramas, discusiones, ni nada que nos hiciera pensar que había otra familia que sufría por haber sido abandonada por el papá. Ahora entiendo esas largas siestas de mi mamá y su poca facilidad para reírse, si llevaba a cuestras muchas tristezas; había quedado viuda muy joven y perdido a su niño de 7 años por una grave enfermedad; después mi papá la siguió hasta México, y ella, sola y triste como estaba, se dejó querer. ¿Cómo lo hacían para que no descubriéramos señales? Nunca vi a mis padres tratarse mal o sacarse en cara cosas de su pasado delante de nosotros. El papá en su molino y la mamá preocupada de la casa, nuestras tareas y las artes, dándonos clases de ballet y de piano. Exagerada en los buenos modales, la puntualidad, y el cuidado de las rosas; mientras nosotros nos deslizábamos en patines y bicicletas por nuestro tranquilo y seguro barrio, donde quedaban las rejas sin llave, entrando y saliendo los amigos, intercambiándonos revistas, haciendo malones, y luciendo pescadores, faldas plato, rumiando chicles importados al compás del twist y el rock and roll.

Un lunes, el papá impecable como siempre, no sacó su coche como le llamaba, escuchando la hora italiana, sino que fue sacado en una camilla, pálido, sin expresión... y nunca más volvió a tocar la bocina al atardecer, con su sombrero echado hacia atrás, preguntando si el vino blanco estaba bien helado y si estábamos todos felices. Nunca más lo acompañaríamos al mercado Providencia a gozar de la vida. Desde ahora serían solo recuerdos. Un agudo dolor significó la explosión de la aorta abdominal. Era otoño, Semana Santa. Dejamos al papá cubierto de blanco, de lágrimas y besos, en una pieza, desde donde se veía correr el río Mapocho, como siempre, como si no le importara cuánto sufríamos los humanos... que esperamos que todo cuanto nos rodea, se detenga cuando la muerte nos arrebatara a quienes amamos. Entonces nos enteramos que teníamos unos medio hermanos que sufrían como nosotros. De a poco fuimos conociéndonos y queriéndonos.

Mi mamá quedó de negro y en blanco, hasta que un día dijo que había que achicarse, y salimos con los queltehue caminando entre las calas porque el Impalla ya no estaba. En un remate vimos desfilar los años plateados, mudándonos a un departamento de los empleados particulares, donde la mamá se amanecía haciendo dulces chilenos entre vapores, batidos y nostalgias, pagando a duras penas nuestros colegios y los típicos requerimientos de los adolescentes.

Salí del colegio y entré al Bellas Artes, donde se me abrió un mundo fascinante, uniéndome a la *Tribu No*, un grupo de amigos que estaban contra la guerra de Vietnam, contra el sistema, amaban la poesía, el teatro, el jazz, la naturaleza. Fueron tiempos bellos, de mucha solidaridad, de grandes ideales, además de una rica estética. Tiempos que me enseñaron a contentarme con lo mínimo materialmente; cuando nuestras ambiciones eran de conocimiento, justicia y verdad. Naturalmente que con todos los defectos propios de la juventud, que suele ser un tanto egocéntrica, libertina y radical. Con dos de ellas me fui a México, donde viví con Leonora Carrington, pintora inglesa surrealista, quien me sumergió en su mundo fantasmagórico, aprendiendo a pintar misterios y transparencias. Y cuando estaba en lo mejor de mi nueva aventura, un integrante de la tribu, Marcelo, quien era mi amor, me mandó llamar, diciendo que no podía vivir sin mí. El poeta arquitecto que renegaba del matrimonio y todas esas formalidades, me urgía para casarnos. Leonora me decía que estaba loca, que cómo con 19 años me iba a casar, que antes viajara a Europa para empaparme de arte... etc. Y aunque eso era muy tentador, pero sobre todo México, tierra fantástica, parte de mis raíces, de donde heredé la pasión por el folclor, por las manifestaciones de arte popular, sus bordados coloridos, la cestería, el milagroso maíz... aún

así, obedecí el llamado de Chile, y a los días estaba ante un improvisado altar, casándonos mi primo sacerdote.

Lindos tiempos en una casita de una quinta en los Dominicos, cuando era puro campo. Hasta allá llegaba el resto de la Tribu. Organizábamos exposiciones, lecturas de poesía, asiduos clientes de librerías, bibliotecas, museos, cine Marconi a ver a Fellini y a Bergman. Noches de discusiones filosóficas, risas, vinos, huiros, y sobre todo un inmenso cariño fraternal. Así recibimos una noche a Julio Cortázar en el balcón de los suspiros azules de mis amigos y hermanos F y S. Fue una noche delirante de poesía, música y hablar y hablar. Había que aprovechar al invitado. Así era nuestra vida, pero yo quería ser madre, hasta que un glorioso día, descubrí que estaba embarazada... solo que yo no más lo encontraba glorioso. ¿Cómo se me ocurría traer niños a este mundo cruel y caótico?, además todos los futuros proyectos se harían humo, porque una guagua era una atadura. Todas esas razones que dan los intelectuales, que yo creo que también es por no sufrir, por las separaciones, las pérdidas... que cuando se duda constantemente de la existencia de Dios, entonces de verdad todo se hace incierto. Y una vez más obedecí. Fue una mañana fresca. El campo en los Dominicos estaba luminoso de verdes silvestres que fuimos dejando atrás como despidiéndonos del paraíso para llegar a un triste barrio en el poniente de Santiago, donde se cortó una vida. Desde entonces sufrieron mis dos interiores, el del corazón y el de los países bajos... como le llamaba mi madre.

Pasó el tiempo, y cierto día, Marcelo entre sus planos y yo en mis pinturas, recibimos la carta de unos amigos que se estaban haciendo la América en New York, ¿cómo?, bailando. Hasta ahí, yo feliz, si mis 10 años de ballet había sido de las cosas más bellas de mi vida. Una vez más, nos tiramos sin paracaídas, aterrizando de noche en un peligroso barrio, donde había que hacerle el quite a cuanto vagabundo, loco o malandrín deambulaba por las calles llenas de tarros de basura desbordada de países desarrollados, que es donde más se da esa pobreza sórdida de seres sin identidad. Basura que ya nos alcanzó, como que ahora hay que pagar para que se lleven muebles o colchones, como el que recogimos aquella noche neoyorquina, nada de malo, que al ponerle nuestras mantitas hippies quedó casi de vivienda y decoración... y desolación, porque el edificio hervía de cucarachas. Y pensar que mi pobre mamá tiraba pinta porque yo estaba en Nueva York.

Al día siguiente quedé contratada con peluca rubia, tacos plateados, dos pares de pestañas postizas, y algo así como esos bikinis que usan ahora, pero el mío tenía colgajitos de mostacillas que brillaban con los focos de

Broadway, harto más escandaloso que los tutús de ballet. Un año tomando metros subterráneos con mi faldita de mezclilla y mi bolso de alpaca peruana, para transformarme en una *gogo dancer*, llegando extenuada de vuelta a mi cuchitril, descubriendo una vida que jamás imaginé, anhelando con desesperación juntar luego los dólares para hacer realidad nuestro sueño: comprar un velero y echarnos a navegar con los amigos del alma. Lo que me sostuvo de no perder el encanto por la vida, fue la música negra que me apasionaba. Ahora conocía en vivo y directo esa raza desconocida para mí, que en las peores circunstancias lograban crear maravillas; acogiéndome con entusiasmo y cariño, sintiéndome una de ellos, tanto que anduve perdida en trenes nocturnos entre peligrosas pandillas de jóvenes desafortunados, y que yo veía como ángeles negros. Recuerdo un día en que bailaba arriba de un piano de cola un precioso tema de Stevie Wonder, sin enterarme de la sordidez del bar. Nueva York fue también descubrir a hermanos de todos los colores del mundo compartiendo días de sol y magnolios en flor en el Central Park.

Y por fin llegó el anhelado momento de la partida. Después de navegar 20 días en un barco de carga, llegamos a Lirquén con los cerros verdes y floridos de nuestra primavera chilena. ¡Qué maravilla estar en nuestra tierra, los amigos, la familia, las humitas, ponerme alpargatas y abandonar los tacos plateados. Llegamos y nos compramos el velero. Todo parecía ir viento en popa, tanto que tuve a mi primera niña, Alba Leonora, y ella llenó de todas esas cosas puras y lindas nuestra casita ñuñoína. Fue además un tiempo intenso en el arte, peñas folclóricas y amigos del alma, hasta que un día escuchamos rumores de fuego. Prendimos el televisor Antú en blanco y negro, y aparecieron 4 seres con anteojos oscuros anunciando el golpe militar. Comprendimos que la situación se venía dura, y que aunque nosotros no militábamos en partido político alguno, nuestra pinta de hippies nos delataba como rebeldes al sistema. Con tristeza vimos cómo se dividía la gente, y el panorama se hacía cada vez más sombrío. Vendimos el velero y una vez más a la aventura, estando cada vez más desencantados del mundo y su violencia. Y esta vez a mí no me llevaban con mi niña a las grandes ciudades; solo quería vivir en medio de la naturaleza. Y como varios de nuestros queridos amigos estaban viviendo en comunidad en pleno valle de Urubamba, cerquita del Cuzco, cuando el avión hizo escala en Lima, yo retrocedí y Marcelo siguió.

Una tristeza larga nos embargó, pero la suerte estaba echada. El avión salía a Londres, que era su destino escogido, y yo me quedé en tierra con mi niña y mis amigos. En una micro llenita de serranos coloridos, sacos

y gallinas, llegamos hasta Rumichaca de donde aparecieron los amigos de la tribu en Chile, S y F, y otros artistas peruanos, todos vestidos como cuáqueros altioplánicos. ¡Qué emoción!... a pesar de que había algo extraño, distinto... pero bello y austero. Después de cortar leña y hervir agua, recién nos encucillamos en una mesita con platos de barro a gozar de una sopa campestre... pero aún debíamos esperar, porque comenzaron a elevar plegarias de gratitud por los alimentos y por nosotros que moríamos por tomar la sopa caliente. Después abrieron una Biblia forrada en terciopelo moro y en castellano antiguo, leyendo un pasaje del Evangelio... y comencé a llorar y a temblar, mientras la luz de las estrellas iluminaba la casita, y la luz de la vela encendía nuestros rostros conmovidos por esas palabras que respondían las preguntas que inquietaban nuestras almas. Este encuentro con Dios ocurrió hace 44 años.

Pocos meses duró mi estadía, debiendo viajar a Inglaterra con la niña. Mi marido estaba consternado con mis mensajes de abandonar todo y venir-se a Rumichaca a tener un encuentro con el Señor. Pero como ahora era mujer sumisa, nos subimos al avión con la Albita en la espalda, la Biblia, una bolsita de cannabis peruana para despertar conciencias, aceite de oliva multiuso, palo santo, y un atadito con nuestra austera indumentaria.

LONDRES: Aterrizo en medio del materialismo y la onda punk, vestida de serrana. Marcelo convertido en un sociólogo europeo. Un año en Londres, con velitas, escuchando huainos, predicando y presintiendo el fin del mundo. Y aunque estaba en una onda muy puritana, quedé embarazada nuevamente, regresando a Chile, donde nació otra preciosa niña, Sara. Era una de lavar, cocinar, planchar, hacer tareas, andar colgando de las micros con las niñas dormidas, pero con una fe inquebrantable. Tiempos tragicómicos, porque era tanta mi pasión por el Señor y por las cosas naturales, que en mis bolsos se encontraba siempre la palabra de Dios para no extraviarme por la vida; aceite de oliva para que mis guaguas no se cocieran, orégano para sus flatitos y harina en vez de talco... aunque mis niñas olieran a pizza.

Una vez más intentamos vivir juntos con Marcelo, pero mientras él estudiaba leyes sociales, yo recogía niños pobres, que nunca me imaginé que eran tantos. Además mi casa era una copia de la casita de la pradera, intransigente con todo lo que oliera a progreso, cosa que lo desesperaba. Y finalmente se buscó una mujer normal... sin alas.

Pasaron 3 años, sola con mis niñas, y recibí una herencia de mi padre. Compré un departamento en el edificio donde vivía mi hermana con mi

mamá, el mismo de los empleados particulares, y allí todos los niños jugaban, entre que convídame azúcar, yo te paso pan, le ayudas en las tareas a uno, y así era la vida en mi antiguo barrio. Curiosamente todavía vivía al frente un guapo que me había rondado en mis 15 años y que ahora mostrábase muy interesado en mi fe, y en ayudarme a solucionar problemas eléctricos del departamento. Yo no dudaba de su conversión y él de mi debilidad. Hasta que un día llegó con seductora música de George Benson, cayendo redondita, llena de culpas, y nueve meses más tarde nació otra belleza, ya no holandesa, más latina, más mora, Ana Luz y como todas las criaturas, trajo bendición. Pero la pista se me ponía difícil, ¿cómo explicaba mi conducta? Solo quedaba hacerse responsable de la situación, y decidimos formar familia con René E. Fueron tiempos agotadores en lo físico y emocional, de ajustes, mucho trabajo, lavar cerros de ropa a mano, tratar de armonizar con todas las familias. Los hijos sufren con la separación de los padres, y las mamás generalmente quedamos al medio amortiguando dolores y penas, tragándonos muchas humillaciones para conciliarlos a todos.

Por otro lado, para René no fue nada fácil verse de pronto padre de 4 niños, si tres años después nació Esteban, sintiendo que su libertad se le escapaba, pero era evidente que sus niños lo conmovían, así que decidimos sellar nuestro compromiso un día de lluvia torrencial en el Registro Civil de Ñuñoa, celebrando después con bistec a lo pobre. Mi madre se excusó diciendo que hacía mucho frío. En esos días René trabajaba a la intemperie en presurización de cables telefónicos en el Biobío, volándose con el viento, y yo colgaba pañales perfumados de jabón gringo en un patio interior de la casa antigua donde nos mudamos. Siempre que hay criaturas, hay esos olorcitos de pureza que hacen bella la vida, a pesar del esfuerzo, los sacrificios, y en mi caso, la tristeza.. Mi niña Alba Leonora se fue a los trece años a Canadá con su papá. Yo la lloraba andando las calles.

Los años pasaban y nos íbamos acomodando. René demostraba ser trabajador y responsable, un verdadero padre de familia. Con los cuatro niños pasábamos lindas temporadas en la playa o el campo. Después vinieron otros dolores grandes, como la leucemia de René, enfermedad que cambió nuestras vidas y que ha marcado a los hijos. Pero que nos hizo dependientes de Dios; día tras día yo clamaba por su vida, a veces de rodillas... y cuando estaba muy pesado el hombre... (porque su genio siguió parejito) cómodamente sentada. Ya los hijos están grandes, y cada uno avanza en la vida con sus tristezas y alegrías, como nos ha tocado a todos. Tengo dos nietos, un tercero en camino, y con ellos se renueva la vida familiar y el amor entre todos.

La leucemia de René declarada hace 27 años, es una sombra aunque debe controlarse periódicamente. De mi salud no hablaré, pero le está entrando agua a la lanchita por distintos lados; fatiga de materiales. Hace casi 30 años que vivimos en una casa prefabricada a la que llamo mi reino de tablitas azules, con una higuera grande y pródiga, que nos da brevas e higos, sombra en verano, bóveda dorada en otoño y encaje de ramas grisáceas en invierno, dejando ver la luna y las estrellas; un pequeño oasis a dos cuerdas de la Plaza Egaña, llena de esmog y ruidos, porque llevamos años de demoliciones y construcciones, en medio de una polvareda espantosa, pero reconozco que el nuevo *mall* tiene sus cosas buenas, sobre todo que le da trabajo a mi hija especial. Y está el Club de Jazz, una biblioteca, el mítico Dominó y una que otra tienda, donde espero aprovecharme para el día de la madre, saliendo con alguna tenidita.

En este refugio he trabajado mucho, criando, limpiando, cocinando, ordenando, adornando, y mil cosas domésticas, pero siempre con un tiempo para recibir a mis amigas y hermanos, en cualquier momento, ya sea un tecito, un vinito, lo que sirva para compartir y contarnos las vidas bajo la higuera... claro que eso era hasta que jubiló René... ahora hay que pedirle audiencia al guardián, con quien felizmente nos une el gusto por la música y la naturaleza, porque fácil no es la convivencia, pero el Señor nos enseñó a ser comprometidos, y que amar es una decisión... porque si de nosotros dependiera, otro gallo y otra gallina escucharían música, y no estaríamos cumpliendo 39 años en este nido, donde vuelan plumas a diario, pero ahí está la Palabra de Dios y la oración para no salirnos de su huella y decidir seguir amando.



11. *pasado de moda y obsoleto*

Provengo de una familia de 5 hermanos. Tuve una niñez muy feliz, donde lo que nunca faltó fueron muestras de amor para cada uno de nosotros; mi familia era cálida y acogedora. Recuerdo que mi papá se daba tiempo para jugar y conversar conmigo, lo que me hacía sentir amada y muy importante para él, y mi mamá pendiente de cada detalle nuestro y de la casa.

Desde muy pequeña, traté de complacer a mi papá, como por ejemplo, a su llegada cada tarde, yo corría a buscar sus pantuflas para dárselas cuando entraba a la casa. Me sentía su regalona, y lo más importante para mí, era cumplir sus expectativas. Él estaba orgulloso de cada uno de sus hijos, pero conmigo se le pasó la mano, nunca había nadie más bonita e inteligente, lo que me hacía esforzarme y superarme más y más; no podía defraudarlo, sentía que si no me esforzaba no merecía su amor. Hoy, una de mis características más relevantes, es ser tremendamente autoexigente. Me ha costado mucho poner límites a las exigencias de la vida de hoy, siempre quiero entregar más de lo que se me pide o espera de mí. Aún me cuesta asumir que no puedo ser la mejor mamá, esposa, y profesional más destacada al mismo tiempo. Esta exigencia personal al límite, obviamente me ha traído satisfacciones laborales, sin embargo ha tenido costos familiares y personales muy altos durante mi vida.

Yo era una niña tímida e insegura, sin embargo, siendo adolescente comencé a darme cuenta que para tener éxito y ser popular no solo bastaba con ser inteligente, como decía mi papá, sino que había que tener bastantes otros atributos, como ser delgada y bonita, audaz para vestirme, y no usar los vestidos tan delicados que me hacía mi mamá. También debía tener la

suficiente personalidad para invitar a la persona que me interesaba a una fiesta. Todo esto comenzó a desarrollar en mí la necesidad de cambiar para poder ser considerada parte de este mundo en el cual estaba viviendo, y como en mi interior no me sentía para nada el “prototipo” del éxito, hacía tremendos esfuerzos para lograr proyectar esta imagen más extrovertida, liberal, moderna y entretenida, que según yo eran requisitos esenciales para ser feliz.

Hoy, aunque con un enfoque de la vida muy distinto, sigo siendo muy perseverante y disciplinada con cada cosa que emprendo, convencida de que son características que te llevan a lograr tus objetivos.

Dentro de mis sueños de adolescente, estaba formar una familia con muchos hijos, muy unida y feliz como la de mis papás, pero por otra parte, no quería por ningún motivo ser como mi mamá, sumisa y dependiente; lo encontraba pasado de moda y obsoleto. Yo estudiaría, trabajaría y tendría independencia económica, primero que todo, además tendría un marido que si bien era importante que fuera cariñoso, debía ser antes que todo, inteligente, exitoso, y considerarme un par con los mismos derechos. Así me entrenaba para la vida y el matrimonio, con valores y principios distorsionados, considerando la apariencia física, el bienestar económico y el éxito en todas sus formas, por sobre el verdadero sentido de una relación de pareja.

Además, soy una mujer muy activa. Me hace sentir útil y viva. Soy desordenada con mis cosas personales, pero súper responsable en todos los ámbitos de la vida, especialmente con los compromisos adquiridos, cualquiera sea. Y por supuesto, esto hace que me moleste muchísimo la indolencia, la irresponsabilidad y falta de compromiso de los demás.

Durante mi segundo año de Universidad, estudiando Química Farmacéutica, conocí a Víctor en una reunión de amigos. Comenzamos a salir, a conversar mucho por teléfono y finalmente a pololear. Recuerdo lo feliz que me sentía cuando él estaba a punto de llegar, y en medio de mi ansiedad escuchaba el timbre, parecía que mi corazón se detenía por unos instantes. Yo salía corriendo a recibirlo. Me encantaba abrazarlo y observar su sonrisa al verme. Lo encontraba atractivo, inteligente y me gustaba su personalidad fuerte, metódica, responsable, y con aspiraciones de éxito para la vida, filosofía que ambos compartíamos. Pololeamos poco más de 4 años, con altos y bajos como todas las relaciones. Ya con planes para casarnos, obtuve una beca para estudiar en Londres algunos meses. No estaba segura de partir y separarme de Víctor, de novia y enamorada... no quería dejarlo ni un solo

minuto. Sin embargo, él me animaba. Se me abrirían puertas en mi futuro laboral. Finalmente decidí viajar en medio de lágrimas y largos abrazos de despedida.

La pena me duró unas poquitas semanas; llegué a un mundo totalmente nuevo y fascinante. Me sentía libre y dueña de mi vida, sin necesidad de demostrar ni explicar nada a nadie... ¡podría equivocarme y no se acabaría el mundo!

Conocí a gente de distintos lugares y culturas. Todos los días era una aventura, llena de nuevas experiencias y sensaciones. Esta nueva vida amenazaba mi compromiso con Víctor. Mis sentimientos estaban cambiando, y sin el menor remordimiento pensé en quedarme y no volver... Pero... como no hay plazo que no se cumpla, ni me di cuenta cuando tuve “amarrarme las trenzas” y tomar mi vuelo de regreso.

Y así, me encontré enfrentada a mis responsabilidades y obligaciones. Debía buscar trabajo para poder casarnos. Era la idea antes de viajar. Los pormenores del viaje nunca se los conté a Víctor, pero mis ganas de casarme ya no eran las mismas... tanto, que feliz hubiese deshecho el compromiso. Una vez más, mi sentido de responsabilidad no me lo permitió. De a poco me fui entusiasmando con los preparativos, aunque seguí por mucho tiempo con la nostalgia de mi viaje y lo vivido.

Finalmente nos casamos una cálida tarde de febrero y nos fuimos una semana a la playa, la felicidad para mí, que amo el sol y el mar..., pero nuestra luna de miel no fue lo que yo anhelaba. Descubrí un Víctor brusco... poco delicado. De regreso a nuestro departamento, comencé a notar que él era menos complaciente conmigo, obsesivamente preocupado de la casa, de una tremenda exigencia en cuanto a orden... y ¡mi rendimiento laboral! cayendo en duras descalificaciones. Me sentía decepcionada, triste, desconcertada... el príncipe azul se me desteñía...

Cuando nos visitaban los amigos, él revisaba cada rincón, para que nada fallara. Yo terminaba estresada, pendiente de no hacer nada que le fuera a parecer mal. No era fácil darle en el gusto. Quizás intentaba imponer su formación militar en el hogar... esperando que yo acatará sus órdenes... y yo, que siempre quería complacer a los demás, sin importar cuán exigente fuera para mí la demanda, me sobreexigía por hacer las cosas a su manera. Y como si fuera poco, como tantos hombres, también era bueno para el trago, asunto que me preocupaba, porque nuestra vida social iba en aumento.

Y bueno, aunque Víctor era estructurado y previsor, al año de casados nació nuestra primera hija, y un año y medio después la segunda. En definitiva, dos niñas de pañales, la casa, la nana, el marido y el trabajo... ¡¡¡todo por el mismo precio!!! Después de un tiempo, conseguimos estabilidad económica. Yo trabajaba fuera de la casa y me preocupaba de mis hijas y del hogar. Nuestra relación se hacía cada vez más distante, nuestras conversaciones eran solo sobre el trabajo, los niños y la nana, y las exigencias de Víctor por el orden eran extremas, casi inaguantables. Nuestras reuniones con los amigos siguieron cada fin de semana, pero ahora había nuevos integrantes, personas separadas. Víctor comenzó a ventilar nuestros problemas de pareja, lo que me hacía sentir disminuida y vulnerable. Estos encuentros sociales se iban poniendo peligrosos. Yo notaba que Víctor mantenía un constante y descarado flirteo con una de las mujeres. Al principio pensé que era una broma, pero después me di cuenta que era en serio, y lo enfrenté, reconociendo sentirse atraído por esta mujer. Me sentí humillada, herida, sintiendo que no valía nada para él. Decidí que lo mejor era separarnos. Se lo propuse, y sin mayores reproches ni cuestionamientos, aceptó.

Por mi parte, seguía trabajando... y con la argolla de matrimonio puesta, para que nadie se enterara de mi fracaso. Igual las cosas se saben... y no faltó el hombre que siempre andaba rondando y ahora tenía la cancha libre. Aunque también me sentía atraída hacia él, siempre habíamos mantenido una relación estrictamente laboral. Sin embargo, al sentirme sin compromisos con Víctor, comencé a dejarme seducir con sus piropos, miradas y sonrisas. Me sentía nerviosa e intranquila, sabía que estaba traicionando a Víctor, justo cuando él comenzaba a hacer esfuerzos por recuperar nuestra relación. Pero me dejé llevar por mis deseos de sentirme conquistada, querida, deseada, y por querer demostrarme a mí misma que era capaz de atraer a quien yo quisiera. Y así, irresponsablemente y sin pensar que estaba destruyendo además de mi matrimonio, el de este hombre, me involucré en una relación de amantes por varios meses.

No me costó mucho acostumbrarme a mi rol de amante, de hecho lo llegué a encontrar entretenido, desafiante, distinto. Aprendí a ocultar la relación en forma impecable... Ante mis compañeros de trabajo, mi familia, las niñas y obviamente con Víctor. Aunque el tener una doble vida era parte natural de algunas de mis amistades, después de un tiempo, comencé a sentirme angustiada, y mi corazón se llenó de remordimientos. Pensaba en mis hijas y no podía seguir enfrentando esta nueva vida, donde en mi rol de amante me comencé a sentir cada día más exigida.

Providencialmente, nos dimos otra oportunidad con Víctor, y durante el primer tiempo volvió a ser la persona preocupada y cariñosa, pero al poco andar, volvimos a caer en la rutina de siempre. Nuevamente decepcionada y fracasada, decidí retomar mi relación de amante con quien pensé que podría ser feliz.

A estas alturas, ya estaba convertida en una estrella de la mentira y la hipocresía así que retomar y mantener esta relación, se me hizo fácil.

Corría todo el día y me multiplicaba para cumplir con todos y cada una de mis obligaciones, la casa, las hijas, el trabajo, y además, mantenerse en forma, arreglada y fresca.

Al tiempo quedé embarazada de mi tercera hija, y tuve que olvidarme definitivamente de mi doble vida... .. lo que en cierto modo fue un tremendo alivio y descanso. El papá era Víctor. Nuestra convivencia no fue de paz. Y sumida en la desolación y la desesperanza de mi matrimonio hecho pedazos y el precio de las apariencias, fuimos invitados por unos amigos a vivir un Encuentro Matrimonial.

Han pasado 17 años desde nuestro cambio como personas y como pareja. En estos talleres nos descubrimos tal como éramos. En mi caso supe que Dios me aceptaba, perdonaba y amaba por lo que soy como esencia, sin necesidad de aparentar nada, y aprendí a aceptarme como soy, sin culpar a los demás por las circunstancias de la vida. Víctor y yo nos aferramos a este Dios de amor, queriendo conocerlo cada día más.

Desde entonces el Señor hace cambios día tras día en mí. Me ha ido transformando en una mujer más tolerante conmigo misma y con los demás, sufriendo menos por las circunstancias de la vida, aprendiendo a disfrutar de lo que tengo, y ser agradecida. Y aunque no siempre es fácil, porque seguimos inmersos en un mundo que nos lleva corriendo por la vida, me he comprometido a dejar tiempo realmente dedicado a mi familia y tiempo para mí también.

Sobre este nuevo caminar, un día en que nuestra familia seguía su curso, nosotros con Víctor en el trabajo y las hijas en sus estudios, me llaman ellas del colegio, porque faltaba un auto para llevar compañeras a un hogar de niños en riesgo social. Dejé la pega y partí a cooperar con la causa. Cuando entré, vi a un chiquitito que me miraba y estiraba sus brazos. Me conmovió tanto... que supe que este niño sería mío. Durante la noche no podía

conciliar el sueño pensando en él, a quien su familia sanguínea no quería... y que yo sí podría darle calor de hogar. Le conté a Víctor mis intenciones de traerlo a la casa, y él, pensando en eventuales fines de semana, dijo, claro, lo llevamos a pasear, lo regaloneamos y listo. Pero yo quería adoptarlo. Hubo días muy complicados por mi insistencia. Mis hijas estuvieron de acuerdo de inmediato, pero Víctor, racional y práctico, opinaba diferente. Sin embargo fue lo generoso para no decir que no, sino un “te propongo dejemos esto en manos de Dios”. Tuve que desarrollar la paciencia y ser más comprensiva con lo que sentía Víctor, y no lo presioné.

Dejé que el tiempo de Dios se hiciera presente, independiente de los resultados. No fue de un día para otro, pero finalmente fue Víctor quien tomó la decisión de hacerlo miembro de nuestra familia. No era fácil asumir un niño con discapacidades, pero este chiquito se ganó nuestro corazón, convirtiéndose en nuestro hijo, y hermano de nuestras niñas. Desde entonces, hacemos todo lo que podemos por sacarlo adelante. Hoy tiene 14 años, y damos gracias a Dios todos los días por su vida.

Pero así como la vida tiene tremendas alegrías, también muchas penas y dolores. Por eso, cada día me aferro más al Señor. Sin él no habría podido seguir caminando y tampoco habríamos podido soportar como familia, tantos dolores que se presentan en esta vida, pero no hemos desfallecido y el Señor ha sido fiel. Nuestra hija mayor es un testimonio del cuidado de Dios. Bueno... y así sigo hoy caminando por esta vida. Me levanto a las 6.30 de la mañana, llevo al chico al colegio, y a las 8 ya estoy trabajando. Sigo con una vida llena de obligaciones y responsabilidades, pero con el corazón confiado de que el Señor está atento para cuidarme y mostrarme el camino.

Como ven, he conocido de todo un poco..., lágrimas, risas, y ambas me han hecho ser la persona que soy hoy. Tengo arrugas en el rostro y en el alma pero así también están grabadas las sonrisas. Y por sobre todo,... hoy puedo decir y reconocer que soy una creación única e irrepetible de Dios, una mujer con propósito y sentido en la vida. Gracias.



12. tenía autorización para pegarnos

Pertenezco a una familia de un padre militar, autoritario y una madre asistente social, con 7 hijos. Yo soy la cuarta...

Al trabajar el papá y la mamá, crecimos a cargo de una nana que tenía autorización para pegarnos, por lo que la mamá debía reponer constantemente las cucharas de palos. Cuando llegaba el papá en la noche, mi mamá acusaba a mis hermanos lo que hacía que el papá los golpeará, y comenzaba una pelea entre mis padres. Yo, como observadora, sentía mucha angustia, miedo, y terminaba llorando. Me volví temerosa frente a las discusiones, que hasta hoy me producen esos mismos sentimientos. También, durante mi adolescencia, le tenía miedo a mi papá, tanto, que cada vez que tenía que hablar con él, se me apretaba la garganta y me ponía a llorar. Al principio, se hacia el loco, y con el tiempo se burlaba de mí, lo que era aún peor. Yo sufría en silencio, me encerraba en el baño a llorar y le pedía a Dios que me matara. Hoy entiendo que tuve una depresión y que nunca fui tratada, por lo que no llegué a sanarme como debía ser.

Como mi mamá trabajaba fuera de la casa, fui muy apegada a la nana, a pesar de ser una mujer seria y no muy cariñosa, pero era mi refugio, mi fiel defensora frente a las agresiones y peleas de mis hermanos. Me sentía protegida a su lado, pero no bastaba para mi supervivencia, y desde esa época aprendí a ser invisible, como defensa, ya que si nadie me notaba, no quedaba expuesta a que me hicieran daño.

A mis diez años, la nana nos llevó a un hermano y a mí a veranear a su casa cerca de Chillán, un lugar de extraordinaria belleza; árboles gigantes

en medio de mucha vegetación, donde vi por primera vez en mi vida copihues silvestres. Ese lugar despertó en mí el interés por las plantas, y pensé estudiar agronomía, pero en cuarto medio nos hicieron una charla sobre la carrera que incluía mucha química y matemáticas, y sentí que sería incapaz, por mi mala base en esas materias. Así es que ante la inseguridad de sufrir un fracaso, cambié drásticamente por educación diferencial, sin mucha vocación.

Siempre escuché que la educación es la mejor herencia, por lo que fuimos a los mejores colegios católicos de habla inglesa, con grandes sacrificios económicos de mis padres. Y lo peor, es que yo ni siquiera me sentía aceptada por mis compañeras, la mayoría hijas de industriales exitosos y yo con menos recursos me sentía muy inferior a ellas. Casi siempre me sentaba en los últimos puestos sin saber mucho lo que pasaba adelante; no hacía nunca tareas, y en matemáticas ponía números al azar. Nunca entendí cómo pasaba de curso. Tal vez fue por mi capacidad de volverme invisible, como en mi casa, que tampoco sabían de mis estudios.

Tuve una amiga a partir de cuarto básico que me invitaba a su casa los fines de semana. Hacíamos mil cosas, y me sentía relajada y querida, al contrario de mi propia casa en la que generalmente estaba tensa y a la defensiva. En sexto básico mis notas eran muy malas, y también la situación económica, cambiándonos a un colegio subvencionado de monjas españolas, donde la mayoría tenía una situación parecida a la nuestra. Ahí me sentí cómoda desde el principio y también tuve una amiga donde nuevamente fui adoptada por su familia.

En cuarto medio el profesor de filosofía nos pasó un test de aptitud e inteligencia. Cuando dio los resultados, con mucha extrañeza para mí, fui llamada en primer lugar. ¡Había obtenido el puntaje más alto del curso!... del que yo dudé inmediatamente, no era posible, había muchas compañeras que tenían mejores notas que yo. El profe me dijo que el conocimiento y la inteligencia son cosas distintas. Yo tenía inteligencia superior y pensamiento matemático. Parecía chiste, era absurdo, yo que apenas sumaba y restaba y hasta hoy no sé dividir. Con el tiempo, este anuncio me produjo frustración y pena; por un lado, no haber aprovechado la buena educación, y por otro, tener tan baja autoestima. Entonces, comencé a culpar a mis padres por no haberse preocupado más de mí. Sentía rencor y rabia hacia ellos, porque me habían hecho desperdiciar mi vida y mi futuro. Ese sentimiento lo llevé por mucho tiempo, convirtiéndome en víctima y amargada.

En esa época conocí a R, con una vida muy parecida a la mía, muy solitaria, en una familia grande. Él también se había apegado a familias ajenas, así que teníamos mucho en común, y por nuestra semejanza en querer tener a alguien con quien contar, nos convertimos en buenos amigos, compañeros y pololos. Andábamos todo el tiempo juntos. Y después de cuatro años de pololeo, nos casamos.

A los dos años, nació D, y justo R tuvo que viajar por su trabajo. Me fui con mi guagua a la casa de mis padres, donde una vez más, me sentí muy sola y con esta gran responsabilidad como mamá. La depresión postparto no se hizo esperar. Con D llorábamos a dúo; yo de angustia, y él de hambre, porque yo tenía poca leche. De vuelta al departamento comencé de a poco a superar la depresión, y a tomarle el gusto de ser mamá, dedicada por completo a la crianza, y a practicar lo que había aprendido en la Universidad.

A los dos años llegó L, también planificada, y una semana antes de su nacimiento, murió mi mamá. Su muerte fue un alivio para ella y nosotros, porque sufría el mal de Alzheimer, y hacía más de un año que estaba en estado vegetal... pero igual sentí un gran vacío y angustia, porque a pesar de todo lo vivido en mi hogar, se iba la única persona que me quería incondicionalmente, y que con los años fui comprendiendo cada vez más su esfuerzo, y las penas que ella también sufrió por nosotros. También se sumó el dolor de ver que solo R y mi amiga de la adolescencia me acompañaron al funeral. Toda la gente de mi círculo tuvieron excusas. Sentí que ni siquiera mis nueve meses de embarazo, despidiendo a mi mamá, les provocaba compasión hacia mi persona. Bueno, me propuse dejar la pena y ocuparme de la crianza, saltándome el proceso del duelo... y al tiempo, me vino otra depresión, que creí superar sola.

Cuando logré organizar el tema de los niños, empecé a trabajar en una escuela en la población La Bandera, donde la directora era una compañera y amiga de la Universidad. Con los pocos recursos debíamos ocupar todo nuestro ingenio y creatividad para sacar adelante a esos niños. Entre tanto, volví a quedar embarazada, y nació J.A. Yo temía que fuera hiperkinético como D, pero fue el reverso de la medalla; él era tranquilo, dócil, y se dejaba querer. Con tres niños la cosa se puso difícil; mi sueldo no alcanzaba para cubrir empleada, jardín infantil y transporte escolar.

Decidimos que debía volver a la casa a tiempo completo. Fue agotador; me sentí sobrepasada. D comenzó a estar condicional desde kínder, lo que me hacía perder la paciencia, pegándole para que obedeciera. Cada día iba en

aumento mi descontrol, sintiéndome culpable, odiándome a mí misma, y me daban ataques de llanto. También le pegaba a L para que comiera rápido para ir al colegio, hasta que un día, después de una golpiza, me di cuenta de que no podía seguir así con el historial de mi familia. Estaba haciendo lo mismo que tanto me había hecho sufrir a mí. Me propuse no volver a perder el control, y cada vez que sentía que les iba a pegar, me iba de ahí, y así me fui controlando cada vez más.

Muchas veces me pregunté por qué actuaba de esa forma, sabiendo el daño que provocaba. En ese periodo tuve un fuerte episodio de vértigo, el neurólogo me dijo que lo que tenía era una depresión, y por primera vez tomé un antidepresivo sin terapia, pero por lo menos con más control. Después de nueve años quedé nuevamente embarazada, fue un *shock*; me pareció lindo y a la vez terrible, pero sobrevivimos lo más bien, y para sorpresa mía, a los niños les dio una gran ternura este hermanito nuevo, cosa que yo no me había imaginado. M fue una verdadera bendición, un gordito amoroso que nos llegó de regalo, y todos contribuyeron con la crianza.

En medio de esta vida tan ajetreada, mi hermana nos invitó a un Encuentro Matrimonial, y sin entender mucho, partimos. Durante ese fin de semana sentí una transformación muy grande en mí. Y aunque yo siempre había conocido y creído en Dios, ahora comenzaba a verlo de otra forma. Me di cuenta que era muy real, presente en mi vida cotidiana, y lo más maravilloso, que Jesús me amaba incondicionalmente, que yo le importaba y ¡me aceptaba como era! que además siempre había estado a mi lado. Entonces cambié el *switch* de mujer amargada y víctima... (ya que me había acostumbrado a culpar a los demás por mis situaciones, sin asumir mi propia responsabilidad) por una mujer agradecida. Yo, que tantas veces permanecía estancada en lo malo que me pasaba sintiéndome miserable, me di cuenta de lo mucho que tenía, descubrí mi valor y ya ¡no necesitaba vivir a la defensiva!

R también experimentó un cambio profundo en lo espiritual, algo que por mucho tiempo había deseado y que ahora nos daba una nueva unión. Comenzamos a asistir a la iglesia regularmente, donde fuimos muy bien acogidos. Pero no todo fue como miel sobre hojuelas. J.A. pasó de un niño tranquilo, estudioso, con un talento extraordinario para dibujar, a un niño desordenado, que comenzó a juntarse con los peores alumnos. R lo castigaba y él se revelaba; estábamos perdiendo el control. Un día nos comunicaron su repitencia, y después de su expulsión nos enteramos de que fumaba marihuana diariamente.

Sentí que se me venía el mundo encima, no podía creerlo, si era apenas un niño, se suponía que yo era capaz de percibir algo así, y no me había dado cuenta, me cuestioné todo lo que había hecho mal, o si la culpa era de R por la mala relación que tenía con él. Después de consultar con especialistas supimos que J.A. estaba con depresión mayor a sus 15 años. Así comenzó un lento tratamiento en que avanzábamos y retrocedíamos. Esta situación comenzó a desgastarme. A mi preocupación diaria se sumaban mis recuerdos a esa edad, y no soportaba que le estuviera pasando esto a este niño tan sensible, tan parecido a mí en tantas formas. Un día me llamó su psicóloga para decirme que estaban estancados; que J.A. consideraba que no tenía derecho a mejorarse, si no lo hacía yo también. Fui tratada por psicóloga y siquiatra, ya que una vez más tenía depresión. Por primera vez fui tratada con medicamentos y terapia. Además, con mis ganas de mejorar, me dieron de alta a los seis meses, que es el tiempo mínimo para curar una depresión. Esa etapa fue tremendamente dura, pero gracias a Jesús como mi guía, la pude superar.

Ya no necesité máscaras ni de invisible ni de víctima para enfrentar la vida. Descubrí que no estaba sola, que tenía mucho valor y que debía reconocer el amor de los demás hacia mí.

Ha pasado mucho tiempo y muchas cosas, y con R, mi compañero por más de cuarenta años, seguimos pujando por nuestra familia. Los dos mayores, casados, nos dieron un nieto y una nieta. Y el menor, se recibió este año. Nosotros seguimos participando activamente en nuestra iglesia, donde encontramos la ayuda de Dios y de nuestros hermanos.

Esta nueva vida con Dios me ha preparado para enfrentar la vida con mayor fortaleza, y de una manera sana y confiada.

Como todos sabemos, en la vida hay muchas situaciones de tristezas y problemas de distinto tipo, pero nada comparable a lo que nos ocurrió este año; el mayor dolor, que ninguna madre o padre cree poder soportar, es la muerte de un hijo. Y ahí estuvo el Señor, sosteniéndonos con su amor infinito. Sin Él... seríamos como sobrevivientes llenos de amargura. Pero el Señor nos muestra aquello que no ven nuestros ojos, pero sí nuestro espíritu.

Este año, nuestro hijo J.A. se quitó la vida en marzo con una sobredosis de cocaína, sustancia que tantas veces me juró que nunca había probado. Él no supo que el dolor del paro cardíaco iba a ser tan intenso, por lo que su grito lo escuchó M., y lo pudimos llevar al hospital donde le hicieron resucitación

durante 20 minutos porque llegó con un paro cardiorrespiratorio, lo que significa que ese tiempo sin oxígeno en el cerebro produce daño irreparable. Estuvo en la UCI inconsciente y con algunos movimientos reflejos durante 14 días. Hasta que un comité ético del hospital acordó que su situación era inviable porque tenía entre dos y tres respiraciones por minuto. El 20 de marzo fue desconectado rodeado por nosotros, padres y hermanos.

Durante ese período, estuvimos siempre acompañados de los miembros de nuestra iglesia, en persona, o a través de sus oraciones, y nosotros, entregados completamente a la voluntad de Dios, sintiendo una paz interior que como dice la Biblia sobrepasa todo entendimiento. Además, Dios me hizo un regalo milagroso, extraordinario. Los EEG desde el principio salían sin actividad. Y mi preocupación y temor era dónde se iría después de su muerte. Una mañana cuando estaba acompañándolo le comencé a decir que le pidiera perdón a Dios, que se reconciliara con Él, y que si hacía eso, yo no iba a sufrir; que lo echaría de menos pero sin dolor, y estaba en eso cuando sentí que me apretaba la mano... ¡me sorprendí mucho! y le pregunté si ya se había reconciliado con el Señor y me volvió a apretar la mano, ¡fue tanta mi emoción que le dije que lo amaba mucho y que lo que me estaba diciendo me hacía muy feliz, sabiendo que él estaría con Dios! y me volvió a apretar la mano por última vez.

En ese momento no entendí, pero hoy tengo la certeza de que ese día me comuniqué con el espíritu de mi hijo. El Señor me dio ese regalo para que yo hoy pueda tener la paz y el gozo de saber que J.A. está con el Señor. Por supuesto que lo echo mucho de menos; lo extraño en tantas cosas, porque era mi compañero en la casa. Y esas palabras “nunca más” en esta realidad, todavía no las puedo asumir, pero confío en que el Señor me seguirá dando la provisión que necesito yo y mi familia para vivir, porque esta última etapa ha sido muy duro; creo que todos hemos cambiado interiormente. Ha sido un crecimiento doloroso y que no está del todo superado. Pero con la certeza de que si no hubiéramos estado dependiendo totalmente del Señor, no habríamos sido capaces ni siquiera de enfrentarlo. Espero que mi testimonio pueda ayudar a quienes han sufrido o estén sufriendo esta pena tan profunda, la mayor de todas, y que sepan que hay esperanza, porque tenemos un Dios vivo, real que nos ilumina el camino.

Hoy estoy en paz, porque puedo experimentar cada día el amor y la protección que el Señor me da.



13. sentada en la última fila

Soy la hija mayor del segundo matrimonio de mi papá. Después de un año y un mes de vida nació mi hermana Nadia, quien sería un tremendo apoyo para mí. Cuando yo nací, mi mamá se dedicó a cuidarme, pero al poco tiempo tuvo que ponerse a trabajar, ya que a mi papá no le alcanzaba para pagar las cuentas, o mejor dicho, se farreaba la plata, se emborrachaba y no le quedaba (o no le interesaba) pagar las cuentas. Por eso mi mamá contrató una nana para que nos cuidara cuando yo tenía 4 años, y era muy estricta.

Entonces comenzó una etapa difícil para mí, porque esta nana nos retaba a cada rato, y a veces nos pegaba. A mí me afectaba mucho su trato hacia nosotras, sin embargo a mi hermana no. Esto, probablemente, debido a que a pesar de sus retos ella mostraba preferencia por mi hermana Nadia que era más divertida y se reía de ella. Yo en cambio era más seria y callada, y me tomaba las cosas más a pecho. Me acuerdo que una vez se enojó mucho, porque le comenté a mi familia en el comedor: “¡¡¡Ahí viene la nana con la bandeja!!!”. Al parecer eso la hizo sentir denigrada y me llevé unos cuantos retos al día siguiente. Yo no entendía qué había dicho de malo. Ella me daba mucho miedo, era como un sargento. En varias oportunidades sucedieron cosas similares, en que yo hacía algún comentario y ella me lo aportillaba retándome. La verdad es que no me acuerdo exactamente lo que me decía, pero sí sé lo mal que me hacía sentir su tono de voz. Analizando hoy esta situación, creo que me marcó mucho en mi personalidad, porque me volví insegura, y tengo fobia social y pánico escénico.

Recién ahora de adulta me vengo a dar cuenta que también soy muy sensible, pero tenía mis sentimientos anestesiados a modo de supervivencia.

Evito el conflicto y las peleas a como dé lugar, porque me afectan mucho. Si estoy hoy aquí compartiéndoles esto, es porque soy una mujer de compromiso, porque lo hago para Dios y, porque sé que puedo ayudar a otros con mi historia.

En mi mente yo pensaba que todas las cosas en la vida tenían un equilibrio, por lo que mi nana el próximo año me iba a querer más a mí que a mi hermana. Pero lo que más deseaba era que mi mamá la despidiera, cosa difícil, porque ella también le tenía miedo. Una vez hicimos una maldad con mi hermana (no recuerdo bien qué) y nos pegó con la correa. En la noche le contamos a mi mamá, la que increpó a mi nana. Al día siguiente el sermón que nos dio fue terrible, lo que dio pie para que nunca más le contáramos algo a mi mamá. En ese momento sentí que ya ni siquiera tenía a mi mamá para defenderme, por lo tanto me acoracé emocionalmente y para evitar los retos y críticas me transformé en una perfeccionista y autoexigente. De hecho, siempre tuve las mejores notas en el colegio, y en la Universidad saqué el segundo lugar con distinción máxima.

En mi niñez me hizo mucha falta mi mamá. En la semana siempre llegaba tarde a la casa, nos leía un cuento y nos dormíamos. A las 6:30 de la mañana nos despertaba la “nana sargento” de un grito y saltábamos de la cama para prepararnos para el colegio. Recién de adulta me preguntaba: “¿Dónde estaba mi mamá en la mañana? ¿Por qué no nos despertaba ella en forma amable y cariñosa? ¿Por qué llegaba tan tarde del trabajo?”. Años después supe que tenía un pololo. Cuando se quedaba en casa por motivos de enfermedad yo saltaba de alegría por tenerla conmigo ese día. Sin embargo, la ausencia materna me obligó a aprender a vivir sin ella.

Pero de todas maneras le tengo una inmensa gratitud, ya que entiendo que, ante el abandono económico de mi padre, no le quedó otra opción que dejarnos con una nana para trabajar y poder cubrir nuestras necesidades. Tuvimos una vida austera, pero mi mamá se esforzó en pagarnos un buen colegio, donde conocí a mi actual marido.

Yo era sometida, obediente y “sobreadaptada”, definición que usan mucho los sicólogos para describir a un niño que parece muy bien educado, pero en el fondo se debe a que está muy reprimido. Yo no me cuestionaba mucho las cosas, solo acataba a la autoridad en forma sumisa y con miedo. Cuando era una guagua y mi mamá me llevaba al pediatra, este le decía: ¡Señora, esta guagua no se defiende! A diferencia mía, con mi primera hija fue todo lo contrario; cuando la llevaba al pediatra no paraba de llorar aterrorizada,

se defendía, no quería que la tocaran. Yo me agotaba con ella. Ahí se ve la genética: algunos nacemos sumisos, otros rebeldes.

Finalmente, la “nana sargento” fue despedida cuando tenía como 10 años. Mi madre usó el cambio de casa como “pretexto” para hacerlo. Mi papá, que es arquitecto, había construido una casa en la comuna de La Reina y quería tratar de convivir nuevamente con mi mamá y nosotras. Ellos se habían llevado mal desde el primer día de casados y terminaron separándose cuando yo tenía 7 años. El problema era básicamente el alcoholismo y maltrato de mi padre, y su falta de responsabilidad para sostener económicamente a la familia. Sin embargo, esta situación no cambió. Cinco años después nos fuimos a vivir con mi mamá a un departamento. Yo no recuerdo haber visto borracho a mi padre, lo disimulaba bien, pero lo que sí me afectaba mucho de él era su mal genio y sus gritos. Hubiera preferido que me pegue a que me grite.

Desde pequeña, yo creía en Dios; mi mamá me llevaba a la iglesia y yo rezaba todas las noches. Más que eso no se hacía. Después, en el Colegio Alemán, yo asistía a clases de religión, y a los 15 años decidí hacer la confirmación, porque quería hacer un compromiso con Dios con este acto de fe. El leer la Biblia nunca me llamó mucho la atención. Me agradaban las parábolas cristianas que leíamos en clases de confirmación, pero no tanto como para leer la Biblia por mí misma en mi casa. Durante los 2 años de clases de pre-confirmación se nos exigía ir un mínimo de 26 veces a la iglesia el domingo. Me acuerdo que asistí a duras penas 25 veces. Me sentaba en la última fila de la iglesia y le pedía perdón a Dios por lo aburrido que me parecía, y por no ser capaz de concentrarme y poner atención. Igual hicieron vista gorda y me confirmaron.

A los 24 años ingresé a volar a LAN Chile como auxiliar de vuelo. Me sorprendió ver a otra auxiliar, flaca y regia, leyendo la Biblia en nuestras horas de descanso en la cocina del avión. Me pregunté: “¿Qué hace una mujer tan linda leyendo algo que es para *nerds*? La Biblia es para la gente fome que no tiene nada mejor que hacer”, pensé.

Le comencé a hacer preguntas acerca de la Biblia y lo que estaba leyendo. Y a medida que ella me contaba acerca de la Palabra de Dios comencé a sentir algo muy especial. No podía creer que en la Biblia salían escritas cosas tan aplicables a la vida actual y con tanta sabiduría (fue un capítulo, donde se habla de las relaciones de pareja). Desde ese momento comencé a sentir “hambre espiritual” de saber más acerca de Dios y al mismo tiempo sentía una gran alegría de saber que había encontrado el verdadero camino.

Yo tenía muchas cosas buenas en mi vida:

- pololo espectacular
- estudié en un muy buen colegio (Colegio Alemán)
- buena alumna, buenas notas
- obtuve beca de excelencia académica en la Universidad de Chile
- nunca nos faltó nada, económicamente
- yo me ganaba mis pesitos extra como modelo, para darme algunos gustos que no podía conceder mi mamá (ropa, gimnasio, etc.)
- tenía una buena relación con mi familia

Sin embargo, había un vacío en mi corazón. Me di cuenta que mi relación con Dios no podía ser solo lo que había conocido hasta el momento. Tenía que haber algo más.

Mi amiga me invitó a reunirme en un Estudio Bíblico dirigido por ella. Me dijo que le abriera mi corazón a Cristo, que era tan simple como decirle con mis propias palabras que Él fuera mi Dios, mi Salvador y que él hiciera de mí la persona que Él quisiera que yo fuera. En sí, las palabras no eran lo importante, sino la actitud de mi corazón. En este contexto fue que le abrí las puertas de mi corazón a Cristo y este vacío fue llenado por el amor de Dios.

De algo que me di cuenta, es que a lo largo de mi vida nunca había hecho este acto en forma consciente. Y pude entender esa frase bíblica que dice:

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20).

Empecé por mí misma a leer la Biblia. Comencé con el evangelio de Juan. Ahí me di cuenta que la lectura de la Biblia es para cualquier persona, independientemente de su nivel intelectual, social, cultural, etc., porque es el Espíritu Santo quien da el entendimiento. A medida que iba leyendo, era como si Dios me quitaba un velo de delante de los ojos y podía entender tantas cosas, y al mismo tiempo me sentía llena de una gran alegría. También quería que todos conocieran de Dios, así que aprovechaba cualquier oportunidad para hablarles de Él.

Otra cosa especial que descubrí en la Biblia fue una sabiduría que podía aplicar a mi vida diaria. Por ej. un día leí una frase que dice que *“De la abundancia del corazón habla la boca”*, y me impactó tanto que decidí no

decir más groserías (y en esa época era hábito entre los universitarios). Había otra frase que decía: “*No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal*”. Y así iban apareciendo diferentes escrituras que me impactaban profundamente. Las anotaba y memorizaba.

Quería agradecer a Dios en todo y hacer un compromiso por gratitud a su amor.

No puedo dejar de compartir con ustedes tres situaciones que me pasaron, que yo llamo Tres Milagros, donde fui salvada por la gracia de Dios.

Me gusta tanto el Salmo 91, que es un salmo para pedir protección a Dios, y por aferrarme a sus promesas creo que Él ha sido misericordioso y me ha protegido a mí y mi familia.

El primer milagro fue cuando mi auto se desenganchó y se fue cuesta abajo en una calle en declive. Iban dos de mis hijos y dos niños más, adentro. Yo ya me había bajado con dos niñas para tocar el timbre de su casa, cuando siento que suena el engranaje del auto y empieza a moverse cuesta abajo. Aterrada corrí hacia el auto y le grité a mi hija que qué había hecho, pensando en que había movido el cambio automático. Ella me gritó que no había hecho nada. Alcancé a abrir la puerta, pero la velocidad hizo que el auto me llevara colgando de la puerta. En ese momento lo vi todo negro y clamé a Dios por ayuda. Y... en forma inmediata el auto giró, se subió a la vereda y chocó suavemente contra un muro de piedra. ¡¡¡A solo 2 metros del cruce donde nosotros teníamos disco PARE!!! Extasiada de felicidad comencé a gritar: ¡¡¡Niños, Dios hizo un milagro!!! Cuando revisé el cambio, estaba perfectamente encajado en posición *parking*, además yo lo había apagado antes de bajarme. El mecánico dijo que era imposible que esto sucediera estando apagado y en modo *parking*.

El segundo milagro fue cuando mi hija de 9 años, casi se electrocuta.

Estuvo entre 7 y 8 segundos recibiendo un golpe eléctrico y “algo” la soltó. En la clínica nos dijeron que podría tener daño cardíaco y renal, y en su mano habría que hacerle un injerto. Pero nada de eso fue necesario.

El tercer milagro fue cuando mi hijo casi muere degollado.

Estábamos manejando en un camino privado dentro del campo de mi marido, y mi niño, de 4 años, iba con su cabeza asomada por el techo. Ese día colocaron una huincha atravesada en el camino, la que casi no se veía.

Era para evitar que el ganado se saliera del potrero. Al pasar con el auto la huincha se rajó, y latigó y corto extensamente el cuello de mi hijo. Al ver la sangre y el cuello cortado pensé que se moría y clamé a Dios por su vida. Dios tuvo misericordia, ya que el tajo no llegó a cortar las arterias ni la tráquea, por pocos milímetros.

A lo largo de mi vida he aprendido que a veces los cristianos debemos tener remezones importantes para sacar enseñanzas, pulirnos y profundizar nuestra relación con Dios.

Por esa razón, hoy mi compromiso mayor es con Dios y el resto viene de “yapa”, porque eso es lo que ha mejorado mi relación con mi marido, con mis hijos y mi entorno.

Amigos lectores, les animo a que hagan este compromiso y que si lo han hecho que profundicen su relación con Dios. Déjenlo entrar en todas las áreas de sus vidas. Y lean la Biblia. Es un *best seller* hace ya más de 2000 años. ¡¡¡¡Les va a abrir un mundo que ni se imaginan!!!!



14. *aversión al modelo de familia*

Soy la segunda hija de un matrimonio, y mi nacimiento los alegró mucho, pues conmigo obtenían la parejita. Crecí rodeada del amor y protección que ellos me brindaban. Papá estaba poco tiempo en casa, pues se preocupaba de traer el sustento, y lo hacía muy bien, nunca nos faltó nada, eso que cada año que pasaba, la familia crecía en número. Mamá se preocupaba de nosotros, ella estaba todo el tiempo en casa, siempre conté con su ayuda, apoyo, y protección. Yo me sentía confiada y feliz a su lado, era la defensa segura frente a los retos de papá. Ella nos enseñaba, y cantaba feliz mientras hacía los trabajos de la casa. Mi padre, un hombre inteligente, trabajador, responsable y cariñoso, poseedor de un fuerte carácter, bastante estricto, razón por lo que nunca dormí bajo un techo distinto al que les cobijaba a ellos, no disponía de permisos para salir y debía realizar alguna tarea en el hogar. Yo, por años fui regalona del papá, pues era la única niña, hasta el séptimo nacimiento.

Con el paso de los años noté que la tranquilidad que nos brindaba mi madre, era siempre quebrantada con el arribo de mi padre a casa, quien generalmente encontraba algún motivo para enojarse y discutir con ella, sentía que mi padre con esta actitud reiterativa pasaba a llevar a mi mamá, no la respetaba lo suficiente y además era injusto con ella. Cuando fui adolescente, esta situación se me hizo intolerable, sentía rabia e impotencia, me revelé y adquirí una aversión al modelo de familia en la que fui educada, yo no quería para mí la realidad que vivía mamá. Por lo que me propuse ser independiente, e igual que un hombre, con todos los beneficios y todas las responsabilidades que ellos tenían. Yo encontraba que el trabajo en la casa es mucho más pesado y aburrido que otros y además no se valora, ni se paga.

Me prometí a mí misma que no sería dependiente como mi mamá. Estudiaría y sería profesional, independiente económica y emocionalmente, para no estar obligada a tolerar situaciones humillantes, ni faltas de respeto. Concluí que mi mamá, por ser huérfana desde antes de casarse y estar en casa con nosotros (8 hijos), no podía arreglárselas sola y estaba obligada a aceptar los malos ratos que papá la hacía pasar.

Desde pequeña aprendí, que no se puede mandar en los sentimientos, “hoy siento que te amo, mañana no sé”; era una frase que escuché muchas veces en relación con el amor de pareja, y con el paso de los años esta frase fue reafirmada por expresiones tales como, “cuando se acaba el amor, ya nada se puede hacer, está todo perdido, solo resta la separación”. Mientras hay amor se debe seguir luchando. Estaba segura que el amor, así como nace, muere, y me preparé para vivir bajo esta premisa, aceptando que el amor más tarde o más temprano se acaba.

Aceptar que el amor se termina, me provocó inseguridad emocional, falta de confianza en mi futura pareja, y una sensación de impotencia, pues nada se podía hacer para cambiar esta realidad. Sin darme cuenta comencé a usar la máscara de mujer de mundo, que permitía que me sintiera segura y a salvo de un dolor sentimental, pero esta máscara, me impedía entregar un amor profundo, lo que se tradujo en una entrega pobre y una actitud siempre a la defensiva.

A los 12 años conocí a Pablo, lo encontraba atractivo, inteligente, responsable, tranquilo y maduro, se mostraba poco machista, condición importante para mí; con todas estas cualidades añoraba ser su polola, y cuando me lo pidió le di el sí de inmediato. Pololeamos cuatro años, durante los cuales nos conocimos profundamente y nuestro amor crecía cada día más.

Cuando ingresé a la Universidad Federico Santa María a estudiar Ingeniería, mis padres y yo nos sentimos muy orgullosos y felices, pues era la carrera y la universidad preferida por mí, me sentí segura en cuanto a mi capacidad para lograr las metas que me había trazado. Vivir sola por primera vez y en Viña del Mar, me parecía muy atractivo, e independiente, pero también tenía su lado doloroso, debía distanciarme de mis padres y de mi amado, pero la distancia fortaleció nuestro amor; fue entonces cuando nuestros encuentros se tornaron más apasionados que nunca, y al poco tiempo quede embarazada. Me asustaba comunicar la situación a mis padres, pues ambos éramos menores de edad, necesitábamos de su autorización para casarnos, y ocultamos mi embarazo durante seis meses, al cabo de los cuales

aquejada por una infección intestinal, mis padres llamaron a un médico a casa, y antes que el galeno llegara, les tuve que contar, rápidamente. A las 2 semanas nos casamos.

Sin miedo a esta unión pues sabía que, si no funcionaba, nos podíamos separar. La maternidad y el matrimonio me hicieron muy feliz, como nunca lo había imaginado, porque a mí, antes de ser madre, no me gustaban los niños, ni las labores de casa, pero todo era muy distinto al tratarse de mi hijo y mi esposo. Había dejado mis estudios universitarios, para ser esposa y madre, renunciando a mis planes y metas y me sentía más feliz que nunca, no lo podía entender, durante seis años me convertí en una mujer dependiente, contrario a lo que había planificado. En este periodo me sometí a dos abortos, porque nuestra situación económica era mala, Pablo era estudiante y no teníamos ingresos, vivíamos de nuestros padres, en esa época me parecía una irresponsabilidad muy grande traer al mundo otro hijo, en tan precaria situación económica. Algunas amigas lo habían hecho y sin problema. Esta sola razón bastó para quitarles la vida a dos hijos indefensos, regalos de Dios. En nuestros primeros años de matrimonio, todo funcionaba perfecto, Pablo estudiaba Ingeniería Civil y yo feliz en casa.

Un día Pablo llegó tarde a casa, lo que no era su costumbre, y me dijo que se había encontrado con su primo y retrasado por tal motivo; al poco tiempo supe que él me había mentido y lo peor fue que yo había quedado segura que me había dicho la verdad. Entonces me di cuenta que me podía engañar cuando él quisiera, perdiendo la confianza en él. Así nuestra relación se fue distanciando, y pensé que era lo normal. Después de seis años de matrimonio quede embarazada, y esta vez dejaría que mi hijo viviera. Matías, nuestro segundo hijo, llegó a mi vida para darle un nuevo sentido y alegrarla, pero no lo pude comprender plenamente, porque mi máscara no me permitía ser tan sensible, débil ni tonta como mujer.

Con el paso del tiempo, pude comprobar que no éramos la excepción como pareja, es decir que nuestra relación se deterioraba como ocurría con la mayoría de los matrimonios que yo conocía, incluso mis suegros se habían separado al poco tiempo de nuestro matrimonio, y mis padres estaban al borde del divorcio. También algunas amigas mías ya lo habían hecho. Esta cruda realidad y la inminente separación de mis padres, me hicieron recordar mis antiguas metas y planes, y decidí hacer algo por si se producía mi separación. Sentía que el amor de ambos se estaba acabando, no me sorprendió, pues sabía que esto ocurriría, lo había aprendido desde pequeña. Me di cuenta que había sido un gran error dejar mis estudios, por

mis hijos y esposo. Ahora estudiaría, sin importar el costo que debían pagar mis hijos. Pablo Andrés tenía 8 años y Matías un año 3 meses, pero ahora nada sería más importante que yo; me daba cuenta que había pasado a llevar mis propias bases y me había equivocado, sintiendo que toda renuncia a mi realización personal no había valido la pena. Y Pablo manifestaba dudas con relación a mi capacidad para obtener un título, pero le demostraría que yo sí podía. En definitiva, sentía que ahora solo importaba yo.

Estudí, casi como si fuera soltera, dejando a mis hijos con distintas nanas. Me recibí y comencé a trabajar, endureciendo mi corazón, y haciendo oídos sordos a las demandas de más tiempo y dedicación que Matías siempre me manifestaba. Y por supuesto que todo mi entorno me admiraba; casada, con hijos, había estudiado y alcanzado una profesión. O sea era una mujer con los mismos derechos del hombre, tanto que me permití ciertas libertades y di cabida, primero en mis pensamientos y luego en mi corazón, a una atracción con un amigo de Pablo, al que idealicé y en quien deposité la confianza que negaba a mi marido. Mantuve por años una especie de amor platónico que no interfería en mi matrimonio.

De nuestra relación con Pablo no quedaba casi nada, solo compartíamos el mismo techo y nuestros dos hermosos hijos. Habíamos llegado hasta los golpes. El amor que un día nos unió se había esfumado. Le conté de mi infidelidad a Pablo solo para producir la ruptura total y terminar con mi matrimonio, pues me sentía enamorada de otro hombre. En estas condiciones de vida, siendo adúltera, mentirosa, desleal, egoísta, vengativa, además de haber aceptado hacerme dos abortos... ¡Dios irrumpe en mi vida!

Fue por medio de un Encuentro Matrimonial cuando el Señor me dio luz, donde solo había obscuridad, poniendo orden donde había caos y dando abundante y profundo amor donde aparentemente nada quedaba. Fue su luz la que me permitió ver el camino correcto, y fue su palabra la que me enseñó lo que es amor.

Me di cuenta, al leer la Biblia, que yo había estado siempre muy equivocada, pues “el amor nunca deja de ser”, y yo sabía que me había casado profundamente enamorada, y como el Señor dice que “El amor nunca deja de ser”, me decidí a luchar por reavivar mi amor por Pablo. Comprobé que obedeciendo a Dios, los resultados no se hacen esperar.

“Mi gordito” era otro, todo nuestro núcleo lo notaba, los cambios de Pablo hacían más fáciles mis cambios. Logré volver a sentirme enamorada de él,

feliz de estar a su lado, y entonces Dios nos bendijo enviándonos un regalo, una hermosa hija, Demi, quien llegó a reforzar nuestro nuevo comienzo, después de casi once años del nacimiento de nuestro segundo hijo Matías, y volvimos a sentirnos dichosos, llenos de esperanzas e ilusiones.

Mi matrimonio se tornó en lo que siempre había anhelado, y jamás creí llegar a sentirme tan feliz después de 18 años de matrimonio. Pablo, mi marido, se transformó en el centro de mi vida, solamente después de Dios, quien me mostraba su gran amor reconciliándome con mi marido, perdonándome y permitiendo que ambos nos perdonáramos, restaurando nuestra unión por años maltratada, dándonos el conocimiento necesario para ayudar a nuestros hijos, que fueron los inocentes dañados.

El Señor forjó una nueva persona en mí. Me enseñó lo que es el amor en verdad, que amar es una decisión, no solo un sentimiento, es mucho más que un sentimiento. Dios me dice que “el amor es sufrido, es benigno, no tiene envidia, no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor, no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Fueron tiempos de gran alegría y gozo, aprendí a conocer al Señor a través de su palabra, esto me agradaba mucho, a medida que iba conociendo su palabra, me pareció que toda mi vida lo había estado buscando. Y gracias también a que nos pidieron que fuéramos pareja de testimonio para un Encuentro Matrimonial, donde debíamos prepararnos y trabajar profundamente nuestras vidas, eso nos permitió superar poco a poco todas las diferencias que nos separaban y crecer en amor.

Darme cuenta del privilegio inmerecido que el Señor me otorga solo por ese gran amor que Él tiene para con todos nosotros, fue para mí una gran lección; esta gracia cambió mi vida. Él me tomó en sus manos amorosas para comenzar su obra, sintiendo todo su amor y preocupación por mí. Y sabemos que “aquel que la obra empezó, será fiel en terminarla”. Han pasado 21 años desde que el Señor ha ido enderezando mis caminos, y hoy mi relación con Dios es más cercana que nunca.

Hace años, el Señor nos puso a prueba, para su Gloria y Honra. Y ese profundo amor que a la luz de sus enseñanzas había forjado en mí, me preparó para la prueba más dolorosa y difícil de sobrellevar en mi vida.

En abril del año 2000, Pablo ingresó al hospital para realizarse una angiografía a la región lumbar de la médula. Él llegó manejando, y además ingresó caminando a este centro asistencial. Se nos había informado que dicho examen era menos invasivo que una operación, por tal motivo no revestía peligro alguno. Durante el mismo examen, el médico determinaría la localización del problema y si era posible arreglarlo, Pablo saldría totalmente sano de dicho examen. De no ser así, Pablo debería enfrentar una intervención quirúrgica que era bastante riesgosa. Al finalizar el examen, que duró más de 4 horas, el médico me dice que le había tomado tres horas localizar la fístula y no había podido arreglar el problema totalmente, solo lo había hecho de forma parcial, ya que Pablo sentía gran dolor cuando él lo estaba haciendo. Por lo que Pablo debía operarse más adelante, con todo el riesgo que esto implicaba. Fui a recuperaciones a ver a Pablo, y estaba con mucho dolor. Lo encontré inmóvil, acostado de espalda. Todo lo que me dijo fue que sentía mucho dolor y que no podía mover las piernas. Recuerdo el sufrimiento de mi hijo Matías al ver a su papá en ese estado, y yo, al verlo llorar, no pude contener mis lágrimas y salí de la habitación sintiendo que de esta manera no podría ser de ayuda para mi gordito. El pastor Francisco, que en esos momentos estaba con nosotros, me acompañó y me dijo que Pablo me necesitaba con o sin lágrimas y que él sabría entender mi dolor. En la mañana del día siguiente, la enfermera de turno, me dice que a Pablo hay que hacerle cateterismo, para sacarle la orina, pues no puede hacerlo en forma natural, por lo que alguien de la familia debe aprender, y si yo estoy dispuesta, ella me enseñaría. Fue así como me dieron mi primera lección y comprendí que mi marido ya no tenía control sobre sus esfínteres. En el transcurso del resto del día tuve la impresión que todo el personal me preparaba rápidamente, y sin mediar palabras... para aceptar la nueva condición de Pablo, o sea, estaba parapléjico, sin sensibilidad ni movilidad de la cintura hacia abajo.

Desde esa fecha en adelante he enfrentado y vivido todos los trastornos propios de lo que significa que el jefe del hogar se encuentre parapléjico, y sin control de sus esfínteres, condición que se mantiene hasta hoy, a pesar de que Pablo fue operado en otra clínica, para sellar la fístula que permanecía abierta, con un alto costo económico y emocional. Su rehabilitación duró un año y medio, durante el cual tenía que ir a diario al hospital. En ese periodo su vida estuvo en riesgo, producto de una infección enorme en una glándula salival, y con posterioridad, el año 2004 volvió a ser operado para ampliar su vejiga pues sufría de permanentes infecciones urinarias. Durante cinco años no pudo trabajar, quedó sin ingresos, y nunca más ejerció su profesión, nunca más sus ingresos fueron altos; nuestra situación

económica cambió radicalmente. Hoy, de esta situación está totalmente rehabilitado y trabaja en casa.

Luego de buscar la verdad, una respuesta que me hiciera comprender tanto dolor, entendí que lo que nos ocurría era una prueba que el Señor permitía, con algún propósito que no veíamos aún. Yo había estado orando con una amiga cristiana, mientras Pablo era sometido al examen, pidiendo a Dios que todo resultara bien y que mi marido saliera sano del examen. Cantando el corito que dice. “En Ti confía mi corazón, en Ti reposa mi alma, mi ser descansa en Ti, puedo ser feliz. Porque sé que estás obrando, tu perfecta voluntad, en mi vida estás obrando, tu perfecta voluntad”.

Una de mis primeras reacciones después del desconcierto y del llanto amargo, fue sentir que Dios me brindaba la oportunidad única de demostrar a Pablo cuán grande y profundo es ahora mi amor por él. En el mismo período sentí un orgullo especial por la confianza que el Señor había depositado en nosotros, pues yo sabía que esto no lograría alejarnos de Él. Debo confesar que todo fue mucho más difícil de lo que yo en principio me imaginaba, neófita en el tema, de lo que implica una lesión medular. No podía prever lo difícil de la situación.

Han pasado años viviendo esta realidad, y en el transcurso de este tiempo he podido sentir el amor de nuestro buen Dios, expresado de muchas maneras, mediante la ayuda económica de personas amorosas, como asimismo la preocupación permanente por el estado de salud de Pablo, mío y de nuestros hijos. La oración permanente que nuestra familia espiritual nos ha otorgado, es la que posibilitó la recuperación total de la confianza en nuestro buen Padre celestial, la convicción y certeza que su voluntad es la perfecta para nuestras vidas.

Hoy puedo entender el dolor de otras mujeres, antes no lo entendía, y en muchas ocasiones las consideraba débiles, faltas de fuerzas para aceptar la realidad que a cada cual le toca vivir. Lo más difícil ha sido aceptar la mujer débil que mora en mí, pues yo con mi forma fuerte e independiente de ser, sentía que todo lo podía, y que era igual o más fuerte que un hombre. Siento que Dios quiere que yo acepte quien realmente soy y me brindó la oportunidad de conocer mis limitaciones y aceptarme así. Me asombra la fortaleza de mi gordito, su lucha permanente por mantener en forma su cuerpo a pesar de lo sucedido, tratando de ayudarme en todo lo que puede. Él no era un hombre de fuerza física, por lo que le ha demandado un mayor esfuerzo movilizar la mitad de su cuerpo inmóvil, pero lo ha logrado, y

sus avances son notorios, así como también avanza en la aceptación de la voluntad del Señor en relación a que su condición de parapléjico no pueda ser superada a pesar de todo su empeño. Solo le pido a Dios que nos dé las fuerzas y sabiduría necesaria para poder seguir amándonos cada día más.

No han sido poco los momentos de debilidad, y muchas veces he sentido que mis fuerzas se acaban, que no soy capaz de sacar adelante a mi familia, pero como cuento con la ayuda del Señor, sé que en mi debilidad su poder se manifiesta. Sé que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien. Sé que lo amo por sobre todas las cosas, por eso sé que todo lo que he vivido y estoy viviendo me ayudará a bien.



15. *¿qué hago aquí?*

En Brookhaven, lentamente yo había empezado con una depresión que la llamaba tristeza, nostalgia por mis hijos lejanos, mi familia, mi patria, mi tierra. Quería estar con ellos, ser parte de sus vidas, ayudarlos en el período difícil que estaban viviendo y que desde Estados Unidos se veía aún más duro. Me preguntaba obsesivamente *¿qué hago aquí?*, sintiendo que no pertenecía a ese lugar donde todos tenían sus motivaciones, trabajos, afanes, y yo ninguno.

En este lugar, pensaba que cuando estuviéramos en California me iba a sentir bien, gracias al sol, el ambiente y sus preciosos jardines. Veníamos de un paisaje de estepas, un campamento militar adaptado como centro científico, y donde el clima era extremo, o mucho frío en invierno o un constante calor húmedo en verano; recuerdo que solo junio era agradable. Además la gente que trabajaba allí venía de todas partes del mundo con distintas formas de ser, y no lograba adaptarme a tanto cambio.

En California iba a renacer y volvería a ser la mujer de siempre, entusiasta y con mucha energía para trabajar. Pero seguí igual o peor, porque mi tristeza se complementó con una angustia que no me dejaba dormir. Nunca había experimentado algo así, porque mi carácter siempre fue positivo, alegre, sin complicaciones. La vida y el trabajo nunca me asustaron, más bien eran desafíos preciosos para mí. Sin embargo, ahora estaba siempre cansada, sin motivaciones y sin poder sacarme esa obsesión de mi mente, esa nostalgia de querer volver a Chile.

También hubo muchas cosas buenas, como los fines de semana en Manhattan, ciudad llena de vida y cultura, donde podíamos asistir a conciertos, obras

de teatro, museos, lindos paseos por el Central Park y gratas invitaciones de una mecena neoyorkina que apoyaba a los científicos, especialmente a los que investigaban la enfermedad de Parkinson, en la que trabajaba Ismael. Katherine Denkla nos recibía en su elegante departamento en la Quinta Avenida con deliciosos almuerzos, y en South Hampton, en su casa de verano, en Long Island. Ismael pasaba ocupado y muy motivado con los descubrimientos científicos. Los niños iban al colegio y tenían muchas actividades, y estaban contentos con sus nuevas vidas. Yo, al contrario, solamente esperaba un cambio.

Llegó el momento de partir y llenar nuestro auto, que quedó cargado hasta el tope, y cruzamos el país hacia California, esa tierra prometida para mí. Soñaba con su clima y su belleza. Era octubre de 1973, el período más precioso de otoño en la costa Este. Pasamos por las rutas más lindas con bosques dorados y rojos. Luego por las grandes planicies del centro del país, para cruzar las altas montañas de los Rockies en el estado de Colorado. Después de dos semanas llegamos a nuestro nuevo hogar en California. Fue una travesía inolvidable.

Pero aunque este viaje fue sanador, la depresión siguió y aún no podía dormir en paz. Al poco tiempo de llegar, me llama mi hermano Fernando, con la triste noticia de la muerte de mi papá. Fue de las penas más grandes que he vivido, y ello aumentó mi depresión. Sentía que debía haber estado en Chile junto a él, mi mamá y mis hijos mayores. La muerte de mi papá fue repentina. Estaba delicado hacía tiempo, porque sufría de una infección al riñón que la trataba con antibióticos, pero la última vez no respondió al medicamento, y se cansó su corazón. Sabíamos de su enfermedad, pero no nos imaginamos que fuera algo tan grave. Para mí fue muy terrible recibir esta noticia estando tan lejos. Viajé lo antes que pude, pero no alcancé a estar presente en su despedida. Acompañé a mi mamá un corto tiempo y luego volví con mi familia en USA.

Con esas penas en mi corazón, ahora debíamos preocuparnos de la compra de nuestra casa en California. No tuve interés en verla ni en ayudar a Ismael a tomar una decisión. Sentía que mi opinión no valía nada en ese tiempo. Llegamos a nuestro nuevo hogar y mi rutina se hacía cada vez más difícil, porque no tenía fuerzas. Desde Brookhaven, cuando empezó mi depresión, hasta California, fueron cinco meses de infierno que parecían interminables. ¡Qué sentimiento más terrible de soledad y oscuridad! No sabía qué hacer. Gracias a Dios que la fe inculcada en mi niñez y que mantenía viva, me hizo reaccionar. Oraba todos los días al Señor en mi angustia, clamando y

llamando a mi Príncipe de Paz, diciéndole que si de verdad Él era mi paz, que me sacara de esas profundidades oscuras del alma donde yo estaba. Ismael me propuso ver un psiquiatra para que me diera medicamentos, pero yo quería ser sanada por el Señor, sin medicinas ni médico humano.

Durante ese tiempo de depresión y angustia, en que pasaba las horas esperando que amaneciera, a veces salía a caminar a las tres de la mañana a contemplar las estrellas. En medio de ese silencio y las maravillas del cielo, podía experimentar la grandeza de Dios y recibir algo de paz. Recuerdo que en una ronda de la policía, me alumbraron con sus linternas, advirtiéndome de mi imprudencia: *Madam, go inside, its not safe here*. A mí no me importaba el peligro; solo quería sentirme en paz.

Aprendí muchas cosas en esos largos y agotadores meses; entendí que la paz de Dios sobrepasa todo entendimiento (*Filipenses 4:7*).

Era lo esencial en la vida del hombre. ¿De qué sirve ser joven, tener linda familia, estar sana, sin necesidades materiales y tantas otras cosas, si no hay paz? Supe que esa paz interior era fundamental para que la vida tuviese valor. Era lo único que yo necesitaba, y esperé que viniera a mí. Pero quería que fuera sin ayuda externa, necesitaba conocer a mi Príncipe de Paz.

Un buen día, caminando de vuelta a mi casa, después de la misa a la que iba diariamente muy temprano, una mujer mayor de origen irlandés, cruzó la calle y se acercó tocándome el hombro, sonriendo y mirándome con unos ojos azules llenos de amor: “Lo que le voy a decir, le va a gustar mucho”. ¿Qué me irá a decir... pensé? Sentía que algo bueno me iba a pasar. “¿Ha oído usted hablar de los grupos carismáticos que se reúnen en la Iglesia católica?”. Respondí a la señora que sí, que sabía de ellos pero no sabía dónde se juntaban. Con una nueva sonrisa, me cuenta que en la misma parroquia hay reunión los miércoles, todas las semanas a las siete de la tarde. “Yo la invito. Mi nombre es Kate, y cuando caminaba por la vereda del frente, el Señor me dijo: Anda, invita a esa mujer que te va a decir que sí”. Y así fue.

El propósito de estas reuniones era conocer más a nuestro Señor Jesucristo, descubrir su palabra y aprender a orar para comunicarnos con Él en forma natural. Aparecía una luz detrás de esa niebla que no me dejaba ver más allá de mi tristeza. Comencé a ir cada miércoles, con dificultad, pero muy esperanzada. Dirigía el grupo una mujer de unos sesenta años, luminosa, especial y sabia, llena del Espíritu Santo. Ella tenía un alto cargo en la congregación de La Divina Providencia. Su nombre era Mary Khols.

Éramos un grupo de solo siete personas, donde el Señor se manifestaba poderosamente, y en la primera reunión sister Mary me dijo: “María, ¿puede decirle algo al Señor desde su corazón?, lo que usted quiera”. Me revisé y reconocí que solo sabía repetir oraciones, profundas, bellas y que las decía con reverencia, pero nada de mis propias palabras. Esta vez, sí pude decir emocionada “¡gracias Señor porque eres mi luz!”. Hasta ese momento nunca había orado así, y esta nueva forma hacía que me sintiera cada vez mejor... Pero por las noches volvía la angustia y me cansaba mucho. Pasaron tres semanas en que no fui a las reuniones porque no me sentía capaz; estaba débil, sin fuerzas como para llegar hasta la parroquia.

Me encontré con Kate nuevamente, esa amorosa enfermera retirada de origen irlandés (quizás de ahí, parte de su espíritu de servicio y paciencia) quien me preguntó por qué no había vuelto a las reuniones. Le expliqué de mi malestar, sobre todo por las tardes cuando aparecía más agobiante esa tristeza... que me hacía imposible salir. Nuevamente sus ojos azules y penetrantes me miraron, y me dijo: “¿Usted no sabe María, quién es el que no quiere que venga?”. Ingenuamente le respondo que no, porque Ismael y mis hijos no tenían problema, y por mi parte era lo que más deseaba... pero no podía. “María, usted desconoce a su enemigo”, me dijo, y... yo confundida le pregunté: “¿el diablo?”. “Y ¡quién otro! el diablo es real y la quiere destruir alejándola de Dios”, me respondió Kate, insistiéndome amorosamente que para la próxima reunión ella me llevaría como fuera, porque yo lo necesitaba. Así llegamos el siguiente miércoles, con Kate sosteniéndome por mi espalda como si fuera una anciana de cien años, que era tal como realmente me sentía. ¡Pero ahí estaba!

Mary, la monjita, extendió sus manos para recibirme con una cálida sonrisa de bienvenida “¡welcome María!”, mientras yo apoyaba mis manos en las suyas, diciéndole con lágrimas: “Mary, estoy muy débil, necesito tanta oración”... En el mismo instante en que toqué sus manos comencé a sentir una corriente eléctrica suave, asombrosa, que circulaba por todo mi cuerpo, desde los pies a la cabeza, especialmente en mi corazón. Sentía un calor maravilloso que se iba convirtiendo en libertad, nuevas fuerzas, gozo y ¡esa paz que por tanto tiempo había buscado! Conmovida, le pregunté a Mary: “¿Qué me está pasando? Le acabo de decir lo débil que estaba y ahora todo cambió. ¿Qué es este calor maravilloso que me recorre el cuerpo?”. “A veces, el Señor no se demora en contestar”, me dice Mary. “Usted pidió ayuda humildemente y está recibiendo el bautismo en el Espíritu Santo”. ¡Gracias Señor, alabuya! La reunión siguió y yo reía y lloraba. ¡Sentía un gozo tan grande! Me sentía como una jovencita de quince años. Ese día

glorioso, inolvidable, marcó un antes y un después en mi vida. Me transformé en otra persona. Llegué a mi casa liviana, libre de mi angustia y de las ataduras del enemigo de nuestras almas. Mi marido y los niños pudieron ver la transformación que se produjo en mí, y el poder de la fe en el Señor.

¡Este era el nuevo nacimiento del que hablaba nuestro Señor Jesús a Nicodemo!

Tuve la certeza de la realidad de Dios, de su presencia viva en mí y de que me amaba. Segura de que cuando buscamos a Dios reconociendo nuestra fragilidad, y la necesidad profunda de Él, lo encontramos. Mi rutina siguió como siempre. Es decir, este milagro no significó salirme de la realidad y andar flotando en las nubes. Ahora mi vida diaria tenía sentido, y aunque hubiera dificultades o dolores, sabía que no estábamos solos, y que cada día era especial y maravilloso gozándome en su paz.

Esta historia bendita ocurrió hace cuarenta y un años. Ha sido confirmada en el tiempo y reconoce que el compromiso que hicimos como familia con nuestro Dios, se mantiene fresco en nuestras vidas, y se renueva a diario, haciéndonos testigos de su amor en todo tiempo y cualquiera sea la circunstancia que nos toque vivir.

Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien (*Romanos 8: 28*).

Y la Paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús (*Filipenses 4:7*).



16. *momentos de gracia*

Sanación de mi vecino:

Vivíamos con mi familia en un barrio muy agradable, alegre, con casas parecidas, de un piso y sin rejas ni murallas de separación, típico de esos años en Estados Unidos.

En verano podíamos abrir nuestras ventanas con total libertad, y solamente el velo de las cortinas nos separaba de nuestros vecinos. En una de las casas del lado, vivía una mujer como de mi edad, en ese tiempo entre cincuenta y sesenta años, viuda, con un hijo. Los otros ya estaban casados y vivían en otra ciudad.

Este hijo de alrededor de veinte años estaba totalmente confundido; no trabajaba, era extraño para vestirse, siendo muy buen mozo, pero su apariencia era rara, y se juntaba con amistades parecidas a él, con quienes tocaban música y cantaban. Pero todo indicaba que estaban bajo el efecto de alguna droga. Mis hijos le tenían distancia.

Con mi vecina nos saludábamos de lejos y se veía muy triste. Yo la compadecía y me propuse interceder ante el Señor por este muchacho. A veces, en verano, a las tres de la mañana, sintiendo su música con las ventanas abiertas, yo me hincaba a rogar al Señor por él, mientras podía ver cómo tocaba su guitarra y cantaba, a través del velo de mi cortina. Y su canto era de dolor y confusión. Yo creo que sufría de crisis existencial, y por eso también se drogaba. En esos amaneceres, mientras él cantaba, yo oraba. El resto de mi familia dormía tranquilamente; solo a mí el Señor me despertaba.

Pasaron algunas semanas y empecé a ver algunos cambios, en su aspecto, ya no se vestía tan extraño, y dejaron de venir esas amistades que tenía. Y un día, me encuentro con él en el jardín, como si fuera otra persona. Tenía su pelo bien cortado, vestido con ropa sencilla, limpia, y su cara alegre. Se acercó a mí para saludarme, por primera vez, y me preguntó a qué iglesia íbamos nosotros. Por supuesto que lo invité inmediatamente, y comenzó a asistir a los cultos (La Viña).

Era otra persona. Empezó a trabajar pintando casas, y luego lo vi con una muchacha muy simpática y sencilla. Un día, en el jardín, fue a saludarme y me presentó a esta joven profesora, quien era además cristiana, contándome que se casaban pronto, y que estaba muy feliz. Siguieron viviendo en la casa con la mamá. Una casa muy bonita, fina y bien tenida.

Cuando llegó la hora de nuestro regreso a Chile, fueron a despedirnos, y su mamá lloraba de emoción, y no se conformaba con nuestra partida. Me invitó por primera vez a almorzar, a un restaurante muy fino, donde me contó la historia de su familia. Su marido, a quien quería mucho, había muerto en un accidente cuando sus hijos eran chicos. Y Sandy, que así se llama el joven de esta historia, no terminaba de darme las gracias por todo lo que lo habíamos ayudado con nuestro ejemplo como familia.

Él nunca supo de mis oraciones a través de las ventanas, ni del clamor que el Señor puso en mi corazón, pidiéndole que tocara a este joven, y el Espíritu Santo le diera la gracia de su conversión. Fueron largos meses de oración, esperando en fe.

“Clama a mí, que yo te responderé, dice el Señor”.

Así fue, y más allá de nuestras expectativas humanas.



17. ni contigo ni sin ti

Mi infancia y adolescencia es relativamente normal, fui muy regalona, la menor de 4 hermanas, con mucha diferencia de edad, por tanto, fui como hija única. Consentida por mi papá sobre todo. Mi mamá siempre fue más distante y poco cariñosa, pero sí una mamá presente.

Mi adolescencia fue normal, pero la verdad fui muy “polola”. Con el tiempo, me di cuenta que eran mis ganas de sentirme aceptada y admirada por mis pares. No era fea, y tenía algo que hacía que no fuera difícil ponerme a pololear, no tengo claro si la sobreprotección de mi padre hizo que fuera así esta etapa, pero me sentía súper bien cuando lograba lo que quería.

A los 19 años conocí al que fue mi marido, y tuvimos una relación completamente inmadura, terminándola varias veces, pero bastaba que alguno de los dos empezara otra relación, para que volviéramos. Era más o menos como “ni contigo ni sin ti”. A pesar de las circunstancias, en que todo decía que nuestro matrimonio no iba a resultar, después de 6 años de pololeo, nos casamos. Nuestro matrimonio fue bueno al principio, y a los 5 meses de casada supe que estaba embarazada de mi hija. Aunque estábamos felices con nuestra pequeña, los problemas no se hicieron esperar. Yo no trabajaba afuera de mi casa, por cuidar a mi hija, y mi marido no duraba mucho en sus trabajos, y me puse a buscar trabajo remunerado, pero igual era difícil. Por tanto, tuvimos que tomar la decisión de que mi hija y yo nos fuéramos a vivir, junto con mi madre, a otra ciudad.

Mi exmarido fue siempre una persona que me encontraba todo malo, por tanto mi autoestima fue cayendo de a poco, pensando que no hacía nada bien,

incluso sintiéndome fea y solo querida a su manera por él, por tanto, tenía que agradecer el haberse casado conmigo. El año que yo estuve junto a mi madre, nos fuimos infieles mutuamente, como había sido nuestra costumbre siempre. El respeto ya no era tema para nosotros, y éramos como un ir y venir, en que de repente nos amábamos, y otras veces no nos soportábamos. Fue un período extraño.

Felizmente él encontró un trabajo que nos hizo vivir más o menos bien, pero luego estuvimos un tiempo largo con problemas económicos, hasta que yo encontré trabajo y ahí las cosas lograron estar calmadas, pero luego empezó nuevamente la violencia psicológica, con celos, infidelidades, gritos y peleas, en ese clima que obviamente no era el mejor, quedé embarazada de mi hijo. Me fue infiel durante mi embarazo, y fue muy doloroso, terrible. Me sentí menospreciada y estaba muy herida. A pesar de que nunca me lo confesó, yo sabía que había otra persona, y al nacer nuestro hijo, al parecer su amante le exigió elegir entre su familia y ella, y él optó por quedarse con nosotros y terminar esa relación. Yo me sentí contenta, ya que en realidad, para mí un matrimonio debía ser así.

Pasó el tiempo, y cuando mi hijo tenía dos años y mi hija seis, me fui nuevamente a casa de mi mamá, después de una conversación entre mi marido y yo, en la que acordamos que empezariamos de nuevo, pero en distintas ciudades, y entre tanto él buscaría otro trabajo. Nos iría a ver y a llevar sustento. Pero sin siquiera darnos cuenta, nos empezamos a acostumbrar a estar solos, y empezó a debilitarse mucho más la relación; conocimos a otras personas, y finalmente decidimos separarnos, con mucho escándalo, peleas y un tiempo largo de no vernos e insultarnos mutuamente.

Fue uno de los momentos más tristes de mi vida, a pesar de no sentir un amor muy grande por mi marido, pero tenía una dolorosa sensación de abandono y sentimientos de culpa por dejar a mis hijos sin un padre presente. Mi hija no quería ir al colegio, y cuando después de unos meses su padre los iba a buscar para estar con ellos donde sus abuelos paternos, eran unas pataletas terribles, porque ella no quería ir. Mi pobre niña con sus 6 años no debe haber entendido nada.

Ahí empezó mi ir y venir con pololos, en mi afán por sentirme amada y valorada por alguien, porque después que me separé, mi autoestima estaba por el suelo, me sentía fea, mala madre y una persona que no hacía nada bien. En ese tiempo conocí un hombre que me hizo sentir la mejor persona de este mundo, y aunque no era un hombre ideal, me enamoré inmediatamente,

pero nunca involucré a mis hijos en esta relación, ya que, gracias a que vivía con mi mamá, si salía, los dejaba con ella, quien los cuidaba, les ayudaba en sus tareas, y se preocupaba de las cosas domésticas, la misma razón por la que yo podía ir a mi trabajo, sin tanto problema. Y cuando mis hijos venían donde su padre en Santiago, yo aprovechaba de estar con mi pololo, salir y pasarlo bien.

En ese tiempo también mi exmarido tenía una nueva polola, que era más joven, y les encantó a mis hijos. Anulamos nuestro matrimonio, y él se pudo casar con ella. Reconozco que a pesar de que mi ego quedó destruido, ella siempre fue muy buena con mis hijos y nunca los trató mal, sino que todo lo contrario.

Así pasaron varios años. Yo más o menos estable con mi loco pololo, y mi ex formando su nueva familia con más hijos. Yo ya estaba trabajando en otra ciudad, mi ex acá en Santiago, y después de varios años, me trasladaron también a Santiago, era una excelente oferta, la que no se podía dejar de lado, además, mis hijos ya tenían 13 y 9 años, por tanto era el momento ideal para cambiarnos a Santiago, y ellos dejar de viajar a ver a su padre y estar más cerca para el diario vivir.

Creo que fue lo mejor para todos, y de hecho, nos vinimos a un departamento. Muy cerca de mi exmarido. Al principio fue todo bien, yo trabajaba mucho para poder darle lo mejor a mis hijos, porque a pesar de estar todo bien como ex con mi marido, no me daba plata para los estudios y las necesidades de mis hijos, o sea, seguía viviendo como un cometa, y ahora con tres hijos más y su nueva señora... nada en él había cambiado.

Cuando yo llegué a Santiago, empecé a ir a la iglesia cristiana católica, más que nada como una manera de estar cerca de Dios, porque de verdad que lo necesitaba, y mientras tanto, mis hijos comenzaron a ir con la nueva familia de mi exmarido a una iglesia cristiana evangélica, de la que yo no sabía mucho, y la verdad no me interesaba, pero lo que sí me llamaba la atención, era lo contenta y luminosa que llegaba mi hija, después de los famosos cultos.

Cuando llevaba un año más o menos acá en Santiago, la señora de mi exmarido me invitó a un encuentro de mujeres, el cual caló hondo en mi vida. Me di cuenta de muchas cosas, y de muchos errores que había cometido; sin embargo, pasó un tiempo largo para que volviera a esa congregación,

y seguí yendo a la mía, porque igual me hacía muy bien, pero salía con la sensación del deber cumplido, nada más, nada... cambiaba en mí.

En ese tiempo mi mamá, quien se había venido a vivir conmigo para que no se quedara sola en su ciudad, ya que tenía sus años, comenzó con una demencia senil, muy tenue al principio, pero fue avanzando muy rápido. Ahora miro hacia atrás, y en realidad fue muy doloroso ver cómo mi mamá dependía cien por ciento de mí. A los pocos años empezó a usar pañales y a estar más en esa penumbra, en ese mundo especial del que sabemos poco. Había noches que no dormía y cantaba toda la noche, o si no, hablaba con personas que por supuesto ya no estaban. Era igual que cuidar a una niña; a veces no quería comer, y había días en que solo miraba hacia afuera por la ventana de su pieza.

Mis hermanas, si bien cooperaban económicamente, no ayudaban mucho con el cuidado de mi madre, y eran peleas largas cuando yo quería salir de Santiago por ejemplo, y necesitaba que se quedaran con ella. Su argumento era: ella te paga el arriendo, por lo tanto tienes que hacerte cargo de ella... En el fondo era verdad.

En el año 2011 empecé a ir regularmente a la iglesia Cordillera, donde había hecho el Encuentro de Mujeres que tanto me había impactado. Así es que partía cada domingo junto a mis hijos, y realmente ¡me cambió la vida! Empecé a entender que Dios era más real de lo que nunca hubiera pensado, que siempre estaba ahí. Hice todos los cursos que se me ponían por delante, y fui descubriendo las maravillas de Dios, entendiendo tantas cosas que antes ni sospechaba. También comprendí que el Señor en su infinita misericordia me había cuidado mucho en todas mis locuras de adolescente, y de ya un poquito mayor, que siempre estuvo a mi lado; también que la enfermedad de mi mamá, fue para que yo la aprendiera a perdonar, y perdonarme a mí misma, por lo injusta que había sido a veces con ella (ya que no teníamos una buena relación, éramos muy diferentes), a no reclamar y a cuidarla con un amor incondicional sin preocuparme de que si los demás lo hacían o no. Todas las cosas empezaron a acomodarse en mi vida, reconociendo la mano de Dios en todo mi caminar.

Mi hija mayor comenzaba un pololeo con quien es ahora su marido, tuvieron un pololeo largo, de mucho compañerismo, de compartir además la misma fe, y que culminó en un feliz casamiento, bendecido con cuatro maravillosos hijos. Cada vez que voy a su casa y veo a mi yerno, a mis nietos y a mi hija, no puedo dejar de dar gracias a Dios, porque sé que él la cuidó, ya que con

la madre medio loquilla que tenía, podía haber sido su vida muy diferente. Ella sigue siendo fiel a Dios, y agradece en cada momento lo que tiene. No es porque sea mi hija, pero es una bella persona.

Mi hijo, a los 17 años dejó de ir a la iglesia, y conoció a su polola, quien ya tenía una hijita de dos años. Se enamoraron, y tuvieron una niñita, mi primera nieta. Luego empezaron a vivir juntos, a pesar de su juventud, falta de experiencia, y la inmadurez que yo aún veía en mi nuera, pero Dios ha permitido que sigan juntos durante ya casi 7 años. Y ahora, gracias a las oraciones y el poder de Dios, se casarán, y confío en que pronto estaremos todos juntos como familia en la iglesia. Por el momento solo van las niñas conmigo, y yo feliz que puedan conocer al Señor.

Mi madre falleció a la edad de 98 años, en su cama, tranquila y llena de amor. Dios fue tan bueno conmigo que me permitió largos 7 días para acomodarme a la vida sin ella, y pude orar a su lado, despedirme y estar tranquila cuando partió.

Eso también permitió que con mis hermanas estuviéramos juntas esa semana que mi mamá empezó a empeorar, y algo pudiéramos limar nuestras asperezas.

Solo puedo decir ahora que Dios en su infinita misericordia me cuida todos los días y me ha permitido cosas muy lindas en mi vida, he aprendido a entender que todo lo que a uno le pasa, es una enseñanza, y que Dios no permitirá nada que no podamos soportar. Estoy feliz con mis hijos, mis nietos, toda mi familia y el clan de mis consuegros, que ha sido una bendición para mí. Y espero y confío en Dios que él traiga a todos quienes aún no comparten esta fe, esperanza y amor de Jesús, que cambia nuestras vidas.



18. *los cánones de belleza*

Hola:

Soy Carolina, tengo 43 años, y me considero una mujer bastante emocional, soy intuitiva, romántica, impulsiva, sincera, directa, sensible, muy perfeccionista y eso no me favorece mucho porque sufro cuando las cosas no salen como yo quisiera, cuando me equivoco y también hace que muchas veces no disfrute de lo que tengo ya que busco, espero y deseo que todo sea perfecto. También soy melancólica. Vivo soñando y llenándome de ilusiones. Soy cariñosa y fría a la vez. Otra de mis características es que cuando me comprometo, lo hago de corazón. Soy esposa y madre.

Soy una mujer expresiva y cuando algo no me gusta o me siento incómoda se me nota en la cara. A veces ni yo misma me entiendo. Tengo claro que estoy llena de sentimientos que muchas veces no sé cómo explicarlos, y desearía que alguien abriera mi cabeza y me diga qué ve. Soy insegura y eso viene de mi niñez.

Desde chica fui gordita, en mi familia me decían la chanchita Piggy y si bien no sufrí mucho *bullying*, mis amigos comentaban que era la gordita del curso, o alguna broma pesada, como levantarse de sus sillas cuando yo me sentaba, simulando que mi peso los hacía rebotar. Recuerdo que eso no me hacía sufrir, pero mi autoestima se veía afectada al compararme con otras niñas del colegio, que eran delgadas, bonitas, y los chicos siempre estaban detrás de ellas. Ser gordita no era aceptado en los cánones de belleza. Llevo 2 años y medio de operada de un *bypass* gástrico; por eso ya no se ven esos varios kilos de más.

Tuve pocos amigos hombres, pero sí amigas. De los 15 años en adelante, cuando iba a fiestas, era muy tímida para relacionarme con chicos. Me costaba acercarme a los hombres porque me sentía fea.

No sé de dónde viene el sentirme fea, porque aunque me decían gorda en mi casa, recuerdo que agregaban que era una gorda bonita, pero como no tenía buena aceptación con los chicos, me sentía fea. Esa inseguridad la escondía con mi carácter frontal, aprendiendo a defenderme de cualquiera que quisiera hacerme daño.

Me gradué de Publicista, soy peruana, de Lima, ciudad amada donde crecí cerca de abuelos, parientes y excelentes amigos que hasta hoy mantengo contacto con ellos.

Me siento satisfecha como mujer, siempre y cuando no me esté comparando con el tipo de mujer que impone esta sociedad hedonista y competitiva. Pero cuando caigo en la tentación de verme distinta, porque no ejercí mi carrera, no tengo un trabajo remunerado, no apporto dinero para la casa, y porque además no es mi prioridad salir y disfrutar de los placeres que ofrece este mundo, sino vivir para mi familia... siento que de algún modo he fracasado, de acuerdo con la normalidad actual.

Sé que parece algo anticuado, pero para mí la felicidad es dedicarme de lleno a mi hija, mi esposo, y dejando que él sea quien lleve las riendas del hogar, y me ame tal como soy. Cuando acepto esa realidad, sin pensar en lo que no soy o no tengo, soy agradecida de estas bendiciones y me libero.

Yo soy mi primera crítica, y muy dura conmigo misma. Si bien me reconozco muchas virtudes, soy estricta con mis defectos, y aunque digo de la boca para afuera que no me importa lo que piense de mí la gente... sí me afecta, tanto lo positivo como lo negativo, y me gusta que me digan si lo estoy haciendo bien o mal.

Soy una agradecida de la vida que me ha tocado vivir, porque aunque vengo de un hogar con padres divorciados, fui y soy amada por ellos. Y como en muchos casos como el mío, he sido demasiado sobreprotegida por mi mamá, de niña y hasta grande. Cuidó de mí de tal manera que nada malo me llegara, me refiero a dolores, problemas, dificultades, todo me lo solucionó. Lo que hace que hoy me cueste tomar decisiones, y me sienta débil en algunas áreas de mi vida. Naturalmente que no la culpo, porque sé que solo ha sido por su gran amor hacia mí, y el deseo de protegerme

de los peligros de este mundo... pero ese exceso de cuidado ha significado que aún a mi edad, yo quiera seguir viviendo en esa burbuja protectora, donde no entran los problemas y todo es felicidad, donde el dolor no me toca, ni las penas me afectan. No sé si es una autodefensa, porque le tengo temor al sufrimiento, poca tolerancia a la frustración. Me cuesta luchar por lo que quiero, y me desanimo frente a las dificultades. A veces deseo tantas cosas, y me olvido de disfrutar lo que ya tengo, que gracias a Dios es mucho, pero ya sé que eso es parte del perfeccionismo que tengo, donde ya estamos trabajando para mejorar eso.

Soy hija única, así es que todo el afecto y la atención fueron para mí. Siempre tuve a mis padres dispuestos a escucharme, y eso fue y es muy valioso, porque sé que puedo contar con ellos, y que a pesar de sus diferencias, han actuado en forma madura y muy cuidadosa, dándome un ambiente de respeto, donde los problemas se conversaban, sin gritos, insultos, ni malos modos.

Eso lo valoro y lo tengo como ejemplo para mi hija.

Mis padres forman mi círculo de protección, y me duele mucho cuando los veo que tienen problemas, como suele ser la vida para todos, pero yo quisiera que no fuera así. Actualmente mi esposo también entró en este círculo de protección, y junto a mis padres y mi hija, son las personas más importantes para mí.

Sin embargo, por más que ellos lucharon por mi bienestar, hubo en mí un sentimiento de abandono, que se hacía sentir con más dolor en fechas como la Navidad, mi cumpleaños, día del padre o de la madre, en que yo tenía mi corazón dividido; porque si estaba con la mamá, extrañaba al papá, y si estaba con él, la echaba de menos a ella. También pensaba que ellos sufrían por no poder estar conmigo. Mi mayor anhelo era que estuviéramos los tres juntos. Eso marcó mi vida hasta hoy, porque sufro mucho por las separaciones, las discusiones, los abandonos... sintiendo que pueden abandonarme a mí.

Durante largos años tuve que aprender a vivir sin la presencia de mi papá en la vida diaria, porque aunque nunca dejó de llamarme o visitarme, lo necesitaba. Ahora de mujer y madre, me aflijo por él, que vive en Estados Unidos con su segunda señora, pero creo que se siente solo. Igual situación me pasa con mi mamá, que hago más sus penas, y quisiera tener el control,

como una varita mágica para solucionarles la vida. Es también como un egoísmo de mi parte, porque al hacerlo yo estaría más tranquila.

Mi papá y mi mamá se volvieron a casar, cada uno por su lado. Mi mami se casó con Roberto, cuando yo era chica, nunca lo vi como a un padre, yo tenía el mío, pero sí lo respeté y lo acepté como compañero de mi mamá. Lo quiero mucho y sé que él me quiere mucho a mí también. Es mi familia, es el tata de mi hija y soy feliz de poder darle a él ese regalo.

Al revisar mi vida, descubro momentos claves que me marcaron, uno es el momento en el que mis padres se separan, yo tenía aproximadamente 8 o 9 años, no recuerdo realmente qué sentí, creo que eso lo bloqueé, la pena, el dolor, y no dejé que salieran mis sentimientos como debería o puede ser que me protegieron de tal manera que yo no estuve consciente de lo que realmente pasaba, a las finales pensaba que era entretenido irme a vivir a un lugar nuevo. Pero pienso que todo se comenzó a ver reflejado después en mi vida, en cómo la enfrentaba, en los errores que cometía, en mis prioridades de vida, ya que una de ellas era mi necesidad de atención del sexo opuesto. Tengo la certeza que de ahí parte todo. Luego a mis 25 años mi padre se va a vivir a Estados Unidos, y en ese mismo año se produjo la ruptura con un pololo con quien llevábamos seis años. Estos tres momentos importantes me dejaron el mismo sentimiento de abandono, dolor, inseguridad y vacío. El término de mi pololeo parece que me marcó más, porque fue el día que se reventó mi burbuja y me sentí abandonada, sola y poco amada. De un día para otro me dijo que me dejaba, porque había otra persona. Nunca más he recordado llorar como en ese tiempo. Rompió mi corazón en pedazos; yo pensaba que sería mi compañero para toda la vida, lo quería con toda mi alma, y me sentía segura de su amor.

Después vino la juventud, me dejé llevar por la gran mayoría, viviendo a mi manera, sin meditar en las consecuencias. Para mí la vida era eso, libertad de hacer lo que uno quiere, porque los jóvenes éramos los dueños de nosotros mismos. Felicidad era salir y estar de fiesta en fiesta, donde el alcohol y el sexo eran cosas normales; y luchar por esa libertad, que en parte debe ser algo de la rebeldía que tengo y es mi lucha de querer hacer las cosas como yo quiero y cuando yo quiero.

En todo momento me perseguía la necesidad de sentirme atractiva, querida, aceptada, y eso me llevó a que escogiera mal a mis parejas, dejándome amargas experiencias de vida... saliendo dañada de mis relaciones. Mi vida sexual comenzó a los 17 años, algo muy normal para la mayoría de la

juventud. Y así lo consideré por un tiempo, guiándome por mis emociones y sensaciones... sin tener conciencia de que no estaba valorando mi cuerpo, mi persona en general.

No sabía esperar al hombre indicado, si no que yo lo buscaba, andaba pendiente de quién se podría fijar en mí. Deseaba un hombre que me amara y quisiera estar siempre conmigo. Quería casarme. Y en esa búsqueda de felicidad emocional y de compañía, no me preocupé de mis aspiraciones personales y laborales. Estudié, pero no ejercí. En ese tiempo mi pololo me decía que no trabajara en algunas áreas de mi carrera, y le hacía caso, postergando cada vez más mi crecimiento profesional, hasta que finalmente no me quedó más que buscar trabajos solo para ganar dinero y vivir al día... sin pensar en mi futuro. Él se convirtió en un hombre exitoso, y buscó una mujer exitosa también.

Todo eso me dejó un sentimiento de que no era valorada como mujer, pues no era el modelo impuesto por la sociedad, y tampoco estaba ejerciendo mi carrera, lo que me hacía sentir inferior. Comencé a creer que no era capaz de lograr objetivos en mi vida. No me daba cuenta que mi grave error había sido depender cien por ciento de esa persona, y de vivir para él, dejar que mi vida girara alrededor de él, sin preocuparme de mi propio crecimiento.

Continuó mi vida y en este afán por encontrar lo que yo consideraba felicidad, conocí hace unos 9 años, un hombre que me llenaba de piropos, que me hacía sentir hermosa, atractiva, deseada, y eso bastó para involucrarme en una relación turbia, sucia, donde los vicios y las infidelidades estaban a la orden del día. Estuve con una persona alcohólica, drogadicta y mentirosa. Hoy, cuando miro hacia ese triste episodio de mi juventud, no puedo entender en qué momento, cómo y por qué compartí mi vida con un hombre así. Dejé mi hogar y mis valores, sin pensar en los sentimientos de mi mamá. Total, yo quería vivir mi vida, y ya tenía claro que los cuentos de hadas y el príncipe azul no existían, así que ni siquiera pensaba en casarme; simplemente seguir con esta pareja, y soñar como casi todas las mujeres, en tener un hijo. Sabía que podía ocurrir, y lo deseaba porque ya tenía 30 años, y si no estaba casada como la mayoría de mis amigas, al menos tendría mi propio hijo con ese hombre que decía que me amaba, pero me engañaba, tomaba mucho, consumía cocaína, eso lo descubrí ya cuando estaba atrapada en esta relación donde además la mentira era parte de todos los días. Él no me prometía un futuro, solo me decía que me necesitaba, yo sabía que tenía que alejarme de él pero no podía, el miedo a quedarme sola me tenía ciega.

Hasta que un día tomé conciencia y decidí alejarme de él, al poco tiempo de hacerlo me di cuenta que estaba embarazada. Cuando tenía como dos meses, yo no paraba de llorar. Era una mezcla de tristezas, culpas, soledad y desesperanza al pensar que mi futuro sería con ese hombre, que ahora llevaba en mi vientre un hijo y me alejara o no de él, estábamos unidos y comencé a preguntarme ¿qué hice? Cuando me tocó mi control de embarazo, al hacerme la ecografía me dicen que no hay latidos. El diagnóstico fue un aborto retenido. Estuve hospitalizada, pues debieron hacerme un raspaje. En esa cama, en la clínica, miraba a la nada, tenía vergüenza, tristeza, me ponía a mirar dónde estaba y cómo había llegado a estar ahí; ver a mi mamá como siempre, incondicional a mi lado, con todo el dolor que le causé, estaba ahí, tomándome de la mano y diciéndome lo mucho que me ama. ¿Cómo pude hacerle eso? No podía creer lo tonta que fui, hasta dónde llegué, no solo me hice daño a mí, le hice daño a mi mamá y lo más triste, me alejé de Dios.

Después de esta experiencia traumática, mi tristeza era cada vez mayor, pero también sentí un cierto alivio porque al menos ya no había ningún lazo que me atara a este hombre. Podía sacarlo totalmente de mi vida, alejarme de él y olvidarme de esta pesadilla, porque eso fue para mí una horrible pesadilla, fue como estar atrapada en un vicio que no me dejaba salir; aun cuando en mi conciencia sabía que tenía que salir de ahí, fue una lucha, pero lo más hermoso de esto fue saber que en esa lucha no estaba sola.

Estaba agotada, levanté la mirada al cielo y mi encuentro con Dios fue maravilloso, Él estuvo ahí siempre conmigo esperando que yo me aferrara a su mano y salir de esa oscuridad. Cómo reconocer que mi vida depende de un ser grandioso, todopoderoso que no vio mis pecados si no su amor fue tan grande que me perdonó, y enderezó mi camino y me llenó de su amor, de esperanza y me devolvió la paz.

Fue tremendo sentir nuevamente la presencia de Dios en mi corazón y la esperanza de una nueva vida gracias a su misericordia. Dios tomó el control de mi vida. Comprendí que no hay mejor bien que esforzarme por ser una persona íntegra, y para lograrlo necesito depender del Señor en la vida diaria. Entendí que sin Dios tengo un vacío que no hay nada que lo llene y que sola uno no puede luchar en la vida, esas fuerzas solo te las da Dios y la Fe, que solo Él puede darnos la felicidad que añoramos siempre y es una felicidad distinta no como la de la sociedad, sino una felicidad que se transforma en Gozo y eso solo lo da la experiencia de vivir una vida con Dios.

Comenzaba mi proceso de sanación emocional y de un momento a otro comenzaron a cumplirse los anhelos de mi corazón. Conocí a mi actual esposo, un hombre que para mí es maravilloso, aunque naturalmente tiene sus defectos como todos los humanos, pero lo amo, y él a mí, me ama tal como soy. Y lo más precioso de todo esto es que compartimos la misma fe cristiana, así que Dios es el centro de nuestro hogar, y debemos ser consecuentes en nuestra vida, reconociendo la necesidad de guiarnos por Él y cada día veo que esto es lo más importante para que mi matrimonio permanezca sólido como lo es hasta ahora, donde ambos tenemos el mismo sentir y el mismo temor y el mismo deseo de agradar a Dios.

El segundo regalo de Dios, fue la llegada de nuestra hijita, en un embarazo perfecto, y con una niña sana y bella. Sí reconozco que no ha sido fácil, incluso frustrante, porque antes vivía para mí, y ahora las 24 horas del día son para sacar adelante a mi pequeña, que ya dejó de ser una bebé para ahora ser una niña. Alimentarla, cuidarla, levantarme a cualquier hora, muerta de sueño, contenerla ahora que comenzó su etapa escolar y cada día llega con un drama, salió más sensible y dramática que la mamá, en fin, llevar adelante todo lo que las mamás hacen por sus hijos; es decir, santificación de vida. La verdad es que enfrentar esta responsabilidad me costó asimilarla. Y dicho sea de paso, me tocó una chiquita con carácter muy fuerte, así que el tema de la disciplina debe ser constante.

Para terminar les puedo decir que la vida con Dios no significa que no tendremos problemas y tristezas, propias de nuestra humanidad, pero si la vivimos tomados de su mano, Él nos levanta, anima, consuela, protege, y nos ayuda a enfrentar cada situación en el día a día. Que yo en lo personal así lo compruebo, porque hay días en que me siento débil, que tengo mis trancas, mis dudas existenciales, me equivoco todo el rato, pero es maravilloso tener la libertad de recurrir a un Dios que existe, que vive y que está ahí, y es válido pedirle día a día que renueve mis fuerzas y mi fe porque no es fácil y menos en estos tiempos donde todo lo que en el día a día se ve, va en contra de lo que Dios nos enseña y uno tiene que luchar contra la corriente, yo creo y prefiero vivir mi vida con Dios que alejada de él y experimentar la paz, el gozo y el verdadero amor que solo Él da y poder agradecer cada minuto y cada segundo por el maravilloso hogar que Dios me permitió formar, a pesar de mis caídas, a pesar de mis errores, pero pude palpar su misericordia y su perdón y eso lo veo en mi vida todos los días.

Esa soy yo, una mujer común que lucha todos los días por ser mejor persona, pero no ante los ojos de lo que diga esta sociedad, sino ante los ojos

de Dios y buscar el propósito de vida que Dios tiene para mí y no lo que el mundo quiere para mí.

¡Gracias Señor Jesús!



19. *tu proyecto de vida se derrumba*

Cuando “sientes” que los días son más bellos que de costumbre, cuando no quieres que ese tiempo pase, porque quieres seguir ahí, cuando tu corazón espera ese llamado, cuando todo es amor... todo eso nos pasa y mucho más cuando nos enamoramos, cuando encontramos a esa persona maravillosa que hizo un *click* en tu vida y que luego ese *click* pasó a la otra etapa que es cuando te casas ¡qué bella ilusión! solo quieres estar con esa persona toda la vida. Pero lamentablemente muchas veces eso no sucede.

Esta es mi historia:

Me casé, nacieron 2 hermosos hijos; una dama y un varón ¡qué felicidad! tenía mi hogar, mi esposo, mi trabajo y mis adorados hijos. Pero como se dice, no todo es color de rosa en la vida. Pasaron los años, y tuvimos que separarnos.

Fue un proceso muy duro, fuerte, triste, porque veías cómo tu proyecto de vida que habías formado, se te derrumbaba.

Noviembre 27 del año 2007. Esa noche, mis hijos y yo ya no dormiríamos más en nuestra casa. Ese día marcó mi vida, porque fue cuando me separé, tomando la decisión de irme con mis hijos, porque ya en casa no podía seguir viviendo. Con el padre de mis hijos ya no nos hablábamos, dormíamos en piezas separadas, ya no había nada de comunicación, éramos dos personas ajenas compartiendo nuestra casa.

Ese 27 de noviembre me levanté como todos los días, y llevé a mi niño que tenía 2 años a su jardín, a mi niña de 7 a su colegio, y todo parecía

normal. Ese día pedí permiso en mi trabajo para llegar un poco más tarde. Frente a mi casa había un negocio, y ahí esperé hasta que todos salieran (digo todos, porque mi ex había llevado a vivir con nosotros a dos de sus hijos del matrimonio anterior, que eran ya grandes, mayores, y creo que lo hizo como para apoderarse de su casa), pero bueno, ahí estaba yo, afuera de nuestra casa, esperando ingresar para comenzar a cargar el camión y sacar nuestras cosas e irnos al nuevo hogar.

¡¡Ufff, qué fuerte decisión!! Pero tenía que hacerlo. Nunca me imaginé que sería de esta manera, pero no tenía opción...

Y ahora venía lo más fuerte, ¡cómo les explicabas a tus hijos que ese día ya no iban a dormir en su casa!...

Recuerdo que la dueña del jardín donde iba mi hijo, y también en la tarde se quedaba mi hija después de su colegio, era una excelente persona, y muchas veces me ayudó, sabiendo todo lo que me pasaba. Ese día ella les fue contando con cariño a mis hijos, como para ir ablandando un poco el cambio que se avecinaba, que iban a tener un nuevo hogar que sería más lindo, que había una piscina grande, que van a tener nuevos amiguitos, etcétera.

Llegó la tarde y pasé al jardín como todos los días a buscar a mis dos “pollitos”, armándome de valor y fuerzas, y diciéndole al Señor “vamos, te necesito, ayúdame”. Cuando pasé a buscarlos, mis hijos ya estaban ansiosos de conocer este nuevo hogar, pero la primera impresión no fue buena, porque aún estaba todo desordenado, porque después de descargar el camión en la mañana con todas las cosas, tuve que regresar a mi trabajo, así que no hubo tiempo para arreglar un poco y dejar algo ordenado para darle más ambiente de hogar.

En mis momentos de tristeza, de dolor, siempre acudía a Dios. Recuerdo que los domingos iba a la Catedral en la Plaza de Armas y me sentaba, escuchando la misa y rogándole a Dios que me ayudara.

Un día me invitaron a una iglesia evangélica, y yo me dije, “evangélica uhmmm”... para ser sincera no me tincó para nada. Tenía otro concepto de esta iglesia. La invitación me la hizo una alumna que estudiaba medicina en la Universidad donde yo trabajaba, y sus padres eran pastores.

Se trataba de un Encuentro de Mujeres, y fui, puedo decir que iba con un poco de temor, no sabía a qué iba, no conocía a nadie, excepto a esta alumna que me había invitado.

Ese día fue tan sorprendente que marcó mi vida en un antes y un después, porque supe quién era Dios, y descubrí qué es lo que Él quería de mí.

Debo decir que respeto mucho a las personas que son católicas, pero mientras yo iba a esa iglesia, nunca me nació confesar mis pecados delante de un sacerdote, encontraba que no correspondía, como tampoco nunca sentí esa necesidad de acudir a los santos a rezarles, prenderles velas y pedirle que me ayudaran.

Yo jamás había leído la Biblia, realmente era una ignorante, no tenía idea cómo se buscaban los versículos, y ¿qué era un versículo?... Yo creía en Dios, pero nada más, creía a mi manera, trataba de ser buena persona, tenía tan poca información, nunca me había llamado la atención saber más.

Y bueno, a contar de esa invitación, seguí yendo a esta iglesia evangélica que me quedaba muy lejos, porque nosotros vivíamos en la comuna de Maipú, y la iglesia quedaba en Las Condes, donde el culto era en las mañanas los días domingos a las 11:00 horas.

No tenía auto, y recuerdo que nos íbamos en micro con mis hijos, demorándonos 1 hora, pero no importaba porque a pesar de todo lo que estaba viviendo en ese momento, sentía una paz interior muy grande, algo estaba pasando en mí, me gustaba ir, me sentía acogida, iba aprendiendo y quería saber más y más...

A partir de esa invitación no he dejado de asistir a esta iglesia.

Y puedo decir que conocer más a este ser superior que llamamos Dios ha sido una gran bendición para mí y mis hijos. Saber que Dios solo quiere que lo sigamos, que conozcamos su palabra que es luz a nuestro caminar, que lo aceptemos en nuestro corazón, y que si yo sigo sus mandamientos, voy a tener lluvias de bendiciones, saber que tenemos una comunicación directa con Él a través de la oración, y que nada podemos hacer sin Él, que todo lo que nosotros no podemos hacer como humanos, Dios sí lo puede hacer, y comprender que fuimos creados a su imagen y semejanza, que todos tenemos un propósito en esta vida, que nadie está por estar, que Dios nos ama aunque seamos pecadores, que es un Dios misericordioso,

un Dios compasivo, un Dios todopoderoso, que es un Dios fiel, es un Dios vivo, un Dios de amor.

Pasó el tiempo, y nos bautizamos con mis hijos. Fue una decisión hermosa, donde nos entregamos al Señor, dejando todo lo malo atrás, transformándonos en nuevas personas en Cristo Jesús. Ese bendito día, nos comprometimos a que Dios sea lo primero en nuestras vidas, y después estará todo lo demás.

Mis testimonios que a continuación voy a mencionar, reflejan claramente cómo en cada una de esas circunstancias de nuestras vidas, el Señor se ha manifestado y han sido de mucho gozo para mí y mis amados hijos.

Cuando me separé de mi esposo, puedo decir que Dios me contuvo, fortaleció, cuidó de nosotros, protegió, y nunca tuve miedo de enfrentar todo lo que se venía por delante. Es verdad que se sufre, se llora, se recuerda, y cuesta salir adelante, pero cuando tienes al Señor en tu corazón, no importa las tormentas que estés viviendo, aunque igual vas a sufrir, pero tu sufrimiento será de otra forma, se sufre, pero con una paz interior que solo Dios la sabe dar. Todo se fue acomodando; las cosas fueron tomando su lugar, mis niños ya de a poco se iban dando cuenta de lo que pasaba, comprendiendo la situación y les gustaba su nuevo hogar, haciendo nuevos amiguitos, etc. Y así avancé en esta nueva etapa de nuestras vidas, orando y conversando con el Señor, contándole mis problemas y pidiéndole que no me dejara sola, que me ayudara, y así fue, siempre estuvo ahí... ¡¡¡Gracias Señor!!!

Josué:1-9

Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no desmayes, porque tu Dios estará contigo en donde quieras que vayas.

–Recuerdo que después de pagar un año arriendo postulé a un departamento, teniendo muy pocas posibilidades, pero Dios es tan bueno y misericordioso que me dio la oportunidad de pedir un préstamo al banco y comprar ese departamento, nuestro actual hogar con mis hijos. ¡¡¡Gracias Señor!!!

Nahum1:7

El Señor es bueno; es refugio en tiempos difíciles y protector de los que acuden a Él.

–Hace muchos años hice un curso de manejar, tenía licencia pero el que manejaba siempre era el padre de mis hijos, por tanto, experiencia muy poca, casi nada. Necesitaba un auto, con 2 hijos chicos me hacía falta, como

también para ir a la iglesia, pero una vez más, tampoco tenía el dinero para comprarlo... Vamos Dios, tú sabes que es una necesidad para trasladarme con mis niños; por favor ayúdame a tener este auto, y si lo tengo será en primer lugar para ir todos los domingos a tu casa de oración.

Y empecé a organizarme con mis pagos y deudas, y todo lo demás llegó, incluyendo el auto. ¡¡¡Gracias Señor!!!

Mateo 6:33

*Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia
y todas las demás cosas serán añadidas.*

–Para las vacaciones de verano, siempre viajamos al sur a nuestra querida ciudad Lebu, VIII Región, donde vive mi madre. Y un verano se nos complicó viajar, por Rocket, nuestra mascota, el perrito de la familia. ¿Cómo lo haríamos ahora?, ¿dónde lo dejábamos?... hablamos con nuestros familiares y cero posibilidad, pagar un hotel para perros, muy caro. Entonces mi hija me dice, “¿mamá, por qué no viajamos en auto y llevamos a Rocket?”. Mi respuesta fue que no tenía tanta experiencia en manejar; no lo creía posible, pero se acercaba ya la fecha que tenía las vacaciones y aún no sabíamos qué hacer. Y de un día para otro decidimos y nos fuimos en auto los tres, más el perro. Recuerdo que esa tarde oramos a Dios con mucho fervor.

Nos levantamos aquel esperado día, a las 5 de mañana, arreglamos las cosas, cargamos el auto y nos fuimos. Nos pusimos a orar y nos fuimos cantando alabanzas un largo rato.

Llegamos a Lebu a las 13:00 horas sin ningún problema. Manejé como 7 horas, 640 km. ¡Impresionante! Y fue un hermoso viaje, sin ningún problema. Dios permitió y nos cuidó en ese largo trayecto, siempre estuvo ahí con nosotros, porque como saben, para el Sur viajan muchos camiones cargados de madera, fruta, etc., y cada vez que se aproximaba uno de ellos, sentía temor y mi hija me decía “calma, calma mamá”, ¿se te olvida que Dios nos está cuidando?... ¡vamos, tú puedes! y así fue cada vez que venía otro camión o alguna situación complicada, le decía al Señor, “ayúdame, te necesito, no te apartes de mi volante, y así pasábamos un camión, dos camiones y seguíamos adelante... ¡¡¡Gracias Señor!!!

Juan 15:7

*Si ustedes permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes,
pueden pedir lo que quieran y les será concedido.*

–La adolescencia es un proceso muy complicado y más aún cuando tienes que tomar los dos papeles de padre y madre. El padre de mis hijos jamás tomó su rol; fue un papá ausente. Solamente por obligación, deposita el dinero para sus hijos y sería todo.

Dios también ha estado conmigo enseñándome respecto de mi carácter, guiándome a hacer las cosas con más paciencia y amor. Debo decir que mi carácter es fuerte y autoritario, y creo que esto me pasó por estar sola a cargo de este buque. Muchas veces no te das cuenta que no fue la forma de hacerlo o no fue la forma cómo hablaste o dijiste las cosas, sin las palabras adecuadas, y dañaste sin querer. Que fuiste quizás muy radical viendo solo blanco o negro... cuando también hay otros colores y matices.

Así me pasó con mi hija adolescente, que eran tantas las discusiones que teníamos, que un día me avisa que se va de la casa, porque no aguanta más estar acá. En ese momento, cuando me dice eso, siento un dolor de estómago, mis piernas débiles, mi boca seca, un frío que me estremecía todo el cuerpo, un conjunto de cosas que un momento pensé “esto no me está pasando a mí, esto es un sueño, solo un sueño”. Ya era de noche, mientras arreglaba su mochila con algunas cosas, y yo le preguntaba... pero ¿adónde irás? No lo sé, tal vez donde una amiga... o donde la tía Nina. Y se fue... Esa noche fue horrible, no dormí, haciéndome preguntas una tras otra.

Al otro día su hermano se fue al colegio y se devolvió llorando porque su hermana ya no vivía con nosotros, me llamó y me tuve que devolver, faltando al trabajo para acompañarlo en casa. Él me preguntaba ¿“mamá, por qué nos pasó esto, por qué se fue mi hermana? Si éramos felices los tres... ¿Con quién voy a hablar ahora mamá? Mamá, ella va a volver, ¿verdad?... Mamá voy a extrañar a mi hermana”...

Fueron días muy, pero muy tristes, sentía una pena tan grande, ha sido el sufrimiento más fuerte que me ha tocado vivir, era como si te sacaran algo desde adentro, lloraba a escondidas de mi hijo para que no me viera.

Miraba la pieza de mi hija, sus cosas, y la pena me abrazaba de nuevo.

Mi hija no me respondía el celular, no quería saber nada...

Orando y pidiéndole al Señor todos los días y a cada momento...

Y volvió mi princesita, nos abrazamos, lloramos, nos pedimos disculpas, ella llegó renovada y yo por mi parte también, la comunicación que tenemos ahora es muy linda, es otra cosa.

Ese tiempo teníamos que vivirlo ambas... Dios quiso que pasara esto para que aprendiéramos que todos los problemas se solucionan hablando, sin alterarse, tomando el control de lo que voy a decir y cómo lo voy a decir; en el fondo es hacerlo con amor... como el amor que Dios nos enseña. ¡¡¡Gracias Señor!!!

II Timoteo 2:14

“No dejes de recordarles esto. Adviérteles delante de Dios que eviten las discusiones inútiles, pues no sirven nada más que para perjudicar a quienes las escuchan”.

Quiero dejar estos testimonios, para mis nietos, bisnietos, para mis hijos, para que ellos recuerden los bellos momentos que Dios nos regaló juntos, y pedirles que nunca se aparten del Señor, que todos los días se levanten y se acuesten agradeciéndole, por las cosas más mínimas, las más pequeñas, como por ejemplo: el abrir los ojos cuando despierten en las mañanas, porque ya eso significa que Dios te regaló otro día más para disfrutar, por esa ducha calientita en las mañanas, por esa taza de té que se tomarán, porque puedes caminar, reír, etc. Disfruten de todo lo que Dios les da. No pidas más, solo lo justo y necesario, sean humildes.

Hijos amados agradezcan a Dios por las cosas buenas y malas. Por las cosas malas, parece difícil, ¿verdad? Pero sí se puede, porque en esas cosas “malas”, en esas tormentas, necesitas a Dios, y entonces creces y aumentas tu fe, esa fe de que saldrás adelante una y otra vez. No hay victoria si no hay batallas.

Gracias Señor por mis hijos preciosos que me regalaste, mi “Fefi y mi Benja”, y te pido que nunca se apague esa luz que tienen en su corazón, esa luz que eres tú Señor, cuídalos de todo mal, hazlos sabios de tu Palabra, para que te puedan reconocer siempre y decir que TÚ, SEÑOR, ERES REAL... y mi gran tarea como te lo prometí es enseñarles y recordarles que jamás se aparten de ti, que siempre te busquen en todo momento y en todo lugar.

Gracias mi Señor por todo lo que me has dado, por lo que me diste y por lo que me seguirás dando, te amo con todo mi corazón. Fortaléceme cada día y te pido que mi fe, sea como aquel horizonte que nunca ha de terminar...

“Estas bendiciones tuve porque guardé tus mandamientos”.

Salmo 119:56

Amén...



20. *hubo algo sobrenatural*

Mi nombre es Soledad, casada desde noviembre de 1980, o sea, hace 38 años con Antonio.

¡Los primeros 10 años fueron caóticos! Muy jóvenes los dos, ya con 2 hijitos y Antonio se desvivía por darnos un buen pasar desviando toda su atención al trabajo, olvidándose de lo más importante; tener una familia a quien darle sus logros.

Vivía estresado, agotado, mal humorado y yo era quien recibía los ataques de furia para que nuestros niños no fueran involucrados ni afectados; pero no eran sordos y aunque pequeños, ya se daban cuenta de lo ingrato que era estar con el papá.

Me convertí en una mujer triste, solitaria, temerosa, muy introvertida,... ¡no quería más! Ya sobrepasada, una tarde en que saldríamos de paseo con los típicos gritos y agresiones verbales, decidí quedarme en casa sola para terminar con mi vida. Mi hija pequeñita, saltó del auto y se aferró a mí; a pesar de mis ruegos para que fuera con el papá. –¡No quiero dejarte sola!– Me gritaba. Lloré abrazada a esta pequeñita que sin saber, me había salvado de cometer algo terrible.

Después comencé con terapias con psicóloga; o sea, abrazándome a lo que fuera para volver a ser la chica amorosa, graciosa, alegre, de la que Antonio se había enamorado.

En eso llegó mi vecina, mi única amiga en ese entonces, con una invitación poco creíble... “¡No te puedo contar nada, pero serán 48 horas de amor

para ustedes!”. O sea, ... ¿dónde me iba a meter? ¡Un motel quizás y con lo distanciados que estábamos como pareja! La verdad, no me tincó, ni menos me entusiasmó; además, ¿cómo le decía eso a Antonio? Me diría... ¡estás loca, con todo lo que tengo que hacer!

Gracias a Dios mi amiga insistió más de una vez; y al final, convinimos con Antonio un poco cómplices en que iríamos solo para que nos dejara en paz. No puedo describir lo que vivimos en ese taller... ¡porque no les podemos decir nada! Jajaja.

Sin duda, ese sábado cuando ya estábamos listos para dormir, hubo algo sobrenatural; una luz brillante que no me permitía ver nada más y me envolvió. Quedando sin palabras, absorta y emocionada me dormí. Al día siguiente, Antonio me cuenta lo que le había pasado esa noche... y me describe ¡¡¡lo mismo que me había pasado a mí!!! Lloramos juntos sabiendo que habíamos sido visitados por Jesús mismo.

Entendimos el valor del inmenso regalo que nos habían querido hacer varias veces nuestros vecinos y amigos, Coca y Eugenio; invitación que tomamos con mucha liviandad y nos invadieron una mezcla de sentimientos... vergüenza, pena, remordimiento, pero sobre todo un tremendo, tremendo agradecimiento hacia ellos por su amorosa paciencia y sutil insistencia.

Lo vivido ese fin de semana de agosto de 1992, hace 26 años, nos cambió definitivamente nuestras vidas, sabiendo que el Todopoderoso tenía planes para nosotros; afloró el amor que nunca dejó de existir, nos empezamos a valorar aceptándonos tal cual somos, y trabajando en ser mejores compañeros de vida.

Comenzamos a tener una vida familiar maravillosa. Nuestros hijos asombrados con tanto cambio del que hasta hoy se benefician.

Puedo decirles que hay un Dios amoroso que permite que todas las cosas ayuden a bien a los que le aman. Es así que hemos sido llamados según el propósito que Él tiene para cada uno de nosotros.

Hoy miro hacia atrás y mis pelos se erizan de ver Su mano, cómo usando a mi hija me libró de desaparecer; Él no quería eso. Él tenía otro propósito para mí y hoy le sirvo con gratitud y amor en la música y alabanza.

¿Otra muestra del amor Divino?

Después de lo que acabo de contar, tomamos la decisión de bautizarnos, seguidos por Dani, nuestra hija; sin embargo, Felipe se mostró renuente y algo rebelde.

Al poco tiempo, ¡¡¡sufrimos lo indecible!!! A Felipe le diagnosticaron una enfermedad mortífera... ¡¡¡Miastenia Gravis!!!! Sus músculos no le respondían; no podía abrir los ojos teniendo que mirar por una rendija; el líquido en su boca se caía; le costaba tragar, y para rematar, la doctora nos advirtió que esto era de por vida... si no moría en el sueño... ¿se pueden imaginar el terremoto en nuestro corazón? No podíamos entender por qué Dios nos había salvado para vivir esta situación desgarradora y de tanta angustia. Antonio, con impotencia, se volcó en investigar acerca de la enfermedad... Yo, me desplomé.

Un día, Felipe nos dice... “¿saben? Yo creo que Dios me está tirando las orejas... Él quiere que yo me comprometa con él y me bautice; cálmate mamá; verás que todo pasará cuando lo haga”.

A la primera oportunidad, Felipe se bautizó... y no quiero que piensen que estoy exagerando, pero una tranquilidad y seguridad se apoderó de nosotros y la enfermedad, esa que no tenía cura, rápidamente se fue desvaneciendo ¡¡¡ALELUYA!!! Hoy lo pueden ver cantando a mi lado alabando al Señor... ¡¡Bendito seas Señor!!

Hoy somos una pareja no exentos de problemas y discusiones; pero unida; enamorados, somos amigos, compañeros, cómplices. Nuestro compromiso es fuerte y sólido; podemos caminar de la mano, disfrutar de nuestra familia y nietos, y miro con admiración y orgullo al hombre que tengo a mi lado.

Es por todo esto que decidimos compartir nuestra historia para que sea de bendición a quien la escuche y conozcan “EL PODER DEL AMOR DE DIOS”.



21. en el interior de un viejo ropero

Mi familia estaba conformada por mi madre y mis dos hermanas; mi padre no vivía con nosotros, y tengo entendido que se le negaba vernos, por el maltrato que le daba a mi madre y por su falta de responsabilidad, al no cumplir su obligación como padre de familia. Por esto, vivíamos de allegados en casa de unos tíos quienes no tenían hijos, y gozaban de una excelente situación económica. Por esta razón, mi familia recibía muchos beneficios.

Y a pesar de no tener una familia normal, fueron años maravillosos en los que lo teníamos todo. Además contaba con el privilegio de ser el regalón, especialmente del tío, quien se esmeraba por darme en el gusto y verme feliz.

El tío tenía un cargo importante en aquel entonces reconocido Hotel Crillón; las fiestas que vivimos con mis hermanas en aquel lugar fueron magníficas, especialmente las Navidades con todos los regalos que recibíamos siempre; regalos muy caros y modernos de aquellos años.

Todo este mundo idílico que vivíamos, se vio abruptamente interrumpido por un problema de infidelidad mutua que existió entre los tíos, derivado de tantas fiestas sociales que se hacían en casa, en donde el alcohol, la música y las cenas con personal de servicio, en muchas ocasiones duraban más de un día.

Finalmente los tíos decidieron separarse después de este triste y vergonzoso episodio.

De un día para otro, nos vimos en la obligación de irnos a vivir con mamá, y con un nuevo integrante de la familia, mi padre, quien por primera vez parecía hacerse responsable del bienestar de la familia. Yo estaba feliz,

porque añoraba tener una familia como las de mis amigos, conformada por padre, madre y hermanos.

Pero, todo lo hermoso de mi vida se fue transformando en temor y tristeza, porque mi padre llegaba a casa bebido, insultando y golpeando violentamente a mi madre, reclamando el hecho de haber tenido que vivir separado de ella y de sus hijos por culpa de los tíos.

Muchas veces por temor tuvimos que escondernos con mis hermanas en el interior de un viejo ropero, mientras mi padre golpeaba a mi madre; aterrados por los gritos de mamá no nos atrevíamos a salir de nuestro escondite, solo nos asomábamos cuando él se iba de la casa dando un portazo. Era la señal de que todo había terminado.

Al salir de nuestro escondite encontrábamos a nuestra madre lavándose su rostro, el que mostraba la dureza de los golpes recibidos.

Estos amargos episodios se repitieron por varios años, y tal vez mi madre lo permitía por temor a no poder valerse por sí sola, debido a que mi padre era el sostenedor económico de nuestra familia. Después de estas vivencias, mi padre se ausentaba por días o semanas enteras de casa; mi hermana mayor, en ese entonces de solo 12 años, se vio en la obligación de trabajar y estudiar para ayudar a mi madre a sostenernos. Mi padre tenía vidas paralelas, y nunca conocimos a sus amigos, compadres, comadres, ahijados, fiestas, aniversarios de todo tipo, en los que nunca compartimos como familia.

Mi madre quedó embarazada de su cuarto y último hijo, la tercera mujercita de la familia, pero mi padre tampoco respeta el estado de mi madre, repitiendo la misma violencia. Es así como mi madre, en sus estados depresivos, comienza a beber, transformándose en una bebedora más de la familia, haciendo más pesada la carga para mi hermana mayor. Por esta razón las peleas entre mis padres se hicieron más habituales y más violentas.

Otra cosa que marcaría mi vida fue que nunca vi a mis padres tomar decisiones en conjunto, referente a planificación de gastos de la casa, sobre nuestra educación, ni en la disciplina de los hijos, y menos planificar unas vacaciones en familia, cada uno disfrutaba según las posibilidades que se les presentaban.

Desde niño mi meta personal era ser un profesional para sacar a mi madre y a mis hermanas del medio en que vivíamos.

En mi adolescencia no hubo mayores cambios en nuestro sistema de vida familiar; la única diferencia era que ya tenía la estatura suficiente para enfrentar a mi padre y no permitirle que continuara con sus golpizas y abusos de una autoridad machista.

Recuerdo que cuando tenía 15 años, estando con un grupo de mis amigos, nos encontramos con mi padre, quien ya venía bebido, y nos invitó a un prostíbulo, supuestamente para que yo me hiciera hombrecito y comenzara así mi vida sexual. Él parecía gozar de mucha familiaridad con las mujeres de ese lugar, provocando en mí un sentimiento de rechazo hacia él; pues parecía que lo pasaba muy bien y sin embargo en casa nos hacía sufrir a todos. Además, que después de esto, durante un tiempo me transformé en el hazmerreír de todos, sintiendo una gran vergüenza por el proceder de mi padre. Esto me hizo cargar con un sentido de culpa por tener que ocultar a mi madre este episodio.

Al terminar mi secundaria quedé aceptado en la Facultad de Ingeniería en la Universidad del Norte con sede en Antofagasta, pero luego de tres años de carrera, tuve que dejar mis estudios por problemas económicos, ya que por asuntos políticos mi padre fue despedido de su trabajo en el Ministerio de Obras Públicas, trabajo que él había desarrollado desde que yo era niño, fue así como me vi en la obligación y comenzar a trabajar para ayudar al sustento de la familia.

Tempranamente inicié mi vida laboral, dándome autonomía económica, la que hizo cambiar mis hábitos. Comencé a beber con amigos, y era normal que los fines de semana llegara ebrio a casa, sin que mi padre hiciera reparo ante esta situación, “esto era cosa de hombres”.

En ese entonces yo pololeaba con una niña que conocía de la secundaria. En una oportunidad cuando llevábamos 3 años de pololeo, terminamos nuestra relación y ella comenzó una aventura con un hombre casado, lo que me afectaría profundamente y que repercutiría a futuro. A la vez busqué la forma de desquitarme, teniendo una tras otra aventura. Después de un tiempo decidimos volver, pero ella puso una condición.

“Volveríamos solo si formalizábamos nuestra relación”. Así que al poco tiempo nos casamos, comenzando a vivir en casa de mis padres, repitiendo el mismo patrón de vida que yo había vivido y odiado tanto desde niño: borracheras, celos, golpes y adulterios. Nunca pude superar la vivencia que ella había tenido con un hombre casado; y la enfermedad de los celos nos tenía destruidos. Bajo estas condiciones nace mi primera hija, Cecilia.

Comienzo una nueva etapa en mi vida, transformándome en un reconocido cantante de la vida nocturna, y eso trajo más problemas a mi vida de casado. Después de dos años y medio la situación se hizo insostenible, un pecado de adulterio de ambos terminó con lo poco que quedaba de nuestro matrimonio. Finalmente decidimos separarnos. Pensé que con esta decisión mis problemas se terminaban, pero no fue así, estaba muy lejos de la realidad.

El precio de este pecado fue muy alto, ya que durante largo tiempo se me prohibió ver a mi hija, y las discusiones con su madre eran cada vez más violentas y dolorosas. Tuve que pasar por la vergüenza de una demanda por alimentos, además de las continuas presiones que ella hacía en mi lugar de trabajo, lo que me llevó tener serios problemas con mis superiores. Cecilia fue utilizada muchas veces para obtener dineros adicionales. También recuerdo que cuando lograba poder salir con mi hija, la felicidad de los momentos vividos se terminaba a su regreso, soportando despedidas muy dolorosas, porque ella no quería que su papito se fuera. Esta situación se extendió por varios años; recuerdo que cuando Cecilia tenía quince años le pregunté si me había perdonado, ella con mucha ternura, pero trasluciendo un dolor guardado, me respondió:

“Sí papá, te perdoné, pero ¿quién me devuelve las noches que cuando niña quise dormir contigo y tú no estabas, quién me hace olvidar esas noches que tuve miedo y tú no estabas para protegerme?, ¿cómo borrar la crueldad de mis amigas cuando me gritaban que no tenía papá? Sí papito, te perdoné, pero yo sufrí mucho, al igual que ustedes, mis padres”.

“Largas sombras proyectaban mis antiguos pecados”.

Al tiempo de separado, en un restaurante en donde me tocaba actuar, entre el público se encontraba Patricia, mi actual esposa. Iniciamos una linda amistad, la que al poco tiempo se transformó en una hermosa relación de pareja. Patricia había sido madre soltera a los 16 años de edad, naciendo su primera hija Amanda. Del padre de la niña nunca más se supo. Al interiorizarme de lo triste que había sido este episodio en la vida de Patricia, y por el mal momento que yo pasaba, me sirvió a mí y a ella para darnos cuenta lo vital que éramos el uno para el otro, y fue así como nos enamoramos perdidamente. Era una necesidad el estar juntos, pero había algo de mi pasado que yo no podía superar, la enfermedad de los celos seguía presente, y contraté un detective privado para que la siguiera por un tiempo, porque no quería volver a vivir la amargura del engaño, pero nunca descubrí nada.

Mi activa vida nocturna me llevó al consumo de droga y alcohol, y Patricia durante los primeros años de nuestra relación no se pudo percatar de mi adicción, pues mis costumbres bohemias comenzaban después que me retiraba de su casa.

Luego de tres años y medio de pololeo con Patricia, obtuve la nulidad de mi primer matrimonio. A cambio, tuve que adquirir una propiedad a nombre de Cecilia. Finalmente logramos nuestro sueño con Patricia, y nos casamos.

En mi nuevo matrimonio no cambió mi sistema de vida; seguí mis actuaciones nocturnas, continué con las mismas borracheras de siempre y para poder sostener el alto índice de gastos que mis vicios requerían, me metí en engaños en mi trabajo, haciendo malversaciones que me costaron mi fuente laboral, arrastrando con esto el bienestar de mi nuevo matrimonio.

Al quedar sin trabajo y al no poder manejar el dinero que yo acostumbraba, caí en un cuadro depresivo y una tremenda baja autoestima. Para evadirme, el poco dinero que lograba conseguir en mis actuaciones lo gastaba en dar rienda suelta a mis vicios.

En mis estados de ebriedad, brotaba mi personalidad agresiva, comenzando los malos tratos contra Patricia, y al despertar al día siguiente de mis borracheras recién me percataba de lo que había hecho, cuando mi esposa mostraba las marcas de mis malos tratos físicos y psicológicos, sintiéndome profundamente arrepentido, pero el exceso de alcohol y drogas provocaban en mí amnesia temporal, no recordando nada de lo que había hecho, y le prometía que no volvería a suceder; pero con el tiempo me olvidaba de mi promesa y volvía a beber repitiendo estos amargos y vergonzosos episodios.

Este carácter violento en mis estados de ebriedad, muchas veces me llevaba a provocar riñas callejeras. He llegado a entender que los amargos y tristes episodios cometidos por mi padre, y las reiteradas golpizas a mi madre, me indujeron a desarrollar una personalidad violenta, por tanta impotencia, injusticia y odio guardado desde niño.

Comenzaba a beber solo en un bar, pero al pasar las horas comenzaba a llamar a mis amigos, para que concurrieran al lugar donde me encontraba, además hacía partícipe de mi bohemia a todos los de mi alrededor, quienes aceptaban mis invitaciones gustosamente, pues yo corría con todos los gastos. El problema comenzaba cuando mis amigos decidían retirarse y yo no se los permitía, al final terminaba en peleas. En ocasiones me sacaron los

garzones de algunos de los bares y restaurantes que frecuentaba a empujones, a la salida no faltaba el taxista conocido que me decía:

“Otra vez don Pedro, hasta que no le den una grande no se va a cabrear”.

Luego me llevaba a casa, pero en mi estado no era capaz de sostenerme, así que el taxista tocaba mi puerta, y juntos con mi esposa me entraban al interior de mi casa. Perdía toda dignidad e integridad humana, y cuando ingresaba a casa comenzaba el calvario de mi esposa, quien además veía cómo despilfarraba el dinero, afectando el bienestar de mi familia.

Al año de casados nace nuestra primera hija, Alicia; en el periodo de su embarazo, Patricia se vio expuesta a muchas de mis agresiones, motivo por el que en reiteradas ocasiones regresó a casa de sus padres en busca de protección y afecto que tanto necesitaba en su estado.

Luego de nacida Alicia, no pocas veces escandalicé a mis vecinos con mis reiteradas discusiones y peleas, llegando a intervenir Carabineros, pues echaba a mi esposa a la calle en las madrugadas, quien junto a su padre y carabineros trataban de convencerme que devolviera a la niña.

A pesar de mi conducta, siempre amé a mi esposa, pero el alcohol, la cocaína y mis reiterados malos tratos cambiaron el amor de mi esposa, por un profundo rechazo, resentimiento y temor hacia mi persona, decidiendo definitivamente dejarme.

Yo regresé a casa de mis padres, y caí en una tremenda depresión que me llevó a tomar la decisión de quitarme la vida. La frase “no sirvo para nada” llenó mis pensamientos. Me provoqué una intoxicación de alcohol, drogas y fármacos que me dejaron en estado de inconsciencia por varias horas. Entiendo que Dios utilizó a mi hermana menor y a su esposo, quienes me encontraron oportunamente en estado inconsciente, desfigurado y sin reflejos. Luego me llevaron a una asistencia pública, en donde los médicos después de varias horas lograron despertarme y volverme en sí.

En los días de mi recuperación, en casa de mis padres, mi madre me rogaba que buscara a Dios.

En los días de mi recuperación me llamó un viejo amigo de parranda, para que nos juntáramos a beber, tomé una micro y el chofer no se detuvo en el paradero que le indiqué, lo que me obligó a caminar, y sin darme cuenta me encontré enfrente de una iglesia. Algo me motivó a entrar, busqué un lugar

apropiado y me arrodillé, no pude contener mi emoción, y conversando con Dios, le dije: “Señor si realmente existes muéstrame el camino porque estoy perdido, necesito que me ayudes”. Una tremenda angustia embargó mi alma, y luego de llorar por varios minutos decidí volver a casa.

Este episodio cambió mi vida; a los pocos días me llamaron de un nuevo trabajo, en donde conocí al amigo de un colega quien era cristiano, y me incentivó a estudiar la palabra de Dios en un centro de estudios bíblicos que él conocía. Estos fueron mis primeros pasos en los caminos del Señor.

Después de un año y medio de estar separados con Patricia, hice todos los esfuerzos posibles para recuperarla. En ese período tuve la posibilidad de adquirir una propiedad a su nombre y comenzamos a vivir nuevamente juntos. Continuaba con mis estudios bíblicos en un seminario que duró tres años, luego pasé a formar parte del grupo de predicadores, fui maestro del instituto de estudios bíblicos y finalmente diácono de la congregación; pero ocurría algo que no comprendía, no podía dejar de beber. En este periodo nace nuestro segundo hijo, Tomás.

Y aunque era evidente la oportunidad que Dios me daba en esta nueva vida, en ocasiones, en forma intencional, provocaba una discusión con Patricia, buscando un pretexto para salir de casa a beber.

No quería ser un borracho y me odiaba a mí mismo por haberme convertido en uno, pero no podía parar. Hice todo por tratar de vencer mi problema, recurrí a:

Psiquiatras seculares
Psicólogos seculares
Centro de curaciones
Terapia de grupo
Alcohólicos anónimos
Fuerza de voluntad
Promesas a Dios y a mi esposa

Nada dio resultado.

Mi comportamiento no solo afectaba mi relación con mi esposa, sino también con la de nuestras hijas mayores Cecilia, y Amanda, quien vivía con los padres de Patricia, ya que ellos nunca permitieron que viviera con nosotros por los frecuentes problemas que teníamos; y Cecilia siempre siguió viviendo con su madre. Ellas durante un tiempo tuvieron una linda relación como

de verdaderas hermanas, pero por una discusión entre ellas, esta relación se destruyó. Equivocadamente favorecí a Cecilia en este episodio, provocando un resentimiento hacia mí en la hija de Patricia. Esto nos llevó a frecuentes discusiones con mi esposa, las que siempre terminaban despertando mi interés por el alcohol, volviendo a beber otra vez. Esta situación también llevó a mi esposa a hacerse adicta a los antidepresivos y comenzó a beber con frecuencia en mi ausencia. Toda esta división la proyectamos hacia nuestros hijos menores, cumpliéndose la palabra de Dios que dice “Una casa dividida contra sí misma cae y no perdura”.

Debido a mis altos índices de gastos, despilfarros y a mi mala administración de los ingresos familiares, llegué a tener un alto endeudamiento, que me obligó a tomar la triste decisión de vender nuestra propiedad, negándole con esto un techo mi familia.

En este periodo, en la empresa donde trabajaba, logré ocupar un cargo gerencial, y me vi en la obligación de contratar a una persona que me secundara en mis labores, un cargo que ocupó gracias a Dios un miembro de la Iglesia Cordillera, quien nos invitó a vivir un Encuentro Matrimonial. Fue maravilloso todo lo vivido en ese bendito fin de semana. Impactó mi ser. Con Patricia pudimos reconciliar muchas de las áreas que se habían dañado en el tiempo, y nos entregaron herramientas para sostener nuestro matrimonio. Al ver el amor que se nos entregó tan desinteresadamente y viendo todo lo que se podía hacer por los demás, decidimos comenzar a congregarnos en esta comunidad.

Después de un año de haber vivido el Encuentro Matrimonial, estando en un almuerzo familiar, sostuve una discusión con una de mis hermanas; Patricia le dio el favor a ella y nos retiramos del lugar enfrascados en una violenta discusión. Al regreso a nuestra casa le reproché su falta de lealtad y salí indignado para encerrarme en el primer bar que encontrara.

Volví a mi casa completamente ebrio, insultando, ofendiendo y golpeando a mi esposa, finalmente una vez más echándola a la calle. Esa noche fue horrible, Alicia tenía 12 años de edad, y había escuchado todo lo sucedido y muy de mañana llorando me pidió que yo me fuera de casa hasta que me mejorara y que su mamá volviera, Tomás por su parte no entendía nada de lo que pasaba, él había estado dormido en su pieza sin percatarse de lo ocurrido.

A la mañana siguiente volví a sentir la vergüenza de siempre, mi esposa y su padre estaban frente a mí; esta vez Patricia me exigió que tomara mis cosas y me fuera.

Regresé a la casa de mis padres. Visitaba a los niños casi todos los días, era tan doloroso para ellos, que Patricia me pidió que los dejara de ver por un tiempo, sin antes reprocharme si acaso no me importaba la vida espiritual de nuestros hijos, pues ahora, ¿quién los llevaría a la iglesia? Y algo insólito remeció mi corazón cuando me retiraba, viendo a Tomás, mi pequeño niño de solo seis años, queriendo impedir mi salida, abriéndose de brazos frente a la puerta. Su dorso descubierto y casi desnudo y el dolor en su rostro me trajo a la memoria la figura de Cristo; había vuelto a crucificar al Señor en mi pequeño y amado hijo.

Después de una semana de ausencia le rogué a Patricia que me acompañaran a la iglesia; ella accedió y dejó quedarme en casa. Ese domingo ocurrió algo inesperado, porque después de terminado el culto, en el que había participado en el coro, sentí que debía acercarme a un hermano con quien no teníamos mayor cercanía, pero guiado por el Señor, le rogué su ayuda. Bastó solo esto, para que el martes de la semana entrante llegara él, su esposa y otro matrimonio para ofrecernos su ayuda.

Comenzamos a estudiar el curso Vida Abundante, en la segunda reunión que sostuvimos en la casa de uno de estos matrimonios, y este mismo hermano a quien le había solicitado su ayuda, nos hizo una pregunta que cambiaría nuestras vidas: “¿Cuándo recibieron al Señor?”. Con Patricia nos dimos cuenta en ese instante, que durante 10 años de vida religiosa nunca habíamos recibido al Señor en nuestros corazones de manera realmente profunda, trascendente, comprendiendo el plan de Dios.

Conmovido por esta situación, al siguiente día sábado tomé a mi familia y fui a dejarlos a casa de mis suegros. Luego volví a casa, entré al dormitorio, y en una profunda oración entregué mi vida al Señor, aceptándolo como mi único Salvador, también le entregué mi adicción y desde ese momento el Espíritu Santo comenzó a morar en mí. Crucificando en ese instante al viejo hombre con sus pasiones y naciendo el nuevo Pedro espiritual. Así ocurrió el milagro más hermoso de mi vida, porque desde ese día nunca más he vuelto a beber ni un sorbo de alcohol, ni he vuelto a consumir cocaína, es más, hoy ni siquiera soporto el olor al alcohol, el Señor me había quitado el gusto por este vicio, yo llamo a este milagro “El Pelet espiritual de Dios”.

El proceso de sanación de nuestro matrimonio, asistido por estos hermosos hermanos, duró ocho meses. En este periodo el Señor nos bendice con una nueva hija, la pequeña Antonia, y a través de ella Dios reconcilió toda nuestra familia.

Nuestras hijas mayores se reconciliaron y ambas recibieron a Cristo en sus corazones, le reconocieron como su Señor y Salvador. Ambas vivieron en esta congregación el EJE (Encuentro de Jóvenes en el Espíritu) y tuvieron un encuentro personal con nuestro Señor Jesucristo.

Nuestros hijos del matrimonio participan activamente en la iglesia, en la escuela dominical, trabajan en los distintos ministerios de niños de la iglesia ENE (Encuentro de Niños en el Espíritu) y EJE (Encuentro de Jóvenes en el Espíritu).

Esto me recuerda la fidelidad de las promesas del Señor. “Cree y serás salvo tú y toda tu casa”.

Actualmente llevo once años sin beber y trabajo para el Señor, ayudando a otros que están sufriendo el mismo flagelo de la adicción que yo sufrí. Con mi esposa realizamos una labor de consejería a otros matrimonios que tienen este tipo de problemas.

Todo esto se logró cuando comenzamos a obedecer los mandatos del Señor, respecto de los roles que cada uno tiene que cumplir en el matrimonio.

También entendí el mandato del Señor, que uno tiene que honrar a sus padres, y perdonar para que nosotros también seamos perdonados. Fue así como sostuve una reunión con mi padre, pidiéndole perdón por haberle juzgado y odiado por tantos años, y nos perdonamos mutuamente. Hoy, mi padre, mi madre y todas mis hermanas junto con sus esposos, recibieron al Señor en sus corazones, haciéndose algunos de ellos miembros activos en distintas congregaciones cristianas.

Esta es mi historia, con un antes y un después, pero quiero que sepan que mi vida cambió cuando el Carpintero de Nazaret enderezó lo torcido de mi existencia.

Doy gracias al Señor por todo lo que ha hecho en nuestras vidas, Él es la única fuente de verdadera restauración.

Le doy verdaderamente gracias al Señor por el milagro que hizo en mí y en mi familia.

Doy gracias a Dios padre, en el nombre de Jesús. Amén.



22. por qué lloraba tanto

A solicitud del pastor de nuestra iglesia para dejar un testimonio a quienes puedan leer este libro, es que comienzo a narrar lo que me aconteció cuando yo tenía 23 años.

Recuerdo que a esa edad estudiaba Ingeniería Eléctrica en la Universidad en Santiago. Transcurría el año 1980. Debo decir que el ingreso a la Universidad fue con mucho esfuerzo y perseverancia, ya que mis orígenes económicos no eran lo más favorable, por lo que mi interés académico por finalizar mis estudios era muy exigente; es por ello que estudiaba muy esforzadamente.

En las actividades regulares de la Universidad, así como en la interrelación con mis compañeros, estudiábamos las materias permanentemente en la biblioteca de la Universidad.

Resultó que varios de mis compañeros, aparte del estudio formal de la carrera, se juntaban con otros estudiantes en la biblioteca que andaban con sus Biblias, y conversaban amistosamente. A esa edad yo nunca había tomado una Biblia en mis manos, ni sabía nada de Dios ni de Jesús, tampoco de asistir a una Iglesia Evangélica. Lo más cercano a alguna relación con Dios fue haber participado como adolescente en un grupo scout del barrio, en donde se cultivaba la relación del niño con la creación y con sus semejantes.

Aconteció que uno de mis compañeros me invitó en reiteradas oportunidades a una reunión de concierto de rock cristiano, que se realizaba en un teatro de Santiago, pero siempre tuve una respuesta negativa, ya sea por estudio o por otras actividades, pero siempre le decía: “la próxima voy”, hasta que

un día decidí ir, porque a mí me gustaba el rock. Era un viernes y todo comenzaba cerca de las 19 horas. Tenía el tiempo y la disponibilidad para asistir. Pero no le dije a mi compañero que iba a ir, sino que llegué solo al teatro. Al entrar vi que estaba todo oscuro, solo las luces que enfocaban a los músicos y que giraban por el teatro, iluminaban la atmósfera del concierto. Yo decidí sentarme en la última fila del teatro. Estaba solo, en medio de esa oscuridad, y tenía la visión completa hacia el escenario. Era buen sonido, estridente, atractivo para mí pero sin entender el contenido de las letras que hacían referencia a Dios y a Jesús.

Al girar las luces se veía que muchos jóvenes aplaudían y cantaban a coro con el cantante. Yo disfrutaba sentado atrás solo. Tocaron varias canciones, y finalmente se calmó todo, e invitaron a otro estudiante de Ingeniería, de mi Universidad, quien comenzó a hablar de Jesús. Yo escuchaba cómo narraba la historia y significado de la crucifixión de Jesús, como yo nunca había escuchado hablar así, con tanto amor de lo que el Señor había hecho por nosotros. Era como si el mismo Jesús estuviera hablándome y diciéndome que era tan grande el Amor de Dios por mí, que había enviado a su Hijo a morir en la cruz por mí, que me perdonaba de todos mis pecados, pero quería que yo le reconociera y le confesara.

En esos instantes comenzaron a correr profundas e incontenibles lágrimas, sin comprender por qué lloraba tanto. Seguía todo oscuro, salvo una luz para el joven que hablaba. Y yo lloraba y lloraba y lloraba atrás, como nunca antes lo había hecho. Entonces, este estudiante hizo una invitación a todos aquellos que deseaban hacer una oración de confesión en el escenario, y yo decidí caminar hacia el escenario. Era un caminar tan especial, y subí aún llorando junto a otros jóvenes, con quienes hicimos una oración de confesión de nuestros pecados, y una aceptación de Jesús en el corazón. En ese mismo instante aconteció que los colores que yo veía eran distintos; todo era reluciente y hermoso, con una sensación maravillosa.

Salí de ese lugar siendo otra persona. Ya tenía a Jesús en mi corazón. Retorné a mi casa, y le conté a mi familia todo lo especial que me había acontecido. A los días de transcurrido este concierto, comencé a reunirme con mis compañeros no solo a estudiar las materias de ingeniería sino que también a estudiar la Biblia. Fue el inicio de mi nueva vida como cristiano. Han pasado casi 38 años y sigo en los caminos de Dios. No ha sido fácil, pero sí puedo dar testimonio que Jesús es real, verdadero, y tenemos a su Espíritu Santo viviendo en nosotros.

Finalmente decirte que para ti también está la promesa de Jesús escrita:

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo, si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo”.

Apocalipsis 3:20

Bendiciones para tu vida



23. mi formación en torno al tema fue nula

Provengo de un matrimonio de padres casados por segunda vez, quienes nuevamente se separaron siendo yo muy pequeño. Mi mamá decidió no llevarme a vivir con ella, iniciando una relación con otro hombre en el extremo sur del país, lo que para mí a esa temprana edad me pareció algo natural. Me quedé con mi hermana al cuidado de mi papá, quien decidió casarse con una mujer 20 años menor y nos trasladamos a vivir al norte.

No recuerdo haber visto a mi mamá más de un par de veces en toda mi vida, percibía que ella quería vivir su vida junto a su nueva pareja, donde no había espacio para mí, por lo que me sentía un estorbo para ella. Sin embargo, recuerdo que en esos fugaces momentos, me sentía muy cercano a ella, debido a que recibía toda su atención durante el día entero, lo que me hacía sentir acogido y querido, deseando que esos momentos duraran para siempre.

Luego de un tiempo en el Norte, nacieron mis dos nuevos hermanos, y con esto comenzó a formarse mi concepción del matrimonio desechable y con la visión de que los hijos no necesitan vivir con sus padres.

La relación de mi papá con su esposa era distante y carente de cariño, con mucha vida social, por lo que cada uno hacía su vida. Esto fue formando en mí un modelo de matrimonio en donde cada uno se preocupaba de sí mismo en forma egoísta y donde la familia y los hijos no tenían mayor significado.

Debido a esto, mi ideal, no era precisamente casarme para toda la vida, sino que tenía muy claro que formaría una familia, con los matrimonios que

fueran necesarios, como solía comentar con mis amigos: “cuando vaya como en el tercer matrimonio, me voy a dar cuenta si es bueno o no estar casado”.

Las frecuentes peleas entre mi papá y su esposa fueron reafirmando mi idea de que el matrimonio sería asumir un montón de problemas. Además los continuos reproches de mi madrastra en torno a las supuestas infidelidades de mi papá fueron confirmando mi concepto del matrimonio como una institución desechable.

Durante mi juventud comencé a concebir un modelo de mujer ideal, basado en la apariencia física y capacidades intelectuales. Para mí no eran relevantes valores como la fidelidad, el compromiso, compañerismo y menos la sensibilidad frente a la maternidad.

Frente al área sexual, mi formación en torno al tema fue nula, ya que carecí de los consejos y preocupación de mi padre para enfrentar este tema. Pero recuerdo haberle escuchado referirse, muchas veces, en términos muy ofensivos a las mujeres en general, lo que me impidió valorar a la mujer como un ser humano valioso, como complemento y compañera para formar una familia.

Y pasó el tiempo. Yo ya estudiaba ingeniería en la Universidad, cuando una tarde de invierno, conocí a Soledad en casa de unos amigos. Aún recuerdo el contraste de sus lindos ojos verdes con su casaca escocesa de color rojo. Debo reconocer que se veía preciosa. Me pareció simpática y muy inteligente. Condiciones muy importantes para mí.

Estas reuniones con nuestros amigos se sucedieron con cierta frecuencia, donde compartíamos largas conversaciones, canciones y entretenidas veladas, sintiéndome acogido y muy cómodo. Luego de algunos contactos telefónicos con Soledad, acepté una invitación a su casa a tomar once con otros amigos.

Esa tarde me sentía algo nervioso antes de llegar a su casa. Aún recuerdo los dulces manjares que probé en esa oportunidad, los que despertaron en mí cierto interés por Soledad, aunque debo reconocer que la mano tan agraciada para la cocina era de su mamá y no de ella. De cualquier modo, decidimos salir a bailar en una próxima ocasión. De esta forma, comenzamos nuestro romance, el que fue gradualmente transformándose en un pololeo que duró alrededor de 5 años.

Durante este tiempo nunca llegamos a tener relaciones íntimas, a pesar de que no me faltaron ocasiones ni deseos. Sin embargo, con mi máscara muy bien puesta de hombre imperturbable y con una distorsionada idea de la lealtad y el respeto, engañaba a Soledad satisfaciendo mis necesidades sexuales con una mujer casada y mucho mayor que yo, con quien tenía una relación ilícita, que según yo no dañaba a nadie y que lograba ocultar tras mi máscara. Esta relación la mantuve en forma paralela durante el primer tiempo de mi pololeo con Soledad, sin el menor cargo de conciencia, ya que lo más importante para mí era no cambiar ni un milímetro mis planes. Era tan estructurado y frío en mi actuar que era capaz de hacer lo que fuera con tal de conseguir lo que me había propuesto, entre otras cosas, no traer hijos al mundo antes de casarme. Primero tendría un buen trabajo, luego formaría una familia y finalmente esperaba tener hijos.

A medida que transcurrían los años de pololeo aumentaba mi compromiso con Soledad. Al mismo tiempo nuestras caricias iban en aumento a tal punto que, en no pocas oportunidades, terminamos en un motel, donde aún estando completamente desnudos y disfrutando sin limitaciones de nuestros cuerpos, mi personalidad imperturbable e infalible me impedían consumir la relación sexual por temor a un embarazo previo al matrimonio, lo que para mí significaba la destrucción de todos mis planes y metas.

Cursando mi último año de Universidad en la noche, y trabajando durante el día, comenzamos a vislumbrar la posibilidad de casarnos. Soledad estaba terminando de estudiar y se había ganado una beca a Londres, por lo que decidimos ponernos de novios antes de su partida.

Ella estaba ilusionada con su viaje, pero a la vez muy asustada, serían 4 meses sin vernos, y ella decía que no quería dejarme, y aunque yo también estaba con mucha pena por su partida, jamás se lo demostré, todo lo contrario. La animaba, asegurándole que la esperaba el tiempo que fuese necesario.

Nunca antes en mi vida escribí tal cantidad de cartas y con tantas ganas, recuerdo que trabajaba solo para pagar las llamadas que le hacía cada fin de semana.

Creo que fue durante esta ausencia cuando realmente me di cuenta de cuánto la necesitaba y de lo enamorado que estaba; definitivamente era ella la mujer con quien quería compartir el resto de mi vida.

A su regreso, la encontré más linda que nunca, era perfecta, hermosa e inteligente, así que no dejé pasar más tiempo y decidimos casarnos luego de 5 años de pololeo. Como yo no creía en Dios, el compromiso frente a él, para mí, no tenía ninguna importancia y lo consideraba un mero trámite, sin embargo, respetando la tradición, nos casamos por la Iglesia un cálido sábado de febrero.

Recuerdo lo hermosa que estaba la iglesia, los arreglos florales eran preciosos y la alfombra roja creaba un ambiente de elegancia que me llenaba de satisfacción. Luego de los tradicionales saludos y deseos de felicidad, llegó ella, radiante del brazo de su padre. Yo me sentía orgulloso y seguro de nuestra eterna felicidad. Su vestido era hermoso, todo esto hacía presagiar un futuro lleno de alegría. Luego de la ceremonia y de una copiosa lluvia de arroz, nos fuimos a la fiesta, que según recuerdo fue muy entretenida, alegre y con muchos invitados. Muy de madrugada, nos fuimos a nuestra noche de bodas.

Nuestros problemas comenzaron la misma noche de bodas, donde el cansancio y las consecuencias lógicas de una fiesta bien regada me dejaron muy agotado. Nuestra primera relación sexual, fue literalmente, un desastre, lo que me hizo sentir frustración y decepción frente a mis expectativas. Esto no lo conversamos y con el tiempo esta situación mejoró un poco pero no lo suficiente.

Durante nuestros primeros años de casados nos divertíamos mucho juntos, teníamos un grupo de matrimonios amigos con quienes compartíamos casi todos los fines de semana.

En estas ocasiones mi inclinación desmedida por el alcohol incomodaba mucho a mi esposa y se fue convirtiendo en un grave problema entre nosotros. Sin embargo, apoyándome en mi máscara, lograba disimular, ante el resto, los efectos del exceso de alcohol. Aunque bebía solo los fines de semana, no tenía límites al hacerlo, lo que angustiaba mucho a Soledad. Recuerdo una oportunidad en que decidí volver a casa conduciendo completamente ebrio. Soledad estaba embarazada de nuestra primera hija, y por más que ella insistió en que llamáramos un taxi no le hice caso, ya que no aceptaba que estaba equivocado y que no sería capaz de hacerlo bien. Finalmente conduje hasta nuestra casa en forma irresponsable, zigzagueando continuamente y chocando con las veredas.

Una vez más, al día siguiente no recordaba nada de este episodio, solo los reproches de mi esposa me hacían ver la irresponsabilidad de mis actos,

poniendo en riesgo la vida de mi familia. Sentía que Soledad me recriminaba sin razón, que era una exagerada y que lo hacía por molestarme, no lograba darme cuenta del profundo daño que provocaba en ella. Sin embargo, esto no era impedimento para que esta conducta se repitiera permanentemente.

Soledad nunca se imaginó que en mi obsesión por el orden, le exigiría siempre tener una casa “perfecta”, sobre todo a los ojos de las visitas, por lo que además de las inspecciones diarias, como las toallas del baño colgadas a la misma altura, o detalles como el pijama tirado en el suelo, la pasta de dientes sin tapa, una arruga en la cama, unas pocas gotas en el espejo, o que el servicio en la mesa no estuviera perfectamente uniforme, o el auto sin bencina... sería motivo de gritos, ya que no lo podía soportar, poniéndome furioso frente a estas, según yo, inaceptables muestras de despreocupación doméstica.

Todo esto producía un estrés y angustia tremenda a Soledad, quien se desfiguraba cada vez que notaba que yo había encontrado algo que no estuviera como quería. A tal punto que mi esposa se preocupaba de llamar a la nana antes que yo llegara para que todo estuviera perfectamente en orden, intentando evitar así mis estallidos de mal genio.

A pesar de mis exigencias de perfección, mis principios y valores sobre la fidelidad conyugal eran bastante relativos. Es así como en una oportunidad, estando por trabajo fuera de la ciudad, decidimos con un compañero de oficina salir a tomarnos unos tragos a un club nocturno, donde conocí a una bailarina y luego de bailar e intimar durante un largo rato, la invité a pasar la noche conmigo. Yo, aunque consciente de la infidelidad que estaba cometiendo, no sentía mayor cargo de consciencia, a pesar de saber que Soledad estaba en casa sola y con nuestra hija mayor de solo pocos meses, considerándolo solo una aventura pasajera que no tendría mayores repercusiones para nuestro matrimonio. Recuerdo que llegamos hasta un motel alejado del centro de la ciudad, cuando ya prácticamente estaba amaneciendo. Ya en la habitación y luego de acaloradas caricias y besos, el exceso de trago, una vez más, me jugaba una mala pasada, cayendo prácticamente inconsciente hasta el día siguiente.

Esta infidelidad la oculté por muchos años y ni siquiera me cuestioné el haber faltado a la confianza de Soledad. A pesar de esto, yo pensaba que nuestro matrimonio era bueno y que Soledad era feliz a mi lado, aun cuando en lo sexual, nuestras relaciones no eran satisfactorias. Me negaba sistemáticamente a ver mi verdadera realidad de fracaso e insatisfacción.

A los 6 meses de nacida nuestra hija mayor, Soledad quedó nuevamente embarazada. Durante este periodo nuestra relación mejoró, y la recuerdo como una de nuestras mejores épocas. Nos sentíamos muy unidos con ganas de luchar juntos por salir adelante con nuestra familia, y viendo a Soledad compartir con entusiasmo, esperanza y muchas ganas la tremenda tarea que teníamos. Además nuestra vida íntima retomaba nuevas fuerzas y nos permitía sobreponernos a cualquier cosa.

Luego de nacida nuestra segunda hija, la vida trascurría entre llantos, pañales y maderas. Al poco andar, las cosas volvieron a retomar el ritmo de siempre, volvieron los amigos y las reuniones de fines de semana. Aunque esta vez ya no podíamos salir con dos niñas tan pequeñas, por lo que nuestra casa se transformó en el punto de encuentro con los amigos. Esta situación se prestaba aún más para no tener límites respecto de la cantidad de alcohol que consumía, generando los mismos problemas, rabias y frustraciones en Soledad. Recuerdo una ocasión en que con invitados en casa, mi estado de embriaguez fue tal que, sin poder mantenerme en pie, me fui a acostar en medio de la cena, dejando a Soledad muy avergonzada y como única anfitriona de nuestras amistades a quienes intentaba explicar... lo inexplicable. Como esto ocurría solo los fines de semana, me convencía que la situación que tanto molestaba a Soledad no era tan grave y que ella debía aceptarlo, así es que frente a su incontenible molestia, le prometía que no volvería a ocurrir, más por dejarla tranquila que con una verdadera intención de dejar el trago.

Con el tiempo y en la medida que las niñas crecían, el mundo de Soledad comenzó a circunscribirse exclusivamente en torno a sus hijas y al trabajo para el que nunca tenía límites de horario. Su cansancio al llegar a casa era natural, lo que afectaba negativamente nuestra relación, distanciándonos cada vez más y haciendo nuestra comunicación prácticamente nula, lo que me hacía sentir aún más frustrado. Soledad no toleraba que yo me acercara a ella con intenciones románticas si había tomado de más, lo que me producía rabia, manifestando aún más mi mal carácter, enrostrándole con mayor ira y crueldad su desorden en la casa. Es así como nuestras relaciones íntimas se fueron distanciando y deteriorando cada vez más, sin ver ningún interés de Soledad por buscar solucionar este problema.

A pesar de nuestro dañado matrimonio, nuestra situación económica era estable y sin grandes problemas. Sin embargo nuestras discusiones se agravaban, ahora, por el trato que según Soledad yo le daba a nuestras hijas, demasiado duro y estricto donde no era capaz de demostrarles cariño con

abrazos y caricias. Creo que ella nunca dudó del tremendo amor que les tenía y aún les tengo, pero no podía entender que para mí no fuera importante el querer abrazarlas y regalonearlas. Sentía que Soledad era extremadamente exagerada en su demostración de cariño y sobreprotección hacia las niñas, malcriándolas y privándolas de ser autosuficientes como yo.

Todo esto hacía que nuestras relaciones íntimas no tuvieran ninguna importancia para Soledad, y mis reclamos siempre tenían la misma respuesta, “mientras no cambies tu trato hacia mí y las niñas es imposible que yo quiera estar contigo”.

En más de una oportunidad y estando con nuestros amigos de fines de semana cometí el error de comentar acerca de nuestros problemas en el área íntima y aunque yo no le asignaba mayor seriedad al tema, a Soledad le molestaba mucho, enrabándola y avergonzándola delante de nuestros amigos. Al día siguiente, no tardaba en reprochármelo. Pero nuevamente mi poca preocupación no consideraba los sentimientos de mi esposa, diciéndole que era una ridícula y exagerada.

Con el tiempo comenzó a nacer un descarado flirteo entre una mujer del grupo y yo. Cruzábamos miradas insinuantes y tomadas clandestinas de mano. Al poco tiempo perdimos la vergüenza y éramos cada vez más obvios, hasta que Soledad se percató reaccionando con mucha rabia e impotencia manifestando duramente sus reproches, ya que además de traicionada se sentía burlada frente a todos. Esto agravó cada vez más nuestra relación matrimonial distanciándonos al extremo de no hablarnos, ignorándonos completamente, relacionándonos solo lo indispensable para seguir conviviendo.

Finalmente Soledad decidió que lo mejor era separarnos, lo que me pareció natural, debido a mi distorsionada concepción del matrimonio, para mí estaba claro que esta vez no había resultado y debía seguir a una segunda relación y quizás una tercera. Incluso, la decisión de Soledad me produjo un cierto alivio al no tener que ser yo quien diera el primer paso para terminar con nuestro matrimonio que a esas alturas estaba completamente arruinado.

Una vez fuera de mi casa, me sentí libre y me reuní con esta mujer que tanto me atraía con la intención de entablar una relación seria. Sin embargo, me di cuenta que esta mujer deseaba mantener su libertad a toda costa, lo que me hizo sentir tan decepcionado, que decidí que lo mejor era seguir solo.

Nuestra separación con mi esposa duró unos pocos meses, período en el que visité a mis hijas frecuentemente y mi relación con Soledad se remitía solo a los aspectos prácticos de la familia. Durante esos meses poco a poco me fui dando cuenta que en realidad quería a Soledad, la extrañaba y necesitaba volver a tenerla a mi lado. Me sentía solo y arrepentido del daño que le había causado, sentía angustia al ver lo que había perdido.

Luego de varias conversaciones en donde prometí cambiar, decidimos volver a vivir juntos. No obstante mis promesas, este compromiso no pasó de ser una declaración de buenas intenciones, ya que al poco tiempo todos los problemas y heridas volvieron a manifestarse con más fuerza, sumiendo nuevamente nuestro matrimonio en un nuevo desastre.

A pesar de esto, Soledad quedó embarazada de nuestra tercera hija. Para mí no fue fácil aceptarlo, ya que dentro de mis planes no estaba considerado un nuevo integrante en la familia. La noticia la tomé con desgano y un cierto grado de frustración y en una actitud baja, cobarde e insensible le traspasé toda la responsabilidad a Soledad, mortificándola con mis continuos reproches por su embarazo.

Así, con 14 años de matrimonio, mi carácter duro, incomprensivo, e hiriente con mi esposa e hijas, fue causando graves heridas y menoscabo a su autoestima, sumado a una constante tendencia al alcohol y agravado por nuestra insatisfactoria vida sexual, habían producido un gradual y profundo deterioro en nuestra relación de pareja, llevándonos a mantener las apariencias, ocultando las graves heridas y resentimientos generados tras largos años de incomunicación e infelicidad.

En estas condiciones de aparente normalidad, unos amigos nos invitaron a vivir un fin de semana de Encuentro Matrimonial.

Antes de nuestro FDS, mi relación con Soledad era un verdadero desastre que nos negábamos a enfrentar. Las peleas por cualquier tema eran el menú del día. Nuestro matrimonio se había transformado en pesadilla y el ideal de familia que nos habíamos propuesto formar se había esfumado, debido a los graves problemas y conflictos que fuimos dejando sin resolver.

Para mí, la felicidad estaba basada en la estabilidad económica, el adquirir bienes materiales y el poder disfrutar lo más posible de actividades sociales con los amigos.

Es así como consideraba que el trago era un elemento fundamental para disfrutar de las reuniones con amigos o familiares, preocupándome siempre de tener en casa unas botellas de buen vino y buenos licores, bebiendo en abundancia los fines de semana y causando en Soledad mucha rabia, frustración y vergüenza, lo que generalmente terminaba en una fuerte discusión.

Gastaba en lo que se me daba la gana, sin preguntarle la opinión a mi esposa, llegando a casa con una serie de artículos que no era necesario comprar. Generando desconcierto e indignación en mi esposa al ver que nuestro dinero se utilizaba tan mal.

Y en nuestra vida íntima solía exigirle que ella siempre estuviera dispuesta a hacer el amor conmigo, causándole un fuerte sentimiento de rechazo frente a mi actitud despreocupada y apresurada, que la llevaba a buscar siempre excusas para no acercarse a mí.

Todo esto, sumado a mi mal carácter y permanentes explosiones de ira por la poca preocupación de Soledad por mantener el orden de la casa, la llevaban a largos períodos de silencio, donde acumulaba más y más ira y rencor, donde los temas jamás fueron conversados, haciendo que Soledad explotara por motivos injustificados, pero que yo entiendo que eran la gota que rebalsaba el vaso terminando en una discusión que iba subiendo de intensidad hasta llegar a insultos y gritos.

Gracias a lo aprendido en nuestro fin de semana comenzamos poco a poco a dialogar y exponer nuestros puntos de vista, aprendimos a no guardar rencor y a tratar de resolver nuestros conflictos, poniéndonos en el lugar del otro, tratando de escuchar y comprender a mi pareja. Es así como he aprendido a bajar el volumen de nuestras discusiones, he aprendido a beber conociendo mi límite y evitando pasarme de la raya, y he aprendido que Soledad es un ser distinto a mí, que siente y reacciona en forma distinta. He aprendido que debo tratarla con amor y consideración.

Y aunque hay temas en los que nos cuesta ponernos de acuerdo, sabemos que existe el diálogo y tratamos de ceder ambos en beneficio de la armonía, y lo hacemos contentos porque hemos visto los resultados de aprender a discutir. Hoy nuestros hijos se sienten más seguros y no escuchan esas tremendas discusiones que les causaba tanto daño.

Hoy, antes de comprar algo que me guste, le pregunto a Soledad su parecer, aunque todavía creo que me pierdo una gran cantidad de ofertas.

Debo reconocer que mi manía por el orden no ha cambiado mucho. Sin embargo, ahora ya no reclamo por esto, ni le exijo a todos que mantengan el orden. Hoy cambié la estrategia, cuando llego a casa y la encuentro desordenada, la ordeno rápidamente, salgo y vuelvo entrando encontrando todo tal y como a mí me gusta.

Antes de mi FDS siempre creí que el amor era solo un sentimiento, y como tal escapaba del control que pudiera tener sobre él. De esta manera justificaba mi mal carácter, malos tratos y poca consideración hacia mi esposa.

Sin embargo, lo aprendido durante mis 48 horas de amor, me hicieron comprender que mi amor hacia Soledad no dependía de lo que yo sintiera en una u otra situación, si no de lo que yo decidiera hacer, aun cuando estas decisiones fueran, muchas veces, opuestas a mis deseos.

Fue así que hice una evaluación de nuestra vida y me propuse cambiar:

Decidí, por ejemplo, dejar de reclamar por el orden en la casa, sobre todo considerando que con la llegada de nuestro cuarto hijo esto se había potenciado. Hoy espero que termine de jugar y lo invito a ordenar juntos.

Decidí acompañar a Soledad a las reuniones de colegio de nuestras hijas, e incluso en ocasiones voy solo, lo que antes ni se me habría ocurrido pensar.

Decidí no solamente callar mientras mi esposa habla, sino además, escuchar y considerar sus valiosas opiniones. Gracias a esto, muchas veces he podido darme cuenta de mis errores y actitudes negativas frente a Soledad o a nuestros hijos.

Decidí disminuir ostensiblemente la cantidad de alcohol que bebía los fines de semana, sabiendo que esto molestaba a Soledad y que tampoco era un buen ejemplo para nuestros hijos. Mi esposa ha sabido reconocer en esta nueva actitud un compromiso de mi parte, siendo más cariñosa y tierna conmigo.

Una de las decisiones de amor más importantes que he tomado fue ser menos obvio y más sutil, cariñoso y romántico para seducir a Soledad. Este no ha sido un tema fácil de solucionar, ni aún de conversar, pero créanme que ha sido muy beneficioso y sigo en mi plan de encontrar la forma adecuada que nos lleve a disfrutar de una relación sexual plena para ambos.

Cuando en nuestro FDS nos dijeron que debía escribir una carta de amor a Soledad, me sentí complicado. Nunca he sido bueno para escribir, Sin embargo recordé nuestra época de noviazgo, cuando Soledad se fue a Europa, y yo con tanta facilidad le escribía largas cartas, donde le contaba lo mucho que la extrañaba y necesitaba, pero esa época ya no existía y me parecía tan lejana y hoy no encontraba tema ninguno. Al final, me hice el ánimo y comencé a escribir con un “Querida y Amada Sole: Me siento extraño, pero feliz de poder expresarte mis pensamientos, los que insertos en este ambiente, espero sean escuchados. Siento que hace tanto tiempo que dejamos de comunicarnos, que solo tocamos temas sin realmente escucharnos y que los sentimientos más importantes en nuestras vidas han quedado en un pasado que veo tan lejano. Hoy quisiera decirte lo mucho que te quiero y necesito, eres la razón que me impulsa a tomar la decisión que nos lleve a lograr nuestra felicidad. Eres la mujer de mi vida, y a quien quiero conservar para siempre. Quiero que el fruto de nuestro amor pueda irradiar felicidad y cariño a nuestros hijos. Creo que tenemos mucho por hacer para lograr ser felices y, a partir de hoy, haré mi mejor esfuerzo por hacerte realmente feliz. No sabes lo importante que ha sido ver las cosas desde un ángulo distinto y poder darme cuenta de ‘que el amor es una decisión’, y que depende de nuestra voluntad el comprometernos con todas nuestras fuerzas en esta ‘aventura de volver a conquistarnos’.

Te quiere y necesita, Víctor”.

Cuando llegó el minuto de intercambiar nuestros cuadernos, me sentí algo incómodo y nervioso, por un lado de saber que seguramente me encontraría con una carta más larga y mejor escrita que la mía y por otro, por la ansiedad de ver qué había escrito Soledad. Cuando comencé a leerla me di cuenta que esa Soledad sensible y cariñosa de la que me había enamorado aún existía, recuerdo que la observaba esperando ver su reacción. De pronto levantó su rostro y pude percibir su emoción al leer mi cuaderno, no dudé en abrazarla, luego conversamos, sentía la necesidad de hacerle saber que tenía la seguridad de que podríamos salir adelante.



24. me consideraba una persona atea

Antes de nuestro fin de semana en el Encuentro Matrimonial, yo pensaba que el matrimonio, como todo en la vida, debía ser un “buen negocio”, de hecho fui yo quien le propuso a Soledad casarnos con separación de bienes, pensando en la posibilidad de solucionar en forma fácil cualquier problema futuro.

Mi concepción de la vida era tan práctica, que Dios no tenía cabida en ella. Jamás atribuí nada de lo ocurrido en mi vida a Dios, y no recuerdo haberle pedido nada, ni siquiera su perdón.

Además me sentía feliz de haber encontrado una mujer como la que yo quería para casarme, atractiva e inteligente, atributos que para mí eran muy importantes. Todo giraba en torno a mí, a lo que yo quería, a lo que yo hacía para obtener lo que deseaba. Sin embargo, a pesar de no creer en Dios, respetaba las creencias de Soledad, y como ya he contado, nos casamos por la Iglesia, lo que para mí, además, era un evento social muy importante.

Pensaba que el desarrollo y el éxito profesional de ambos sería una combinación perfecta para alcanzar todo lo que quisiéramos en la vida. Además, ambos tendríamos la libertad económica como para comprar lo que quisiéramos sin dar mayores explicaciones. Dentro de nuestro mundo de éxito, solo habría espacio para 2 hijos, lo suficiente como para no “desmejorar” nuestra situación y para salir lo más rápido posible de la tarea de criar y volver a tener nuestro espacio con los amigos y la libertad que quisiéramos.

Siempre fui partidario de que ambos debíamos asistir a todo evento extraordinario que hubiese en el trabajo, porque así se conservaban y cultivaban las relaciones profesionales. Y aunque muchas veces Soledad no quería participar de estas actividades en su oficina, porque decía preferir quedarse en casa con los niños, yo terminaba convenciéndola de que finalmente era parte de su trabajo y debía ir.

Nunca me importaron mucho los “sentimientos de culpa” que Soledad decía tener por trabajar todo el día y dejar a nuestras hijas, ya que consideraba que era una exageración, sobre todo si estaban bien al cuidado de la nana.

En definitiva siempre pensé que teníamos todos los ingredientes necesarios para ser un matrimonio “perfecto” y feliz, y de hecho, cuando llegué al Encuentro Matrimonial pensaba que no teníamos mayores problemas y además tenía la impresión de que para muchos de nuestros amigos éramos un ejemplo de familia. Una casa donde todo funcionaba a la perfección, donde a pesar de haber niños, siempre se conservaba todo ordenado, donde ambos teníamos buenos trabajos, todas las comodidades que necesitábamos y además nos dábamos el gusto de tener permanentemente invitados en la casa.

Antes de nuestro Fin de Semana del Encuentro, mi relación con Dios era nula. Durante mi vida, en las escasas oportunidades en que escuché de él, no le encontré sentido alguno. Yo sabía que probablemente Dios existía, pero no creía que pudiera relacionarse de manera real conmigo, ni menos que tuviera un plan perfecto para mi vida. Es así como fui desarrollando una actitud solamente respetuosa frente a lo que yo llamaba “las creencias de Soledad”. Es más, me consideraba una persona atea y que esto no afectaba ni mi vida ni mi relación matrimonial.

Cuando en mi FDS escuché que Dios tenía un plan perfecto para mi vida, no le di mayor importancia, sabiendo que siempre fui yo quien manejó y cuidó cada detalle de mi vida. ¿Cómo podía imaginarme que alguien en quien yo no creía ni conocía podría intervenir en mi vida? De hecho, difícilmente me sentía creado por Él. Sin embargo, podía darme cuenta de áreas de mi vida con las que había dañado profundamente a Soledad y a mis hijos.

Pude enfrentarme a la verdadera realidad de mi deteriorado matrimonio y a las profundas heridas que había causado en Soledad, a tal punto de haber llegado a la separación.

Hoy, mi percepción de Dios ha cambiado radicalmente, ya que logré entender que no solo soy creado por Él, sino que además, a su imagen y semejanza. Hoy, Dios forma parte fundamental de mi vida a tal extremo que sin Él nada soy. Y, gracias a su amor y misericordia, hoy puedo valorar a Soledad y a mis hijos reconociendo que gracias a Dios somos una familia. Hoy procuro entregarles toda mi preocupación, consideración y cariños que por tantos años les negué. Restaurando de esta forma tanto mi relación matrimonial como la de mis hijos.

Al elegir el Plan de Dios para nuestro matrimonio, comencé a sentir que los sueños e ideales pueden renacer si ponemos nuestras vidas en las misericordiosas manos de Dios. Es así que luego de nuestro FDS comenzamos a percibir cierta curiosidad de parte de nuestros amigos y familiares por saber lo que había ocurrido en nosotros y cómo esta nueva forma de relacionarnos nos hizo más felices.

Nuestras hijas también notaron el cambio, y aunque al principio nuestra actitud más cariñosa, tierna y cercana les pareció rara, al poco tiempo fueron entendiendo y creyendo en nuestro verdadero cambio. Mucho ayudó el que comenzáramos juntos a asistir a la iglesia donde mis hijas encontraron un grupo de jóvenes con los que hicieron importantes amistades. Por nuestra parte encontramos muchos amigos, con los que fuimos formando grupos de crecimiento en los que podíamos conversar y compartir nuestras experiencias dentro de un marco de confianza y respeto.

Con la convicción de que sin la presencia de Jesucristo en mi vida no podría ser realmente feliz con Soledad ni formar la familia que siempre soñé, comencé a asistir a la academia bíblica de nuestra iglesia, donde pude estudiar la Palabra de Dios. Con Soledad tomamos varios cursos, lo que me dio el conocimiento y crecimiento para entender la forma en que El Señor quiere relacionarse personalmente conmigo. Pude darme cuenta de lo equivocado que estaba al pensar que podía ser feliz por mí mismo, sin la ayuda del Señor. Fue así que al poco tiempo y junto a Soledad tomamos la decisión de bautizarnos, con lo que sellamos definitivamente nuestro compromiso con El Señor, siendo esta la demostración pública de nuestra conversión. Así, con una nueva visión de la vida y sintiéndome, por fin, realmente apoyado y amado por Dios, comencé a sentirme verdaderamente feliz.

Luego de unos años de plena participación en esta iglesia, una noche pasada las 2 de la madrugada, Soledad me despierta con una tremenda angustia

diciéndome que no podía esperar hasta la mañana para hablar conmigo. Sin más remedio y poniendo mi mejor cara de despierto me dispuse a escucharla.

En esa ocasión me cuenta de un profundo sentimiento de culpa que la atormentaba, ya que hacía un tiempo había conocido a un niño de casi 3 años en una visita a un hogar de menores que había realizado con el curso de mi hija más pequeña y que desde el primer momento que lo vio, lo sintió como su propio hijo, sintiendo que lo tenía abandonado. Así me contó que a escondidas lo había visitado cada día desde que lo conoció, teniendo como cómplice a nuestras hijas, las que habían guardado el secreto celosamente.

Mi reacción inmediata fue ofrecerle toda la ayuda económica que el niño necesitara, de tal modo que no le faltara nada. Pensando que con esto la dejaría tranquila y podríamos seguir durmiendo. Pero lejos de dejarla tranquila se inquietó aún más y me dijo claramente que quería adoptarlo. En ese momento se me espantó totalmente el sueño y le dije que olvidara la idea.

Durante el tiempo que siguió, pude comprobar lo fuerte que es el amor de madre, ya que Soledad seguía visitándolo todos y cada uno de los días. Ocasiones en las que también me invitaban pero yo me negaba a ir con ellas.

No cabe duda de que el Señor hace la tarea perfecta, ya que luego de algún tiempo acepté conocerlo y salir juntos a tomar helado. Debo reconocer que lo pasé bien y lo encontré muy simpático. Al poco tiempo comenzamos a traerlo a casa pero siempre debía volver a dormir al hogar.

Para que ustedes vean el poder de Dios y lo perfecto de su plan, una tarde sugerí que obtuviéramos permiso para que se quedara a dormir en nuestra casa durante los fines de semana. Así fue naciendo, inexplicablemente, en mi corazón un sentimiento de amor hacia este chuiquito, tan grande como el que siento por cualquiera de nuestras hijas, dándome cuenta que ya no podía vivir sin él y siendo yo quien tomara la decisión final de hacerlo legalmente nuestro hijo.

Hoy puedo reconocer en este nuevo hijo, en forma tangible, la poderosa mano de Dios en nuestras vidas, puedo reconocer que para el Señor, una vez que aceptamos seguirlo y le entregamos nuestra vida, no hay nada que parezca imposible. Fue él quien nos hizo tomar, junto al Señor, una de las decisiones más importantes y trascendentes de nuestra vida como matrimonio y el punto de unión no solo nuestro sino de toda la familia.

Nuestro infinito agradecimiento por lo que Señor hizo con nosotros ese FDS hace 14 años, y lo que hace cada día con nuestras vidas nos tiene hoy dedicados a entregar un poco de ese amor a otras parejas.

Cuando me di cuenta lo importante que era para mí Soledad, comprendí que en nuestra vida había cosas que en sí no eran malas, pero que dañaban nuestra relación y me propuse cambiarlas. De esta forma decidí, que independiente de la hora de término de las reuniones extraprogramáticas de la oficina, yo me retiraría a una hora adecuada, que no pusiera nerviosa ni preocupara a Soledad.

Decidí dejar de jugar tenis los fines de semana, ya que esto me impedía compartir con Soledad y las niñas. De hecho, hoy lo hago durante las vacaciones, oportunidad donde aprovecho que los pololos de nuestras hijas mayores jueguen conmigo.

Recuerdo que me encantaba salir a ver los partidos de fútbol con mis amigos, dejando a Soledad con las niñas en casa. Hoy prefiero quedarme con ellas y verlos con nuestro hijo menor, y aunque las 4 mujeres de la casa rara vez los ven, sé que están felices de que yo esté ahí con ellas. Esto ha sido una muestra de amor para mis hijas que les ha demostrado lo importante que hoy son para mí.

Cuando en nuestro FDS nos pidieron escribirle una carta a nuestra pareja, recordando tres momentos de cercanía, pensé: en general a Soledad la he tenido físicamente cerca la mayor parte de nuestro matrimonio, sin embargo recordé qué distintos fueron algunos momentos mientras pololeábamos o cuando recién nos casamos, en que no solo la sentía cerca, sino que realmente estaba conmigo de verdad, con todo su ser, su alegría, su amor y compañerismo y qué lejano me sentía de ella. Pero me puse a escribir y salió la siguiente carta:

“Querida Sole:

Creo que si miro hacia atrás puedo recordar grandes y hermosos momentos de cercanía, donde sentía que éramos uno solo disfrutando hasta lo más profundo de nuestro ser, situaciones que eran solo nuestras, como cuando nacieron cada una de nuestras hijas. Yo las tomaba en brazos para entregártelas, recuerdo con emoción que tú, a pesar del cansancio, las tomabas como el mayor tesoro que hayas tenido entre tus brazos. También recuerdo cuando sin cuestionamientos decidiste apoyarme en mi viaje en busca de

mejores oportunidades, quedándote con nuestra hija mayor y otra en camino por casi 6 meses. Donde a pesar de la distancia, ambos sabíamos que nos teníamos y contábamos el uno con el otro.

Cuando después de tantos años de trabajo quedé cesante, y tú me dijiste, no importa, no te preocupes, encontrarás otro empleo mejor. Me animaste todo el tiempo, jamás me hiciste sentir mal, todo lo contrario, me dabas fuerza cada día para volver a empezar.

Hoy, después de escribir, quisiera que este tipo de momentos volvieran a repetirse con mayor frecuencia, por lo que te propongo que hagamos el mayor esfuerzo porque cada momento de nuestras vidas sea más y más intenso y así poder acercarnos y volver a sentir que eres mi compañera, mi amiga, mi amante, en definitiva, te propongo que me permitas ‘volver a conquistarte’”.

Doy gracias a Dios por el regalo de ese Encuentro Matrimonial, a los hermanos que puso en nuestro camino, y al conocimiento de su Palabra, que ha permitido que sigamos juntos en esta aventura, donde cada día aprendemos más, caminando tomados de Su mano, que nos sostiene de aquí a la eternidad.



25. salvado por la oración

La mayoría llega al conocimiento que hay un salvador en tiempos de crisis, en mi caso, fue al contrario, no en tiempo de crisis, o al menos así lo creía.

Durante mi niñez y pubertad, creía en Dios, un Dios todopoderoso y creador de todo lo que existe, pues así me lo enseñó mi madre en casa, y creencia que fue reforzada por el colegio católico donde estudié; además en esos años 70 la sociedad en general así lo creía. Pero al pasar el tiempo yo sentía que era un Dios lejano que debíamos atraer a la tierra de algún modo que debía descubrir para que mis oraciones fuesen escuchadas.

Quizás la recurrente eran los conflictos entre mis padres que en temporadas afloraban con fuerzas y yo siempre quedaba en medio. Tuve una fe grande en Dios, y me levantaba temprano los domingos, solo para asistir a la misa. Sin embargo no tenía la instrucción real de cómo era ese “mecanismo” para acercar a Dios un poco a nuestro sureño y lluvioso pueblo para que escuche mis oraciones. Recuerdo que rezaba (oraciones de memoria), pero también oraba (con mis propias palabras a Dios); pero pensaba que Dios era un Padre incondicional que debería darme todo cuanto yo pidiese, o al menos lo más relevante y, a cambio, yo tenía que ser una buena persona: estudiante, hijo, amigo, compañero, etcétera. ¡Ah! y cumplir con los compromisos eclesiásticos que el colegio me planteaba. Sin embargo era más que eso, y lo ignoraba. No recuerdo haberle planteado esa inquietud a ningún líder religioso, ni tampoco a mi madre, eso era entre Dios y yo.

La Biblia, la Biblia re poco y a veces estudiábamos alguna historia a modo de fábula con pocas aplicaciones prácticas a la vida contemporánea. Esto de

una serpiente que hablaba en el jardín del Edén a un par de seres humanos perfectos, era como un film de lo más surrealista que había.

Pasaron los años, llegó la adolescencia con las típicas crisis existenciales, y entre tanto las de mis padres en su matrimonio se fueron incrementando; por lo que me sentía uno de los seres más abandonados de la Tierra, claramente ignorando las realidades de muchas personas que realmente tienen padecimientos enormes; sin embargo esta era mi realidad y el mundo giraba en torno a mí.

En la época del colegio teníamos un buen pasar, hasta que, estando en la enseñanza media, mi padre queda cesante, después de toda una vida haber trabajado en una empresa con un buen crecimiento en lo laboral, lo que provocó un cambio de vida importante. Seguramente también fue una época muy difícil para mi madre, quien hace algunos años, comenzó una búsqueda espiritual, partiendo por un catolicismo tibio, pasando por cultos ocultistas, sectas, y llegando finalmente a los pies de Cristo, lo que la hizo sobrellevar su depresión no diagnosticada.

Hice un *reset* a mi vida, o como diría un computín: `format C:/`.

Arranqué de cero, sobre todo en lo que tenía referencia con mis creencias y fui ateo, creía en lo que veía y tocaba. Procuré prestar atención en clases, me agradaba ser un buen alumno, aunque no muy estudioso. Tuve hasta un cambio de personalidad, siendo anteriormente alguien introvertido, muy tímido; a ser alguien con una personalidad propia, haciéndome notar en mi medio con ideas y posiciones relativamente sólidas respecto de mis pares. Pero fue una dura cosa, pues estaba solo contra el mundo; y no tenía herramientas para enfrentarlo. Me evadía, pero mi “droga” era la música; la que fue mi compañera de estudios y vivencias, pasó a ser mi medio de fuga eirme lejos a un mundo de sensaciones sonoras que se convertían en paisajes donde el dolor, las preocupaciones, conflictos y el futuro no importaba; ¡me convertía en un pájaro!

Trabajé los veranos, lo que me dio cierta libertad, aunque el dinero no era mucho, pero algo era; salí del colegio y me vine a estudiar a Santiago, lo que me dio la lejanía física de algunos de mis problemas. Acá conocí a la que ahora es mi esposa y nos apoyamos en nuestra soledad mutuamente. Finalmente, me cambié de carrera a lo que siempre quise estudiar, egresé, me casé y trabajé precariamente.

En todo este tiempo, mi madre oraba por mí, mi esposa también y sé que algunos parientes también, como Irma, la tía de mi esposa.

Me enfermé, y estuve hospitalizado mucho tiempo en Talcahuano, viendo cómo algunos compañeros se iban de alta y a otros se los llevaba la muerte. Al volver al médico en Cauquenes, el doctor Dizzi, que me había enviado a un lugar donde pudieran darme un mejor tratamiento (Santiago o Concepción, yo elegí Concepción, que era finalmente Talcahuano), me dijo que primera vez que veía un caso como el mío que volviera con vida. Me sorprendió, pero no le di mayor importancia, lo tomé como una buena anécdota que contarle a mis nietos (cuando los tenga y si Dios lo permite).

Cada vez que iba a visitar a mi madre, ella me llevaba a la Iglesia. Notaba que ella se alegraba mucho cuando la acompañaba y feliz me presentaba a los “hermanos” de la iglesia donde asistía, y donde yo me sentía muy bien recibido. Escuchaba los mensajes, pero no tenían mucho sentido para mí; pero creo que el alimento espiritual, la semilla, había sido plantada y regada por cada mensaje que escuché, y las oraciones de quienes pidieron a Dios por mí, evitaron que esa semilla sea arrancada por “pájaros” o exterminada por la “maleza”. Finalmente, acompañando a mi madre a un Seminario cristiano de su congregación, realizado en un hotel del centro de Santiago, sin más, sentí, sí, sentí, no fue algo intelectual o racional, sentí que debía aceptar a Cristo como mi Salvador personal y procurar conocer más de Dios, a otro nivel, ya no como un Ser Todopoderoso lejaaaaaano, sino como un Padre que siempre estuvo ahí esperando, atento por mí, y haciéndome recorrer un sinuoso camino, aunque yo me escapaba, siempre me cuidó hasta que lo reconocí. En ese punto, fue mi salida de “Egipto” de la esclavitud, en un largo caminar, en donde reconocí que era esclavo de muchas cosas, liberándome poco a poco, camino que sigo recorriendo y avanzando; y con la diferencia que ahora tengo acceso directo al Padre, por medio de Cristo Jesús, con una fe comprobada de las respuestas de Dios, sean positivas, negativas... o de espera.

En todo este proceso, no tengo ningún mérito, tal como un pájaro no sabe cómo llega a cierto lugar, simplemente llega. Pero sí reconozco que soy hijo de las oraciones de mis seres queridos que le pidieron al Padre Celestial por mí, hasta que yo llegué a este punto, no para quedarme acá, sino que para seguir la carrera que concluirá cuando el Señor me llame a descansar.



26. una paraplejia producida

Soy el mayor de 5 hermanos, 3 hombres y 2 mujeres.

Mis primeros años los viví en la ciudad carbonífera de Schwager, ya que mi padre era el médico director del Hospital; no tengo muchos recuerdos especiales de esa época.

Sin ser una infancia de grandes lujos, teníamos un buen pasar. El ambiente familiar era grato, recibíamos la atención y preocupación diaria de nuestros padres. Nos vinimos a Santiago cuando yo tenía como 4 años. Con mis hermanos no era muy amigo. Entre ellos sí lo eran, y generalmente me excluían de sus juegos, provocándome esto fuertes sentimientos de aislamiento y soledad lo que me llevaba a pasar gran parte del día sumido en mis propios pensamientos, inventando amigos ficticios con los que conversaba.

Durante el período escolar no fui un buen alumno, en comparación con mi segundo hermano, situación que marcaba aun más la diferencia entre él y yo, especialmente a los ojos de mi padre, quien lo hacía resaltar casi a diario, provocando toda una suerte de sentimientos de angustia y menoscabo. Todo esto fue aumentando mi sensación de aislamiento, Forjando en mí una personalidad más bien retraída, tímida e introvertida.

Ya en la capital, la situación familiar paulatinamente fue cambiando debido a las responsabilidades laborales de mis padres, porque mi madre ahora ejercía la odontología y solo compartíamos con ellos los fines de semana, y con nanas el resto del tiempo. La relación entre ellos era bastante plana, aunque a veces muy tensa, pero no ventilaban abiertamente sus problemas de

pareja delante de nosotros, así como tampoco se expresaban cariño. Nunca imaginé que en realidad tenían problemas tan graves, como al extremo que mi padre tenía por largo tiempo una relación paralela con una mujer más joven, que a la postre significó que se separaran, y a poco andar mi padre formó otra familia. Así comencé a percibir a mis padres cada día más lejos. En la adolescencia esto no cambió y fui haciendo mi vida alejado de ellos; comencé a pololear y me casé muy joven. Mis padres, por su experiencia, miraban con mucho recelo y desconfianza nuestra unión, pero yo hacía oídos sordos a todas estas apreciaciones; es más, estaba convencido que mi matrimonio sería distinto a todo lo visto y pronosticado y se los demostraría. Sería una relación basada puramente en el amor que nos teníamos y por el resto de nuestros días. Sin embargo, teníamos claro que, si alguno de los dos dejaba de experimentar este sentimiento, la relación terminaría. No nos obligaríamos a soportarnos por el hecho de haber firmado una libreta.

Bueno, aunque tenía nuevas responsabilidades como hombre casado, Igual seguí estudiando y logré recibirme de ingeniero. Pronto comencé a trabajar y a desarrollarme como profesional, obteniendo ciertos logros laborales y económicos que me llevaron a someter a mi familia en función de estos. Mi quehacer me absorbía y me hacía sentir valioso. Mi trabajo era lo más importante para mí, pues aparte de mi realización personal, permitía proveer el sustento y bienes para el hogar. Me sentía bien; era, lo que se dice para el mundo, un hombre de éxito. Mi señora también después de unos años se recibió. Sin embargo, como yo no tenía principios ni valores sólidos, y considerándome ateo, a los pocos años y con dos hijos, teníamos nuestro matrimonio completamente destrozado, con infidelidades mutuas, peleas, descalificaciones y malos tratos, incluso separaciones, y por más que intentábamos recomponer algo de lo que habíamos tenido y soñado al principio, no lo conseguíamos, al contrario, cada día era peor que el anterior.

En estas condiciones, fuimos invitados a un fin de semana de Encuentro Matrimonial, al que aceptamos ir, con pocas expectativas e ilusiones. ¿Qué nos podrían entregar o enseñar que ya no hubiéramos intentado antes? Pero contrariamente a lo pensado, en la medida que nos fuimos dejando llevar y haciendo lo que nos pedían con tanta convicción, empezaron a removerse recuerdos y sensaciones muy olvidadas. Nos dieron pautas para volver a comunicarnos, cosa que no hacíamos desde hacía mucho tiempo. Nos pidieron que fuéramos sinceros. Nos dimos cuenta que todavía podíamos hacerlo, sin herirnos ni descalificar, y los resultados no se hicieron esperar. Salí del encuentro convencido que había vuelto a nacer, me reencontraba con la única mujer de quien realmente me había enamorado. La veía nuevamente

abierta y transparente. Reconocimos que habíamos perdido mucho tiempo, y también todo el daño que nos habíamos provocado. Ahora, volvía a renacer la esperanza de un futuro juntos. Un milagro se había producido, y percibí por primera vez la presencia de Dios en mi vida; fue una experiencia nueva y sobrecogedora, difícil de relatar. Solo puedo decir que percibí su mano tibia diciéndome, aquí estoy.

Después del fin de semana, en que ambos sentimos la presencia del Señor, salimos mirando al mundo con otra perspectiva. Nos habíamos reencontrado como pareja, cosa que hasta ayer parecía imposible, y nos sentimos felices de saber que estábamos unidos gracias a Dios. Desde ese fin de semana inolvidable, lo que recibimos y aprendimos sigue estimulándonos y alentándonos a seguir los caminos de Jesús, tratando además que nuestros hijos nos imiten.

Con nuestra experiencia vivida, hemos aprendido que lo que el mundo ofrece es un estilo de vida egoísta. En cambio, al abrir nuestros corazones pudimos ver cómo Dios ofrece un mejor plan de vida, lleno de amor y entrega al prójimo, lo que nos motivó a saber más de Él. Comenzamos a asistir a esta iglesia y participar de sus actividades. Sentíamos la necesidad de saber, aprender y conocer a este Dios que en solo 48 horas transformó nuestras vidas. Al principio nos inscribimos en la academia bíblica, charlas, seminarios y cualquier reunión que nos invitaban, y luego nos bautizamos, reconociendo la presencia de Dios en nuestras vidas. Poco a poco también nos fuimos dando cuenta lo valioso y fuerte de nuestra unión, la que se fue exteriorizando para felicidad de nuestros hijos y para asombro de otros, que vieron lo mal que estuvimos, y el cambio. Fue como volver a los inicios, pero con una entrega más rica, abierta y profunda, sentíamos que ahora teníamos más razones por las que luchar. También tratamos que todo nuestro entorno familiar y de amistades nos acompañaran. Algunos han seguido, pero otros siguen dando tumbos, desgraciadamente, y lo digo convencido, porque nosotros sabemos que la vida puede cambiar.

Nuestro amor así renovado, al poco tiempo se vio recompensado con el arribo de una integrante más para nuestra familia, que ha inundado de felicidad y alegría nuestro hogar. En la actualidad nos sentimos alegres y llenos de entusiasmo frente a la vida; hemos crecido espiritualmente, en personalidad, paz y respeto mutuo. Aun cuando desde abril del año 2000 estamos viviendo la dura prueba de una paraplejía producida por una lesión medular. Esta inesperada y traumática condición, que en un principio nos llenó de dudas y contradicciones, produciendo mucho dolor en

nuestra familia, poco a poco con la madurez espiritual que ya teníamos con Vilma, nos hizo aferrarnos más a sus promesas y verdades, descubriendo la fortaleza y la paz que el Señor nos entregaba. En mi caso personal, me ha hecho radicalmente más dependiente de Dios y de mis seres queridos, especialmente de Vilma, mi compañera de vida, y de mis hijos, recibiendo su amor y apoyo incondicional sobre todo durante la etapa de rehabilitación, y después, durante el proceso de aceptación de esta nueva realidad de vida, que por supuesto ha significado cambios en distintos ámbitos.

Pero todo esto ha sido posible por la presencia de Dios en nuestro hogar, nuestra unidad, y también por el apoyo y amor recibido de esta nueva familia espiritual, en todos los aspectos y sentidos. Así hemos podido sobrellevar con tranquilidad esta dolencia, y mirar el futuro con esperanza, “Ya que sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”.



27. nadie me reclutaría

¡Yo no quería ir!

Mucha insistencia me hacía dudar.

¿Por qué? Me preguntaba. Estábamos bien así... yo a cazar el mamut, y ella a la crianza. Los niños en el colegio, yo en el trabajo y Coca en casa. Madre de mis hijos.

Muchas veces dije ¡No!... que luego... déjame pensarlo...

No hallaba cómo sacarme esta invitación tan insistente...

Y los que nos invitaban eran buenas personas, consecuentes. Eso me hacía dudar de mi negación.

Llegado ese día, me llené de actividades, que si las nombro, se caen solas. ¡Qué vergüenza!

Luego razoné: me lo piden Coca y mi mamá. Los hijos miraban y yo me veía cada vez más frágil. Respiré profundo y les dije: ¡Iré, siempre y cuando pueda hacer un reportaje fotográfico!

Me agarré de mi cámara Minolta, y a la Citrola nos subimos. En la ruta pensaba en cómo hacer el libreto y las fotografías. Era lo único que ocupaba mi mente. ¡Y por supuesto, que a mí, nadie me reclutaría!

Cuando llegué al lugar, no me di cuenta cuando la Minolta ya no estaba...

Al pasar las horas recorrí fugazmente el lugar, viendo que no había marcha atrás.

Paulatinamente fui descubriendo cosas buenas y poco a poco fui sintiéndome bien.

Estaba despertando...

Fue un evento muy importante en mi vida, nuestras vidas.

Se los recomiendo a todos. Una experiencia inolvidable.

Hoy miro atrás, y me digo: ¡Qué equivocado estaba! Ese fin de semana del Encuentro Matrimonial marcó un antes y un después en nuestra vidas como pareja, y también en lo personal, porque me reencontré con Dios, quien nos acompaña en nuestro caminar con Coca, mi compañera de la vida.



28. mi deprimido presupuesto

Conversando con mi hijo Daniel, analizando mi deprimido presupuesto en este último tiempo y buscando una solución, llegamos a un acuerdo, debíamos encontrar una rápida respuesta para este problema microeconómico. Fue entonces que a mi hijo se le ocurrió la idea de arrendar un par de habitaciones en el departamento donde vivimos, ya que consta de 4 dormitorios con dos baños completos, y para nuestro uso con dos piezas estaríamos bien. La pieza de Daniel, además consta de una cama nido y podría compartir su pieza cuando viniera alguien de la familia de visita. De hecho, ahora la comparte con su hermano Álvaro.

Daniel hizo uso de una aplicación para suscribirse por Internet y ofrecer las habitaciones para llevar a cabo este miniproyecto. Bien, arrendamos dos habitaciones y por supuesto apareció una lista contundente de personas postulando, y yo le dije a mi hijo que debíamos orar para seleccionar las personas idóneas, y lo más importante y primero debería ser la voluntad divina y que fueran cristianas. Por mi parte fui quien hizo las entrevistas, pidiéndole al Señor Jesús Todopoderoso, me mostrara quiénes deberían entrar en mi hogar, y poder confiar en quienes serían los nuevos integrantes de esta familia.

En la selección aparecieron dos personas de sexo femenino y de diferentes edades, pero creyentes en el Señor Jesucristo. De tal manera, que resultaron ser como se las pedí al Señor. Y eso me corroboró una vez más que Dios nunca falla, es inagotable su fidelidad y misericordias cuando acudimos a Él.

Las invité al Encuentro de Mujeres y quedaron impresionadas por todas las vivencias y el gran compartir con amor de todas las personas asistentes, y los mensajes de vida cristiana, para seguir la palabra del Señor Jesucristo.

Actualmente ambas son parte de esta familia y se sienten felices y a gusto. Por eso les digo “Que en el Señor Todo se puede y todo se alcanza” y solo se debe depositar la obediencia y fe en Él.

Nuestros ruegos fueron escuchados y estamos todos muy contentos y felices por la gran Fidelidad y amor de nuestro Señor Jesucristo, en sus grandes bendiciones derramadas en nuestro hogar, para que sobreabunde la unidad y el amor. Gracias Señor, Gracias. Amén.



29. *una nueva identidad*

Soy la segunda de tres hermanos por parte de mamá, crecí con un papá ausente y desconocido. Mi madre, una mujer soltera sin gran preparación académica. De oficio obrera textil.

Un hogar disfuncional por donde se le mire. Mi padre un hombre ya casado cuando conoció a mi madre. Por ende soy hija de la amante de mi padre.

Criada con dureza, falta de afecto, abusos físicos y psicológicos nunca revelados y por lo mismo nunca tratados.

Desde pequeña asumí la responsabilidad de ayudar a criar a mi hermana menor, a pagar cuentas, cocinar, limpiar y mantener todo en orden. Ya a los 10 años cocinaba.

Mi madre era una mujer agresiva, amargada, yo diría frustrada y obsesiva en detalles domésticos. Vivíamos en una casona antigua en el barrio cívico de Santiago, donde ella arrendaba unas piezas; a mi casa siempre llegaba mucha gente; familia y amigos de mi hermano mayor. Mi madre había desarrollado una extraña forma de desembocar su frustración, y era por medio de gritos y golpes hacia mí. Era cosa de casi todos los días.

Nunca desarrollé amistades en el colegio ni en la educación superior, ya que siempre andaba golpeada e inspiraba lástima, sobre todo en la época escolar. Nadie se atrevía ir a mi casa por temor a mi mamá.

...Así fue hasta los 18 años. Esta clase de vida trajo consigo nefastas consecuencias en mi desarrollo emocional-psicológico, afectivo y serios problemas de autoestima.

Cuando salí de 4^a medio me vi enfrentada a un mundo profesional y laboral para los que no estaba preparada.

A los 19 de años dejé mi hogar y me fui a vivir con una hermana de mi mamá, ya cansada de los malos tratos.

Es en este punto de mi vida que sufro un quiebre de identidad... Llena de cuestionamientos; ¿quién soy?, ¿qué sé hacer?, ¿cuál será mi futuro? Sin proyección, etc. Sin dinero, sin apoyo, sin amistades. Si bien mi tía me facilitó que tomara uso de su pieza que ella arrendaba para los domingos (ella era empleada puertas adentro) era solo para dormir, Yo debería ver cómo me mantendría.

Entré en una fuerte depresión que me botó a piso; no quería comer ni salir, estar a oscuras... me temblaban las manos y sudaba entera frente a la idea de ir a una entrevista de trabajo. El miedo y la inseguridad me paralizaban. Me di cuenta que en los años de enseñanza media NO había aprendido nada, debido a los problemas de violencia que viví en casa, de la que me fui unas 4 o 5 veces antes de los 12 años, con visitas regulares a los hogares de menores. No estaba preparada para enfrentar la vida bajo ningún aspecto.

Sentía que no había desarrollado ninguna habilidad académica, y en matemáticas era un verdadero fracaso.

Fue aquí que recibo una invitación, ya como adulta, por parte de mi tía, a ir a una iglesia en la que hacía muy poquito tiempo ella se estaba congregando.

Empecé a asistir en forma regular, porque me sentía tan sola, insegura y extraviada, que necesitaba algo que me ayudara, y fue así que una tarde de invierno caí de rodillas en la iglesia y dije “Señor, cuando niña oí de Ti, pero ahora te necesito en mi vida, estoy destruida, por favor ven a mi vida, hazme de nuevo”.

Desde esa tarde sentí paz, y hubo en mí un querer escuchar y aprender más de Dios; comencé a leer la Biblia, y no entendía casi nada de lo que leía, lo que me frustró al principio. También recuerdo que empecé a cantar y a recordar las alabanzas que había aprendido cuando niña en casa de mi abuela materna. Oré pidiendo entendimiento de la Palabra, y sabiduría para tomar decisiones, ya que había leído la historia de Salomón, quien le pidió a Dios sabiduría, y eso me inspiró a pedirla. Realmente quería entender lo que decía la Biblia.

Así pasé mis 3 primeros años fuera de casa, con altos y bajos en lo Espiritual, emocional y económico.

Entre tanto, fui invitada a un *Encuentro de Mujeres*, en esta etapa de mi vida (24 años) y hubo un antes y un después.

Dios quitó una venda de mis ojos espirituales y pude ver y entender la palabra (Biblia).

Entendí el sacrificio de Cristo en primera persona y esto cambió mi vida para siempre. En este Encuentro de Mujeres rompí cadenas de amargura y faltas de perdón. Fui LIBRE. Libre para tomar buenas decisiones.

Así Dios me dio una nueva identidad

Sé quién soy, a dónde voy, qué debo hacer y sé que soy amada por Dios.

Fui adoptada por Él, quitó toda amargura y soledad de mi corazón (mente).

Me dio una familia (esposo e hija) bien constituida y caminamos como Familia juntos con Cristo. Me dio una profesión, trabajo, departamento propio, etcétera.

Cubrió y sanó todas las heridas de mi alma, ordenó mis prioridades, puso toda mi vida en orden según su voluntad, me concedió sabiduría para tomar decisiones correctas conforme a su palabra...

Lo único que hice fue abrir mi corazón (sentimientos), mi mente (razón) y se lo entregué, bajé los brazos y me rendí a Él.

Yo descubrí en todo este proceso que Dios bendice y cubre cuando uno se entrega y obedece a su palabra. Dios lo llena todo.

Hoy puedo decir que soy la mujer más feliz del mundo. Tener a Dios de mi lado lo es todo.

Llena de gozo, paz, certezas, confianza, con una percepción de la vida que trasciende todo lo que me rodea.

Dios me regaló una nueva identidad.



30. necesidad de entregar mi vida en sus manos

Voy a compartir en pocas palabras lo que motivó mi llegada a la iglesia.

Un día iba en bus hacia la casa de mi hija Cecilia en La Dehesa. Miraba con mucho interés el terreno en el que se encontraba una casita y la construcción de una especie de capilla en Avda. Las Condes. Yo me preguntaba qué sería esa construcción. Unos días después, mi hija me contó que a ella y a su esposo los habían invitado a un Encuentro Matrimonial. Los había invitado un matrimonio cristiano amigo de ellos, cuyo esposo lo llamaban el Osito. Luego de asistir a diferentes reuniones, Cecilia y Claudio me dijeron que la pastora había invitado a los familiares de cada uno a asistir un día jueves a las tres de la tarde a la iglesia. Sin dudar ni un instante, le dije que sí iría, porque era en ese mismo lugar que me causaba tanta curiosidad.

Vino a mí el recuerdo de cuando era una niña de más o menos cinco años y mi hermana de tres. Había una iglesia evangélica en la misma cuadra en la que estaba mi casa en Valparaíso, y su pastora era una señora inglesa, amiga de mi mamá que nos llevaba el día domingo a la Escuela Dominical. Siempre la esperábamos con mucho entusiasmo porque nos gustaba mucho lo que hacíamos en esas clases. Luego de unos años, se incendió toda la cuadra. Se quemó la iglesia, la carnicería de mi papá, y otros locales. Pero seguimos con las enseñanzas de mi mamá, que era católica.

Crecí, estudié, y cuando estaba en humanidades conocí al hombre que fue mi esposo, y luego crié a mis hijos. Después, mi hijo cambió de vida. Esto me hizo olvidar un poco mis principios cristianos. Pero gracias a la fidelidad del Señor, usó a mi hija y despertó la gran necesidad de entregar mi vida en sus manos y a tener un corazón dispuesto a obedecerle todos los días.

“Ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí”. Él me ayudó a pasar las pruebas más fuertes que pueda tener una madre, la muerte de mis dos hijos, uno a los cuarenta y cuatro años, y el año pasado la muerte de mi hija Josefina a los sesenta y tres. El Señor me alentó, me animó y me sostuvo. Sin su ayuda no hubiera soportado la prueba. Los Salmos me enseñaron a volver los ojos a Cristo en toda necesidad.

Como en mi corazón y mente vive el Señor, he recibido todas las promesas y he confiado en que Él no miente cuando nos dice que guardará nuestra alma desde ahora y para siempre. Amén.



31. *liberación de la droga*

Es nuevo para mí contar mi historia abiertamente a un gran público, no sé si sea buena haciéndolo, pero Dios me pone en el corazón contarles mi historia.

Vengo de una familia de cinco personas, mi padre que siempre fue un hombre trabajador independiente de muy lindo corazón y buenas intenciones, una madre artista, curiosa, alocada, alegre, y de entrega enorme a su familia y sobre todo a sus hijos, dos hermanos mayores varones, un arquitecto y un ingeniero, siempre muy protectores conmigo, ya que soy la más pequeña y la única mujer.

En el ámbito espiritual mi familia era una montaña rusa, ya que mis padres pasaron por varias etapas de creencias, partieron siendo católicos, luego se fueron por la espiritualidad rebelde creyendo en distintos paradigmas que no vienen del Señor nuestro Dios.

En el ámbito laboral gracias al trabajo esforzado de mi papá logramos tener una muy buena situación económica, pero fue desperdiciada ante malas decisiones familiares y caímos en la quiebra. Tuvimos un sube y baja de pérdidas durante este periodo hasta que llegamos a la situación crítica en la que tuvimos que separarnos como familia, mis hermanos fueron los primeros en partir obligadamente; el mayor tuvo que ir donde una tía y el que le sigue partió a vivir con su pareja del minuto que actualmente es su esposa.

Al pasar del tiempo mis padres tuvieron que irse a vivir con mi hermano mayor, el que ya había formado familia y se había establecido en una casa en la montaña y yo tuve que mudarme a vivir con mi otro hermano, su

esposa y su pequeño hijito recién nacido, en este periodo estaba entrando a la Universidad.

El verano anterior a mi ingreso a la Universidad tuve mi primer campamento de jóvenes de la iglesia, en donde tuve mi primer enamoramiento del Señor. Lamentablemente la Universidad me atrapó y perdí el seguimiento de mi relación con el Señor, cayendo fuertemente en las drogas, especialmente en la cocaína. Sí, estaba en un quiebre tan grande, una depresión tan profunda en mi vida que llenaba mis vacíos con esta droga y las fiestas, llegué a ser tan dependiente de ella que salía sin compañía a fiestas en búsqueda de ella, pasaba hasta 3-4 días sin comer, sin dormir, sin llegar a casa de mi hermano y viviendo plenamente de esta droga.

Mis padres no estaban al tanto de esto, ya que no podían tener total control sobre mí, porque no me veían durante la semana. Solo los días domingos nos encontrábamos en la iglesia.

Una de esas noches de fiesta y locura, fui violada por el hombre que me estaba dando droga esa noche. Recuerdo estar acostada en una cama, y mi corazón latiendo muy rápido, fuertemente, tanto que sentía que en cualquier minuto iba a partir de este mundo, pero aún así me ofrecían más droga... y no lograba decir que no, sabiendo que estaba muy mal, y sin poder moverme, seguía aceptándola. En ese instante de lucidez me di cuenta de que no estaba teniendo control de mi vida.

Estaba tan asustada que salí y agarré un taxi que me llevó a la iglesia. Cuando vi a mis padres en medio del culto me acerqué y le pedí a mi papá hablar con él. Le conté la verdad de lo que estaba viviendo y que por favor tomara el control de mi vida, porque yo no lo tenía, y no sabía qué hacer. Ustedes en este momento deben pensar ¡qué horrible día! pero yo tengo muy claro que fue el mejor día de mi vida, ese día comenzó mi nueva vida en Cristo.

Sin Dios, no hubiera logrado salir adelante, ya que no tuve terapia especial, solo con la ayuda de mis amados hermanos líderes y pastores de mi iglesia pude salir adelante. No les diré que fue fácil, porque fueron muchas noches de sufrimiento, debido a la abstinencia. Además tuve que dejar mi carrera atrás, mis amistades, mi vida y mi mundo. Pero agradezco a Dios la oportunidad y el coraje que puso en mí para dar el paso y comenzar una nueva vida de la mano con Él.

Hoy llevo 5 años rehabilitada, con una vida sana y claridad ante mis decisiones gracias a Dios. Cada situación, cada decisión, cada paso intento darlo con el amor que Él nos enseña, ese amor que me hizo nacer nuevamente. Durante el camino caí varias veces frente a distintas situaciones, ya que no soy perfecta, pero siempre levantándome y aprendiendo junto a Él. Aún me queda mucho por aprender, y estoy ansiosa de llenarme completamente de Dios y sus enseñanzas.

Pido al Señor que mi historia sea de ayuda para otros, ya que Él me dio consuelo para que yo pueda servirles de consuelo, porque sé que junto a Dios, NADA es imposible. Que la fe los mantenga día a día, y no la pierdan nunca.



32. put your head on my shoulder

Adoraba a mi papá y de ese tiempo se me grabó una canción que él me cantaba, “*apoya tu cabecita en mi hombro y llora y cuéntame todas tus penas, todas para mí...*”. Nunca lo pude hacer porque se separaron cuando yo tenía 4 años y sufrí mucho por esta situación. Me informaron que mi papá se había ido de viaje, pero que me iba a escribir. Dicen que yo por dos años me senté en la escalinata de la casa y diariamente le preguntaba al cartero por mi carta que nunca llegó. Yo no me acuerdo. Me convertí en una niña muy **tímida** e hipersensible con una enorme necesidad de afecto y me refugié en mi casa y con los míos, ese era el lugar más amado y más seguro para mí. Mi sueño en ese entonces era haber tenido una familia con papá.

La separación me marcó y ayudó a desarrollar en mí con más acento ciertas características de mi temperamento.

Yo soy **sensible y fácil de conmover, siento vivamente**. Este sufrimiento infantil tan vivo, me hizo sensible frente al sufrimiento ajeno y me llevó a desarrollar una percepción especial por las personas y su dolor. Por lo mismo y en mi afán de ayudar y servir, constantemente, participaba entusiasta como voluntaria en hospitales, comedores populares, colectas, etcétera.

En contraste y para protegerme de esta sensibilidad, tengo una buena capa de dureza exterior, por lo mismo, muy pocas personas me conocen de verdad.

Vivía con mis abuelos maternos, mi mamá, mi hermana, mi hermano y una nana de muchos años. La casa de mis abuelos era linda, de dos pisos y fui la primera niña de mi barrio en tener TV y recuerdo que llegaban todos a

mi casa y llenaban el living. Siempre tuve lo que soñé. Era y sigo siendo muy **segura** respecto de lo que quiero; me enamoraba de una muñeca y si no era esa no era ninguna, ya de más grande me pasó con la ropa, me tengo que enamorar de una prenda y prefiero tener lo que yo quiero aunque sea menos. También **perfeccionista** y al momento de acostarme, por ejemplo, me gusta mi cama tirante de estirada y, si las circunstancias lo requieren soy capaz de levantarme a las 5 de la mañana para dejar todo impecable antes de partir a la oficina.

Aunque veía sufrir a mi mamá por el abandono de mi papá, ella *por amor a nosotros*, reforzó a nuestros ojos su imagen y nos indujo a amarlo. Mi madre fue mi modelo y mi guía sabia en los años de formación e imprimió en mi corazón principios y valores que nunca desobedecí. Ella suplió toda carencia y vacío que producía la ausencia de mi padre. En la actualidad siguen siendo con mi hermana Rossana mis mejores y más nobles amigas.

Por naturaleza soy **protectora** y tengo la tendencia de evitarle a otros los problemas y prefiero solucionarlos yo. Como mi madre, mis hermanos y yo pasábamos constantemente por momentos muy ingratos por no contar con un apoyo varonil, asumí yo ese rol protector con ellos.

Mis grandes alegrías de la niñez fueron dos Navidades, en una recibí una bicicleta y como no sabía andar di tantas vueltas cayéndome y parándome hasta hacer sangrar mis rodillas, pero lo logré porque tenía una enorme **fuerza de voluntad** y orgullosamente di mi primera vuelta sin caerme con los aplausos y elogios de mis abuelos; la otra fue cuando me regalaron un pizarrón con tiza, siempre soñé con ser profesora y practiqué varios años con mis hermanos pero era tan **reglista** que en el juego los suspendía y mandaba comunicaciones frecuentes al apoderado (mi mamá), quien después de un tiempo se aburrió de firmar y yo ya no los podía suspender porque me quedaba sin alumnos.

El día de mi primera comunión fue como un matrimonio, todos muy nerviosos y temprano llegamos a la iglesia, me sentía tan bonita y pura y me había preparado tanto en mi corazón, en el momento en que piden a los padres llevar a las hijas al altar, salió mi abuelo, pero mi padre había ido de sorpresa y también salió y retrocedió y le dijo a mi abuelo “a usted le corresponde”. Yo hubiese dado la vida por ir tomada de su brazo. A la salida ya no estaba.

Mis abuelos ganaban bastante dinero y aunque teníamos comodidades crecí con la sensación de **inestabilidad** sintiendo que nada era propio, desarrollé

un gran deseo de independencia económica, terror a la pobreza y también desarrollé un carácter inestable. Mi sueño en esta etapa era haber tenido una familia con papá y una casa mía donde pudiera actuar con libertad, ya que pequeñas tonterías se transformaban en dramas.

Era y soy **exigente** conmigo misma en todas las áreas. Soy de esas personas que se entregan sin condiciones; pero también soy exigente con los demás y mis expectativas de los otros muchas veces no corresponden a la reciprocidad que yo quisiera, entonces me alejo, me desilusiono y me cuesta perdonar.

Siempre y hasta hoy yo soy muy **responsable** y le doy gran valor a mi palabra empeñada, jamás fallo en mis compromisos y más que eso, asumo los compromisos ajenos aunque no me corresponda. Este mismo sentido de la responsabilidad me llevó a contarle francamente a mi mamá que en el colegio se fumaba marihuana, se tomaba trago a escondidas, que mis compañeras se arrancaban por la reja y que tenían relaciones sexuales a una edad muy precoz y yo misma le pedí que nos cambiara de colegio a mi hermana y a mí. Todo esto pasaba en un colegio de renombre.

Como la mayor, yo llamaba a mi papá por la mesada y cuando se fue a vivir al extranjero, me contactaba con el piloto que traía el dinero, también busqué y logré trabajo en las Navidades y en el último semestre de mi carrera trabajé y estudié y ayudé a mi mamá a pagarlo. Fui y soy **seria**. La vida para mí era y es un asunto serio y profundo y no me río con facilidad. Fui y soy **previsora, me adelanto a los acontecimientos**, no me gusta que la vida me tome por sorpresa, entonces a veces me preocupo y me desgasto buscando soluciones antes de tiempo. Aunque no soy impulsiva, la injusticia y la mentira me hacen reaccionar con **rabia y me obligan a alzar la voz** por mí o por aquellos que no se atreven a hablar. Fui y soy **intensa y comprometida** en todas las causas que abrazo. No me gustan las cosas a medias. Ni la verdad a medias, ni la amistad a medias, menos el amor a medias. O soy yo la única o no soy.

Para vencer la timidez de mi adolescencia hice uso de esa gran cuota de **autodeterminación** y tomé clases de teatro para atreverme a hablar, a compartir y a participar, me obligué también a aprender a nadar y lo hice, si me proponía algo, por difícil que fuera, lo lograba.

Fui y soy **obediente** en lo fundamental, manteniendo un estilo de independencia en lo secundario. Esta obediencia ha sido vital para profundizar mi relación personal con Dios.

Conocí a Fernando a los 16 años y después de 5 años de pololeo, me casé muy enamorada cuando él terminó sus estudios en el extranjero. Nuestros temperamentos eran opuestos pero con grandes puntos de unión como el espíritu de servicio y la fuerza de voluntad. Ha sido, sin duda, esta **gran fuerza de voluntad** la característica más sobresaliente de mi personalidad y gracias a ella he podido levantarme en plena crisis y decir “¡adelante!”. Recién casados con 21 y 22 años apenas, tuvimos que afrontar la quiebra del negocio de la familia de Fernando y nos transformamos en sus protectores y proveedores con la enorme carga emocional, psicológica y económica que ello representaba. Fue un período de gran sufrimiento y escasez, un período lleno de recuerdos amargos en el que vi sufrir a Fernando hondamente por sus padres. Colaboré, sobre todo, en dejarlo trabajar para su familia y para aliviarlo me hice **autosuficiente**. Así, nos dividimos las cargas familiares. Mientras otras parejas jóvenes surgían, nosotros trabajábamos para dos familias.

Tuve mi departamento propio tan querido, fue mi hogar, ahí puse todo mi empeño en amoblarlo, en adornarlo, en que fuéramos familia. Cuando el problema económico no pudo sostenerse más y llegó la hora de partir y dejar esos ladrillos, esperé que Fernando y los niños se fueran en la última camionada y yo me quedé a cerrar... y lloré con dolor y besé esos ladrillos tan amados en señal de despedida... sabía que no volvería a tener mi hogar independiente y sabía que venían momentos muy duros. Como consecuencia, se deterioraba nuestra relación, los nervios, las tensiones, las desilusiones, el desgaste, nos llevó a sentir que el amor se había ido.

Poseedora de una gran energía y sentido de organización, participé en todas las actividades relacionadas con mi familia y entorno. Este temperamento **dinámico, extrovertido y amistoso** me ayudó a combinar los momentos malos con los buenos. Años más tarde se coronó el desarrollo de esta parte de mi personalidad con la participación y trabajo en Encuentro Matrimonial y en un acto de voluntad extraordinaria ambos decidimos seguir amando. Fue una buena decisión y el amor volvió, lo que significó un desafío y un gozo muy particular.

Como mujer moderna trataba de asumir con naturalidad todos los roles que exigían mucho de mí. Me esmeraba en ser perfecta, buena mamá, interesada y **comprometida** en el desarrollo de mi familia, multiplicándome para equilibrar mi preocupación y mi tiempo para mis tres hijos, uno de 38, otro de 37 y el último de 24 años, planificada para no desperdiciar ni un minuto. Buena profesional, **rápida, eficiente y ejecutiva**. Por otro lado,

organizaba mi casa en todos los aspectos. Sin darme cuenta, la propaganda televisiva que presentaba a una súper mujer siempre **arreglada**, con una vida **ordenada, entretenida, buena amante**, que podía en solo 24 horas hacer millones de cosas y además **incansable** hizo eco en mí. Pero a diferencia de ella, muchas veces terminé **sobrecargada, agotada y agria**, sintiéndome como Atlas con el mundo sobre mis manos.

Una tarde conocí el evangelio en forma más profunda y me di cuenta que Cristo me amaba tal como era, que frente a Él no tenía que hacer mérito alguno, que su amor era incondicional y sentí un gran alivio.

Con Cristo ya en mi vida enfrenté momentos de enorme dolor.

El primero llegó cuando Fernando tuvo un grave accidente automovilístico. Este episodio me llevó a una crisis, ya que se sumaba a una muy mala situación económica, terminando por endeudarme tremendamente. Esa primera noche debí verlo con los ojos casi destrozados y en *shock* debiendo decidir en pocos minutos una operación de urgencia con todos los riesgos que implicaba. Nuevamente enfrenté con entereza esta gran responsabilidad: decidir sobre la vida ajena. Impactada de ver que ese hombre fuerte, amor y compañero mío de una vida, solo era un bulto de ropa ensangrentada que me devolvían, el temor y el dolor inmenso de pensar que lo perdía, la angustia, el estrés que se produjo en mí al tener que hacerme cargo de su industria sin saber manejarla, consiguiéndome recursos, siendo la única proveedora, teniendo todos los problemas y responsabilidades sobre mis hombros, sintiendo que los problemas eran tantos, tan grandes, me asfixiaban, me sobrepasaban, lo debía todo y supe lo que era no tener debiendo aceptar el amor y la ayuda de amigos y familiares para continuar viviendo, dejando a un lado el orgullo.

Estaba afligida al máximo. Había llegado al fondo del pozo y me sentía tan sola. Llegó el día en que no me levanté más, no tenía fuerzas, perdí las energías y dejó de importarme el mundo y la vida. Pasé tres días sin levantarme, sin lavarme, con mi puerta con pestillo, con el teléfono descolgado, sin preocuparme de mis hijos, escondida del mundo, con el cubrecamas sobre mi rostro, sin querer y sin atreverme a salir.

Oré y llorando le pedí a Dios la muerte. Avergonzada de ser cobarde, yo, una persona tan fuerte, ahora me rendía y me sentía tan culpable de estar así. Mis sentimientos respecto de Dios eran encontrados, le amaba, le necesitaba pero también me enojaba y me dolía con Él, no tenía ganas de comer

ni de vivir, no tenía energías para enfrentar un día más y mi corazón gritó: basta ya, Dios, quítame la vida o más bien... sálvame Señor, apresúrate a responderme, te necesito, ven a socorrerme. Fueron tiempos tremendos. El diagnóstico: depresión mayor, es decir, la mayor de las depresiones que puede soportar un ser humano.

El segundo, igual de duro, igual de tremendo, el golpe que me hizo cuestionarme entera, fue cuando mi hijo mayor entonces de 16 años, amigo mío, querido más que a mí misma, al que le entregué mis afectos, mis renunciaciones, mi juventud, los mejores momentos, los mejores colegios, los mejores juguetes, los mejores paseos, largos tiempos de conversación, grandes confidencias, al que le dediqué el fruto de mi trabajo y por el que pasé de largo en cosas más tantas veces, aquél de quien me sentía amiga... aquel hijo... en una crisis de juventud, dejaba la casa y probaba las drogas. No podía entender en qué había fallado.

El dolor era tremendo. Mi corazón sangraba. ¿Qué hice, qué no hice, por qué, dónde estará, con quién y en qué...? ¿Dónde fallé tanto? Estuvo tres días fuera y mi marido no quiso obligarlo a volver, prefirió que tuviera una experiencia que lo pudiera enriquecer y yo, con el corazón sangrando, lo respaldé. Oramos, con la aflicción que solo unos padres que han pasado por esto podrían apreciar. Cuando volvió, flaco y confundido, lo acogimos con amor, con ese amor del bueno, que busca levantar al otro, que muestra el camino, que no se doblega ante las amenazas, que es capaz de perdonar y también de poner límites. En esta etapa poco quedaba del niño amoroso, ordenado y responsable por quien nos felicitaban antiguamente sus profesores. Se había convertido en un joven de corazón duro, soberbio, con ira en su mirada, largos silencios, pupilas dilatadas, dispuesto a estar siempre en contra nuestra cualquiera fuera el tema, depresivo, poco concreto y soñador.

Empezamos, entonces, un camino de rescate. El cambio no fue automático y se iba produciendo muy lentamente, mientras tanto, nuestra paciencia y nuestro corazón pasaron por verdaderas pruebas de fuego.

Dos años más tarde, este mismo hijo, entonces de 18, nos comunicaba que iba a ser padre. Tanto hablar con él, tantas noches de cansadas y largas conversaciones de todos los temas incluyendo el sexo, en forma transparente y abierta, tantas expectativas que se iban por la borda.

¿Cómo poder expresar en palabras la frustración, el dolor, la preocupación por el futuro, la impotencia, la mezcla de rabia y pena, el impacto que se

produjo en mí al saber la noticia? Definitivamente, no estaba en mis planes que mi hijo mayor, tan joven y aún sin estudios profesionales, truncara su vida antes de empezar.

Y de pronto, recordé mi oración: le había dicho Señor, rescátalo al precio que sea, con esto le había pedido que lo rescatara según su sabiduría infinita y de a poco, en medio de toda la oscuridad de las circunstancias, podía distinguir la mano bendita que se extendía hacia aquel a quien yo tanto quería, dándole una oportunidad de ordenar su vida y corregir sus pasos. Por tanto, y en medio de toda una conmoción familiar que opinaba contrariamente a mi marido y a mí, nosotros les apoyamos en comenzar como matrimonio una vida nueva. Mi nieta Javiera fue la pieza clave para que Francisco empezara la reconstrucción de su vida y un día tomado de mi mano, en una oración sencilla y muy honesta Francisco le pidió a Dios que lo perdonara, que actuara en él y que no le soltara la mano aunque él se quisiera escapar.

Por eso, hoy va mi palabra de aliento y esperanza para aquellas mujeres que lo están pasando mal. En Dios y con Dios las circunstancias más difíciles se pueden resistir.

En mi caso, me aferré a Dios, me abracé a su Ser omnipotente para que en las sacudidas de esta vida, la tormenta no me ganara la batalla. Y en todo este proceso Dios me dio la provisión del cielo para resistir: me dio un marido excelente, una mamá, hermanos, pastores y amigos extraordinarios. En todos ellos Dios actuó y me envió ayuda para sostenerme mientras los vientos se movían fuertes.

Yo soy de las mujeres que ha probado la realidad de que, *a los que aman a Dios, todas las cosas* (no algunas), *todas las cosas, ayudan a bien*, aún las más inexplicables, las más dolorosas o las más confusas.

No habrán de anegarte las ondas del mar
si en aguas profundas te ordeno salir
pues siempre contigo estaré en tus angustias
y todas tus penas podré bendecir.

Cristo me salvó, me sanó y yo lo espero.

Un proverbio popular dice “arrímate a buen árbol, que te dará buena sombra”. Mi árbol es Jesucristo.



33. *la botella o yo*

Nací en una familia conservadora de clase media.

Mi papá tenía alma de emprendedor. Siempre estaba haciendo negocios, ideando empresas, formando instituciones, liderando posiciones. Amigo de empresarios y políticos de la época. Fue, entre otras varias cosas, director del Club Colo Colo y senador de la Cámara Junior. Colaborador del presidente Jorge Alessandri. Frecuentemente salía en la prensa. Por todo esto viajaba mucho. Incluso ganó el premio al hombre que más viajó en el año en la línea aérea Braniff. Tenía una imprenta con máquinas Mercedes y Heidelberg nuevas y caras. Sus trabajadores ganaban muy buen sueldo. Muchos querían trabajar con él. Trajo muchas ideas innovadoras. Entre ellas trajo los cheques con paisajes que hasta hoy usamos en los bancos. Y sus trabajadores me conocían como Fernandito.

Yo quería mucho a mi padre porque era un hombre generoso y bondadoso. Pero tenía un defecto importante, era desordenado en el área económica y era muy amigo de sus amigos. Entonces prestaba los autos, las propiedades, ropa, regalaba nuestros juguetes. Una anécdota: para una Navidad importó un *container* de juguetes para repartir entre los niños y me hizo elegir uno. Me encantaba. Pero un día llegó un amigo suyo con su hijo y al niño le gustó mi juguete, entonces sin preguntarme, mi papá se lo regaló.

Tenía también un carácter fuerte y avasallador. Muchos lo respetaban. Otros le temían. Yo lo respetaba, pero no le temía. Y me enfrenté a él cuando fue necesario. Muchas veces me enojé con él por esta actitud de preferir a los otros antes que a su familia.

Mi mamá, buena moza, era dueña de casa y ambos estaban formados en una estructura machista. Mi papá en la calle, mi mamá en la casa. Y viajaban y se divertían juntos. Tenían muchos amigos y conocidos, salían a comer, a fiestas, al casino. Recibíamos también muchas visitas. Teníamos una situación muy acomodada. Una casa linda y grande en Colón con Federico García Lorca, dos departamentos propios en el centro. Varios autos del año o casi del año. Una parcela a orillas del lago Llico en Vichuquén, un sitio en El Quisco y un galpón en Bellavista. Dos nanas puertas adentro. Un chofer. Colegios particulares. Ropa y lo que quisiéramos. Vacaciones por dos meses en casas arrendadas en diferentes playas o lagos. Y el broche de oro fue un viaje familiar a Estados Unidos visitando Disney World cuando viajar era un lujo.

Todo tiene un precio y el nuestro fue que mi padre no pudo estar en nuestras graduaciones ni pudo estar presente en nuestras vidas interiores. Otro precio fue la herencia de una vida desordenada en lo económico. En mi casa paterna la vida económica era inestable y de extremos. Había viajes y lujos y de pronto no había nada y de no tener nada otra vez teníamos lujos y estupendas vacaciones. Esto de tener mucho o no tener nada me hacía desear tener más estabilidad.

Viví varios períodos en la casa de mi abuela Teresa. Ella era prudente, ahorrativa, con una vida ordenada y con las ideas claras. Influyó mucho en mí, fue mi consejera y me transmitió valores de lealtad y austeridad. Por eso me siento identificado con el versículo que dice de saber conformarme *cualquiera sea mi situación*.

Saliendo del colegio entré a la Escuela Militar. Estuve un año. Aprendí de sobrevivencia, ejercité la resistencia al límite, me sobrepuse a los obstáculos más difíciles. Y aunque no tenía vocación militar, a la distancia veo cómo Dios me preparó a lo que habría de vivir en el futuro.

Gané una beca para estudiar en Brasil en una Escuela Técnica especialista en imprenta. Estuve casi 3 años en São Paulo. En estos años en el extranjero la situación económica de mi familia se empezó a deteriorar. Mi padre se enfocó en otros negocios innovadores y dejó la imprenta de lado. Y ninguno de estos negocios innovadores funcionó como él lo esperaba, quizás porque el país y la época no estaban preparados, y también porque ponía platas de un negocio para hacer funcionar los otros, como ejemplo él trató de hacer funcionar lo que hoy conocemos como oficina virtual.

En cambio, se llenó de amigos y mujeres aprovechadores con promesas de futuro. Y se enredó en este mundo de deudas cada vez más profundas porque no paró a tiempo. Él no quería que sufriéramos, pero fue peor el remedio que la enfermedad.

Durante mi último período en Brasil recibí una muy escuálida mesada. Mi padre me había ocultado su situación económica lo que más pudo, pero cuando llegué a Chile me di cuenta de la gravedad, entonces decidí ayudarlo y me hice cargo de la imprenta.

Me casé a los 22 años. Empecé mi matrimonio con enormes deudas ajenas y aunque físicamente vivíamos independientes de mi familia paterna, mis sentimientos y preocupaciones estaban atados a ella. Sufrimos todos y mucho. Hubo una quiebra generalizada de empresas y como broche de oro mi papá se iba a Capuchinos por 3 años junto a muchos industriales, empresarios y profesionales. La detención de mi padre coincidió con el alta de mi señora de nuestro primer hijo Francisco.

Una empresa al borde de la quiebra, una familia formada solo por mujeres que trabajaban en la casa como era la costumbre, mi madre y mis hermanas, más la nana de siempre con su hija. Mi padre en la cárcel. Otra vez, de tenerlo todo a no tener nada.

¿Qué hacer?

Un dilema que me tocó resolver a los 25 años.

Me puse el overol y trabajé incansablemente, de día y de noche, apoyado por todos los empleados de la imprenta tratando entre todos para encontrar soluciones. Todos ellos eran mayores que yo y la mayoría me tenía mucho cariño porque me habían conocido como el ex-Fernandito. Así, entre conversa y conversa, entre noches de imprimir para absorber la mayor cantidad posible de trabajo y poder pagar sueldos y gastos, así también aprendí a tomar. Era una tremenda responsabilidad. Eran 30 empleados, o sea, 30 familias más la de mis padres y más la mantención de mi padre en Capuchinos y los honorarios de tantos abogados.

Se sumaron a este escenario una mala situación como país, malas amistades de mi padre que nos estafaron y robaron y parientes cercanos nos traicionaron por ambición y compraron mercadería con la firma de mi mamá por

lo que me vi en la obligación de enviar a mi madre a vivir al extranjero por un tiempo hasta lograr pagar esas nuevas deudas.

Tiempo después comenzó una conducta extraña y violenta de mi hermana Patricia y los siquiátras dieron su diagnóstico: esquizofrenia. El panorama no podía ser más desalentador.

Muy joven conocí a estafadores, usureros, prestamistas, mentirosos, coimeros, empeñadores y oportunistas, conocí el lado malo de los seres humanos y me volví desconfiado y distante.

Dado la vulnerable situación que vivíamos como familia tuve que tomar la dolorosa decisión de vender la casa familiar. Me armé de valor y firmé la escritura. Esa noche llegué al departamento y entre lágrimas me refugié en mi señora. Soy hombre de pocas palabras y de ningún lloro, por lo que esas lágrimas fueron como un desgarró.

Me sentía abatido por tanto trabajo y tan poco fruto, todo lo que ganaba se iba para pagar, tuve que renunciar a mis sueños de seguir estudiando y a una vida de joven normal.

Nuestros amigos jóvenes viajaban, salían de vacaciones, comían afuera y se daban gustos con frecuencia mientras nosotros teníamos la carga de dos familias sobre los hombros.

El alcohol me ayudaba a desahogar mi frustración, mi pena, mi angustia. Yo, que había sido deportista, un buen nadador y un buen esquiador, ahora no hacía deportes ni vida sana. Era una máquina de escuchar problemas, resolver problemas y pagar y acumular cuentas. Pasé tantas noches sin dormir con el corazón apretado, con un panorama negro y sin solución.

Para nuestro primer aniversario de matrimonio dejé a mi señora plantada, se me había pasado la hora tomando unos tragos, tuvimos una gran discusión. Al principio el alcohol no afectó tanto el matrimonio porque era de vez en cuando. Pero con el tiempo se hizo una mala costumbre y empecé a cometer excesos y mi señora se empezó a avergonzar y a atemorizar de mi conducta.

De vuelta de una comida en un restaurante, con varios tragos y muy porfiado no escuchando los ruegos y amenazas de Giovanna, me tendí en el suelo en plena calle Infante para desafiar a quien quisiera atropellarme. Una noche, la más estricta de mis abuelas nos hizo una visita sorpresa, y yo que

había estado tomándome unos tragos con unos amigos partí rápidamente a esconderme a la tina del baño, pero la abuela pasó al baño y cuando abrió las cortinas, llena de asombro, me dijo ... y tú, ¿qué haces aquí?

Y tanto dio el cántaro al agua que llegamos a una crisis. Y mi señora me dijo: **la botella o yo**. Iba por mal camino y no lo había querido aceptar.

Cuando pienso en esto me acuerdo de los tiempos en que tuve problemas sin saber cuál camino tomar. Trataba de pedir un crédito para tapar el anterior hasta que me di cuenta que por sistema estaba copado. Los clientes no me pagaban a tiempo, los trabajos se demoraban y para terminarlos conseguía mano de obra barata. Afloran también sentimientos de culpa. Yo tenía mi cuenta corriente, tarjeta y línea de crédito, pero como no me alcanzaba para mis gastos abrí otra cuenta con más crédito y otra línea. Y di más cheques a fecha. La bicicleta económica giraba bien hasta que tuve un accidente automovilístico.

En estas circunstancias pasó a verme un excompañero de la escuela de Brasil y me dijo que tenía interés en asociarse conmigo. Era una posible solución a mi problema y conversando, sacando cuentas y proyectando el futuro nos tomamos unos tragos. Como yo estaba peor que él le pasé mi camioneta para que él manejara y chocó contra un poste. El vidrio delantero se hizo astillas que me cayeron dentro de los ojos. Él huyó y me dejó desmayado en el pavimento. Llegué de urgencia a un hospital pero por mi gravedad me tuvieron que trasladar a la Posta Central y de pronto en mi semiinconsciencia reconocí la voz de mi señora que había llegado a mi lado, alcancé a darle instrucciones bancarias, preguntarle por los documentos, informarle sobre los seguros, estaba muy angustiada y el doctor le explicó a ella que yo estaba en *shock*, que tendría que someterme a una operación importante una vez que me pudiera estabilizar y descartar un coágulo en el cerebro, que podría perder la vista y que mi mejor opción era perder solamente un ojo. En la madrugada y desde un teléfono público ella en su aflicción se contactó con el pastor Francisco para pedir oración. Supe que el pastor llegó rápidamente a la posta y tomó el control de la situación.

Esa noche en la posta y solo por hacerle el favor a un colega había tomado el turno un oftalmólogo recién llegado de Suiza y especialista en recomposición de iris. Era justo mi caso. Él me operó a la mañana siguiente. Y en cada control él se asombraba tanto como nosotros con mi recuperación. Estuve 15 días hospitalizado. Con mi mano con un dedo quebrado, enyesado, la vista vendada y un montón de cheques esperando por pagar. A los 5 días de dejar el hospital el ejecutivo me pide que voluntariamente cierre

mi cuenta corriente. Ahí comprendí la frase *no debas nada a nadie ya que te transformas en esclavo*. Había tenido que recurrir a unos prestamistas y trabajaba con sobresaltos.

En una consejería pastoral, el pastor Francisco me alentó a cerrar mis cuentas bancarias y mis tarjetas. Era un consejo inalcanzable. Yo vivía haciendo gimnasia bancaria. Pero fue el mejor consejo que recibí. Lo hice y para ello tuvimos que irnos a vivir a la casa de mi suegra y cambiar a nuestros hijos de un colegio muy caro a un colegio fiscal, no renovamos el auto ni salimos de vacaciones por varios años y estuvimos en desventaja respecto de nuestros iguales. Pero dejé de ser esclavo y empecé a vivir la libertad económica que me dio autoridad en mi casa y también tuve el coraje de resistir la tentación de abrir negocios que daban dinero, pero estaban en contra de la palabra de Dios. Tuve que aprender a vivir por fe para ir disminuyendo mis deudas.

Me quedé sin ninguna cuenta corriente y con los informes malos, los aclaré con dificultad. Me acuerdo que no tenía tiempo para mi familia y descuidé a mis hijos mayores, estaba tan afanado en pagar y todo esto pasaba justo en la época más difícil de la adolescencia. Mis hijos se colocaron más rebeldes. Conclusión: perdí el control y con mucha fe, esfuerzo y trabajo, poco a poco comencé a salir adelante.

Pensé en irme a Estados Unidos donde unos tíos y luego concluí que sería un error dejar a mi familia.

Me dije a mí mismo: hay que colocarse el overol nuevamente. Empecé a trabajar en lo que viniera, coloqué música en eventos, hice fletes, trabajé en una compañía de seguros como inspector de confianza y también en mi imprenta. Trabajaba en tres o cuatro partes a la vez hasta salir de los créditos.

Estuve un año en tratamiento. No perdí la vida, ni la vista, ni el ojo. Mi recuperación fue tan completa que incluso llegué a recuperar mi licencia clase A para conducir.

Durante todo este tiempo había vivido, sin quererlo ni buscarlo, una vida desordenada.

Heredé un desorden financiero y actué lo mejor que pude. Y heredé un desorden de roles. Yo estaba tan decidido a ayudar a mis padres que fui la cabeza de su familia y no tomé conciencia que debía ser cabeza de la mía.

Dejé a mi señora con la carga económica y emocional de nuestros hijos para yo asumir la de mis padres. Como consecuencia se debilitó mi imagen delante de ellos porque veían a su mamá tomando las decisiones y abriendo caminos, administrando las finanzas, impartiendo cariños y castigos y no les permití que me conocieran de verdad.

Esta carga desbalanceada al interior de mi casa nos hizo pelear con frecuencia con mi señora. Nuestros hijos fueron testigos del mal genio y de nuestra amargura del corazón. Nunca quise hacerles daño a mis hijos porque desde antes que nacieran los he amado profundamente. Tampoco a mi señora porque la tengo en alta estima y la amo mucho. Pero me equivoqué porque ignoraba las Escrituras, las enseñanzas del Señor.

Estando en Capuchinos mi padre conoció gente de la iglesia y asistió a la oración y reuniones. Recibió asistencia espiritual, alimentos y una silla de ruedas para mi hermana que en una crisis de su enfermedad se había tirado de la mansarda y se había quebrado las piernas. Ese fue el primer contacto con esta gente especial que a cambio de nada tendían su mano. Acompañando a mi madre un domingo entré al culto y la experiencia que tuve fue bonita y sincera. Luego llevé a mis hijos y finalmente me acompañó mi señora. Empezamos a ir con regularidad. La palabra de Dios nos hacía bien, renovaba nuestras fuerzas, nos entregaba esperanza, nos acercaba, nos enseñaba a caminar. Escuché que Dios era un Dios de orden. Era lo que necesitaba. Había dado el primer paso.

Una noche nos visitó el pastor con otras dos personas en nuestro departamento y en un sencillo acto, pero muy sincero, aceptamos a Cristo y de a poco fuimos haciendo viva la palabra de Dios en nosotros. Desde ese día algo cambió y luego todo cambió.

Fuimos el primer matrimonio de esta iglesia en vivir Encuentro Matrimonial. La palabra de Dios nos entregó la fuerza y el poder para cambiar las áreas que estorbaban “Su” presencia en nuestras vidas. Y nos consagramos a este ministerio por muchos años.

Para andar el camino de Dios tuve primero que desandar el camino que había construido y eso toma tiempo. Y desde el día en que me arrepentí y me di la media vuelta las cosas y la vida han mejorado en un cien por ciento.

En el presente disfruto de una vida ordenada, austera, con las prioridades puestas en su lugar, viviendo contento con lo que tengo, con relaciones de

familia llenas de cariño, respeto y armonía, hijos de los que me siento orgulloso y contento porque son hombres de bien y buenos profesionales, en ellos me propuse cortar las cadenas del mal, me esforcé en dejar el camino despejado para que empiecen su vida adulta en orden y paz. Y estamos reconciliados.

Y tengo un tercer hijo que ha vivido una vida linda y alegre en una familia libre y reconciliada. Y yo como padre he estado presente en cada paso.

Pagué todas mis deudas, recuperé mis buenos informes y tengo una cuenta corriente ordenada. Hoy me ofrecen insistentemente créditos de distintas entidades, pero no tomo ninguno. Y les he transmitido estas enseñanzas a mis hijos para que no se equivoquen.

Tengo gratitud con las enseñanzas que he recibido de nuestro Señor Jesucristo mediante su Palabra, porque así pude ordenar mi vida.



34. *mirando el techo desde mi nueva cama*

¿... Una pesadilla...?

Desperté una mañana, adolorida, mirando el techo desde mi nueva cama armada con cojines recogidos de la basura, un plumón y varias almohadas viejas que juntas soportaban el peso de mi cuerpo sobre el suelo. Mi nueva realidad.

Habíamos perdido todo, mi gran casa con bajada al río, piscina, árboles y bello entorno y las comodidades para vivir muy bien... Todo perdido por malas decisiones tomadas.

Ahora vivía junto con mi esposo e hija en el Depto. de 40 m² y de un ambiente de mi mamá. Un baño para compartir entre 4... Un espacio muy reducido.

Nuestra ropa se guardaba en una pequeña bodega en el subterráneo del edificio en donde nos cambiábamos a diario de ropa y guardábamos nuestra cama, la que se armaba todas las noches a veces muy tarde porque salíamos a trabajar o a hacer nuestras actividades del día.

Así pasaron tres años... Lloré mucho y muchas veces me pregunté... ¡¡Por qué!!

Mi relación con mi mamá se volvió áspera y dolorosa, pensé que solo para mí, pero con el tiempo vi que fue para ambas. Nos afectó a todos, a los hijos, a la familia y nuestro entorno. No se entendía que hubiéramos perdido

todo, todo, recuerdos, fotografías, documentos, ropa. Todo lo que uno tiene en una casa. Sumada nuestra historia. Y nuestra credibilidad.

Un día en que estaba ya cansada de lavar a mano, decidimos comprar una lavadora usada y encontré una en un sitio de ventas varias. Entusiasmada llamé a la vendedora, coordinamos y nos juntamos un día. Al terminar la transacción ella me regala una invitación a una reunión de un día solo para mujeres, en un hotel conocido, solo tenía que llegar. Fue tan amorosa que me comprometí y fui. Ese día vi a muchas mujeres y me sentía rara, no conocía a nadie pero el ambiente era agradable.

Terminé ese día agradecida de la vida por lo que vi, escuché y sentí y me di cuenta que no era la única mujer que la pasaba mal o le ocurrían cosas tristes. Pero esas mujeres vivían ese dolor y penas de otra manera, algo tenían que yo no sabía.

...No era una pesadilla, era la realidad. A mis 54 años estaba viviendo esta situación de vida y nuestro querer era volver a empezar. Y como... ahora tenía la respuesta que había descubierto en aquella reunión de mujeres... ¡Comprendí que necesitábamos con urgencia la ayuda de Dios!

Desde ese momento nuestras vidas comenzaron a cambiar profundamente, y lo que estábamos viviendo ya no dolía tanto y cada día que pasaba era uno más de aprender de esta nueva relación que crecía y llenaba mi espíritu y el de mi esposo e hija. Aprendimos a conocer a Dios, a nuestro Padre, a su hijo Jesús y al Espíritu Santo que limpió nuestras almas. Recobré la confianza, y las ganas de vivir y aprendí profundamente que sin Dios no soy nada.

Decidimos bautizarnos y dejar todas nuestras creencias en el pasado y mostrarle al mundo quiénes éramos hoy y en quién nos sustentamos... Dios Todopoderoso y nuestro Padre.

Han pasado dos años de esto y nuestra vida la pusimos en manos de Dios. Todo ha cambiado, vivimos en un departamento con nuestra hija, los 3 participamos de las actividades de nuestra *Iglesia Encuentro Con Dios* y puedo decir que ahora descanso, vivo y río porque le conocí...

Me siento en gozo... La vida continúa y hay días que son más complicados, pero tengo la convicción de lo que significa vivir hoy con Él. Todo es diferente y mejor.

Ojalá que este testimonio que solo tiene una pequeña parte de lo que nos ocurrió (y fueron muchas cosas tristes), sirva para alguien que ya no sabe qué más hacer. Le puedo decir que Dios existe y está a tu lado siempre...

Seguiremos pecando y cometiendo errores, ya que es nuestra naturaleza humana caída; la gran diferencia es que somos salvos porque Jesús dio su vida por nosotros...

Mi libro de vida se sigue escribiendo...
¡Y cuántas grandes cosas más vendrán!...
Hoy tengo Fe...



35. una verdad irrefutable

Porque Dios salvó mi vida y me cambió de un hombre triste e insatisfecho a un hombre feliz y pleno. Escribo para ser un instrumento de Él para que también otras personas puedan recibir esa felicidad y seguridad sin límites que solo Él puede regalar.

¿Qué parte de mi experiencia en mi relación con Dios es la más oportuna que comparta?, ¿será cuando recién lo conocí y parecía un pololo quinceañero con Él, con un amor derramado a caudales, y solamente Él en mi pensamiento?, ¿o ya un poco más maduro en mi relación con Dios, que no hay un instante de mi vida diaria en que Él no esté interviniendo para protegerme? ...y esto debido a mi torpeza y fragilidad humana.

Como muchos, supe que Dios era de verdad cuando se acercaron a mí en plenos 50 años a decirme exactamente eso, “Dios es un Dios vivo y es una verdad irrefutable”. Mi vida estaba de cabeza, con 2 quiebres financieros que nos dejaron viviendo con mi suegra en su departamento de un dormitorio (de 45 m² después de estar viviendo en una casa de 400 m², piscina, bajada a un estero, etc.), mi hija menor durmiendo con ella en su cama, mi esposa durmiendo en el suelo del living y yo en uno de sus sillones, con intenciones de terminar el matrimonio (ya no usaba mi argolla de matrimonio), para qué decir en qué pasos estaba mi hija de 18 años. Solo “profundos e irreparables” dolores en mi corazón.

Por lo bajo decir que estaba en el pozo más profundo y oscuro de mi vida, y entonces me conversaron de Dios. Pero ¿cómo pudieron llegar a mí?

Mi esposa, por circunstancias de la vida necesitaba una lavadora de ropa y la compró por Mercado Libre, y la persona que se la vendió la invitó a un Encuentro de Mujeres. Así llegó a la Iglesia Encuentro con Dios y empezó a asistir a sus cultos los días domingos, ella persistentemente me invitaba a ir, pero mi corazón no estaba buscando eso y menos con ella en esos momentos. Al cabo de 6 meses, ante la insistencia de mi esposa de que la acompañara y yo negándome, mi hija molesta porque yo siempre me negaba, decidí acompañarla.

La imagen en mi mente cuando vi que mi hija estaba yendo fue de verla regresar con una cara que me diría, papá tienes razón, me aburrí, son unos fanáticos incomprensibles, pero Dios tenía su propio plan perfecto. Mi hija regresó con una sonrisa de oreja a oreja y su carita iluminada, no paró de hablar de la experiencia maravillosa que había vivido y las lindas personas que conoció.

Mi corazón se agolpó inmediatamente y mi mente reaccionó pensando que quizás esa era la oportunidad de que en ella se produjera un cambio radical en su vida y se sanara, así que decidí darle la posibilidad de conocer y ayudar a mi hija, por intermedio de esta iglesia.

Las “casualidades” (en la vida del cristiano no existen) se comenzaron a suceder. El día de Navidad se realizó como es costumbre en esta iglesia la actividad de celebración de Noche Buena, y nosotros estábamos invitados a pasarla en casa de una cuñada. Entre nuestra casa y la de mi cuñada se encontraba la iglesia; en conclusión, no hacía ningún sentido no asistir y que mi esposa y mi hija fueran a esta actividad y se tuvieran de devolver a buscarme para ir a la casa donde estábamos invitados, entonces decidí asistir, pero a regañadientes, a mi primera actividad en la iglesia...

Inmediatamente invitaron a mi hija a un campamento de verano de los jóvenes de la iglesia. Fueron para mí 4 días interminables ese campamento, no sabía si la iban a raptar o solo a sacarle un riñón para venderlo posteriormente; su celular apagado todos esos días, era requisito de la estadía en ese campamento; al fin, cuando mi hija se comunicó conmigo y confirmé que no la habían raptado ni robado ninguna parte de su cuerpo, me cuenta que estaba feliz y que le habían pedido que los papás asistieran al culto del domingo donde terminaba el campamento y que ella quería que yo estuviese allí.

Ese domingo fue raro, ya empecé a participar de un culto de una iglesia que adoraba a un Dios que yo no conocía, porque en toda mi vida me habían contado de otro Dios...

La consecuencia era evidente, empecé a ir todos los domingos al culto, esto fue un mes de enero del año 2014, y en agosto del mismo año hicimos el Encuentro Matrimonial con mi esposa, y volví a ponerme nuestra argolla de matrimonio declarando la esperanza de que volviera a estar enamorado de ella y el 31 de octubre de ese mismo año nos bautizamos declarando ante toda nuestra iglesia, el mundo y las huestes del mal que nuestro corazón y nuestra vida estaba ya en las manos de Nuestro Salvador.

Pero no fue un solo un paso para llegar a tener la convicción en nuestro corazón de bautizarnos. Mi primer periodo en la iglesia fue de un espectador crítico (estaba permanentemente buscando dónde estaba la trampa en toda esta nueva forma de vivir), después pasé a ser un observador expectante (era tanta la evidencia y los testimonios, desde los más simples a los más profundos, que sentía ansias de que me empezaran a pasar a mí y a mi familia) y, por último, tuve la certeza, y fue absoluta, de que **“Dios es un Dios vivo y es una verdad irrefutable”** y que Él intercede en nuestras vidas permanentemente para amarnos, cuidarnos y corregir nuestro caminar en este mundo. En este punto tomar la decisión de bautizarse fue simple...

Quise salvar a mi hija y mi hija terminó salvándome a mí. Los caminos de Dios son perfectos.

Y la vida continuó...

Hoy, después de 5 años, estoy enamorado de mi esposa como nunca antes lo estuve, mi hija transformó su vida absolutamente y yo me he restaurado, se podría decir casi por completo, pero el camino de Nuestro Dios es día a día y es un buscarlo en cada instante del día y ver cómo él está acompañándonos y manifestándose permanentemente.

Gracias esposa mía por tu perseverancia en este camino...

Gracias hija por salvar mi vida y mostrarme siempre una mejor mirada de este mundo...

Las amo.



36. mis creencias y mi crianza agonizaban

Nací en un hogar cristiano, y me crié bajo las enseñanzas de mis padres que fueron muy apegadas a la iglesia. Comencé a crecer y a estudiar, y al desarrollarme tanto en lo físico como en los estudios, comencé a cuestionar varias de las instrucciones tanto de mamá como de papá. Estos cuestionamientos se hicieron más fuertes cuando ingresé a la Universidad, primero a estudiar Agronomía y posteriormente Pedagogía en Matemática y Física.

Por esos años estaba muy de moda ser ateo, así que mi fe se debatía y cada vez fracasaba en mis intentos de estar de acuerdo con Dios..., así que mis creencias y mi crianza agonizaban. Aún así, tuve fuerzas para terminar, ya que la presión externa era muy fuerte, y además se produjo en nuestro país un quiebre en lo institucional, y quedamos en el aire. Había iniciado un estudio de postgrado, y que en virtud de la nueva realidad del país, quedó en cero, ya que los documentos en inscripciones fueron borrados, y al hacer posteriormente trámites acerca de esos estudios, no existe información.

A comienzos del año 1974 recibí mi título de profesor de Estado, otorgado por la Universidad de Chile. En esa época me casé y me fui a trabajar a Osorno, en una sede que tenía la Universidad de Chile. Estando en esa ciudad, nos acercamos a la iglesia y tratamos de seguir al Maestro, pero con poca duración. Posteriormente estábamos de regreso en la capital y retomamos el trabajo, con dificultades como era lo acostumbrado en la época. Aquí nacieron mis dos hijos, pero junto a ello, la relación conyugal se fue haciendo cada vez más difícil, desencuentros, desapego de la familia, comencé con una vida muy independiente, lo que llevó a una crisis terminal del matrimonio..., ¿y mi relación con Dios?... no existía. Intentamos arreglar..., pero no fue posible, nuestros dolores, las heridas, los golpes

recibidos por estar sin Dios, fueron más poderosos que lo que podría suceder si esperábamos en Dios...

De ahí para delante un largo tiempo desastroso..., me separé y se terminó el matrimonio..., ya estando solo, comencé a sentir el dolor sobre lo que había acontecido y, por sobre todo, de no estar con mis hijos. Fue un tiempo muy difícil, muy duro... perdido, y lo peor de todo, parece que el cielo se había cerrado..., porque intentaba de que saliera alguna palabra para Dios, pero no salía nada... Todo negro.

Hasta que un amigo, un domingo en la mañana, me llama y me dice... "¿cuándo has pensado volver al Señor nuestro Dios?"... y esa pregunta tan coloquial me trastocó y tomé una decisión de volver..., porque ante esa invitación tuve la convicción de que Dios me esperaba y que aún me amaba...

Y así fue que un día domingo fui a la iglesia porque uno de mis hijos (no dejó a Dios) me invitaba esa mañana para que lo escuchara tocar el bajo en la orquesta de la iglesia... y fue el comienzo del fin de un tiempo en oscuridad, de años vagando sin rumbo... y sentí que Dios nuestro Padre nuevamente me acogía y perdonaba mis rebeliones, mis iniquidades, en fin, mis pecados que me habían separado de Dios con trágicas consecuencias que hoy las veo hacia atrás. Dios me perdonó, me restauró, y vivo en esperanza.

Hoy vivo en paz con Dios y con mis hijos... tengo hermosos nietos, he vuelto a tener un hogar y experimentar el calor del abrigo que nos da el Señor, y de mirar la vida con expectación, con tranquilidad de saber que mi vida y lo que hay por delante está bajo el control del Eterno.



37. había algo que me hacía mucha falta

Soy una persona que siempre estuve en la búsqueda de Dios, aunque asistía todos los domingos a misa había algo que me hacía mucha falta pues después llegaba a casa y todo era igual, incomprendiones, peleas y todo lo que suele suceder en un hogar.

Soy la menor de todos los hermanos, por lo mismo que conmigo si bien hubo cariño pero no la atención que se daba a una niña, siempre estuve al cuidado de mi nana, cuando estaba con mamá ayudaba en cosas de la cocina o a coser o tejer, me crié entre grandes, éramos una familia normal, salíamos de paseo en vacaciones, íbamos a tomar once toda la familia junta, en Fiestas Patrias salíamos a comprarnos ropa para estrenar.

Mis hermanos fueron creciendo y se fueron casando hasta que uno de ellos se enamoró de un ser que trajo a la familia muchas cosas malas, se dio prioridad a lo material sin contar con lo espiritual y con la integridad de cada persona, yo fui creciendo con un dolor muy grande donde tuve abusos, incomprendiones y muchas necesidades, hasta que después de muchas luchas y búsquedas conocí a mi actual esposo, a su vez conocí la palabra de Dios y poco a poco fui involucrando a mi familia a este camino, encontré lo que tanto buscaba.

Hace ya 20 años que conocí su Palabra y no solo la conocí sino que aprendí a depender de ella, como una vez me dijeron tuve que tener mis 40 días de pruebas terribles para aferrarme a Dios y aprender a depender de Él, no fue nada fácil, sobre todo cuando pasas dificultades y te dicen: ten fe, verás que todo se solucionará, tiempos duros sin trabajo, económicos, sin tener dónde vivir ni con qué afrontar las necesidades de cada día, tiempos amargos de

infidelidades y muchas cosas más que me llevaron a aferrarme a la mano de nuestro Padre, si no hubiera sido por Él no sé dónde estaría hoy.

Hoy puedo ver su tremenda promesa y bendición que a pesar de las circunstancias, nunca nos faltó el techo donde cobijarnos, nunca faltó el pan en la mesa; hoy a pesar de seguir luchando veo su mano en cada uno de nosotros, mi familia unida, afrontamos las necesidades con oración, la salud restablecida, el trabajo llega día a día, mis hijos en el camino de Dios sirviendo. Recibimos el maná del cielo día a día, hoy podemos decir una vez más GRACIAS SEÑOR, nos enseñaste con tu palabra a ser íntegros, a no mentir, a que no existen mentiras blancas, a ser honestos, a saber servir, a preocuparnos por el hermano necesitado y a celebrar con los que lograron objetivos, GRACIAS PADRE por guiar siempre nuestras vidas y por cumplir tus promesas en nosotros a cada instante.

*Busca primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás
vendrá por añadidura
Mateo 6:33*



38. matrimonio corrompido por el pecado

Nací en una familia católica, poco practicante, pero de alguna manera Jesús siempre fue importante en mi vida. Sentía que tenía una atracción por Él, mi familia tenía un cuadro con la cara de Jesús coronado de espinas y este cuadro tenía un defecto de pintura que estaba justo en la mejilla de nuestro Señor, en la inocencia de mi corta edad, no más de 5 años, recuerdo subirme en alguna silla para ponerle crema en su rostro y así sanarlo del dolor que yo creía Él tenía.

Estudí en un colegio confesional los 12 años de enseñanza y recuerdo que en alguna etapa de mi adolescencia quise también ser sacerdote, idea que rápidamente fue separada de mi mente por influencias de mi mamá. Así pasé mi vida, creyendo en Dios con cierta comodidad, sin conocer la Biblia y solo algunos pasajes leídos en lo que en esa época era el Catecismo.

Fue así que llegué a Chile a la Universidad, donde a pesar de llevar una vida relativamente sana, caí en los errores propios de la edad. Aun admiraba a Jesús más bien como personaje histórico. Titulado de arquitecto partí a Venezuela, puesto que en Chile no había muchas oportunidades de trabajo.

Volví a Chile a casarme con quien era mi polola desde la Universidad y retornamos a Venezuela, tuvimos dos hijas a nuestro retorno a Chile y esta fue por un lado una bendición y por otro se fue tornando una etapa oscura de mi vida, ya que no sabía cómo enderezar un matrimonio corrompido por el pecado del que fui partícipe. Obviamente terminó esto en una separación con nulidad y juicios de todo tipo. Traté por todos los medios de ser un buen padre, aunque no era fácil y cometí muchos errores, porque de alguna forma “comprar” el afecto fue mi camino y el error.

Volví a casarme, tuvimos dos nuevas bendiciones como son los hijos, pero el mismo destino, después de algunos años divorcio y mucho cargo de conciencia. Creo que luché por salvar este matrimonio, hasta llegar a un encuentro matrimonial de la Iglesia católica y nada, luego otro de la Iglesia Cordillera y con el tiempo, tampoco resultó, ya que de alguna manera supe más de la Palabra, pero no le di mayor importancia para mi vida personal. Después de esta segunda separación, quedé viviendo solo, siempre en constante contacto con mis 4 hijos.

En medio de esas crisis tuve un encuentro con Jesús a quien reconocí como mi Salvador y fue mi renacer, solo que ahora era Él quien empezó a sanar mis heridas y no en un cuadro, si no, en lo más profundo de mi corazón. Ahora me doy cuenta de lo mucho que fallé y dañé a mis seres queridos, de lo que me arrepiento profundamente y a quienes he pedido perdón.

Por medio de las redes sociales y sin buscarlo llegó a mi vida una persona conocida desde mi infancia, lo que me llenó de esperanzas ante la posibilidad de rehacer mi vida, poco a poco fuimos hablando de muchas cosas, entre las que la Palabra de Dios ha sido un tema importante en esta relación.

En estos dos años y poco más, empecé a sentir muy fuertemente la necesidad de acercarme a Dios, a quien le había prometido dejarlo entrar en mi vida y busqué, hasta encontrar, *Encuentro con Dios* que hoy es a donde pertenezco y donde he conocido en profundidad la verdad de la palabra de Dios. Hoy siento paz, fui recibido como hermano y Jesús tiene para mí un propósito.



39. *fiat 600* ***lo desvergonzado de mis*** ***peticiones***

El Fiat 600 fue un pequeño automóvil con una longitud de 3,22 metros construido por Fiat desde 1955 a 1982 creado para transportar a 4 personas, en Chile aparece proveniente de Argentina hasta 1979, comenzando a ser desplazado rápidamente en la década de los 80 por vehículos de mayores cilindradas y sobre todo que superaban el inconveniente de la falta de ventilación en el motor que hacía que este modelo tomara temperatura quedando a un lado de la vía.

Durante el año 1991 aun cuando vivía en un extremo de la ciudad era poco común ver estos vehículos. Yo empezaba a entrar en la adolescencia, mis padres se habían separado recientemente y por un periodo de ese tiempo viví solo con mi hermano mayor y mi papá, con quien no nos veíamos mucho ya que mi papá iba al trabajo y llegaba muy tarde y mi hermano asistía con regularidad al colegio situación que yo trataba de evitar, lo que hacía que nuestro contacto fuese reducido.

En este contexto pasé varias madrugadas esperando que llegara mi papá, cuando comenzaba a preocuparme él llegaba, pero en una ocasión la madrugada había avanzado mucho y mi papá no llegaba, no teníamos forma de comunicarnos, la telefonía fija aún no estaba distribuida en toda la ciudad, pasadas las 3:00 am pensé que sin duda algo le debía haber ocurrido, un accidente o algo fatal pensaba, lo que me tenía muy angustiado. Fue en ese momento que desesperado sin poder pensar en acostarme oré, le pedí al Señor Jesús que cuidara de mi papá, que no le pasara nada, que estuviese bien, llevé mi carga ante él con la convicción de que me escuchaba y podía atender mi petición.

Como tenía tanta angustia pensé en pedirle al Señor una señal de que todo estaría bien y de que respondería mi oración para poder calmar la angustia, fue así como pedí que si mi papá estaba sano y que llegaría sin problemas ese día, pasara por fuera de mi casa un Fiat 600, algo más bien difícil y poco común sobre todo de madrugada, pero necesitaba de parte de Dios una respuesta irrefutable, que solo explico hoy desde la desesperación y el ímpetu adolescente.

Después de orar pensé que era una tontera lo solicitado al Señor; es más, lo vi como una falta de respeto, pero a los pocos minutos la tranquilidad de la madrugada se vio invadida por el sonido de un automóvil que comenzaba a acercarse, me paré rápidamente para mirar y desde el segundo piso de mi casa al llegar a la ventana aprecié lo increíble, el transitar frente a mi casa de un Fiat 600.

¡Un Fiat 600! Que respondía mi oración, no lo podía creer. Un Fiat 600 que demostraba que mi papá estaba bien, me resultaba tan increíble la respuesta que con total desfachatez, pienso hoy, pedí una comprobación a lo que había observado, Señor por favor que esto no sea un sueño y demuéstreme que eres Tú quien me ha escuchado y contestado, si me ha escuchado y tu respuesta es real te pido que pase nuevamente un Fiat 600 por mi casa; esperé, me cuestioné por lo desvergonzado de mis peticiones sin embargo descansaba en que hablaba y llevaba mi angustia al Dios del universo, que nuevamente me respondió haciendo circular al automóvil por mi ventana. Dios me respondió e hizo entender aun algo más grandioso que Dios escuchaba con detención mi oración y además con ternura infinita respondía a una petición infantil para dar calma y seguridad a quien le buscaba.

Movilizó recursos para responder a su interlocutor que como niño se acercaba a él y buscaba experimentar la confirmación de la respuesta de Dios osadamente replicando la experiencia de Gedeón relata en el libro de los Jueces, con la abismante diferencia de que yo era solo un adolescente angustiado y Gedeón era un Juez del pueblo de Israel.

En ese momento de inicial incredulidad por lo que estaba viendo y de profunda alegría por ver el cariño de Dios le di gracias por su respuesta, pude ir a la cama a dormir con tranquilidad.

Luego al despertar vi a mi papá en perfectas condiciones confirmando una vez más la respuesta del Señor a mi petición y volví a pensar en su manifestación increíble como lo hago hoy 3 décadas después ahora con ternura al disfrutar de un Señor que tiene cuidado de mí y que se manifiesta a quienes le buscan con total entrega y sinceridad.



40. *el día más largo*

Comparto con ustedes este relato escrito en las salas de espera de la Clínica Alemana en algunos de los 46 días que estuvimos acompañando y esperando la recuperación de Patty y Francisquito, como testimonio de lo que vivimos y como recuerdo de que es más fácil atravesar las tormentas de la vida con la ayuda y compañía de la familia y con la paz que solo Dios puede dar.

*Cuando ya la adrenalina de lo vivido y el milagro de la vida
empieza a dar paso a lo cotidiano
que significa despertar cada nuevo día
es que pongo por escrito lo vivido
para no olvidar que decir **gracias Dios** tiene sentido...*

Era la mañana del martes 24 de marzo, Patty con sus casi seis meses de embarazo, había pasado una muy mala noche, con un dolor agudo en la boca del estómago, creíamos que las longanizas del asado del domingo anterior eran culpables. Esperamos el amanecer para despertar al ginecólogo quien nos recomendó que por precaución fuéramos a alguna clínica cercana y que lo llamáramos de ahí. Nos levantamos como cualquier día de colegio, la Patty con molestias pero preocupada del desayuno de las niñas, de los correspondientes peinados, mochilas, colaciones y todo lo necesario para un nuevo día. Dejamos a las niñas en el colegio, veo a la Patty sentada en el asiento delantero, les hizo un saludo de despedida con la mano a las niñas, mientras los 3 entrábamos al colegio.

Después nos dirigimos a la Clínica Alemana, sin imaginar siquiera que iba a ser el diario viaje por los próximos 46 días. Casi de inmediato la vio el

médico de turno, se empezaron a encender las alarmas y a echar a andar los protocolos y eficiencia alemana que caracteriza a esta clínica. Con la Patty al principio nos reíamos porque nadie le hacía mucho caso a la acidez en la boca del estómago que era por lo que habíamos consultado, pero la presión de 214 con 110 era muy alta, el médico me dice que le gustaría tener la opinión del ginecólogo de turno antes de darle alguna pastilla para la acidez estomacal.

Volví a llamar a Reynaldo que es el ginecólogo de la Patty que la atiende desde que ella tenía 17. Llamé a la secretaria de la empresa para avisarle que voy a llegar un poco más tarde, pienso en un par de horas y que me excuse en las reuniones que tenía agendada para esa mañana, después a mi suegra y le pido si nos puede ayudar en ir a buscar las niñas en la tarde (pensando que le iban a dar reposo a la Patty por la presión), todavía ni sospechas de lo que venía...

A continuación nos atiende el ginecólogo de turno, una ecodoppler para ver el estado del bebé. Se nota serio y preocupado, mientras examina a la Patty pide a una asistente una serie de exámenes, se concentra en la pantalla que yo trato de interpretar, la verdad sin entender mucho (o nada), apenas responde a mis preguntas que se agolpan mientras más se extiende el examen y más técnicas son sus respuestas. Finalmente me dice que piensa que hay que hospitalizar a la Patty de inmediato para tenerla en observación y me pide el celular de nuestro médico.

Lo primero que hago es llamar a mi hermana doctora Angelita para contarle lo que pasa, me hace un par de preguntas y me dice que va de inmediato a acompañarme a la clínica. Mientras la Patty sigue cada vez con más dolor abdominal, de lo único que se preocupa es pedirme que llame a una amiga de la iglesia para avisarle que no va a poder imprimir algo del círculo de oro que estaba comprometida a hacer. Hice lo que me pidió y le conté lo que estaba pasando, después supe fue ella la que activó la cadena de oración y *mails*.

Al volver de hacer los trámites de ingreso, veo que las cosas se han ido complicando, los resultados de los exámenes son malos, y de repente los hechos se empiezan a precipitar, primero el ginecólogo de turno me dice que va haber que hacer cesárea en el día, empieza a entrar un desfile de enfermeras, exámenes, protocolos, entran las enfermeras de 1 a 10 cuanto le duele le preguntan, valiente la Patty responde 6, recuerdo al neonatólogo que nos trata de dar una clase de lo que significa un bebé prematuro, pero

el dolor de la Patty empieza a aumentar, en un momento me toma la mano con fuerza y me pide ayuda, pálida me dice que se esta cayendo, que no la suelte...

Después supimos estaba entrando en *shock* por la rotura hepática. En ese momento el monitor en el que se escuchaban los latidos de Francisquito Eduardo empieza a sonar en forma irregular, la enfermera grita por ayuda y se empieza a desarrollar una escena de película que nunca imaginé iba a vivir, entra mucha gente, la enfermera jefe reparte instrucciones, que desconecten monitores, llamen a pabellón, que saquen al ginecólogo de turno de donde está atendiendo un parto, que llamen a un cirujano.

La camilla choca con la puerta, no le han sacado las barandas con el apuro y nerviosismo de la enfermera que grita para que alguien le ayude para poder sacarlas. Al fin sacan la camilla a toda velocidad, nadie me dice nada, así que los sigo por el pasillo, alguien me pregunta si soy el marido y si quiero entrar a pabellón, sí respondo, sin entender mucho todavía, me pasan los típicos trajes verdes, una mascarilla y me dan el número del pabellón. Después de lavarme las manos busco el pabellón, era el último, me ha tocado entrar a las cesáreas de mis 2 hijas, y pude notar la diferencia, este estaba lleno a *full* y la concentración y estrés del equipo médico era evidente, los auxiliares corrían, faltaban instrumentales, plaquetas, todos daban instrucciones. Me quedo mirando desde la puerta con miedo de interrumpir y ser un estorbo.

En minutos veo salir al pequeño bebé de solo 30 semanas, 1 kg 300, el médico que está al lado de la Patty le dice nació tu hijo, antes de ponerle anestesia general. Me piden que acompañe al bebé y me uno al séquito de enfermeras, que está con él junto a una incubadora que está preparada al lado, me preguntan el nombre, todavía no llegábamos a consenso (había dos opciones que estaban en empate a 2 votos), pero le concedo la opción elegida por la Patty y sin dudar digo Francisco Eduardo.

Lo acompaño hasta la zona de neonatología mientras lo pesan, lo miden, le ponen la cinta en el brazo con su nombre y sus padres. Para mí ya era inconfundible. Me piden salir para instalarlo en la incubadora, ya no puedo entrar así que salí hacia la sala de espera, había mucha gente, miro las caras buscando la de alguien conocido, pero estaba solo, y lo peor me sentía solo, con ganas de contar todo lo vivido, necesitaba que alguien me dijera que todo iba a salir bien. Recuerdo haber entrado y salido varias veces

esperando encontrar a alguien conocido. Me llama mi cuñada Monchi, le cuento brevemente y se pone a llorar desconsoladamente.

La primera que llegó fue la Angelita, volvimos fuera del pabellón, ahí vimos salir al ginecólogo muy preocupado habla por primera vez de una hemorragia hepática y que ahora la estaba operando el Dr. León. Conversan con Ángela en terminología médica, por primera vez escucho lo del síndrome de Hellp, que el nombre con una ele de más hace referencia a su significado en inglés de que cuando se presenta se requiere la ayuda de todos. Me dice que después de la operación la van a llevar a la UCI en el quinto piso para su recuperación. Mi expectativa era que iría a estar unas horas y después volver a la pieza. Nos fuimos al quinto piso, de a poco empezó a llegar compañía, mis suegros muy nerviosos, mi cuñada y a los pocos minutos mis queridas tías Anita y Paulina que llegaron y no se movieron de mi lado en toda la semana.

Unas 4 horas después llegaron con la Patty al quinto piso, dormida y ya conectada a un montón de máquinas. Entramos con la Angelita a ver y conversar con el médico de turno en la UCI que aprendí se llaman utiólogos. Muy serio me dice que la situación es muy grave, que hay una falla multistémica y que las próximas horas van a ser cruciales para su evolución. Quedé como aturdido, creo no fui capaz de hacer ninguna pregunta, la Angelita era quien definitivamente estaba en control, ella preguntaba por el estatus y proyecciones en terminología médica, trato de recordar detalles pero lo veo medio en la nebulosa como el recuerdo de un mal sueño cuando ya hemos despertado en una hermosa mañana de primavera.

Vamos saliendo de la UCI cuando nos encontramos con el Dr. León el cirujano y jefe de cirugía el que pide conversar en la salita de reuniones con la familia cercana. Entré solo con Ángela, hace un resumen de la situación, repite los conceptos que había escuchado recién del otro doctor, pero ahora por la solemnidad con la que hablaba creo que nunca lo voy a olvidar.

Me dice que la Patty está muy grave, hay riesgo vital inminente, una hemorragia muy grande en el hígado, que por ahora está controlada, que está afectado el sistema respiratorio, renal, posibles coágulos, y un sinnúmero de riesgos. Resume diciendo finalmente que ellos como médicos no entendían bien cómo funciona y reacciona el cuerpo humano y que la ciencia tiene un límite definido hasta dónde puede intervenir y que estábamos en ese límite.

Nos invita a si tenemos fe que recemos porque es lo único que queda por hacer. Si la anterior conversa fue un mazazo este fue el remate en el suelo, nunca esperé que el profesional médico, el de delantal blanco en el que naturalmente en la fuerza humana depositamos la confianza me diga que no sabe si la Patty se va a recuperar, que me diga que nos preparemos para que no vuelva. Solo recuerdo estar abrazado con mi hermana en el pasillo de la UCI llorando juntos, pidiéndole a Dios que no se la lleve. En ese momento reconozco que sentí a Dios lejos, como si no estuviera en ese pasillo del hospital, oraba pero no sentía la respuesta, la confianza que nos da la convicción de que vamos en la dirección correcta...

Salimos a la sala de espera, había llegado más gente, gente de la iglesia, oramos tomados de la mano, un bálsamo el escuchar las plegarias con tanta fe levantadas, las promesas del Señor recordaba y se hacían presente, *si 2 o 3 se reúnen en mi nombre Yo estaré en medio de ustedes. El Señor es mi pastor, aunque ande en valle de muerte Yo estaré ahí*, de a poco la paz de Dios volvió a inundar mi corazón. Recuerdo a mi suegra con una fe y confianza enorme reclamando por la salud de su hija. De a poco empieza a inundar en mi corazón la confianza que nuestro Dios estaba también ahí, para mostrarnos algo, para decirnos algo y que sí íbamos a tener una segunda oportunidad.

Lo más difícil del día fue ir a buscar a las niñitas al colegio, primero a la Sofi, recuerdo nos sentamos cerca de la cancha de fútbol para conversar, lo bueno que había nacido Francisquito, lo malo que la mamá estaba durmiendo y que no la podíamos ver hasta que despertara. Al hermanito esperado tampoco lo podíamos ver todavía. Después la Javi tan expresiva ella, nunca voy a olvidar cómo en un instante pasó de la sonrisa inicial cuando le conté el nacimiento del hermanito, se le borró en un segundo al entender que la mamá no estaba bien. Oramos esa tarde de marzo los tres por la mamá y volvimos al quinto piso de la clínica a nuestra espera.

El celular no para de sonar, mis papás en Egipto supieron ya la noticia, mi papá me pide le diga la verdad tal como es y sin adornos. Justo le estoy diciendo que no se preocupe cuando por los altoparlantes llaman al esposo de Patricia Águila, busco a la Angelita para entrar con ella, está el Dr. León nuevamente sentado en la salita, igual o más serio que en la mañana, nos dice que estamos viviendo una de las complicaciones graves que nos contó más temprano podían pasar y que había una nueva hemorragia.

La situación era muy grave y Patty estaba en riesgo vital. Que iban a aplicar una última alternativa, una última cirugía de alta tecnología, un poco experimental y que solo se aplica en esta clínica. Lo único que recuerdo de la conversación que tuvo mi hermana con el médico, es que en un momento le pregunta acerca de probabilidades de éxito de la intervención, la respuesta me estremece hasta el día de hoy... 3%.

Al salir veo que han llegado muchos a acompañar en esas horas claves, un grupo orando, de nuevo tomados de las manos reclamando al Dios de lo imposible sus promesas, demandando por vida para la Patty, porque ese 3% de probabilidad de éxito sea una realidad, de a poco me empezó a inundar la respuesta de Dios a las oraciones y el miedo empezó a dar paso a la confianza.

Dios iba a responder y nos iba a traer de vuelta a Patty para un segundo tiempo, con un propósito. Cuando salió el cirujano de la operación, por primera vez una sonrisa esbozada en su rostro, la operación había resultado un éxito y la hemorragia controlada, un suspiro de alivio surgió entre todo el grupo y hasta aplausos hubo.

Al recordar el día más largo
Que para mí mucho más de 24 horas tuvo
Momentos que cambiaron nuestras vidas

En ese día que parecía eterno, que parecía un sueño
Al ver personas queridas de distintas realidades
Juntas en la sala de espera

De la oficina muchos antiguos compañeros
Hermanos de la iglesia
Y la familia por supuesto presente
Patty tienes que luchar, te decíamos
Mientras tú dormías como la bella durmiente

Que el Francisquito necesita una mamá tan chiquito que es
Que las niñas quieren ver a su mamá

Un segundo tiempo nos va a regalar Dios
Para nuestro matrimonio también.

Que lo viviremos con un propósito

Tantas gracias a quienes nos acompañaron, a quienes oraron y reclamaron a Dios por la vida de la Patty y del niño quienes dieron un poco de su vida en la sangre donada.

También a los que dieron un poco de vida al compartir su tiempo en las largas esperas... en especial a mi querida tía Anita que me enseñaste lo importante que es estar, acompañar al que lo necesita...

Gracias a Dios, quien da y quita la vida.





Epílogo
caminando por Corniche El Nil

*“... para que cuentes a tus hijos y a tus nietos
las cosas que yo hice en Egipto,
y mis señales que yo hice entre ellos...”.*
Éxodo 10:2.



caminando por esta preciosa costanera a orillas del Nilo
viendo fluir las mismas aguas que mecieron a Moisés
en una arquilla entre los juncos
en la tarde de ayer

mientras animados comentábamos los planes para Chicureo
por el blackberry de David nos enteramos que había nacido
prematuramente nuestro nieto Francisco y que nuestra querida *daughter
in law* se encontraba muy delicada de salud
la extraordinaria belleza del entorno se cubrió bruscamente de lejanía
y el tiempo desfasado en seis horas se tornó demasiado lento brumoso y
frío a pleno sol
queriendo estar *allá* el Señor nos tiene *acá*
entonces
comenzamos a dialogar en angustia con el Altísimo
por qué y para qué
cómo puede ser lo que es
esperando respuesta a preguntas difíciles
entregados a las manos santas de nuestro Padre
nos recordó que nuestra familia es Suya

no es posible viajar antes de tres días
Él hace con sus siervos como bien le parezca
esperar esperar orar y clamar
aflicción desvelo y lloro
mitigado por las oraciones de muchos
muchas gracias
sin duda fueron escuchadas
una cosa es cierta nos decía el Señor
esta situaciones para gloria de Su nombre
noche en desvelo la operación de urgencia fijada a las 9 de la noche son
las 3 de la mañana

temprano nos fuimos al Garbage District donde cerca de dos millones de
egipcios viven recolectando basuras en El Cairo
separando cáscaras de plátanos cartones plástico y desechos alimentarios
entre olores nauseabundos surge la iglesia copta más impactante de estos
tiempos
en graderías de estadio en medio de las cuevas en la parte montañosa de
la ciudad
un vergel de luz rodeado de miseria
esperanza en la paupérrima pobreza con las manos levantadas cantan
ingresamos a una reunión de oración de mujeres donde a mi esposa le
solicitaron improvisar palabras de prédica espontánea traducidas por el
misionero que nos acompañaba
que no fue prédica sino súplica



en esta iglesia de catacumba al interior de la cueva cuarenta mujeres
recolectoras a pie descalzo vestidas de negro como visten las mujeres en
esa cultura
sentadas en el suelo comenzaron a cantar armónica alabanza implorando
la mano de Dios
para salud de nuestra amada Patty y el recién nacido
a millones de millas
para el Señor no hay distancia
ni cosa difícil



entonces en pocas horas comienza *Encuentro Matrimonial*
motivo de nuestro viaje
con cuarenta y cinco matrimonios vivientes y los que vienen de Jordania
buscando bendecir sus naciones
en arábigo enigmático lenguaje
puertas abiertas que el Señor nos permite ayudar a cruzar

en medio de dolores se ha sembrado siempre la preciosa semilla

nuestro corazón en Santiago nuestro cuerpo en Egipto
extendiendo las manos en abrazo virtual apretado a cada uno
el Espíritu que mora en nosotros y vosotros nos da paz
en medio de la tormenta

en estas tierras
también caminó Jesús en brazos del exilio
huyendo de la muerte
desde niño conoció persecución pero también amparo celestial
junto a José y María se ocultaron en montañas creciendo entre las cuevas
hasta que el peligro desapareció

mi hijo hoy atribulado ayer la hija mi consuegra la familia pastoral toda
estremecida
tal vez la suya la de muchos
nos refugiamos hoy y mañana en Sus brazos
el Señor seguirá haciendo grandes cosas con la familia de familias que es
la Iglesia
santa para Dios

Con estos 40 puntos de encuentro hemos querido dejar para ti y a quien llegue en sus
manos este libro redactado cada uno no por escritores ni académicos sino almas de
carne y hueso que dan fe de la realidad de Dios y entregándose al Señor han podido
enfrentar los avatares de la vida invitándote a caminar hacia lo porvenir por la natural
y sobrenatural senda de Cristo.

**Libros publicados por Ediciones Firme Fe
del autor Francisco Javier Rivera Mardones:**

- *Impacto de la Globalización en las Piedras*
De cómo afecta personas y valores
- *Apedreando la Globalización*
Impacto de las piedras en la
Globalización o de cómo las
personas pueden afectarla
- *Piedras de Río*
Poemario expositivo
- *Cartas a la Comunidad*
Apologética de Valores I
- *Reflexión en Red*
Formato con pauta de trabajo
para talleres
- *Sombra Nocturna*
Poemario reflexivo
- *Didaskalias*
Inspiraciones para Avivamiento
- *Diálogo Ciudadano*
Apologética de Valores II
- *Los Cielos se Abren*
Formato con pauta de trabajo
para talleres



Otros libros publicados

- *40 Puntos de Encuentro*
Cuarenta autores

de prisión a libertad.

para tus hijos y nietos – entre ciudades y montes – quinceañera con hijo – ya no podía retroceder el tiempo – me quise casar para irme de la casa – abusaron de ella – debajo de la armadura llevaba muchas heridas – me fui alejando de las cosas de Dios – encontrándome una vez más con el dolor – yo no sabía – en contra de la voluntad de mis padres – lo que ocurre en nuestro planeta – pasado de moda y obsoleto – tenía autorización para pegarnos – sentada en la última fila – aversión al modelo de familia – ¿qué hago aquí? – momentos de gracia – ni contigo ni sin ti.

los cánones de belleza
tu proyecto de vida se derrumba
hubo algo sobrenatural
en el interior de un viejo ropero
por qué lloraba tanto
mi formación en torno al tema fue nula
me consideraba una persona atea
salvado por la oración
una parapleja producida
nadie me reclutaría
mi deprimido presupuesto

una nueva identidad – necesidad de entregar mi vida en sus manos – liberación de la droga – *put your head on my shoulder* – la botella o yo – mirando el techo desde mi nueva cama – una verdad irrefutable – mis creencias y mi crianza agonizaban – había algo que me hacía mucha falta – matrimonio corrompido por el pecado – fiat 600 lo desvergonzado de mis peticiones – el día mas largo – caminando por Corniche El Nil.



**PUNTOS
DE
ENCUENTRO**